

«Angie Thomas ha escrito una novela asombrosa, brillante y desgarradora que será recordada como un clásico de nuestro tiempo.»

JOHN GREEN, autor de *Bajo la misma estrella*



ANGIE THOMAS

GRANTRAVESÍA

«Angie Thomas ha escrito una novela asombrosa, brillante y desgarradora que será recordada como un clásico de nuestro tiempo.»
JOHN GREEN, autor de *Bajo la misma estrella*



ANGIE THOMAS

GRANTRAVESÍA

ANGIE THOMAS

**EL
ODIO
QUE
DAS**

Traducción de
Sonia Verjovsky

GRANTRAVESÍA

*Para mi abuela, quien me enseñó
que puede haber luz en la oscuridad*

PRIMERA PARTE

CUANDO SUCEDE

CAPÍTULO 1

No debí haber venido a esta fiesta.

Ni siquiera estoy segura de *pertenecer* aquí. No es por esnob ni nada por el estilo. Simplemente hay algunos lugares donde no basta con ser como soy. Ninguna de mis versiones. Y la fiesta de las vacaciones de primavera de Big D es uno de esos lugares.

Me apretujo entre cuerpos sudados y sigo a Kenya y a sus rizos, que rebotan por debajo de sus hombros. Una neblina con olor a hierba inunda la habitación, y la música sacude el suelo. Algún rapero les grita a todos para que hagan el *Whip / Nae-Nae*, con la consiguiente respuesta de un montón de *hey* cuando la gente se lanza a hacer su propia versión del baile. Kenya levanta su vaso y baila en la multitud. Entre el dolor de cabeza por la música ruidosa y las náuseas por el olor a hierba, lo que me impresionaría sería lograr cruzar la estancia sin derramar mi bebida.

Nos liberamos de la multitud. La casa de Big D está atiborrada de pared a pared. Siempre había oído que todo mundo viene a sus fiestas de primavera —bueno, todos menos yo— pero carajo, no sabía que habría tanta gente. Las chicas llevan el pelo pintado de colores, rizado o planchado. Me hacen sentir ordinaria, una mierda, con mi simple coleta. Los tipos con sus zapatos más nuevos y pantalones más holgados bailan tan pegados a ellas que casi necesitan condón. A mi abuela Nana le gusta decir que la primavera trae el amor. La primavera en Garden Heights, también conocido como el Jardín, no siempre trae el amor, pero promete bebés en el invierno. No me sorprendería que muchos fueran concebidos la noche de la fiesta de Big D. Siempre la organiza el viernes de las vacaciones de primavera porque necesitas el sábado

para recuperarte y el domingo para arrepentirte.

—Starr, ya deja de seguirme y ve a bailar —dice Kenya—. De por sí la gente cree que te sientes superior.

—No sabía que tanta gente en Garden Heights supiera leer la mente —o que me conocieran como algo más que *la hija de Big Mav que trabaja en la tienda*. Le doy un sorbo a mi bebida, y de inmediato lo escupo. Sabía que encontraría más que jugo de frutas en ella, pero esto es mucho más fuerte de lo que acostumbro beber. Ni siquiera deberían llamarlo ponche. Es alcohol puro. Lo pongo en la mesita y digo—: me revienta cómo la gente cree saber lo que pienso.

—Escucha, yo sólo repito lo que oigo. Te comportas como si no conocieras a nadie porque vas a esa escuela.

Llevo seis años escuchando la mierda de siempre, desde que mis papás me inscribieron en el instituto Williamson.

—Si tú lo dices —farfulto.

—Y no vendría mal que dejaras de vestirte como... —su mirada recorre con desprecio desde mi calzado hasta mi sudadera extragrande—. *Eso*. ¿No es la sudadera de mi hermano?

La sudadera de *nuestro* hermano. Kenya y yo compartimos un hermano mayor, Seven. Pero ella y yo no estamos emparentadas. Su mamá es madre de Seven, y mi papá es padre de Seven. Una locura, lo sé.

—Sí, es suya.

—No me extraña. Ya sabes lo que dice la gente. Has logrado que piensen que eres mi novia.

—¿Te parece que me importa lo que diga la gente?

—¡No! ¡Y ése es el problema!

—Si tú lo dices —de haber sabido que seguirla a esta fiesta significaría que se pondría en plan *Extreme Makeover: Edición especial Starr*, me habría quedado en casa para ver episodios viejos de *El príncipe del rap*. Mis Jordans son cómodos y, carajo, están nuevos. Es más de lo que la mayoría puede decir. La sudadera me queda demasiado grande, y por mucho, pero así me gusta. Además, si me jalo la capucha sobre la nariz, evito oler el humo de la hierba.

—Bueno, no pienso cuidarte toda la noche, así que es mejor que hagas algo —dice Kenya, y recorre la habitación con su mirada. Kenya podría ser modelo, para ser sincera. Tiene la piel morena oscura y perfecta (no creo que le haya salido una sola espinilla en toda su vida), ojos rasgados color avellana y largas pestañas que no compró en ninguna tienda. Además, tiene la altura perfecta para modelar, pero es un poco más robusta que esos palitos de pasarela. Nunca se pone el mismo vestido dos veces. Su papá, King, se asegura de que así sea.

Kenya es prácticamente la única persona con la que salgo en Garden Heights; es difícil hacer amigos cuando tu escuela está a cuarenta y cinco minutos de distancia, y eres de esas chicas que pasa mucho tiempo sola en casa porque tus padres trabajan todo el día, y a quien la gente sólo ve despachando en la tienda de su familia. Es fácil pasar tiempo con Kenya por nuestra relación con Seven. Pero a veces ella es un verdadero lío. Siempre está peleando y no duda en decir que su papá le pateará el trasero a cualquiera. Claro que es cierto, pero quisiera que dejara de provocar peleas sólo para sacar su as de debajo de la manga. Diablos, yo también podría usar el mío. Todos saben que no puedes jugar con mi padre, Big Mav, y definitivamente no puedes meterte con sus hijos. Pero yo no ando por ahí iniciando peleas.

Como en esta fiesta de Big D, donde Kenya está mirando muy provocadoramente a Denasia Allen. No recuerdo mucho de Denasia, pero sé que ella y Kenya no se agradan desde cuarto grado. Esta noche, Denasia baila con un tipo en el otro lado de la habitación y no le está prestando la menor atención a Kenya. Pero no importa adónde nos movamos, Kenya detecta a Denasia y la fulmina con la mirada. Y cuando te barren de esa manera, en algún momento sientes la mirada sobre ti y eso te invita a patear un trasero o a que te pateen el tuyo.

—¡Ay! No la soporto —dice furiosa Kenya—. El otro día, estábamos en la fila de la cafetería, ¿sabes? Y se puso a decir tonterías justo detrás de mí. No dijo mi nombre, pero sé que hablaba de mí, y decía que yo había tratado de acostarme con DeVante.

—¿En serio? —siempre sigo el guion en estos casos.

—Ajá. Y yo no quiero nada con él.

—Lo sé —¿en verdad? Ni siquiera sé quién es el tal DeVante—. ¿Y qué hiciste?

—¿Qué crees que hice? Me di la vuelta y le pregunté si tenía algún problema conmigo. La muy perra me iba a salir con eso de *Ni siquiera hablaba de ti*, ¡pero claro que lo estaba haciendo! Qué suerte tienes de ir a esa escuela de blancos y no tener que lidiar con perras como ella.

Esto es una mierda, ¿no? Hace menos de cinco minutos yo era una presumida por ir a Williamson, ¿y ahora soy una suertuda?

—Créeme, en mi escuela también hay de éstas. Eso es algo universal, ¿sabes?

—Mira, esta noche nos encargaremos de ella —la mirada de Kenya alcanza su punto máximo de crudeza. Denasia siente el ardor y mira directamente a Kenya—. Ajá —confirma Kenya, como si Denasia pudiera escucharla—. Mira.

—Espera un momento. ¿Nos? ¿Por eso me rogaste que viniera a la fiesta? ¿Para usarme como relevo en una pelea?

Tiene el descaro de poner cara de ofendida.

—¡Ni que hubieras tenido otra cosa que hacer! O alguien más con quien pasar el rato. Te estoy haciendo un favor.

—¿En serio, Kenya? Tú sabes que tengo amigos, ¿cierto?

Entorna los ojos. Con esmero. Sólo se le ve la parte blanca de los ojos durante unos segundos.

—Esas presumidas de tu escuela no cuentan.

—No son presumidas, y sí cuentan —me pongo a pensar. Maya y yo nos llevamos bien. No estoy segura de qué pasa con Hailey últimamente—. Y, ¿sinceramente? Si meterme en una pelea es tu manera de mejorar mi vida social, estoy bien sola. Maldita sea, siempre ocurre algún drama contigo.

—Por favor, Starr —alarga el *por favor*. Lo alarga demasiado—: esto es lo que tengo en mente. Esperamos a que se aleje de DeVante, ¿sabes? Y luego...

El teléfono vibra contra mi muslo, y le echo un ojo a la pantalla. Ya que he estado ignorando sus llamadas, Chris me envía un mensaje de texto.

¿Podemos hablar?

No era mi intención que todo saliera así

Por supuesto que no lo era. Ayer, su intención era que todo saliera de una manera completamente distinta, y ése fue el problema. Guardo el teléfono en el bolsillo. No estoy segura de lo que quiero decirle, pero luego me encargaré de él.

—¡Kenya! —grita alguien.

Una chica grande, de piel clara con el cabello lacio como el agua, se abre paso entre la multitud hacia nosotros. La sigue un tipo alto con un peinado *frohicano* —afro y mohicano— negro y rubio. Los dos abrazan a Kenya y le dicen que se ve hermosa. Es como si yo no estuviera ahí.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? —pregunta la chica y mete el pulgar en la boca. Ya tiene los dientes malformados por hacer eso—. Podrías haber llegado con nosotros.

—No, niña. Tenía que ir por Starr —dice Kenya—. Vinimos caminando.

Y entonces se dan cuenta de que estoy ahí parada a menos de medio paso de Kenya.

El chico entrecierra los ojos y me echa un vistazo rápido. Frunce el ceño por sólo una fracción de segundo, pero lo noto.

—¿No eres la hija de Big Mav, la que trabaja en la tienda?

¿Lo ven? La gente se comporta como si ése fuera el nombre que tengo en el acta de nacimiento.

—Sí, soy yo.

—¡Ahhh! —dice ella—. Sabía que me resultabas conocida. Estábamos juntas en tercer grado, en la clase de la señorita Bridges. Yo me sentaba detrás de ti.

—Ah —sé que éste es el momento en el que se supone que debo recordarla, pero no es así. Supongo que Kenya tenía razón: en verdad no conozco a nadie. Sus rostros me resultan familiares, pero es difícil conocer los nombres y las vidas de las personas cuando les estás embolsando la compra.

Pero puedo mentir.

—Claro que te recuerdo.

—Niña, no finjas —dice el muchacho—. Sabes que no la conoces ni de broma.

—¿*Por qué mientes siempre?* —preguntan al unísono Kenya y la chica, recordando la canción. El chico las acompaña, y todos estallan en carcajadas.

—Bianca y Chance, sean amables —dice Kenya—. Ésta es la primera fiesta de Starr. Sus viejos no la dejan salir.

Le lanzo una mirada asesina.

—Sí salgo, Kenya.

—¿La han visto en alguna fiesta por aquí? —les pregunta Kenya.

—¡No!

—Más claro, ni el agua. Y antes de que lo digas, las tristes fiestecitas de los tipos blancos que viven en los barrios residenciales no cuentan.

Chance y Bianca sueltan unas risitas. Carajo, cómo quisiera que esta sudadera me tragara de alguna manera.

—Apuesto a que se meten pastillas y esas porquerías, ¿no? —me pregunta Chance—. A los chicos blancos les encanta meterse pastas.

—Y escuchar a Taylor Swift —agrega Bianca, hablando alrededor de su pulgar.

Bueno, algo tiene de cierto, pero no lo voy a admitir.

—Para nada, de hecho sus fiestas son bastante geniales —digo—. Una vez, uno de los chicos invitó a J. Cole a actuar en su fiesta de cumpleaños.

—Carajo, ¿en serio? —pregunta Chance—. Mieeeerda. Perra, invítame a la próxima. Yo me largo de fiesta con esos blanquitos.

—En fin —dice Kenya con voz sonora—. Hablábamos de darle su merecido a Denasia. Esa perra está allá bailando con DeVante.

—Qué zorra —dice Bianca—. Ya sabes que ha estado hablando mal de ti, ¿cierto? Yo estaba en la clase del señor Donald la semana pasada cuando Aaliyah me dijo...

Chance levanta los ojos al cielo.

—¡Uf! El señor Donald.

—Sólo estás enojado porque te echó —dice Kenya.

—¡Por supuesto!

—En fin, Aaliyah me contó... —retoma Bianca.

Me vuelvo a perder mientras discuten acerca de compañeros de clases y maestros que no conozco. No puedo decir nada. Pero no importa. Soy invisible.

Me siento así con mucha frecuencia en este lugar.

En medio de sus quejas sobre Denasia y sus maestros, Kenya dice algo sobre ir por otra bebida, y los tres se largan sin mí.

De repente soy Eva en el Edén después de comerse la manzana: es como si me sintiera desnuda. Estoy sola en una fiesta en la que se supone que ni siquiera debería estar, donde apenas conozco a alguien. Y ese alguien que sí conozco me acaba de dejar colgada.

Kenya me rogó durante semanas para que viniera. Yo sabía que, sin lugar a dudas, me sentiría incómoda, pero cada vez que le decía que no, me decía que me comportaba como si fuera *demasiado buena para una fiesta del Jardín*. Me cansé de escuchar esa mierda y decidí demostrarle que estaba equivocada. El problema es que habría sido necesario un Jesús Negro para convencer a mis papás de dejarme venir. Ahora ese Jesús Negro tendrá que rescatarme si descubren que estoy aquí.

La gente me lanza miradas en plan: *¿Quién es esta tipa, recargada sola contra la pared y con esa pinta tan lamentable?* Debería pasarla bien, mientras me haga la genial y no me meta con nadie. Lo irónico es que en Williamson no me tengo que *hacer la genial*; ya soy genial porque soy una de las pocas niñas negras que hay allí. En Garden Heights me tengo que esforzar para ser genial, y eso es más difícil que comprarse un par de Jordan Retro el día de su lanzamiento.

Pero es curioso cómo funciona con los chicos blancos. Es genial ser negro hasta que resulta duro ser negro.

—¡Starr! —me llama una voz que me resulta familiar.

El mar de gente se abre para dejarle paso como si fuera un Moisés moreno. Los chicos chocan puños con él y las chicas estiran el cuello para verlo. Me sonrío, y sus hoyuelos echan abajo cualquier aura de pandillero que pudiera tener.

Khalil es un galán, no hay otra manera de decirlo. Y yo solía bañarme con

él. No de *esa* forma, pero cuando éramos niños nos moríamos de la risa porque él tenía una *colita* y yo tenía lo que su abuela llamaba un *huequito*. Pero juro que no era nada pervertido.

Me abraza, y aún huele a jabón y talco para bebé.

—¿Qué pasa contigo, niña? No te he visto desde hace años —se separa de mí—. No te mensajees con nadie, nada de nada. ¿Dónde has estado?

—He estado ocupada con la escuela y el equipo de basquetbol —le respondo—. Pero siempre estoy en la tienda. Tú eres el que ya no ve a nadie.

Desaparecen sus hoyuelos. Se limpia la nariz como lo hace siempre antes de mentir.

—También he estado ocupado.

Obviamente. Los Jordan nuevos, la reluciente camiseta blanca y los diamantes en las orejas. Cuando creces en Garden Heights, sabes lo que en realidad significa *ocupado*.

Mierda. Quisiera que *él* no estuviera ocupado con eso. No sé si quiero llorar o abofetearlo.

Pero por la manera en que Khalil me mira con esos ojos color avellana, se me hace difícil estar enojada. Siento que tengo diez años otra vez, y que estoy parada en el sótano de la iglesia Christ Temple, viviendo mi primer beso con él en el campamento de estudios bíblicos. De repente recuerdo que llevo puesta una sudadera, que estoy hecha un desastre... y que en realidad *ya* tengo novio. Quizá no esté respondiendo las llamadas o mensajes de Chris en este momento, pero de todas formas es mío y quiero que siga siendo así.

—¿Cómo está tu abuela? —pregunto—. ¿Y Cameron?

—Están bien. Pero mi abuela está enferma —Khalil le da un sorbo a su bebida—. Los doctores dicen que tiene cáncer, o algo así.

—Carajo, K. Lo siento.

—Le están dando quimio. Pero lo único que le preocupa es lo de la peluca —suelta una risa débil que no muestra sus hoyuelos—. Se pondrá bien.

Es una plegaria, más que una profecía.

—¿Tu mamá te está ayudando con Cameron?

—Esa Starr, siempre buscando lo mejor de la gente. Ya sabes que ella no ayuda en nada.

—Eh, sólo preguntaba. Vino a la tienda el otro día. Tiene mejor aspecto.

—Por ahora —dice Khalil—. Dice que está intentando dejar las drogas, pero es lo de siempre. Las deja unas semanas, luego decide que quiere un golpe más, y empieza otra vez. Pero como te dije, yo estoy bien, Cameron está bien, mi abuela está bien —se encoje de hombros—. Es lo único que importa.

—Sí —le respondo, pero recuerdo las noches que pasé con Khalil en su cobertizo, a la espera de que su mamá llegara a casa. Le guste o no, ella también le importa.

La música cambia y se escucha a Drake rapear desde las bocinas. Muevo la cabeza siguiendo el ritmo y coreo en voz baja. Todos los que están en la pista de baile gritan la parte en la que dice *empezamos desde abajo, ahora estamos aquí*. Hay días en los que en Garden Heights *estamos* bien abajo, pero aun así compartimos el sentimiento de que, mierda, podría ser peor.

Khalil me está mirando. Una sonrisa intenta formarse en sus labios, pero sacude la cabeza.

—No puedo creer que todavía te encante ese llorón de mierda de Drake. Me le quedo mirando con la boca abierta.

—¡Deja en paz a mi marido!

—Al *cursi* de tu marido. *Nena, lo eres todo para mí, todo lo que siempre quise* —canta Khalil con voz quejumbrosa. Lo empujo con el hombro y ríe, mientras su bebida se derrama—. ¡Tú sabes que así suena!

Le muestro el dedo medio. Frunce los labios y emite el sonido de un beso. Tantos meses separados, y en unos segundos volvemos a ser los de siempre.

Khalil toma una servilleta de la mesa y limpia las manchas de la bebida en sus Jordan, unos modelo 3 Retro. Salieron hace unos años, pero juro que todavía son lo máximo. Cuestan como trescientos dólares, y eso si encuentras a alguien en eBay que necesite dinero desesperadamente. Chris lo logró. Los míos fueron una ganga que conseguí por ciento cincuenta, pero eso es porque uso talla infantil. Gracias a mis piecitos, Chris y yo podemos escoger calzado idéntico. Sí, somos *ese tipo* de pareja. Mierda. Pero nos llevamos bien. Si puede dejar de hacer estupideces, estaremos superbién.

—Me gustan tus Jordan —le digo a Khalil.

—Gracias —limpia los zapatos con la servilleta y me horrorizo. Con cada frotadura, gritan para que les ayude. No miento: cada vez que alguien limpia mal unos Jordan, muere un gatito.

—Khalil —le digo, a un segundo de arrebatarme esa servilleta—. O lo limpias suavemente de un lado a otro, o le das palmaditas. No restriegues la servilleta. En serio.

Me voltea a ver con una sonrisita burlona.

—*Okay*, doña Jordan —y, gracias a Jesús Negro, empieza a limpiarlos con palmaditas—. Ya que gracias a ti los ensucí con mi bebida, debería obligarte a limpiarlos.

—Te costará sesenta dólares.

—¿Sesenta? —grita, y se endereza.

—Mierda, sí. Y serían ochenta si tuvieran suelas transparentes —es una mierda limpiar las suelas transparentes—. Los kits de limpieza no son baratos. Además, es obvio que estás ganando buena pasta si puedes comprarte esto.

Khalil sorbe su bebida como si yo no hubiera dicho nada, y murmura:

—Carajo, está fuerte esta mierda —y pone el vaso en la mesa—. Eh, dile a tu papá que necesito ir a saludarlo pronto. Está pasando algo que tengo que contarle.

—¿Qué clase de algo?

—Cosas de adultos.

—Claro, porque tú eres muy adulto.

—Cinco meses, dos semanas y tres días mayor que tú —me guiña el ojo—. No se me olvida.

Estalla un escándalo en medio de la pista. Las voces discuten más fuerte que la música. Las maldiciones vuelan a diestra y siniestra.

¿Lo primero que pienso? Que Kenya acechó a Denasia como lo prometió. Pero las voces son más graves que las suyas.

¡Pum! Suena un disparo. Me agacho.

¡Pum! Un segundo disparo. La multitud se dirige en estampida a la puerta, lo que ocasiona más maldiciones y peleas, ya que es imposible que todos salgan a la vez.

Khalil toma mi mano.

—Vamos.

Hay demasiada gente y demasiado pelo afro como para localizar a Kenya.

—Pero Kenya...

—Olvídala, ¡vamos!

Me jala entre la multitud, apartando a la gente de nuestro camino y pisoteando zapatos. Con eso ya podríamos habernos ganado unos tiros. Busco a Kenya entre los rostros de pánico, pero no hay señal de ella. No trato de averiguar a quién le dispararon ni quién lo hizo. No puedes ser un soplón si no sabes nada.

Afuera, los autos arrancan a toda velocidad y la gente corre en la noche en cualquier dirección. Khalil me lleva hasta un Chevy Impala estacionado bajo un farol con poca luz. Me empuja dentro por el lado del conductor, y me paso al asiento del copiloto. Arrancamos con un chirrido y dejamos el caos en el espejo retrovisor.

—Siempre sucede alguna mierda —masculla—. No se puede organizar una fiesta sin que le disparen a alguien.

Suena como mis padres. Exactamente por eso *no me dejan salir*, como dice Kenya. Por lo menos, no en Garden Heights.

Le envió un mensaje a Kenya, con la esperanza de que esté bien. Dudo que las balas fueran para ella, pero las balas van donde quieren ir.

Kenya contesta rápido.

Estoy bien.

Pero veo a esa perra. Estoy por darle una tunda

¿Dónde estás?

¿Esta mujer habla en serio? ¿Acabamos de salir corriendo para salvar la vida, y está dispuesta para pelear? Ni siquiera contesto sus tonterías.

Está lindo el Impala de Khalil. No es del todo ostentoso como los coches de otros sujetos. No vi que tuviera rines especiales antes de entrar, y el asiento delantero tiene la piel agrietada. Pero por dentro es de color verde limón, así que en algún momento lo intervinieron.

Empiezo a rascar una rajadura del asiento.

—¿A quién crees que le hayan disparado?

Khalil saca su cepillo del compartimento de la puerta.

—Probablemente a algún *King Lord* —dice, cepillándose los lados rapados de su cabeza—. Cuando llegué a la fiesta entraron unos Discípulos. Algo estaba a punto de estallar.

Asiento. Desde hace dos meses, Garden Heights ha sido un campo de batalla por unas estúpidas guerras territoriales. Yo nací *reina* porque papá solía ser un *King Lord*. Pero cuando él abandonó el juego, terminó mi estatus de realeza callejera. Aunque haya crecido en ella, no entendía eso de luchar por calles que no son de nadie.

Khalil deja caer el cepillo en la puerta y aumenta el volumen en la radio, poniendo al máximo una vieja canción de rap que papá escucha siempre. Frunzo el ceño.

—¿Por qué siempre escuchas eso?

—Mujer, ¡no me salgas con eso! Tupac era el puto amo.

—Sí, hace veinte años.

—Qué va, incluso ahora. O sea, mira esto —me señala con el dedo, lo que significa que está a punto de empezar uno de los momentos filosóficos de Khalil—: Tupac nos dejó el concepto *Thug Life*, es decir: *The Hate U Give Little Infants Fucks Everybody*, que significa *El odio que das a los más pequeños nos jode a todos*.

Arqueo las cejas.

—¿Qué?

—¡Escucha! *The Hate U Give Little Infants Fucks Everybody*. T-H-U-G L-I-F-E. *Thug* es maleante, *life* es vida. Quiere decir que el odio que la sociedad nos da cuando somos jóvenes regresa y les patea el trasero cuando crecemos y nos volvemos adultos y más salvajes. ¿Entiendes?

—Carajo. Sí.

—¿Lo ves? Te dije que era relevante —asiente llevando el ritmo y rapea con la música. Ahora me pregunto qué es lo que él está haciendo para *joderlos a todos*. Creo saberlo, pero espero estar equivocada. Necesito escucharlo de su boca.

—¿Entonces por qué has estado tan ocupado? —pregunto—. Hace unos meses papá me dijo que renunciaste a la tienda. No te veo desde entonces.

Se acerca al volante.

—¿Dónde quieres que te acerque, a la casa o a la tienda?

—Khalil...

—¿A tu casa o a la tienda?

—Si estás vendiendo esa mierda...

—¡Ocupate de tus propios asuntos, Starr! No te preocupes por mí. Estoy haciendo lo que tengo que hacer.

—Y una mierda. Ya sabes que papá te echaría una mano.

Se limpia la nariz antes de mentir.

—No necesito que nadie me ayude, ¿okay? Y ese trabajo de sueldo mínimo que me daba tu papá no cambiaba nada. Me cansé de elegir entre luz o comida.

—Pensé que tu abuela trabajaba.

—Así es. Cuando enfermó, los payasos del hospital dijeron que la dejarían trabajar con ellos. Dos meses después, no estaba haciendo su parte del trabajo porque cuando te ponen la quimio no puedes jalar esos malditos basureros por todos lados. La despidieron —sacude la cabeza—. Gracioso, ¿no? El *hospital* la despidió por estar enferma.

Se hace el silencio en el Impala, excepto por Tupac que pregunta: ¿*En quién crees?* No lo sé.

Mi teléfono vuelve a vibrar, probablemente sea Chris que está pidiendo perdón o Kenya que pide refuerzos contra Denasia. En lugar de eso aparecen en la pantalla los mensajes de mi hermano mayor, todos en mayúsculas. No sé por qué hace eso. Probablemente cree que me intimida. En realidad, me saca de quicio.

¿DÓNDE ESTÁS?

MÁS VALE QUE TÚ Y KENYA NO ESTÉN EN LA FIESTA. ESCUCHÉ QUE HUBO UN TIROTEO.

Lo único peor que tener unos padres sobreprotectores es tener unos

hermanos mayores sobreprotectores. Ni el buen Jesús Negro me puede salvar de Seven.

Khalil me mira de reojo.

—Seven, ¿eh?

—¿Cómo lo supiste?

—Porque siempre parece que quieres golpear a alguien cuando él te habla. ¿Recuerdas esa vez en tu cumpleaños que se la pasó diciéndote qué deseos tenías que pedir?

—Y le di un puñetazo en la cara.

—Luego Natasha se enfadó contigo por decirle a su *novio* que se callara —dice Khalil entre risas.

Hago un gesto de exasperación.

—Me desesperaba con su pequeño enamoramiento por Seven. La mitad del tiempo pensaba que venía sólo para verlo.

—No creas, era porque tenías las películas de Harry Potter. ¿Cómo solíamos llamarnos? El Trío del Barrio. Más apretados que...

—El interior de la nariz de Voldemort. Qué nerds éramos.

—Lo sé, ¿cierto? —dice.

Nos reímos, pero falta algo. Falta *alguien*. Natasha.

Khalil mira la calle.

—Qué locura que hayan pasado seis años, ¿no?

Nos sorprende el sonido de un *juuuuh, uuuh!*, y vemos el destello de unas luces azules en el espejo retrovisor.

CAPÍTULO 2

Cuando cumplí doce años, mis papás tuvieron dos charlas conmigo.

Una fue la típica sobre de dónde vienen los niños. Bueno, en realidad no me dieron la versión normal. Mamá, Lisa, es enfermera de profesión, y me explicó qué entraba en dónde, y qué no necesitaba entrar aquí, allá, o en cualquier maldito lugar hasta que yo creciera. En ese entonces, yo dudaba que de todos modos algo fuera a entrar en alguna parte. Mientras que a todas las demás chicas les brotaban los senos entre sexto y séptimo grado, yo tenía el pecho tan plano como la espalda.

La otra charla fue sobre qué hacer si me detenía la policía.

Mamá protestó y le dijo a papá que era demasiado pequeña para eso. Él respondió que no lo era para que me arrestaran o me dispararan.

—Starr-Starr, si eso ocurre, haz lo que te digan que hagas —dijo—. Mantén las manos a la vista. No hagas ningún movimiento repentino. Habla sólo cuando te lo pidan.

Yo sabía que debía ser algo serio. Papá tenía la bocota más grande que cualquiera que conociera, y si decía que tenía que quedarme callada, entonces tenía que quedarme callada.

Espero que alguien haya tenido esa charla con Khalil.

Maldice en voz baja, le baja el volumen a Tupac y detiene el Impala a la orilla de la calle. Nos encontramos sobre Carnation, donde la mayoría de las casas están abandonadas y la mitad de los faroles rotos. No hay nadie más que nosotros y un patrullero.

Khalil apaga el motor.

—Me pregunto qué quiere este tonto.

El oficial se estaciona y enciende las altas. Parpadeo para no deslumbrarme.

Recuerdo otra cosa que papá me dijo. *Si estás con alguien, cruza los dedos para que no tenga nada encima o los encerrarán a los dos.*

—K, no tienes nada en el coche, ¿cierto? —le pregunto.

Mira al poli por su espejo lateral.

—Nada de nada.

El oficial se acerca a la puerta del conductor y le da un golpecito a la ventana. Khalil le da vueltas a la manija para bajarla. Como si no nos hubiera encandilado lo suficiente, el policía nos alumbra los rostros con su linterna.

—Licencia, tarjeta de circulación y comprobante de seguro.

Khalil rompe una regla: no hace lo que el poli quiere.

—¿Por qué nos obligó a orillarnos?

—Licencia, tarjeta de circulación y comprobante de seguro.

—Pregunté, ¿por qué nos obligó a orillarnos?

—Khalil —le ruego—. Haz lo que te pide.

Khalil se queja y saca su cartera. El policía sigue sus movimientos con la linterna.

El corazón me late con fuerza, pero las instrucciones de papá reverberan en mi cabeza: *Mira bien la cara del policía. Si puedes memorizar su número de insignia, aún mejor.*

Mientras la linterna sigue las manos de Khalil, logro distinguir los números de la insignia: ciento quince. Es blanco, tiene entre treinta y pico y cuarenta y pocos años, el cabello oscuro está cortado al rape y tiene una cicatriz delgada sobre el labio superior.

Khalil le pasa sus documentos y la licencia.

Ciento Quince los revisa.

—¿De dónde vienen?

—¿A ti qué? —dice Khalil, en el sentido de *qué te importa*—. ¿Por qué me pediste que me orillara?

—Tienes la luz trasera rota.

—¿Y me vas a multar o qué? —pregunta Khalil.

—Muy bien. Bájate del coche, chico listo.

—Hombre, sólo dame la multa...

—¡Bájate del coche! ¡manos arriba, donde las pueda ver!

Khalil se baja con las manos arriba. Ciento Quince lo jala del brazo y lo aprisiona contra la puerta trasera.

Lucho por encontrar mi voz.

—Él no quería...

—¡Las manos en el tablero! —me grita el oficial—. ¡No te muevas!

Hago lo que me dice, pero las manos me tiemblan demasiado como para quedarse quietas.

Catea a Khalil.

—Está bien, listillo, veamos qué te encontramos encima hoy.

—No vas a encontrar nada —dice Khalil.

Ciento Quince lo registra dos veces más. No encuentra nada.

—Quédate aquí —le dice a Khalil—. Y tú —se asoma por la ventana para verme—, no te muevas.

No puedo ni asentir.

El oficial camina de regreso a su patrulla.

Mis papás no me enseñaron a temerle a la policía, sólo a usar mi inteligencia cuando están cerca. Me dijeron que no es inteligente moverse cuando un oficial está de espaldas a ti.

No es inteligente hacer un movimiento repentino.

Khalil lo hace. Se acerca a su puerta.

—¿Estás bien, Starr...?

¡Pum!

Uno. El cuerpo de Khalil se sacude. La sangre le borbotea por la espalda. Se agarra de la puerta para mantenerse en pie.

¡Pum!

Dos. Khalil suelta un grito ahogado.

¡Pum!

Tres. Khalil me mira, estupefacto.

Cae al suelo.

Tengo diez años otra vez, y estoy viendo caer a Natasha.

Un alarido ensordecedor surge desde mis entrañas, estalla en mi garganta

y utiliza cada centímetro de mi ser para hacerse escuchar.

El instinto me dice que no me mueva, pero todo lo demás me urge a que compruebe cómo está Khalil. Salto fuera del Impala y voy corriendo al otro lado. Khalil está mirando el cielo fijamente como si esperara ver a Dios. Tiene la boca abierta como si quisiera gritar. Grito con suficiente fuerza por los dos.

—No, no, no —sólo eso puedo decir, como si tuviera un año y fuera la única palabra que conociera. No estoy segura de cómo termino en el suelo junto a él. Mamá me dijo una vez que tratara de detener el sangrado si le disparan a alguien, pero hay tanta sangre. Demasiada sangre.

—No, no, no.

Khalil no se mueve. No pronuncia una sola palabra. Ni siquiera me mira. Su cuerpo se pone rígido, y ya se ha ido. Espero que vea a Dios.

Alguien grita.

Parpadeo entre mis lágrimas. El oficial Ciento Quince me grita, me apunta con la misma pistola con la que mató a mi amigo.

Levanto las manos.

CAPÍTULO 3

Dejan el cuerpo de Khalil en el pavimento como si fuera un elemento probatorio. Las luces de las patrullas y las ambulancias parpadean por toda la calle Carnation. La gente se detiene a un lado, intentando ver qué sucedió.

—Mierda, hermano —dice alguien—. ¡Lo mataron!

Los oficiales le piden a la multitud que se disperse. Nadie escucha.

Los paramédicos no pueden hacer un carajo por Khalil, así que me suben a la parte de atrás de la ambulancia como si yo necesitara ayuda. Las luces brillantes me convierten en el centro de atención, y la gente se estira para ver.

No me siento especial. Me siento enferma.

La policía revisa el coche de Khalil. Intento decirles que se detengan. *Por favor, cúbranle el cuerpo. Por favor, ciérrenle los ojos. Por favor, ciérrenle la boca. Aléjense del coche. No toquen su cepillo.* Pero las palabras nunca salen.

Ciento Quince está sentado en la acera con la cara entre las manos. Otros oficiales le dan palmadas en el hombro y le dicen que todo saldrá bien.

Finalmente le ponen una sábana encima a Khalil. No puede respirar debajo de ella. Yo no puedo respirar.

No puedo.

Respirar.

Jadeo.

Y jadeo.

Y jadeo.

—¿Starr?

Aparecen unos ojos marrones con pestañas largas frente a mí. Son como

los míos.

No le pude decir mucho a la policía, pero sí logré darles los nombres y teléfonos de mis padres.

—Hola —dice papá—. Ven, vamos.

Abro la boca para responder. Me sale un sollozo.

Alguien mueve a papá a un lado, y mamá me envuelve entre sus brazos. Me acaricia la espalda y me dice mentiras en voz baja.

—Todo está bien, nena. Todo está bien.

Nos quedamos así durante mucho tiempo. Pasado un rato, papá nos ayuda a bajar de la ambulancia. Me envuelve con su brazo como un escudo protector contra los ojos curiosos y me guía a su Tahoe, estacionada un poco más adelante.

Conduce. Un farol destella sobre su rostro y muestra lo tensa que está su quijada. Sus venas se abultan a lo largo de su cabeza calva.

Mamá trae puesta su bata de enfermera, la que tiene patitos de hule. Esta noche hizo doble turno en la sala de emergencias. Se limpia los ojos unas cuantas veces, pensando, probablemente, en Khalil o en cómo podría haber sido yo la que estuviera tirada en la calle.

Se me revuelve el estómago. Toda esa sangre, toda salió de él. Tengo parte de ella en las manos, en la sudadera de Seven, en mis pies. Hace una hora reíamos y nos poníamos al día. Ahora su sangre...

Se me acumula la saliva caliente en la boca. Se me revuelve más el estómago. Me da una arcada.

Mamá me mira por el espejo retrovisor.

—Maverick, ¡oríllate!

Me lanzo por el asiento trasero y abro la puerta de un empujón antes de que la camioneta se detenga por completo. Siento como si todo quisiera salir, y lo único que puedo hacer es dejarlo escapar.

Mamá salta de la camioneta y la rodea hasta llegar a mí. Me quita el cabello del rostro y me acaricia la espalda.

—Lo siento tanto, nena —me dice.

Cuando llegamos a casa, me ayuda a desvestirme. La sudadera de Seven y mis Jordan desaparecen en una bolsa de basura negra, para no volver a verlos

nunca más.

Me siento en una tina de agua humeante y restriego las manos hasta dejarlas en carne viva para quitarme la sangre de Khalil. Papá me lleva en brazos a la cama, y mamá me acaricia el cabello con los dedos hasta que me quedo dormida.

Despierto con pesadillas una y otra vez. Mamá me recuerda que respire, como lo hacía antes de que me curara del asma. Creo que se queda en mi habitación toda la noche, porque cada que despierto, está sentada junto a mí.

Pero esta vez, no está. Mis ojos pugnan contra la luminosidad de mis paredes azul neón. El reloj dice que son las cinco de la mañana. Mi cuerpo está tan acostumbrado a despertarse a las cinco que no le importa si es sábado.

Me quedo mirando las estrellas que brillan en la oscuridad adheridas al techo, tratando de recapitular la noche anterior. Por mi cabeza pasan la fiesta, la pelea, Ciento Quince quien obliga a Khalil y a mí a orillarnos. El primer disparo resuena en mis oídos. El segundo. El tercero.

Estoy acostada en la cama. Khalil está acostado en la morgue del condado.

También Natasha terminó ahí. Sucedió hace seis años, pero todavía recuerdo cada detalle de ese día. Yo estaba barriendo el piso en nuestra tienda, ahorrando para comprarme mi primer par de Jordan, cuando entró corriendo Natasha. Era regordeta (su mamá decía que eran sus rollitos de bebé), de piel oscura, y llevaba el pelo en trenzas que siempre parecían recién hechas. Yo me moría por unas trenzas como las suyas.

—Starr, ¡estalló el hidrante de la calle Elm! —exclamó.

Eso era como decir que teníamos un parque acuático gratis. Recuerdo que miré a papá y le rogué en silencio. Me dijo que podía ir, con tal de que prometiera volver en una hora.

Creo que nunca vi el agua dispararse tan alto como ese día. Casi toda la gente del barrio estaba ahí. Se divertían sin más. Al principio fui la única que notó el coche.

Un brazo tatuado se estiró por la ventana trasera, sosteniendo una Glock. La gente corrió. Pero yo no. Mis pies se volvieron parte de la acera. Natasha estaba chapoteando en el agua, feliz. Luego...

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Me lancé hacia un rosal. Para cuando me levanté, alguien estaba gritando: *¡Llamen al novecientos once!* Al principio pensé que era yo, porque tenía sangre en la camisa. Me había arañado con las espinas del rosal, pero eso fue todo. Se trataba de Natasha. Su sangre se empezó a mezclar con el agua, y lo único que podía verse era un río rojo que bajaba corriendo por la calle.

Se veía asustada. Teníamos diez años, y no sabíamos qué pasaba después de morir. Carajo, todavía no lo sé, y ella se vio obligada a descubrirlo, aunque no lo quisiera.

Sé que no quería que sucediera, y Khalil tampoco lo quería.

Mi puerta se abre con un crujido y mamá se asoma. Intenta sonreír.

—Mira quién despertó.

Se hunde en el lugar de siempre de la cama y me toca la frente, aunque no tengo fiebre. Se la pasa tanto tiempo cuidando a niños enfermos que es su primer instinto.

—¿Cómo te sientes, Munch?

Ese apodo. Quiere decir *masticar*, y eso es lo que mis papás juran que hacía todo el tiempo después de que dejé el biberón. Ya perdí mi gran apetito, pero el apodo no.

—Cansada —le digo. Mi voz suena demasiado grave—. Quiero quedarme en cama.

—Lo sé, nena, pero no quiero que estés aquí sola.

Eso es lo único que quiero: estar sola. Se me queda mirando, pero siento como si mirara a la que solía ser, su niñita de coletas y dientes torcidos que juraba ser una Chica Superpoderosa. Es extraño, pero también es como una cobija en la que quisiera que me envolvieran.

—Te quiero —dice.

—Yo también.

Se levanta y extiende las manos.

—Vamos. Hay que prepararte algo de comer.

Caminamos lentamente hacia la cocina. Jesús Negro está colgado de la cruz en una pintura sobre la pared del pasillo y, en la foto que está junto a él, Malcolm X sostiene una escopeta. Nana todavía se queja de que esas imágenes estén colgadas una junto a la otra.

Vivimos en su antigua casa. Se la dejó a mis padres después de que mi tío Carlos la llevó consigo a su gigantesca casa del barrio residencial. El tío Carlos siempre estaba intranquilo porque Nana vivía sola en Garden Heights, en especial por los allanamientos y robos que parecen sucederle más a la gente mayor. Pero Nana no se considera vieja. Se rehusó a irse, diciendo que era su hogar y que ningún maleante la iba a correr de ahí, ni siquiera cuando entraron y le robaron la televisión. Un mes después, el tío Carlos dijo que él y la tía Pam necesitaban que ella les ayudara con los niños. Como, según Nana, la tía Pam *no es capaz de cocinar un carajo para alimentar a esas pobres criaturas*, finalmente accedió a mudarse. Pero nuestra casa no ha perdido su esencia, con su aroma permanente a pétalos, papel tapiz de flores y detalles en rosa en casi cada habitación.

Papá y Seven están hablando en la cocina. Se callan en cuanto entramos.

—Buenos días, mi niña —papá se levanta de la mesa y me besa en la frente—. ¿Dormiste bien?

—Sí —le miento mientras me guía hasta una silla. Seven sólo se me queda mirando.

Mamá abre el refrigerador, cuya puerta está repleta de menús de comida para llevar e imanes con forma de fruta.

—Muy bien, Munch —me dice—, ¿quieres tocino de pavo o normal?

—Normal —me sorprende que me den la opción. Nunca comemos cerdo. No somos musulmanes, sino algo así como *crisulmanes*. Mamá se volvió miembro de la Iglesia de Cristo desde antes de nacer. Papá cree en Jesús Negro, pero sigue el Programa de los Diez Puntos de los Panteras Negras más que los Diez Mandamientos. Coincide en algunas cosas con la Nación del Islam, pero no ha podido superar el hecho de que quizá fueron ellos los que mataron a Malcolm X.

—Cerdo en mi casa —refunfuña papá, y se sienta junto a mí. Seven esboza una sonrisita burlona frente a él. Seven y papá parecen esas fotos que

muestran la progresión de la edad, las que te muestran cuando alguien desapareció durante mucho tiempo. Basta meter a mi hermanito, Sekani, ahí dentro, y tienes a la misma persona a los ocho, a los diecisiete y a los treinta y seis años. Son morenos oscuro, esbeltos, y tienen cejas gruesas y pestañas largas que casi parecen femeninas. Las rastas de Seven están lo suficientemente largas como para darle una cabeza entera de cabello tanto a papá, calvo, como a Sekani, que tiene el pelo corto.

En cuanto a mí, es como si Dios hubiera mezclado los tonos de piel de mis padres en una cubeta de pintura para obtener mi tez medio morena. Heredé las pestañas de papá... aunque también tengo la maldición de sus cejas. Más allá de eso, me parezco principalmente a mamá, con ojos grandes de un tono marrón y una frente quizás un poco demasiado amplia.

Mamá camina por detrás de Seven y le aprieta el hombro.

—Gracias por quedarte con tu hermano anoche para que pudiéramos... — se le quiebra la voz, pero el recordatorio de lo que pasó queda suspendido en el aire. Se aclara la garganta—. Lo apreciamos mucho.

—No hay problema. Me urgía salir de casa.

—¿King pasó la noche allí? —pregunta papá.

—Como si se hubiera mudado, en realidad. Iesha estaba hablando de cómo podían ser una familia...

—Eh —dice papá—. Es tu mamá, niño. No la llames por su nombre como si fueras un adulto.

—Alguien necesita ser un adulto en esa casa —dice mamá. Saca una sartén y lanza un grito por el pasillo—. Sekani, es la última vez que te lo digo. Si quieres ir a casa de Carlos a pasar el fin de semana, ¡más vale que te levantes! No voy a llegar tarde al trabajo por tu culpa —supongo que tiene que hacer un turno de día para compensar el de anoche.

—Papá, ya sabes lo que va a pasar —dice Seven—. Él la golpeará y ella lo echará de casa. Luego él regresará diciendo que ya cambió. La única diferencia es que esta vez no voy a dejar que me ponga la mano encima.

—Siempre puedes venir a vivir con nosotros —dice papá.

—Lo sé, pero no puedo dejar a Kenya y a Lyric. Ese tonto está lo suficientemente loco como para maltratarlas también a ellas. No le importa

que sean sus hijas.

—Está bien —dice papá—. Pero no lo enfrentes. Si te pone una mano encima, deja que yo me encargue.

Seven asiente y luego me mira. Abre la boca y la deja abierta un rato antes de decirme:

—Siento lo de anoche, Starr.

Finalmente alguien reconoce la nube que se cierne sobre la cocina, lo que por alguna razón es como reconocermé a mí también.

—Gracias —le digo, aunque suena raro decirlo. No merezco tanta compasión. La familia de Khalil, sí.

Sólo se escucha el tocino crujiendo y explotando en la sartén. Es como si yo tuviera puesta una estampilla en la frente que indicara *Frágil*, y en vez de arriesgarse a decir algo que me pueda romper, prefieren guardar silencio.

Pero el silencio es peor.

—Tomé prestada tu sudadera, Seven —mascullo. Es algo que digo sin pensar, pero es mejor que nada—. La azul. Mamá tuvo que tirarla. La sangre de Khalil —trago saliva—. Se manchó con sangre de Khalil.

—Oh...

Es lo único que alguien dice durante un minuto.

Mamá se voltea hacia la sartén.

—Esto no tiene ningún sentido. Ese bebé... —dice con voz áspera—. Sólo era un bebé.

Papá niega con la cabeza.

—Ese niño nunca lastimó a nadie. No se merecía esa mierda.

—¿Por qué le dispararon? —pregunta Seven—. ¿Era una amenaza, o algo así?

—No —digo en voz baja.

Me quedo observando la mesa. Puedo sentir la mirada de todos sobre mí otra vez.

—No hizo nada —digo—. No *hicimos* nada. Khalil ni siquiera llevaba pistola.

Papá suelta el aliento lentamente.

—La gente por acá se va a poner como loca cuando se entere de eso.

—La gente del barrio ya lo está discutiendo en Twitter —dice Seven—. Lo vi anoche.

—¿Mencionaron a tu hermana? —pregunta mamá.

—No. Sólo mensajes de RIP Khalil, al carajo la policía, cosas así. Creo que no conocen los detalles.

—¿Qué me pasará cuando se conozcan los detalles? —pregunto.

—¿A qué te refieres, nena? —pregunta mamá.

—Aparte del oficial, yo soy la única persona que estaba ahí. Y ya han visto cosas así. Acaban en el noticiero nacional. Amenazan de muerte a la gente, la policía los pone en la mira, todo tipo de cosas.

—No voy a dejar que te pase nada —dice papá—. Ninguno de nosotros lo permitirá —se queda mirando a mamá y a Seven—. No le vamos a decir a nadie que Starr estaba ahí.

—¿Sekani debería saberlo? —pregunta Seven.

—No —dice mamá—. Es mejor que no lo sepa. Por ahora guardaremos silencio.

Lo he visto suceder una y otra vez: matan a una persona negra sólo por ser negra, y es como si se abriera la caja de Pandora. Yo misma he tuiteado *hashtags* de RIP, compartido fotos en Tumblr y firmado cada petición que ha salido. Siempre dije que si veía que esto le pasaba a alguien, yo sería la que gritaría más fuerte para asegurarme de que el mundo se enterara de lo ocurrido.

Ahora soy esa persona, y tengo demasiado miedo de hablar.

Quiero quedarme en casa para ver *El príncipe del rap*, mi programa favorito, sin lugar a dudas. Creo que puedo repetir cada episodio palabra por palabra. Sí, es divertidísimo, pero también es como ver partes de mi vida en pantalla. Hasta me siento reflejada en la canción de la serie: De pronto unos maleantes, aún ignoro por qué, buscaron problemas y mataron a Natasha. Mis papás se asustaron, y aunque no me mandaron con mis tíos a un barrio rico, quisieron que estudiara en una presumida escuela privada.

Sólo quisiera ser yo misma en Williamson, como Will era él mismo en Bel-Air.

Además, casi prefiero quedarme en casa para contestar las llamadas de Chris. Después de anoche, siento que es una tontería seguir enojada con él. O podría llamarles a Hailey y Maya, las que según Kenya no cuentan como amigas. Supongo que entiendo por qué lo dice. Nunca las invito a casa. ¿Por qué habría de hacerlo? Viven en pequeñas mansiones. Mi casa sólo es pequeña.

En séptimo grado cometí el error de invitarlas a pasar la noche en casa. Mamá iba a dejarnos pintarnos las uñas, quedarnos despiertas toda la noche y comer toda la pizza que quisiéramos. Iba ser tan increíble como esos fines de semana que pasamos en casa de Hailey. Los que todavía pasamos a veces. Invité a Kenya también, para poder pasar un rato con las tres.

Hailey no vino. Su papá no quería que pasara la noche en el *gueto*. Escuché a mis padres decir eso. Maya vino, pero terminó por pedirles a sus papás que vinieran a recogerla esa misma noche. Hubo una balacera a la vuelta de la esquina, y los disparos la asustaron.

Ahí fue cuando me di cuenta de que Williamson es un mundo, Garden Heights es otro, y tengo que mantenerlos separados.

Pero no importa qué esté pensando en hacer hoy: mis padres tienen sus propios planes para mí. Mamá me dice que me vaya a la tienda con papá. Antes de irse a trabajar, Seven viene a mi habitación con su camiseta polo de Best Buy y sus kakis, y me da un abrazo.

—Te quiero —dice.

¿Ven?, por eso odio que alguien muera. La gente hace cosas que normalmente no haría. Hasta mamá me abraza más tiempo y con más fuerza y más compasión que cuando lo hace *porque sí*. Sekani, por otro lado, me roba el tocino del plato, fisga en mi teléfono y me pisa el pie a propósito al salir. Lo amo por eso.

Le llevo un plato de comida para perros y sobras de tocino a nuestro pit bull, Brickz. Papá le puso ese nombre, que quiere decir ladrillos, porque siempre ha sido así de pesado. En cuanto me ve, pega un salto y forcejea para soltarse de la cadena. Y cuando me acerco lo suficiente, el pedazo de

hiperactivo salta hacia mí y casi me tumba.

—¡Quieto! —le digo. Se agazapa sobre el césped y se me queda mirando, gimoteando con sus grandes ojos de cachorro. Es la versión Brickz de una disculpa.

Sé que los pit bull pueden ser agresivos, pero la mayor parte del tiempo Brickz es un bebé. Un bebé *muy grande*. Claro que si alguien pretendiera entrar a robar en casa o algo así, no se toparía con el bebé Brickz.

Mientras alimento a Brickz y le vuelvo a llenar el plato de agua, papá recoge manojos de col de su jardín. Corta rosas que tienen brotes tan grandes como la palma de mi mano. Papá pasa horas aquí afuera cada noche, plantando, arando y hablando. Dice que un buen jardín necesita una buena conversación.

Media hora después, estamos en su camioneta con las ventanas abajo. En la radio, Marvin Gaye pregunta *qué está pasando*. Todavía está oscuro, aunque el sol ya se asoma entre las nubes, y casi no hay nadie afuera. Se puede escuchar el estruendo de los camiones de doble remolque en la autopista cuando es tan temprano.

Papá tararea con Marvin, pero desafina más que un gato en celo. Lleva puesto un jersey de los Lakers sin camisa abajo, y revela los tatuajes que le cubren los brazos. Una de mis fotos de bebé, grabada permanentemente en su brazo y con la frase *Algo por lo que vale la pena vivir, algo por lo que vale la pena morir* escrita debajo, me devuelve la sonrisa. Seven y Sekani están en su otro brazo con la misma frase. Cartas de amor en su forma más simple.

—¿Quieres hablar de lo de anoche? —pregunta.

—Mejor no.

—Está bien. Cuando quieras.

Otra carta de amor en su forma más simple.

Giramos sobre la avenida Marigold, donde Garden Heights está despertando. Algunas señoras con mascaradas floreadas salen de la lavandería cargando grandes cestos de ropa. El señor Reuben quita el candado a las cadenas de su restaurante. Su sobrino, Tim, el cocinero, se recarga contra la pared y se limpia la modorra de los ojos. La señorita Yvette bosteza mientras entra en su salón de belleza. Las luces están encendidas en la licorería Top

Shelf Wine & Spirits, pero siempre lo están.

Papá se estaciona frente a la abarrotería Carter, la tienda de nuestra familia. La compró cuando yo tenía nueve años, después de que el dueño anterior, el señor Wyatt, dejara Garden Heights para ir a sentarse a la playa todo el día y ver a las muchachas bonitas (palabras de él, no mías). El señor Wyatt fue la única persona que contrató a papá cuando salió de la cárcel, y luego dijo que él era la única persona en quien confiaba para administrar la tienda.

Comparada con el Walmart que está en el lado este de Garden Heights, nuestra tienda es minúscula. Las ventanas y la puerta están protegidas con barras de metal pintadas de blanco. Hacen que la tienda parezca una cárcel.

El señor Lewis, de la peluquería de al lado, está parado enfrente con los brazos cruzados sobre su enorme barriga. Mira a papá con los ojos entornados.

Papá suspira.

—Ahí vamos.

Bajamos rápidamente. El señor Lewis hace algunos de los mejores cortes de pelo en Garden Heights —el *high-top fade* de Sekani, con las puntas muy altas en la parte de arriba y degradado en las sienes, es prueba fehaciente de ello— pero él mismo lleva un afro desordenado. Su estómago estorba la vista de sus pies, y desde que murió su esposa nadie le ha dicho que lleva los pantalones demasiado cortos y que sus calcetines no siempre combinan. Hoy, uno es de rayas y el otro de rombos.

—La tienda solía abrir a las cinco cincuenta y cinco en punto —dice—. ¡Cinco cincuenta y cinco!

Son las 6:05.

Papá abre a la puerta de enfrente.

—Lo sé, señor Lewis, pero no llevo la tienda como lo hacía Wyatt, ya se lo he dicho.

—Eso me queda claro. Primero quitas sus fotos: quién diablos reemplaza una foto del doctor Martin Luther King por la de un don nadie...

—Huey Newton no es ningún don nadie.

—¡No es ningún doctor King! Y luego contrata a maleantes para trabajar

aquí. Supe que ese chico Khalil hizo que lo mataran anoche. Probablemente vendía esa porquería —la mirada del señor Lewis recorre desde la camiseta de basquetbol de papá hasta sus tatuajes—. Me pregunto de dónde habrá sacado *esa* idea.

Papá aprieta la quijada.

—Starr, ponle la cafetera al señor Lewis.

Para que se largue de una maldita vez: completo la oración.

Activo el interruptor de la cafetera en la mesa de autoservicio, la que Huey Newton vigila desde una foto con el puño levantado como símbolo del Poder Negro.

Se supone que debo reemplazar el filtro y ponerle café y agua frescos, pero por la manera en que habló de Khalil, al señor Lewis le tocará un café hecho con las sobras de ayer.

Cojea entre los pasillos y toma un pan de miel, una manzana y un paquete de queso de puerco. Me da el pan.

—Caliéntalo, niña. Y más vale que no lo cocines de más.

Lo dejo en el microondas hasta que la envoltura de plástico se hincha y se abre. El señor Lewis se lo come en cuanto lo saco.

—¡Está muy caliente! —mastica y sopla a la vez—. Lo calentaste demasiado tiempo, niña. ¡Casi me quemo la boca!

Cuando el señor Lewis se va, papá me guiña el ojo.

Entran los clientes de siempre, como la señora Jackson, que insiste en comprarle verduras a papá y a nadie más. Cuatro chicos de ojos enrojecidos y pantalones holgados compran prácticamente todas las bolsas de frituras que tenemos. Papá les dice que es muy temprano para estar tan fumados, y ellos se ríen con demasiada fuerza. Uno lame su próximo cigarro al salir. Alrededor de las once, la señora Rooks compra unas rosas y botana para su reunión del club de *bridge*. Tiene los ojos mustios y fundas de oro en los dientes incisivos. También su peluca es de color dorado.

—Tienes que poner unos billetes de lotería aquí, cariño —dice mientras papá le cobra y yo guardo sus cosas en bolsas—. ¡Esta noche el premio llega a trescientos millones!

Papá sonrío.

—¿En serio? ¿Y usted qué haría con todo ese dinero, señora Rooks?

—*Miiierda*. Cariño, la pregunta es qué *no haría* con todo ese dinero. Dios sabe que me montaría en el primer avión que me sacara de aquí.

Papá ríe.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces quién nos haría esos pasteles *red velvet* tan deliciosos?

—Alguien más, porque yo ya no estaría —señala al mostrador con cigarrillos que está detrás de nosotros—. Cariño, pásame una cajetilla de Newport.

Ésos también son los favoritos de Nana. Solían ser los favoritos de papá antes de que yo le rogara que dejara de fumar. Le paso una cajetilla a la señora Rooks.

Ella me mira fijamente momentos después, golpeando la cajetilla contra la palma de su mano, y espero *eso*. La compasión.

—Cariño, escuché lo que le pasó al nieto de Rosalie —dice—. Lo siento tanto. Ustedes eran amigos, ¿no es así?

El *eran* me duele, pero sólo contesto:

—Sí, señora.

—¡Mmmm! —niega con la cabeza—. Dios, ten piedad de nosotros. Casi se me rompe el corazón cuando lo supe. Intenté ir a ver a Rosalie anoche, pero ya había demasiada gente en su casa. Pobre. Con todo lo que está viviendo, y ahora esto. Barbara dijo que Rosalie no está segura de cómo pagará el entierro. Estamos viendo si juntamos algo de dinero entre todos. ¿Crees que podrías ayudarnos, Maverick?

—Claro que sí. Díganme qué necesitan, y está hecho.

Irradia una sonrisa con esos dientes de oro.

—Chico, qué gusto ver hasta dónde te trajo el Señor. Tu madre estaría orgullosa.

Papá asiente con pesadumbre. La abuela se fue hace diez años: lo suficiente como para que papá no llore todos los días, pero tan reciente que si alguien la menciona, se deprime.

—Y mira a esta niña —dice la señora Rooks, mirándome—. Es Lisa hasta el último hueso. Maverick, más vale que la cuides. Estos chicos de por acá

van a empezar a intentarlo.

—Más vale que se cuiden ellos. Ya sabes que eso no lo voy a tolerar. No puede salir con nadie hasta que cumpla los cuarenta.

Mi mano vaga hacia mi bolsillo, pensando en Chris y sus mensajes. Mierda, dejé mi teléfono en casa. No necesito decir que papá no sabe absolutamente nada de él. Ya llevamos más de un año juntos. Seven lo sabe, porque lo conoció en la escuela, y mamá lo dedujo cuando Chris empezó a visitarme en casa del tío Carlos, diciendo que era mi amigo. Un día entraron el tío Carlos y ella mientras nos besábamos, y dijeron que los amigos no se besan así. Nunca había visto a Chris ponerse tan rojo en mi vida.

Ella y Seven aceptan que yo salga con Chris, aunque, si por Seven fuera, vestiría los hábitos. En fin... No tengo las agallas para decírselo a papá. Y no es sólo porque no quiere que salga con nadie todavía. El asunto principal es que Chris es blanco.

Al principio pensaba que mamá me diría algo al respecto, pero se puso en plan: *puede tener más lunares que un dálmata mientras no sea un criminal y te trate bien*. Papá, por otro lado, se la pasa despotricando sobre cómo Halle Berry *se comporta como si ya no pudiera salir con otros hermanos*, y lo mal que está eso. Me refiero a que cada vez que descubre que alguien negro sale con alguien blanco, de repente les ve algo malo. Y no quiero que me mire así.

Por suerte mamá no se lo ha contado. Se rehúsa a ponerse en medio de esa pelea. Es mi novio y es mi responsabilidad contárselo a papá.

La señora Rooks se va. Segundos después, suena la campana. Kenya entra a la tienda pavoneándose. Sus zapatos deportivos están lindos: unos Bazooka Joe Nike Dunk que no he agregado a mi colección. Kenya siempre usa el último modelo.

Se dirige al pasillo, por lo de siempre.

—Hola, Starr. Hola, tío Maverick.

—Hola, Kenya —contesta papá, aunque no es su tío, sino el papá de su hermano—. ¿Todo bien?

Ella vuelve con su típica bolsa jumbo de Hot Cheetos y un Sprite.

—Sí. Mamá quiere saber si mi hermano pasó la noche con ustedes.

Otra vez se refiere a Seven como *mi hermano*, como si fuera la única que

tuviera derecho a serlo. Es molesto como el carajo.

—Dile a tu mamá que la llamará más tarde —responde papá.

—*Okay* —Kenya paga sus cosas y me mira a los ojos. Ladea un poco la cabeza.

—Voy a barrer los pasillos —le digo a papá.

Kenya me sigue. Tomo la escoba y voy al pasillo de frutas y verduras, al otro lado de la tienda. A esos chicos de ojos rojos se les cayeron unas uvas cuando las probaban, antes de salir. Apenas comienzo a barrer cuando Kenya empieza a hablar.

—Supe lo de Khalil —dice—. Lo siento, Starr. ¿Estás bien?

Me obligo a asentir.

—Yo... es que no lo puedo creer, ¿sabes? Llevaba un tiempo sin verlo, pero...

—Duele —Kenya dice lo que yo no puedo.

—Sí.

Mierda, siento las lágrimas. No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar...

—Como que esperaba que estuviera aquí cuando entré —dice con voz suave—. Como solía estar. Metiendo las compras en bolsas, con ese delantal horrendo.

—El verde —mascullo.

—Sí. Hablando de cómo las mujeres aman a los hombres de uniforme.

Me quedo mirando el piso. Si lloro ahora, es posible que no me detenga jamás.

Kenya abre la bolsa de Hot Cheetos y me ofrece. Comida para reconfortar.

Meto la mano y tomo un par.

—Gracias.

—No hay de qué.

Masticamos Cheetos. Se supone que Khalil debería estar aquí con nosotras.

—Entonces —digo, y la voz suena áspera—, ¿tú y Denasia pelearon anoche?

—Chica —su voz suena como si llevara horas esperando para soltar esta historia—. DeVante se acercó justo antes de que todo enloqueciera. Me pidió mi número de teléfono.

—Pensé que era novio de Denasia.

—DeVante no es del tipo que se deje atar. De todos modos, Denasia se acercó para provocar algo, pero comenzaron los disparos. Acabamos corriendo por la misma calle, y le di un golpe en el trasero. ¡Fue genial! ¡Debiste verlo!

Habría preferido eso en lugar de al oficial Ciento Quince. O a Khalil mirando el cielo fijamente. O toda esa sangre. Se me vuelve a revolver el estómago.

Kenya agita la mano frente a mí.

—Hey, ¿estás bien?

Parpadeo para alejar la imagen de Khalil y del policía.

—Sí. Estoy bien.

—¿Segura? Estás muy callada.

—Sí.

Lo deja pasar, y permito que me platique sobre la segunda ronda que tiene planeada para Denasia.

Papá me llama al mostrador. Cuando llego, me pasa un billete de veinte.

—Tráeme unas costillas de res de Reuben's y una...

—Ensalada de papa y okra frita —completo. Pide lo mismo todos los sábados.

Me besa la mejilla.

—Conoces a tu papá. Cómprate lo que quieras, nena.

Kenya me sigue fuera de la tienda. Esperamos a que un auto pase con la música a todo volumen; el conductor va tan inclinado para atrás que parece como si sólo la punta de su nariz asintiera al ritmo de la canción. Cruzamos la calle hasta Reuben's.

El olor a ahumado nos llega hasta la acera, y una canción de *blues* se derrama hacia fuera. Adentro, las paredes están forradas de fotos de líderes de los derechos civiles, políticos y celebridades que han comido ahí, como James Brown, o Bill Clinton antes del *bypass* que le pusieron en el corazón.

Hay una foto del doctor King junto a un señor Reuben mucho más joven.

Un muro a prueba de balas separa a los clientes del cajero. Me abanico después de unos cuantos minutos de hacer fila. El ventilador sobre la ventana dejó de funcionar hace meses, y el horno calienta todo el edificio.

Cuando llegamos al frente de la fila, el señor Reuben nos saluda desde atrás de la pared divisoria, con su sonrisa que deja ver un hueco entre los dientes.

—Hola, Starr, Kenya. ¿Cómo están?

El señor Reuben es una de las pocas personas por aquí que me llama por mi nombre. De alguna manera recuerda los nombres de todo el mundo.

—Hola, señor Reuben —le digo—. Papá quiere lo de siempre.

Lo anota en una libreta.

—De acuerdo. Res, ensalada de papa, okra. ¿Ustedes querrán alitas con salsa de barbacoa y papas fritas? ¿Con salsa extra para ti, Starr, cariño?

También recuerda los pedidos típicos de todos.

—Sí, señor —decimos.

—Bien. No se han estado metiendo en problemas, ¿cierto?

—No, señor —miente Kenya con facilidad.

—Entonces, ¿qué tal si la casa les invita un panqué? Como premio por su buen comportamiento.

Asentimos y le damos las gracias. Pero, verán, el señor Reuben podría saber acerca de la pelea de Kenya y de cualquier manera le ofrecería panqué. Así de amable es. Les da comida gratis a los chicos si le llevan sus notas de la escuela. Si son buenas, las copia y las pone en el “Muro de las Estrellas”. Si son malas, con la condición de que lo acepten y prometan mejorar, de todos modos les ofrece comida.

—Va a tomar unos quince minutos —dice.

Eso significa *siéntate y espera a que llamen tu número*. Encontramos una mesa junto a unos tipos blancos. Casi nunca se ve gente blanca en Garden Heights, pero cuando es así, casi siempre es en Reuben's. Los hombres miran las noticias en la tele encajada en un rincón del techo.

Mastico unos de los Hot Cheetos de Kenya. Sabrían mucho mejor con salsa de queso.

—¿Ha salido algo en las noticias sobre Khalil?

Ella está más atenta a su teléfono.

—Sí, claro, como si yo viera las noticias. Pero creo que sí vi algo en Twitter.

Espero. Entre la historia de un feo accidente automovilístico y una bolsa de basura llena de cachorros vivos que encontraron en un parque, hay una nota breve sobre un tiroteo que se está investigando, en el que está involucrado un oficial de policía. Ni siquiera mencionan el nombre de Khalil. Qué basura.

Tomamos la comida y nos dirigimos de nuevo a la tienda. Cuando cruzamos la calle, un BMW gris se detiene junto a nosotras, con los bajos retumbando adentro como si al auto le latiera el corazón. La ventanilla del conductor baja, sale humo flotando, y una versión masculina, y de ciento cuarenta kilos, de Kenya nos sonrío.

—¿Qué hay, reinas?

Kenya se asoma por la ventanilla y le besa la mejilla.

—Hola, papá.

—Hola, Starr-Starr —dice—. ¿No vas a saludar a tu tío?

No eres mi tío, quiero decirle. No eres ni mierda mío. Y si vuelves a tocar a mi hermano, te voy a...

—Hola, King —mascullo finalmente.

Se desvanece su sonrisa como si escuchara mis pensamientos. Le da caladas a su puro y exhala el humo por un extremo de la boca. Tiene dos lágrimas tatuadas bajo su ojo izquierdo. Dos vidas que se ha llevado. Por lo menos.

—Veo que acaban de ir a Reuben's. Tomen —saca dos rollos gruesos de dinero—. Para completar lo que se hayan gastado.

Kenya toma uno fácilmente, pero yo no pienso tocar ese sucio dinero.

—No, gracias.

—Vamos, reina —King me guiña el ojo—. Toma un poco de dinero de tu padrino.

—No, ella está bien —dice papá.

Camina hacia nosotros. Papá se recarga contra la ventanilla del auto hasta

quedar al nivel de la mirada de King, y le da la mano con uno de esos saludos con tantos movimientos que te preguntas cómo le hacen para recordarlos.

—Big Mav—dice el papá de Kenya con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué hay, rey?

—No me llames así —papá no lo dice en voz alta ni enojada, sino como yo le diría a alguien que no le pusiera cebolla o mayonesa a mi hamburguesa. Papá me dijo una vez que los papás de King le pusieron el nombre de la misma pandilla a la que se uniría después, y que por eso es importante el nombre. Te define. King se volvió un King Lord desde su primer aliento.

—Sólo le estaba dando un obsequio a mi ahijada —dice King—. Supe lo que le pasó a su amigo. Qué mierda.

—Ya sabes cómo funciona —dice papá—. La policía dispara primero y pregunta después.

—Sin duda. A veces es peor que nosotros —King suelta una carcajada—. Pero, escucha, ando con un asunto de negocios: llega un paquete y necesito un lugar donde guardarlo. Tengo demasiados ojos puestos en la casa de Iesha.

—Ya te dije que esa mierda no va a pasar aquí.

King se acaricia la barba.

—De acuerdo. Así que la gente se sale del juego, olvida de dónde viene, olvida que de no ser por mi dinero no tendría sus tienditas...

—Y si no fuera por mí, tú estarías tras las rejas. Tres años en la penitenciaría estatal, ¿recuerdas esa mierda? Yo no te debo nada —papá se asoma por la ventanilla y dice—: pero si vuelves a tocar a Seven, te voy a moler a palos. Que no se te olvide eso, ahora que volviste con su mamá.

King emite un chasquido con la lengua.

—Kenya, entra al auto.

—Pero, papá...

—¡Te dije que metieras tu trasero en el auto!

Kenya me masculla un adiós. Da la vuelta y entra rápidamente.

—Está bien, Big Mav. Entonces, ¿así están las cosas? —pregunta King.

Papá se endereza.

—Exactamente así.

—Está bien, entonces. Asegúrate de dónde pisas. No se sabe qué podré

hacer.

El BMW arranca a toda velocidad.

CAPÍTULO 4

Esa noche, Natasha intenta convencerme de que la siga al hidrante de agua, y Khalil me ruega que salga a caminar con él.

Fuerzo una sonrisa con los labios temblorosos, y les digo que no puedo pasar el rato con ellos. Insisten, y yo continúo diciendo que no.

La oscuridad se arrastra hacia ellos. Trato de advertirles, pero mi voz no responde. La sombra los traga en un instante. Y ahora se arrastra hacia mí. Retrocedo, sólo para encontrarla detrás de mí...

Despierto. Mi reloj resplandece con los números 11:05.

Como si succionara aire, respiro profundamente. El sudor me pega la camiseta y los shorts de basquetbol a la piel. Cerca de aquí se escucha el ulular de las sirenas, y Brickz y otros perros ladran en respuesta.

Sentada en un costado de mi cama, me froto la cara, como si eso fuera a limpiarme la pesadilla. No hay manera de que vuelva a dormir. Menos, si eso significa volver a verlos.

Tengo la garganta forrada de lija que ruega por agua. Cuando mis pies tocan el suelo frío, se me pone la piel de gallina en todo el cuerpo. Papá siempre pone el aire acondicionado al máximo durante la primavera y verano, por lo que la casa se convierte en un congelador de carne. Los demás morimos de frío, pero él lo disfruta, y dice: *Un poco de frío nunca mató a nadie*. Qué mentira.

Me arrastro por el pasillo y a medio camino, antes de llegar a la cocina, escucho a mamá: *¿Por qué no pueden esperar? Acaba de ver morir a uno de sus mejores amigos. No tiene por qué revivir eso ahora*.

Me detengo. La luz de la cocina se extiende hasta el pasillo.

—Tenemos que investigar, Lisa —dice una segunda voz. Es el tío Carlos, el hermano mayor de mamá—. Queremos la verdad tanto como cualquier otro.

—Querrás decir que quieren justificar lo que hizo ese cerdo —dice papá—. Qué investigación ni qué mierda.

—Maverick, no transformemos esto en algo que no es —dice el tío Carlos.

—Un niño negro de dieciséis años está muerto porque lo mató un policía blanco. ¿Qué otra cosa podría ser?

—¡Sshh! —sisea mamá—. Bajen la voz. A Starr le costó muchísimo trabajo quedarse dormida.

El tío Carlos dice algo, pero en voz demasiado baja como para que pueda escucharlo. Me acerco más a la cocina.

—Esto no tiene que ver con lo negro o lo blanco —dice.

—Patrañas —dice papá—. Si esto fuera Riverton Hills y él se hubiera llamado Richie, no estaríamos teniendo esta conversación.

—Oí decir que pasaba droga —dice el tío Carlos.

—¿Y eso hace que el crimen se justifique? —pregunta papá.

—No dije eso, pero podría explicar la decisión de Brian, si es que se sintió amenazado.

Se me atora un *no* en la garganta que ansía que lo grite. Khalil no era ninguna amenaza esa noche.

¿Y qué hizo que el oficial pensara que era un vendedor de droga?

Espera. *Brian*. ¿Ése es el nombre de Ciento Quince?

—Ah, entonces lo conoces —se burla papá—. No me sorprende.

—Es un colega, sí, y un buen tipo, lo creas o no. Estoy seguro de que esto es duro para él. Quién sabe qué pasó por su cabeza en ese momento.

—Tú mismo lo dijiste: pensó que Khalil era un traficante —dice papá—. Un *maleante*. ¿Pero por qué supuso eso? ¿Cómo? ¿Sólo con mirar a Khalil? Explíqueme eso, detective.

Silencio.

—Para empezar, ¿por qué iba ella en un auto con un camello? —pregunta el tío Carlos—. Lisa, te lo sigo diciendo, tienes que sacarla a ella y a Sekani

de este barrio. Es nefasto.

—Lo he estado pensando.

—Y no nos iremos a ninguna parte —dice papá.

—Maverick, la niña ha sido testigo del asesinato de dos de sus amigos —dice mamá—. ¡Dos! Y sólo tiene dieciséis años.

—¡Y uno fue a manos de una persona que se suponía que debía protegerla! ¿Qué?, ¿crees que por irte a vivir junto a ellos te van a tratar de otra forma?

—¿Por qué para ti siempre tiene que ver con el tema de la raza? —pregunta el tío Carlos—. No nos están matando las demás razas tanto como entre nosotros mismos.

—Ne-gro, por favor. Si yo mato a Tyrone, voy a la cárcel. Si un policía me mata, lo suspenden. Quizá.

—¿Sabes qué? No tiene sentido mantener esta conversación contigo —dice el tío Carlos—. ¿Por lo menos considerarías permitir que Starr hablara con los detectives que manejan el caso?

—Carlos, tal vez deberíamos buscarle un abogado primero —dice mamá.

—Por el momento no es necesario —dice él.

—Como tampoco era necesario que ese puerco jalara el gatillo —dice papá—. ¿En verdad crees que vamos a dejar que hablen con nuestra hija y tergiversen sus palabras porque ella no tiene abogado?

—¡Nadie va a tergiversar sus palabras! Ya te dije, también queremos descubrir la verdad.

—Ah, la verdad ya la sabemos, y no es eso lo que queremos —dice papá—. *Nosotros* queremos justicia.

El tío Carlos suspira.

—Lisa, cuanto antes hable con los detectives, mejor. Será un proceso sencillo. Lo único que tiene que hacer es responder algunas preguntas. Eso es todo. Todavía no hay necesidad de gastar en un abogado.

—Con toda franqueza, Carlos, no queremos que nadie sepa que Starr estaba ahí —dice mamá—. Tiene miedo y yo también. ¿Quién sabe lo que podría pasar?

—Eso lo entiendo, pero te aseguro que estará protegida. Si no confías en

el sistema, ¿al menos puedes confiar en mí?

—No lo sé —dice papá—. ¿Podemos?

—¿Sabes qué, Maverick? Ya me tienes hasta...

—Entonces puedes salir de mi casa.

—¡No sería tu casa si no fuera por mí y por Nana!

—¡Ya basta! —dice mamá.

Cambio mi peso de un pie al otro y, maldita sea, el piso cruje, que es como si sonara una alarma. Mamá lanza una mirada hacia el pasillo, directamente hacia mí.

—Starr, nena, ¿qué haces despierta?

Ya no tengo más opción que entrar en la cocina. Los tres están sentados alrededor de la mesa, mis papás en pijama y el tío Carlos con pantalones deportivos y una sudadera.

—Hola, nena —dice—. No te despertamos, ¿o sí?

—No —respondo y me siento junto a mamá—. Ya estaba despierta. Pesadillas.

Todos me miran con lástima, aunque no lo dije por eso. Detesto la lástima.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto al tío Carlos.

—A Sekani le dolía el estómago y me rogó que lo trajera a casa.

—Y tu tío ya se estaba despidiendo —agrega papá.

La mandíbula del tío Carlos se retuerce. Su rostro se redondeó más desde que lo ascendieron a detective. Tiene la tez *trigueña* de mamá, como la llama Nana, y cuando se enoja, su rostro se torna rojo profundo, como ahora.

—Siento lo de Khalil, nenita —dice—. Justo les decía a tus papás que a los detectives les gustaría que vinieras y respondieras unas cuantas preguntas.

—Pero no tienes que hacerlo si no quieres —dice papá.

—¿Sabes qué...? —empieza a decir el tío Carlos.

—Paren. ¿Pueden hacer el favor? —dice mamá, y me mira—. Munch, ¿quieres hablar con la policía?

Trago saliva. Quisiera poder decir que sí, pero no lo sé. Por un lado, es la policía. No es como si estuviera hablando con cualquiera.

Por otro lado, *es la policía*. Uno de ellos mató a Khalil.

Pero el tío Carlos es policía, y no me pediría que hiciera algo que me perjudicara.

—¿Ayudará a que haya justicia para Khalil? —pregunto.

El tío Carlos asiente.

—Así es.

—¿Estará Ciento Quince ahí?

—¿Quién?

—El oficial, es su número de placa —digo—. Lo recuerdo.

—Ah. No, él no estará ahí. Lo prometo. Todo saldrá bien.

Las promesas del tío Carlos son garantía, incluso a veces más que las de mis padres. Nunca usa esa expresión a menos que la diga absolutamente en serio.

—Está bien —confirmo—. Lo haré.

—Gracias —el tío Carlos se acerca y me da dos besos en la frente, como lo hacía cuando me llevaba a la cama a dormir—. Lisa, tráela después de la escuela el lunes. No deberá tomarle mucho tiempo.

Mamá se levanta y lo abraza.

—Gracias —lo acompaña por el pasillo, hasta la puerta de entrada—. Cuídate, ¿está bien? Y envíame un mensaje cuando llegues a casa.

—Sí, señora. Te pareces a mamá —la molesta él.

—Como sea. Más vale que envíes el mensaje...

—Está bien, está bien. Buenas noches.

Mamá regresa a la cocina, amarrándose la bata.

—Munch, tu papá y yo vamos a visitar a la señorita Rosalie mañana en lugar de ir a la iglesia. Si quieres acompañarnos, serás bienvenida.

—Sí —dice papá—. Y ningún tío te va a presionar para que vayas.

Mamá lo fulmina rápidamente con la mirada, luego se gira hacia mí.

—Entonces, ¿crees que estás lista para eso, Starr?

Hablar con la señorita Rosalie podría ser más difícil que hablar con la policía, a decir verdad. Pero se lo debo a Khalil, visitar a su abuela. Quizás ella no sepa que yo fui testigo del disparo. Pero si de alguna manera lo sabe y quiere averiguar qué sucedió, tiene el derecho a preguntar más que nadie.

—Sí. Iré.

—Entonces, más vale que primero le busquemos un abogado —dice papá.

—Maverick —suspira mamá—. Si Carlos no cree que sea necesario todavía, confío en su juicio. Además, estaré con ella todo el tiempo.

—Qué bueno que alguien confía en su buen juicio —dice papá—. ¿Y en verdad has estado pensando en que nos mudemos? Eso ya lo hablaremos.

—Maverick, no pienso discutir eso esta noche.

—¿Cómo vamos a cambiar las cosas por aquí si...?

—¡Ma-ve-rick! —dice ella con los dientes apretados. Cada vez que mamá pronuncia un nombre así, separándolo en sílabas, más vale cruzar los dedos para que no sea el tuyo—. Te dije que no voy a discutir eso contigo esta noche —ella lo mira de reojo, en espera de respuesta, pero no hay ninguna—. Trata de dormir un poco, nena —me dice, y me besa la mejilla antes de ir a su habitación.

Papá coloca todas las tazas en el lavabo y abre el refrigerador.

—¿Quieres uvas?

—Sí. ¿Por qué pelean tú y el tío Carlos todo el tiempo?

—Porque no hace más que entrometerse —pone en la mesa un plato con uvas blancas—. Ya en serio, nunca le agradé. Pensaba que era una mala influencia para tu mamá. Pero Lisa estaba desatada cuando la conocí, como toda chica que viene de una escuela católica.

—Apuesto a que era más protector con mamá de lo que lo es Seven conmigo.

—Así es —dice—. Carlos se comportaba como si fuera su padre. Cuando estuve preso, se los llevó a todos a vivir con él y me bloqueó las llamadas. Hasta la llevó a ver a un abogado experto en divorcios —me sonrío—. Pero no pudo deshacerse de mí.

Yo tenía tres años cuando papá fue a la cárcel, seis cuando salió. Muchos de mis recuerdos lo incluyen, pero otros no: el primer día de clases, la primera vez que se me cayó un diente, la primera vez que anduve en bicicleta. En esos recuerdos, el rostro del tío Carlos está donde debería estar el de papá. Creo que ésa es la verdadera razón por la que siempre pelean.

Papá tamborilea sobre la superficie de caoba de la mesa del comedor, marcando el ritmo, *tun-tun-tun*.

—Las pesadillas desaparecerán después de un tiempo —dice—. Siempre son peores justo después.

Así fue con Natasha.

—¿A cuánta gente has visto morir?

—La suficiente. Lo peor fue cuando mataron a mi primo André —sus dedos parecen rastrear por instinto el tatuaje que tiene en el antebrazo, una *A* con una corona encima—. Una venta de drogas se convirtió en robo y le dispararon dos veces en la cabeza. Justo frente a mí. Unos cuantos meses antes de que nacieras tú, de hecho. Por eso te puse de nombre Starr, *estrella* —me dirige una pequeña sonrisa—. Mi luz durante toda esa oscuridad.

Se come unas uvas.

—Que no te asuste lo del lunes. Di la verdad a la policía, y no dejes que hablen por ti. Dios te dio un cerebro. No necesitas el suyo. Y recuerda que no hiciste nada malo... el puerco lo hizo. No dejes que te hagan pensar lo contrario.

Algo me está molestando. Se lo quería preguntar al tío Carlos, pero no pude. Con papá es distinto. Mientras que el tío Carlos, de alguna manera, cumple las promesas imposibles, papá siempre es sincero conmigo.

—¿Crees que la policía quiere que haya justicia para Khalil? —le pregunto.

Tun-tun-tun. Tun... tun... tun. La verdad prodiga sombras sobre la cocina; la gente como nosotros en situaciones como ésta se convierte en un hashtag, pero rara vez obtiene justicia. Sin embargo, creo que todos esperamos esa única vez, esa única vez en la que todo termine bien.

Quizás ésta pueda serlo.

—No lo sé —dice papá—. Supongo que lo descubriremos.

La mañana del domingo nos estacionamos frente a una pequeña casa amarilla. Hay flores de brillantes colores que brotan bajo el cobertizo del frente. Solía sentarme con Khalil en esa entrada.

Mis papás y yo bajamos de la camioneta. Papá lleva una charola de lasaña cubierta de papel aluminio que preparó mamá. Sekani dijo que todavía no se

sentía bien, así que se quedó en casa. Seven está con él. Pero yo no creo que esté *enfermo*: Sekani siempre adquiere algún tipo de virus en cuanto se acerca el final de las vacaciones de Semana Santa.

Al subir por el sendero de la casa de la señorita Rosalie, me lleno de recuerdos. Tengo los brazos y las piernas tatuados de cicatrices por las caídas en este concreto. Una vez iba montada sobre el *scooter* y Khalil me empujó porque me había saltado su turno. Cuando me levanté, le faltaba piel a casi toda mi rodilla. Nunca había gritado tan fuerte.

Jugábamos y saltábamos la cuerda en este sendero. Al principio, Khalil no quería jugar porque decía que eran juegos de niña. Pero siempre se daba por vencido cuando Natasha y yo decíamos que el ganador se llevaría un raspado de Kool-Aid, o un paquete de caramelos suaves. La señorita Rosalie era la *Señora de los Dulces* del barrio.

Yo pasaba casi tanto tiempo en su casa como en la mía. Mamá y la hija menor de la señorita Rosalie, Tammy, fueron amigas íntimas en la infancia. Cuando mamá se embarazó de mí, estaba en su último año de bachillerato, y Nana la echó de casa. La señorita Rosalie la acogió hasta que mis padres finalmente consiguieron un departamento propio. Mamá dice que la señorita Rosalie fue una de las personas que más la apoyó, y que hasta lloró en su graduación como si fuera su madre.

Tres años después, la señorita Rosalie nos vio a mamá y a mí en la abarrotería Wyatt's, muchísimo antes de que se convirtiera en nuestra tienda. Le preguntó a mamá cómo le estaba yendo en la universidad. Mamá le contó que papá estaba en la cárcel, que ella no podía pagar la guardería y que Nana no quería cuidarme porque yo no era su bebé, y por lo tanto no era su problema, así que mamá estaba pensando en abandonar la escuela. La señorita Rosalie le dijo que me llevara a su casa al día siguiente y que más le valía no mencionar la palabra pago. Ella me cuidó a mí y luego a Sekani durante todo el tiempo que mamá estuvo en la escuela.

Mamá toca a la puerta, sacudiendo el mosquitero. La señorita Tammy está ahí, con una pañoleta envuelta en la cabeza, camiseta y pantalones deportivos. Le quita los ganchos, mientras grita por encima del hombro:

—Mamá, son Maverick, Lisa y Starr.

La sala tiene exactamente el mismo aspecto que cuando Khalil y yo jugábamos a las escondidas en ella. Todavía hay una funda de plástico en el sofá y en el sillón reclinable. Si te sientas demasiado tiempo ahí durante el verano y usas pantalones cortos, el plástico prácticamente se te adhiere a las piernas.

—Hola, Tammy, nena —dice mamá, y se abrazan largo y tendido—. ¿Cómo va todo?

—Aquí estamos —la señorita Tammy abraza a papá y luego a mí—. Pero odio que ésta sea la razón por la que tengas que venir a casa.

Es tan raro ver a la señorita Tammy. Se ve igual que la mamá de Khalil, la señorita Brenda, si ella no se metiera *crack*. Es muy parecida a Khalil. Tiene los mismos ojos color avellana y hoyuelos en las mejillas. Una vez Khalil dijo que hubiera preferido que la señorita Tammy fuera su mamá para poder irse a vivir a Nueva York. Yo solía bromear y decirle que ella no tenía tiempo para él. Quisiera no haberle dicho eso jamás.

—¿Dónde quieres que ponga esta lasaña, Tam? —le pregunta papá.

—En el refrigerador, si encuentras espacio —dice, mientras él se dirige a la cocina—. Mamá dice que la gente trajo comida todo el día de ayer. Todavía le seguían trayendo anoche, cuando llegué. Parece como si todo el barrio hubiera pasado a hacer una visita.

—Así es el Jardín —dice mamá—. Si la gente no puede hacer otra cosa, cocina.

—Vaya que es cierto —la señorita Tammy señala el sofá—. Siéntense.

Mamá y yo nos sentamos, y papá regresa y nos acompaña. La señorita Tammy se sienta en el sillón reclinable donde normalmente se sienta la señorita Rosalie. Me ofrece una sonrisa triste.

—Starr, ¿sabes?, en verdad que has crecido desde la última vez que te vi. Tú y Khalil, los dos, crecieron tan...

Se le quiebra la voz. Mamá extiende la mano y le acaricia la rodilla. Le toma un segundo a la señorita Tammy, pero respira profundamente y me vuelve a sonreír.

—Me da gusto verte, nena.

—Sabemos que la señorita Rosalie nos va a decir que está perfectamente

bien, Tam —dice papá—, ¿pero cómo se encuentra realmente?

—Estamos avanzando día a día. Por suerte la quimioterapia está funcionando. Espero poder convencerla de que se vaya a vivir conmigo. Así puedo asegurarme de que consiga sus recetas médicas —suspira por la nariz—. No tenía la menor idea de que mamá tuviera las dificultades que tiene. Ni siquiera sabía que había perdido su trabajo. Ya saben cómo es. Nunca quiere pedir ayuda.

—¿Y qué hay de la señorita Brenda? —pregunto. Lo tengo que hacer. Khalil lo habría hecho.

—No lo sé, Starr. Bren... es complicado. No la hemos visto desde que nos dieron la noticia. No sabemos dónde está. Pero si la encontramos... no sé qué haremos.

—Les puedo ayudar a encontrar una clínica de rehabilitación cerca de ustedes para ella —dice mamá—. Pero tiene que querer dejar las drogas.

La señorita Tammy asiente.

—Y ése es el problema. Pero creo... creo que esto la llevará a buscar ayuda finalmente, o la empujara al abismo. Espero que sea lo primero.

Cameron toma la mano de su abuela mientras la lleva a la sala como si fuera la reina del mundo vestida en bata. Parece más delgada, pero fuerte para ser alguien que está pasando por quimioterapia y todo esto. La mascada que envuelve su cabeza aumenta su majestuosidad: una reina africana, y todos nos sentimos bendecidos por estar ante su presencia.

Los demás nos paramos.

Mamá abraza a Cameron y le besa una de sus mejillas regordetas. Khalil lo llamaba *Ardilla* por sus mejillas, pero le ponía un alto a cualquiera que estuviera lo suficientemente loco como para decir que su hermanito estaba gordo.

Papá choca palmas con él, y terminan en un abrazo.

—¿Qué hay, hombre? ¿Estás bien?

—Sí, señor.

Una sonrisa grande y amplia se esboza en el rostro de la señorita Rosalie. Extiende los brazos, y doy un paso para adentrarme en el abrazo más emotivo que haya recibido jamás de alguien que no sea mi pariente. Además, no hay

lástima. Sólo amor y fuerza. Supongo que sabe que necesito un poco de ambas cosas.

—Mi nena —dice. Se mueve hacia atrás y me mira, las lágrimas se desbordan por sus ojos—. Se marchó y se hizo grande.

También abraza a mis padres. La señorita Tammy la deja sentarse en el sillón. La señorita Rosalie palmea en el borde del sofá más cercano a ella, así que me siento ahí. Me sostiene la mano y frota su pulgar por encima.

—Mmmm —dice—. ¡Mmm!

Es como si mi mano le estuviera contando una historia y ella respondiera. La escucha durante un tiempo y luego dice:

—Me da tanto gusto que vinieras. Quería hablar contigo.

—Sí, señora —digo lo que se supone que debo.

—Tú fuiste la mejor amiga que ese niño tuvo jamás.

Esta vez no puedo decir lo que se supone que debo.

—Señorita Rosalie, no estábamos tan unidos como...

—No me importa, nena —dice—. Khalil nunca tuvo otra amiga como tú. Eso es un hecho, lo sé.

Trago saliva.

—Sí, señora.

—La policía me dijo que tú eres la que estaba con él cuando pasó.

Lo sabe.

—Sí, señora.

Estoy en pie sobre unos rieles y observo el tren que avanza a toda prisa hacia mí, me tenso y espero el impacto, el momento en que ella pregunte qué ocurrió.

Pero el tren se desvía hacia otra vía.

—Maverick, él quería hablar contigo. Quería que lo ayudaras.

Papá se endereza.

—¿En serio?

—Así es. Estaba vendiendo esa porquería.

Siento que algo me abandona. Quiero decir, me lo imaginaba, pero saber que es verdad...

Duele.

Juro que quiero maldecir a Khalil. ¿Cómo podía vender la misma porquería que le arrebató a su mamá? ¿Se daba cuenta de que estaba quitándole a su mamá a otro como él?

¿Se daba cuenta de que se si se volvía un *hashtag*, algunas personas lo verían tan sólo como un vendedor de drogas?

Él era mucho más que eso.

—Pero quería dejarlo —dice la señorita Rosalie—. Me dijo: *Abuela, no puedo quedarme en esto. El señor Maverick dice que esto sólo conduce a dos cosas, a la tumba o a la cárcel, y no quiero ninguna de las dos.* Te respetaba, Maverick. Mucho. Fuiste el padre que nunca tuvo.

No lo puedo explicar, pero algo abandona a papá también. Se le nublan los ojos y asiente. Mamá le acaricia la espalda.

—Traté de hacerlo entrar en razón —dice la señorita Rosalie—, pero este barrio hace que los jóvenes se vuelvan sordos a lo que les dicen sus mayores. La parte del dinero no ayudó. Iba por allí, pagando cuentas, comprando Jordan y otras porquerías. Pero sé que recordaba las cosas que le contaste en el transcurrir de los años, Maverick, y eso me dio mucha fe.

”Sigo pensando que, si tan sólo dispusiera de otro día o... —la señorita Rosalie se cubre los labios temblorosos. La señorita Tammy se mueve hacia ella, pero ésta le dice—: Estoy bien, Tam —me mira—. Me da gusto que no estuviera solo, pero me da todavía más gusto saber que fuiste tú la que estuvo con él. Es lo único que necesito saber. No necesito detalles ni nada más. Me basta con saber que estuviste con él.

Como papá, lo único que puedo hacer es asentir.

Pero mientras tomo la mano de la abuela de Khalil, veo la angustia en sus ojos. El hermanito de Khalil ya no puede sonreír. ¿Y qué si la gente termina por pensar que era un maleante y nunca le importa lo que fue de él? A nosotros nos importa.

Khalil nos importa, y no las cosas que hizo. Hay que olvidarse de todo los demás.

Mamá se estira frente a mí y coloca un sobre en el regazo de la señorita Rosalie.

—Queríamos darle esto.

La señorita Rosalie lo abre, y alcanzo a ver un gran fajo de dinero dentro.

—¿Pero qué...? Saben que no puedo aceptar esto.

—Claro que puede —dice papá—. No se nos ha olvidado cómo cuidó a Starr y a Sekani. No íbamos a dejarla con las manos vacías.

—Y sabemos que están tratando de pagar el funeral —dice mamá—. Esperemos que eso ayude. Además, estamos recaudando fondos en el barrio también. Así que no se preocupe por nada.

La señorita Rosalie se enjuga una nueva oleada de lágrimas.

—Les devolveré cada centavo.

—¿Dijimos que tenía que hacerlo? —pregunta papá—. Concéntrese en mejorarse, ¿de acuerdo? Y si se le ocurre darnos dinero, se lo devolveremos de inmediato, lo juro por Dios.

Hay muchas más lágrimas y abrazos. La señorita Rosalie me da un raspado para el camino, con un brillante jarabe rojo encima. Siempre los prepara extradulces.

Mientras nos vamos, recuerdo cómo Khalil solía ir corriendo hasta el coche cuando yo estaba por irme. El sol brillaba en las aceitosas rayas que separaban sus trenzas africanas y el brillo en sus ojos era igual de luminoso. Él tocaba la ventanilla, yo la bajaba, y me decía con una sonrisa chimuela: *Hola, hola, caracola.*

En ese entonces yo soltaba risitas detrás de mi propia boca chimuela. Ahora se me salen las lágrimas. Decir adiós duele más cuando la otra persona ya se fue. Lo imagino parado junto a mi ventanilla, y sonrío por él: *Adiós, corazón de arroz.*

CAPÍTULO 5

El lunes, el día en que se supone debo hablar con los detectives, de repente comienzo a llorar, encorvada sobre mi cama, mientras la plancha que sostengo en mi mano escupe vapor. Mamá la toma antes de que quemé el escudo de Williamson en mi camiseta polo.

Me acaricia el hombro.

—Déjalo salir, Munch.

Desayunamos en silencio a la mesa de la cocina, sin Seven. Pasó la noche en casa de su mamá. Mordisqueo mis *waffles*. Sólo de pensar en ir a la estación con todos esos policías siento náuseas. La comida podría empeorarlo.

Después de desayunar, unimos las manos en la sala como lo hacemos siempre, bajo el póster enmarcado del Programa de los Diez Puntos, y papá nos guía en oración.

—Jesús Negro, cuida a mis niños hoy —dice—. Mantenlos a salvo, aléjalos del mal y ayúdalos a diferenciar entre las serpientes y los amigos. Dales la sabiduría que necesitan para ser fieles a sí mismos.

”Ayuda a Seven con la difícil situación en casa de su mamá, y hazle saber que siempre puede venir a casa. Gracias por la curación milagrosa y repentina de Sekani que, por casualidad, ocurrió después de que supo que iban a comer pizza hoy en la escuela —abro los ojos para ver a Sekani, cuyos ojos y boca están muy abiertos. Suelto una sonrisita burlona y cierro los ojos—. Acompaña a Lisa en la clínica mientras ayuda a tu gente. Ayuda a mi niña a prevalecer en su situación, Señor. Dale tranquilidad, y ayúdala a hablar con la verdad esta tarde. Y finalmente, da fuerza a la señorita Rosalie, a Cameron, a

Tammy y a Brenda mientras pasan por estos momentos difíciles. Rezo en tu nombre glorioso, amén.

—Amén —decimos los demás.

—Papá, ¿por qué me pones en evidencia así frente a Jesús Negro? —se queja Sekani.

—Él sabe la verdad —le dice papá. Le limpia las legañas de los ojos y le endereza el cuello de la camiseta polo—. Estoy tratando de echarle una mano, de conseguir que recibas un poco de misericordia o algo, chico.

Papá me envuelve en un abrazo.

—¿Estarás bien?

Asiento contra su pecho.

—Sí.

Podría quedarme así todo el día; es uno de los pocos lugares donde no existe Ciento Quince y puedo olvidarme de hablar con los detectives, pero mamá dice que tenemos que salir antes de la hora pico.

No se equivoquen, sé conducir. Saqué mi permiso una semana después de cumplir dieciséis años. Pero no puedo tener mi propio auto a menos que lo pague yo misma. Les dije a mis padres que no tengo tiempo para un trabajo además de la escuela y el basquetbol. Me dijeron que entonces tampoco tengo tiempo para salir con un coche. Qué lío.

En un día bueno tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar a la escuela, y cuando hay mucho tránsito, una hora. Sekani no tiene que ponerse los audífonos porque mamá no le grita maldiciones a nadie en la autopista. Tararea las canciones *gospel* del radio, y dice: *Dame fuerza, Señor. Dame fuerza.*

Salimos de la autopista para entrar a Riverton Hills y pasar por todos esos fraccionamientos privados. El tío Carlos vive en uno así. A mí me parece extraño tener una barda alrededor de un fraccionamiento. En serio, ¿quieren mantener a la gente fuera o dentro? Si alguien pusiera una barda alrededor de Garden Heights, sería un poco ambas cosas.

También nuestra escuela está rodeada por una barda, y el campus tiene edificios nuevos y modernos con muchas ventanas y caléndulas que florecen junto a los senderos.

Mamá se une a la fila de autos para la escuela primaria.

—Sekani, ¿trajiste tu iPad?

—Sí, señora.

—¿La credencial para el almuerzo?

—Sí, señora.

—¿Los shorts de deportes? Más vale que hayas tomado los que están limpios.

—Sí, mamá. Ya tengo casi nueve años. ¿No puedes confiar un poco en mí?

Ella sonríe.

—Está bien, gran hombre. ¿Crees que puedas darme algo dulce?

Sekani se inclina sobre el asiento de adelante y le besa la mejilla.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Y no olvides que Seven te llevará a casa hoy.

Él se va corriendo con algunos de sus amigos y se mezcla entre los otros chicos con kakis y camisetas polo. Nos unimos a la fila de mi escuela.

—Está bien, Munch —dice mamá—. Seven te llevará a la clínica después de la escuela, y luego tú y yo iremos a la estación de policía. ¿Estás totalmente segura de que estás lista?

No. Pero el tío Carlos prometió que todo saldría bien.

—Lo haré.

—Está bien. Llámame si crees que no podrás aguantar todo el día en la escuela.

Espera un momento. ¿Podría haberme quedado en casa?

—¿Y entonces para qué me obligaste a venir?

—Porque tienes que salir de casa. Del barrio. Quiero que por lo menos lo intentes, Starr. Esto podrá sonar cruel, pero que Khalil ya no esté vivo no quiere decir que tú tengas que dejar de vivir. ¿Lo entiendes, nena?

—Sí —sé que tiene razón, pero siento como si algo estuviera mal.

Llegamos al frente de la fila.

—Y veamos, no tengo que preguntarte si trajiste unos shorts de deporte geniales, ¿cierto? —dice.

Me río.

—No. *Bye*, mamá.

—*Bye*, nena.

Me bajo del auto. No tendré que hablar de Ciento Quince durante al menos siete horas. No tendré que pensar en Khalil. Sólo tengo que ser la Starr de siempre, en el Williamson de siempre, y pasar un día como siempre. Eso significa cambiar el interruptor de mi cerebro para convertirme en la Starr de Williamson. La Starr de Williamson no habla con lenguaje callejero: si un rapero utiliza alguna expresión determinada, ella no lo hace, aunque sus amigos blancos sí. A ellos, usar ese lenguaje los hace *cool*. A ella, la convierte en una chica del barrio. Cuando la gente la hace enojar, la Starr de Williamson se muerde la lengua para que nadie piense que cumple con el estereotipo de *chica negra irascible*. La Starr de Williamson es alguien a quien puedes acercarte. Nada de miradas asesinas ni de insinuaciones con la mirada, nada de eso. La Starr de Williamson no es conflictiva. Básicamente, la Starr de Williamson no le da razones a nadie para que digan que es del gueto.

No me soporto por hacerlo, pero lo hago.

Me echo la mochila al hombro. Como siempre, es del color de mis Jordan, unos 11 color azul y negro como los que usaba Jordan en *Space Jam*. Tuve que trabajar un mes en la tienda para comprármelos. Odio vestirme como todos los demás, pero *El príncipe del rap* me enseñó algo. Verán, Will siempre usaba la chamarra del uniforme escolar al revés para ser diferente. Yo no puedo ponerme el uniforme al revés, pero puedo asegurarme de que mi calzado sea genial y que mi mochila siempre combine con él.

Entro y me asomo cuidadosamente al patio para ver si están Maya, Hailey o Chris. No los veo, pero noto que la mitad de los chicos están bronceados después de las vacaciones de primavera. Por suerte, yo nací bronceada. Alguien me cubre los ojos.

—Maya, eres tú.

Ella suelta una risita y mueve las manos. No soy nada alta, pero Maya tiene que pararse de puntillas para taparme los ojos. Y la niña quiere jugar como centro en el equipo de basquetbol de la escuela. Se peina con un moño alto porque de seguro cree que eso la hace parecer más alta, pero *no hay*

manera.

—¿Qué pasa, señorita *No Puedo Contestar los Mensajes de Nadie?* — pregunta, y nos damos la mano con nuestro saludo especial. No es complicado como el de papá y King, pero nos basta—. Empezaba a preguntarme si te habían raptado unos extraterrestres.

—¿Qué?

Levanta su teléfono. La pantalla tiene una grieta nueva que se extiende de esquina a esquina. Todo el tiempo se le cae.

—Hace dos días que no me envías un mensaje, Starr— dice—. No está nada bien.

—Ah —casi ni he mirado el teléfono desde que a Khalil... desde el incidente—. Lo siento. Estuve trabajando en la tienda. Sabes la locura que puede llegar a ser. ¿Cómo estuvieron tus vacaciones?

—Bien, supongo —mordisquea unas gomitas agridulces—. Visitamos a mis bisabuelos en Taipéi. Terminé llevándome un montón de gorras y shorts de basquetbol, así que lo único que escuché durante toda la semana fue: *¿Por qué te vistes como un chico?, ¿Por qué practicas un deporte de chicos?*, bla, bla, bla. Y fue horrible cuando vieron una foto de Ryan. ¡Me preguntaron si era un rapero!

Me río y le robo unos cuantos dulces. Resulta que el novio de Maya, Ryan, es el único otro chico negro en undécimo grado, y todos se imaginan que él y yo estamos juntos. Porque parece ser que cuando sólo hay dos de nosotros, tenemos que hacer algún tipo de tontería tipo Arca de Noé y formar pareja para conservar la negrura en nuestra aula. Últimamente estoy muy atenta a mierdas como ésa.

Nos dirigimos a la cafetería. Ya desayuné, pero la cafetería se usa sobre todo para pasar el rato. Nuestra mesa, cerca de las máquinas expendedoras, está casi llena. Hailey está sentada encima y mantiene una acalorada discusión con Luke, de pelo rizado y con hoyuelos en las mejillas. Creo que para ellos es como besarse. Se gustan desde sexto, y si los sentimientos logran sobrevivir a la dificultad del bachillerato, deberían dejarse de juegos y seguir adelante.

Algunas chicas del equipo también están ahí: Jess, la cocapitana, y Britt,

la centro, quien logra que Maya parezca una hormiga. Es medio estereotípico el hecho de que nos sentemos todas juntas, pero así resultaron las cosas. Quiero decir, ¿a quién más podría interesarle oír nuestras quejas sobre las rodillas hinchadas o entender las bromas que inventamos en el autobús después del partido?

Los amigos de Chris del equipo de basquetbol están en la mesa de al lado, molestando a Hailey y a Luke. Chris todavía no ha llegado. Desafortunada y afortunadamente.

Luke nos ve a mí y a Maya, y extiende sus brazos hacia nosotras.

—¡Gracias! Dos seres sensatos que pueden ponerle fin a esta discusión.

Me deslizo sobre la banca, al lado de Jess. Ella descansa la cabeza en mi hombro.

—Llevan quince minutos con esto.

Pobre chica. Le acaricio el cabello. Estoy secretamente enamorada de su corte de pelo tipo *pixie*. No tengo el cuello lo suficientemente largo como para hacerme uno igual, pero su pelo es perfecto. Cada mechón está donde debe estar. Si me gustaran las chicas, en dos patadas saldría con ella por su cabello, y ella saldría conmigo por mis hombros.

—¿De qué se trata esta vez? —pregunto.

—De las Pop Tarts —dice Britt.

Hailey voltea hacia nosotras y señala a Luke con el dedo.

—¿Crearás que este idiota dijo que saben mejor si las calientas en el microondas?

—*Qué ascooo* —digo, en lugar de mi normal *uug*, y Maya pregunta:

—¿Hablas en serio?

—De locos, ¿no? —dice Hailey.

—¡Santo Dios! —exclama Luke—. ¡Sólo te pedí un dólar para comprar una en la máquina!

—No gastarás mi dinero en destrozando una Pop Tart al meterla en el microondas.

—¡Se supone que hay que calentarlas! —discute él.

—En realidad estoy de acuerdo con Luke —dice Jess—. Las Pop Tarts saben mil veces mejor si las calientas.

Muevo el hombro para que no pueda descansar la cabeza en él.

—Ya no podemos ser amigas.

Abre la boca, y luego hace un puchero.

—Está bien, está bien —le digo, y vuelve a reposar la cabeza en mi hombro con una gran sonrisa. Es sumamente extraña. No sé cómo piensa sobrevivir sin mi hombro cuando se gradúe, dentro de unos meses.

—A cualquiera que caliente una Pop Tart habría que arrestarlo —dice Hailey.

—Y ponerlo tras las rejas —digo.

—Y obligarlo a comer Pop Tarts sin calentar hasta que acepten lo buenas que son —agrega Maya.

—Es la ley —termina Hailey, golpeando la mesa como si con eso lo resolviera todo.

—Están mal de la cabeza —dice Luke, bajando de la mesa de un salto. Toca el cabello de Hailey—. Creo que todo ese tinte ya te alteró el cerebro.

Ella le da un manotazo mientras él se aleja. Le agregó rayos azules a su cabello rubio miel y se lo cortó hasta los hombros. Cuando estaba en quinto grado, se lo cortó con unas tijeras durante un examen de matemáticas únicamente porque se le ocurrió. En ese momento me di cuenta de que estaba loca.

—Me gusta el azul, *Hails* —le digo—. Y el corte.

—Sí —sonríe Maya—. Muy Joe Jonas de tu parte.

Hailey voltea la cabeza rápidamente con los ojos centelleantes. Maya y yo nos reímos.

Hay un video en las profundidades de YouTube donde salimos las tres haciendo *playback* de los Jonas Brothers y fingiendo que estamos tocando la guitarra y la batería en la habitación de Hailey. Ella decidió que era Joe, que yo era Nick y Maya, Kevin. En realidad yo quería ser Joe, a quien más amaba en secreto, pero Hailey dijo que era para ella, así que no discutí.

Siempre le permitía hacer lo que quería. Todavía lo hago. Supongo que forma parte de ser la Starr de Williamson.

—¡Tengo que encontrar ese video! —dice Jess.

—Nooo —dice Hailey, deslizándose de la mesa—. No debe ser

encontrado jamás —se sienta frente a nosotras—. Nunca. Nun-ca. Si pudiera recordar la contraseña de esa cuenta, la borraría.

—Ooh, ¿cómo se llamaba esa cuenta? —pregunta Jess—. ¿JoBro Lover o algo así? Espera, no, JoBro *Lova*. A todos nos encantaba escribir mal las cosas en secundaria.

Suelto una sonrisa de superioridad y mascullo:

—Algo así.

Hailey me mira.

—¡Starr!

Maya y Britt ríen.

En momentos como éste, me siento normal en Williamson. A pesar de las reglas que me impongo, encontré mi grupo, mi mesa.

—Está bien —dice Hailey—. Ya vi cómo están las cosas, Maya Jonas y Estrellita de Nick 2000...

—Entonces, Hails —digo, antes de que pueda terminar de decir mi antiguo nombre de usuario. Me dirige una gran sonrisa—. ¿Cómo estuvieron tus vacaciones?

Hailey deja de sonreír y pone los ojos en blanco.

—Uf, una maravilla. Papá y mi adorada madrastra nos arrastraron a Remy y a mí a la casa de Las Bahamas para disponer de un tiempo *en familia*.

Y *bum*. ¿Esa sensación de normalidad? Desapareció. De repente recuerdo lo distinta que soy de la mayoría de los chicos que están aquí. Nadie tendría que arrastrarnos a mí o a mis hermanos a Las Bahamas; llegaríamos nadando si pudiéramos. Para nosotros, unas vacaciones en familia son quedarse en un hotel de la zona con alberca a pasar el fin de semana.

—Suenan como mis papás —dice Britt—. Nos llevaron al Harry Potter World de mierda por tercer año consecutivo. Estoy harta de la Cerveza de Mantequilla y de las fotos cursis de familia con la varita mágica.

Caramba, ¿quién carajos se queja de tener que ir al Harry Potter World? ¿O de la Cerveza de Mantequilla? ¿O de las varitas mágicas?

Espero que ninguna de ellas me pregunte sobre mis vacaciones. Fueron a Taipéi, a Las Bahamas, al Mundo Mágico de Harry Potter. Yo me quedé en el barrio y vi a un policía matar a mi amigo.

—Supongo que lo de Las Bahamas no estuvo tan mal —dice Hailey—. Querían que hiciéramos cosas de familia, pero terminamos por hacer cada uno lo suyo todo el tiempo.

—Querrás decir que me escribías todo el tiempo —dice Maya.

—Era lo mío.

—Cada día, todo el día —agrega Maya—. Ignorando la diferencia de horario.

—Como sea, Pequeña. Ya sabes que te gusta hablar conmigo.

—Oh —digo—. Qué *cool*.

Pero no lo es. Hailey no me envió un solo mensaje de texto durante las vacaciones de primavera. Últimamente, casi ni me habla. Quizás una vez a la semana, cuando antes solía hacerlo todos los días. Algo cambió entre nosotras, y ninguna de las dos lo reconocemos. Nos comportamos de forma normal cuando estamos en Williamson, como ahora. Pero más allá de aquí, ya no somos las mejores amigas, es sólo que... No lo sé.

Además, dejó de seguir mi cuenta de Tumblr.

Ella no tiene la menor idea de que yo lo sé. Una vez publiqué una foto de Emmett Till, un chico de catorce años al que asesinaron por silbarle a una mujer blanca en 1955. Su cuerpo mutilado no parecía algo humano. Hailey me envió un mensaje de texto inmediatamente después, y se puso como loca. Yo pensaba que era porque no podía creer que alguien le hiciera eso a un niño. No. Lo que no podía creer era que yo hubiera compartido una foto tan fea.

No mucho tiempo después, dejó de darle *Me gusta* a mis otras publicaciones y de compartirlas. Revisé mi lista de seguidores. ¡Ay!, Hails ya no me estaba siguiendo. Con el tema de que vivo a cuarenta y cinco minutos, se supone que Tumblr es un territorio sagrado donde se cimienta nuestra amistad. Dejar de seguirme es lo mismo que decir: *Ya no me agradas*.

Quizá soy demasiado susceptible. O quizá las cosas han cambiado, quizá yo he cambiado. Por ahora supongo que seguiremos fingiendo que todo va bien.

Suena la campana. Los lunes, Hailey, Maya y yo tenemos inglés primero. Por el camino inician una gran discusión, que se vuelve pelea, sobre las

categorías de la NCAA (la liga de basquetbol universitario) y la final entre los cuatro mejores equipos. Hailey nació siendo fan de Notre Dame. Maya los detesta de una manera casi insalubre. Me quedo fuera de la discusión. De cualquier forma, la NBA es lo que a mí me interesa.

Bajamos por el pasillo. Chris está parado en la puerta de nuestro salón con las manos metidas en los bolsillos y unos audífonos envueltos alrededor del cuello. Me mira directamente y estira su brazo sobre el marco de la puerta.

Hailey lo mira a él y luego a mí. De un lado al otro, dos veces.

—¿Pasó algo con ustedes?

Mis labios fruncidos probablemente me delatan.

—Sí. Más o menos.

—Este imbécil —dice Hailey, recordándome por qué somos amigas: no necesita detalles. Si alguien me lastima de cualquier manera, automáticamente entra en su lista negra. Todo comenzó en quinto grado, dos años antes de que llegara Maya. Éramos esas chicas *lloronas* que se lamentaban por cualquier estupidez. Yo, por Natasha, y Hailey porque había perdido a su mamá, enferma de cáncer. Cabalgamos juntas sobre las olas del dolor.

Por eso no tiene sentido este asunto raro que sucede ahora entre nosotras.

—¿Qué quieres hacer, Starr? —me pregunta.

No lo sé. Antes de lo de Khalil, planeaba imponerle la ley de hielo a Chris para que le ardiera más que una de esas canciones R&B de los noventa, hechas para escuchar después de una ruptura. Pero después de lo de Khalil, me siento más como una canción de Taylor Swift (sin ofender, estoy jodiendo con lo de Tay-Tay, pero en la escala de novia enojada, no se acerca siquiera a una canción R&B de los noventa). No estoy contenta con Chris, pero lo extraño. *Nos* extraño. Lo necesito tanto que estoy dispuesta a olvidar lo que hizo. Además, me da un miedo del carajo. ¿Alguien con quien sólo llevo un año significa *tanto* para mí? Pero Chris... es distinto.

¿Saben? Le voy a aplicar a Beyoncé. No es tan poderoso como una canción R&B de los noventa, pero es más fuerte que Taylor Swift. Sí. Eso funcionará. Les digo a Hailey y Maya:

—Yo me encargo.

Se apartan para que yo quede entre ellas como si fueran mis guardaespaldas, y vamos juntas a la puerta.

Chris nos hace una reverencia.

—Señoritas.

—¡Muévete! —le ordena Maya. Es gracioso, teniendo en cuenta cuánto la supera Chris en altura.

Él me mira con esos ojos azules. Se bronceó durante las vacaciones. Solía decirle que estaba tan pálido que parecía un malvavisco. Él odiaba que lo comparara con algo de comida. Yo le decía que eso le pasaba por llamarme caramelo. Eso lo calló.

Pero maldita sea. Además, lleva puestos los *Space Jam* 11. Se me había olvidado que decidimos usarlos para el primer día de clases. Le quedan bien. Los Jordan son mi debilidad. No puedo evitarlo.

—Sólo quiero hablar con mi chica —alega.

—No sé quién es éste —digo, aplicándole a Beyoncé como una profesional.

Él suspira por la nariz.

—¿Por favor, Starr? ¿Al menos podemos hablar?

Vuelvo a Taylor Swift porque me dice por favor. Asiento hacia Hailey y Maya.

—Tú la lastimas, y yo te mato —le advierte Hailey, y ella y Maya entran al aula sin mí.

Chris y yo nos alejamos de la puerta. Me recargo contra un casillero y me cruzo de brazos.

—Te escucho —le digo.

Suena una canción instrumental con muchos graves en sus audífonos. Lo más probable es que sea una de las tuyas.

—Siento mucho lo que pasó. Debí haber hablado contigo primero.

Inclino la cabeza.

—Sí hablamos. Una semana antes. ¿Lo recuerdas?

—Lo sé, lo sé. Y te escuché. Sólo quería estar preparado en caso de...

—¿En caso de que pudieras activar los botones correctos y me

convencieras de cambiar de opinión?

—¡No! —levanta las manos para mostrar que se da por vencido—. Starr, sabes que no lo haría... eso no es... lo siento, ¿está bien? Lo llevé demasiado lejos.

Vaya eufemismo. El día antes de la fiesta de Big D, Chris y yo estábamos en su habitación ridículamente grande. El tercer piso de la mansión de sus papás es una *suite* para él, con la ventaja adicional de ser el último hijo de unos padres cuyos otros hijos ya dejaron el nido. Trato de olvidar que tiene a su disposición todo un piso del tamaño de mi casa, y empleados que se parecen a mí.

No es la primera vez que estábamos tonteando, y cuando Chris metió su mano en mi short, pensé que no pasaría nada. Luego me empecé a calentar, y dejé de pensar. En serio, mi proceso de pensamiento se fue por la ventana. Y justo cuando estaba en *ese* momento, se detuvo, metió la mano en el bolsillo y sacó un condón. Enarcó las cejas, pidiéndome en silencio una invitación para hacerlo.

Lo único en lo que pude pensar fue en esas chicas que veo caminando por Garden Heights con un bebé recargado contra la cadera. Condón o no condón, esa mierda sucede.

Me puse como loca. Él sabía que yo no estaba lista para eso, ya lo habíamos hablado, ¿y aun así tenía un condón? Dijo que quería ser responsable, pero que si yo no estaba lista, no estaba lista.

Me fui de su casa exaltada y excitada, que es la peor manera de irse.

Pero es posible que mamá tenga razón. Una vez me dijo que si llegas hasta ahí con un chico, se activan un montón de sentimientos y lo quieres hacer todo el tiempo. Chris y yo llegamos lo suficientemente lejos, y ahora noto absolutamente cada detalle de su cuerpo. Sus fosas nasales que se ensanchan cuando suspira. Su suave cabello castaño que adoro explorar con los dedos. Sus labios suaves, y la lengua que los humedece cada tanto. Las cinco pecas en el cuello, en los puntos perfectos para ser besadas.

Más que eso, recuerdo al chico que pasa casi todas las noches al teléfono conmigo hablando de nada y de todo. Al que le encanta hacerme sonreír. Sí, me enfada a veces, y estoy segura de que yo lo molesto a él, pero

significamos algo el uno para el otro. En realidad, mucho.

Mierda, mierda, mierda, me estoy desmoronando.

—Chris...

Recurre a un golpe bajo, y emite un sonido de caja de ritmos, soltando un *Bum, bum, bum, bum* que me es demasiado familiar.

Lo señalo con el dedo.

—¡No te atrevas!

—*Y ésta es la historia, pongan atención, de cómo mi vida se transformó. Cambió de arriba a abajo lo que nunca pensé y llegué a ser el príncipe de todo Bel-Air.*

Hace la parte instrumental con la técnica de *beatbox* y mueve el pecho y el trasero al ritmo. La gente pasa junto a nosotros, riendo. Un chico silba sugestivamente y alguien grita: *¡Muévela, Bryant!*

Mi sonrisa crece sin que pueda evitarlo.

El príncipe del rap no es sólo mi programa favorito, es nuestro programa favorito. Cuando teníamos 15 años, empezó a seguirme en Tumblr y yo a él. Nos conocíamos de la escuela, pero no nos conocíamos en realidad. Un sábado, compartí un montón de imágenes y videos de *El Príncipe*. Le gustaron y los compartió todos. El siguiente lunes por la mañana, en la cafetería, me invitó Pop Tarts y jugo de uva, y dijo: La primera tía Viv fue la mejor tía Viv.

Fue el principio entre nosotros.

Chris entiende *El príncipe del rap*, y eso le ayuda a entenderme. Una vez hablamos de lo genial que era que Will siguiera siendo él mismo en su nuevo mundo. Se me escapó y dije que desearía ser así en el bachillerato. Chris dijo entonces: ¿Y por qué no puedes, princesa del rap?

Desde entonces, no necesito decidir qué Starr tengo que ser para estar con él. Le gustan las dos. Bueno, las partes que le he mostrado. No revelo algunas cosas, como lo de Natasha. Una vez que descubres lo destrozada que está una persona, es como verla desnuda: ya nunca puedes verla igual.

Me gusta la manera en que me considera ahora, como si fuera una de las mejores cosas en su vida. También él es una de las mejores cosas en la mía.

No puedo mentir: nos dirigen las miradas tipo *¿por qué sale él con ella?*,

que normalmente provienen de alguna chica blanca rica. Yo a veces me pregunto lo mismo. Chris se comporta como si esas miradas no existieran. Cuando me sorprende con cosas como ésta, rapeando y haciendo *beatbox* en medio de un pasillo bullicioso sólo para hacerme sonreír, también yo me olvido de esas miradas.

Comienza el segundo verso, meneando los hombros y mirándome. ¿Y lo peor? El muy retardado sabe que funciona:

—*En Filadelfia yo nací y crecí, vamos nena. Canta conmigo.*

Toma mis manos.

Ciento Quince sigue las manos de Khalil con una linterna.

Le ordena a Khalil que salga con las manos arriba.

Me grita que ponga las manos en el tablero.

Me arrodillo junto a mi amigo muerto en medio de la calle con las manos arriba. Un policía tan blanco como Chris me apunta con la pistola.

Tan blanco como Chris.

Hago un gesto de dolor y se las aparto.

Chris frunce el ceño.

—Starr, ¿estás bien?

Khalil abre la puerta.

—¿Estás bien, Starr?

¡Pum!

Hay sangre. Demasiada sangre.

Suena de nuevo la campana, y me sacude de vuelta al Williamson normal, donde no soy la Starr normal.

Chris se inclina hacia abajo y pone su rostro frente al mío. Mis lágrimas lo nublan.

—¿Starr?

Son unas cuantas lágrimas, sí, pero me siento expuesta. Me doy la vuelta para ir a clase, y Chris me toma del brazo. Me desprendo y le doy la espalda.

Él levanta las manos, se da por vencido.

—Lo siento. Quería...

Me limpio los ojos y entro a clases. Chris está justo detrás de mí. Hailey y Maya le lanzan las miradas más asesinas posibles. Me siento frente a Hailey.

Ella me aprieta el hombro.

—Ese pedazo de imbécil.

Nadie en la escuela mencionó a Khalil hoy. Odio admitirlo, porque es como mostrarle el dedo medio, pero siento alivio.

Como ya terminó la temporada de basquetbol, me voy junto con todos. Tal vez por primera vez en mi vida desearía que no fuera el final de las clases. Estoy cada vez más cerca de hablar con la policía.

Hailey y yo caminamos hasta el otro lado del estacionamiento con los brazos enlazados. Maya tiene un chofer que la recoge. Hailey tiene su propio coche, y yo tengo un hermano con coche; siempre salimos caminando juntas.

—¿Estás absolutamente segura de que no quieres que le patee el trasero a Chris? —pregunta Hailey.

Les conté a ella y a Maya sobre el Señor Condón y, por lo que a ellas respecta, Chris está desterrado para toda la eternidad a la Tierra de los Cretinos.

—Sí —digo por enésima vez—. Qué violenta eres, Hails.

—Cuando de mis amigos se trata, posiblemente. Pero en serio, ¿por qué lo intentó siquiera? Dios, los chicos y su maldita calentura.

Suelto un bufido.

—¿Es por eso que tú y Luke no están juntos todavía?

Me da un codazo suave.

—Cállate.

Me río.

—¿Por qué no admites que te gusta?

—¿Qué te hace pensar que me gusta?

—¿En serio, Hailey?

—Como sea, Starr. Esto no tiene nada que ver conmigo. Tiene que ver contigo y tu novio, el maniático sexual.

—No es un maniático sexual —le digo.

—¿Cómo lo llamarías entonces?

—Estaba caliente en ese momento.

—¡Es lo mismo!

Trato de no reír y ella hace lo mismo, pero pronto nos gana la risa. Dios, se siente tan bien ser la Starr y la Hailey de siempre. Todo esto hace que me pregunte si algo ha cambiado o es sólo mi imaginación.

Nos despedimos a medio camino entre el auto de Hailey y el de Seven.

—Sigue sobre la mesa la oferta de patearle el trasero —me grita.

—¡Bye, Hailey!

Me alejo caminando, frotándome los brazos. La primavera parece haber tenido una crisis de identidad y siento frío. A unos cuantos pasos, Seven mantiene la mano sobre su auto mientras habla con su novia, Layla. Él y su maldito Mustang. Lo toca más que a Layla. A ella obviamente no le importa. Juega con una rasta que a él le cae junto al rostro y que no se recogió en la coleta. Algo digno de levantar la mirada al cielo. Algunas chicas hacen demasiado. ¿No puede jugar con los rizos de su propia cabeza?

Ya en serio, no tengo problemas con Layla. Es una *geek* como Seven, lo suficientemente inteligente como para ir a Harvard aunque irá a Howard, y tan dulce. Es una de las cuatro chicas negras en la clase de último grado, y si Seven sólo quiere salir con chicas negras, escogió a una estupenda.

Me acerco a ellos y digo:

—*Ejem-ejem.*

Seven no le quita los ojos de encima a Layla.

—Ve a firmar para que dejen salir a Sekani.

—No puedo —le miento—. Mamá no me puso en la lista.

—Sí que lo hizo. Ve.

Me cruzo de brazos.

—No pienso caminar al otro lado del campus para ir por él y luego regresar. Podemos pasar por él cuando vayamos de camino.

Me mira de reojo, pero estoy demasiado cansada para todo esto, y hace frío. Seven besa a Layla y da la vuelta al coche hasta llegar a la puerta del conductor.

—Como si fuera una larga caminata —masculla.

—Como si no pudiéramos pasar por él a la salida —digo, y me meto en el coche.

Enciende el auto. Desde la bocina del iPod de Seven suena esa linda remezcla que Chris hizo de Kanye y de mi otro futuro marido, J. Cole. Maniobra entre el tránsito del estacionamiento para llegar a la escuela de Sekani. Seven firma para sacarlo de sus clases extracurriculares, y nos vamos.

—Tengo hambre —gimotea Sekani antes de que hayan pasado siquiera cinco minutos de haber salido del estacionamiento.

—¿No te dieron nada de comer en la escuela? —pregunta Seven.

—¿Y? Todavía tengo hambre.

—Pedazo de glotón —dice Seven, y Sekani pateo el respaldo de su asiento. Seven ríe—. ¡Está bien, está bien! Mamá me pidió que llevara algo de comida a la clínica de todos modos. Te compraré algo también —mira a Sekani por el espejo retrovisor—. ¿Te parece bien...?

Seven se paraliza. Apaga la música de Chris y baja la velocidad.

—¿Por qué apagaste la música? —pregunta Sekani.

—Silencio —sisea Seven.

Nos detenemos en el semáforo rojo. Una patrulla de Riverton Hills se acomoda junto a nosotros.

Seven se endereza y mira directamente hacia el frente, casi sin parpadear y aferrado al volante. Sus ojos se mueven un poco, como si quisiera voltear a mirar el auto de la policía. Traga saliva con fuerza.

—Vamos, luz —reza—. Vamos.

Me quedo mirando al frente y rezo también para que cambie la luz.

Finalmente se pone verde, y Seven deja que la patrulla salga primero. No relaja los hombros hasta que salimos a la autopista. Yo tampoco.

Nos detenemos en ese restaurante chino que le encanta a mamá y vamos por comida para todos. Ella quiere que yo coma antes de hablar con los detectives. En Garden Heights, los chicos juegan en las calles. Sekani aprieta su rostro contra mi ventana y los mira. Él no juega con ellos. La última vez que jugó con chicos del barrio lo llamaron *niño blanco* porque estudia en Williamson.

Jesús Negro nos saluda desde un mural al lado de la clínica. Tiene rastas como las de Seven. Sus brazos se extienden a lo ancho de la pared, y detrás

de él hay nubes de algodón. Las grandes letras que se ciernen sobre él nos recuerdan que *Jesús te ama*.

Seven pasa junto a Jesús Negro y entra al estacionamiento detrás de la clínica. Teclea un código para abrir la reja y se estaciona junto al Camry de mamá. Yo llevo la charola de bebidas, Seven la comida y Sekani nada porque él nunca lleva nada.

Aprieto el timbre para entrar por la puerta trasera y saludo a la cámara. La puerta se abre hacia un pasillo de olor estéril con paredes de color blanco brillante y pisos de azulejo blanco que reflejan nuestras siluetas. El pasillo conduce a la sala de espera. Unas cuantas personas ven las noticias en la vieja televisión que está colgada del techo o leen las mismas revistas que han estado ahí desde que yo era pequeña. Cuando un hombre desgredado comprueba que tenemos comida, se endereza y olfatea como si fuera para él.

—¿Qué es lo que llevan ahí? —pregunta la señorita Felicia desde la recepción, estirándose para ver.

Mamá viene del otro pasillo con su bata de enfermera de color amarillo, siguiendo a un niño con los ojos llenos de lágrimas y a su mamá. El niño lame una paleta, el premio por haber sobrevivido a una inyección.

—Ahí están mis nenes —dice mamá cuando nos ve—. Y también mi comida. Vengan. Vamos atrás.

—¡Guárdenme un poco! —nos grita Felicia. Mamá le dice que guarde silencio.

Ponemos la comida en la mesa del área de descanso. Mamá va por platos de papel y utensilios de plástico que guarda en el armario para días como éste. Damos las gracias y atacamos.

Mamá se sienta en la barra y come.

—¡Mmm! Esto me sienta de maravilla. Gracias, Seven, mi niño. Sólo había comido una bolsa de Cheetos hoy.

—¿No almorzaste? —pregunta Sekani con la boca llena de arroz frito.

Mamá lo señala con el tenedor.

—¿Qué te he dicho sobre hablar con la boca llena? Para que lo sepas, no comí. Tuve una junta durante mi descanso para el almuerzo. Ahora, cuéntenme de ustedes. ¿Cómo estuvo la escuela?

Sekani siempre es el que más se tarda porque describe cada detalle. Seven dice que su día estuvo bien. Yo soy igual de breve con mi *Estuvo okay*.

Mamá sorbe su bebida.

—¿Pasó algo?

Me puse como loca cuando mi novio me tocó, pero *No, nada*.

La señorita Felicia se acerca a la puerta.

—Lisa, siento molestarte, pero tenemos un *problema* en la entrada.

—Es mi momento de descanso, Felicia.

—¿Crees que no lo sé? Pero está preguntando por ti. Se trata de Brenda.

La mamá de Khalil.

Mamá baja su plato. Me mira directamente a los ojos cuando dice: *Quédense aquí*.

Pero tengo la cabeza dura. La sigo a la sala de espera. La señorita Brenda está sentada con el rostro entre las manos. Tiene el cabello sin peinar, la camisa blanca está sucia, casi parda. Tiene llagas y costras en brazos y piernas, y como es de piel muy clara se le ven aún más.

Mamá se arrodilla frente a ella.

—Bren, hola.

La señorita Brenda mueve las manos. Sus ojos rojos me recuerdan algo que dijo Khalil cuando éramos pequeños, que su mamá se había convertido en un dragón. Él decía que algún día él sería el caballero que rompería el hechizo y la traería de vuelta.

No tiene sentido que él vendiera drogas. Yo habría pensado que su corazón roto no se lo permitiría.

—Mi niño —llora su mamá—. Lisa, mi niño.

Mamá aprieta las manos de la señorita Brenda entre las suyas y las frota, sin importarles lo asquerosas que se ven.

—Lo sé, Bren.

—Mataron a mi niño.

—Lo sé.

—Lo mataron.

—Lo sé.

—Ay, Jesús —dice la señorita Felicia desde la puerta. Junto a ella, Seven

rodea a Sekani con el brazo. Algunos de los pacientes en la sala de espera sacuden la cabeza.

—Pero Bren, tienes que desintoxicarte —dice mamá—. Es lo que él quería.

—No puedo. Mi niño no está aquí.

—Claro que puedes. Tienes a Cameron, y él te necesita. Tu mamá te necesita.

Khalil te necesitaba, quiero decir. Te esperaba y lloraba por ti. ¿Y dónde estabas? Ya no te toca llorar. No, no, no. Ya es demasiado tarde.

Pero ella sigue llorando, balanceándose y llorando.

—Tammy y yo podemos conseguir ayuda para ti, Bren —dice mamá—. Pero tienes que quererlo en verdad.

—Ya no quiero vivir así.

—Lo sé —mamá gesticula hacia la señorita Felicia para que tome su teléfono—. Busca entre mis contactos el número de Tammy Harris. Llámale y dile que su hermana está aquí. Bren, ¿cuándo fue la última vez que comiste?

—No lo sé. No lo... mi niño.

Mamá se endereza y acaricia el hombro de la señorita Brenda.

—Te voy a traer un poco de comida.

Sigo a mamá. Camina rápido, pero pasa junto a la comida y sigue hasta el mostrador. Se recarga contra éste, con la espalda hacia mí, e inclina la cabeza, sin decir una sola palabra.

Todo lo que quería decir en la sala de espera se me desborda.

—¿Y ahora por qué está tan alterada? Nunca estuvo ahí cuando Khalil la necesitó. ¿Sabes cuántas veces lloró por ella? Cumpleaños, Navidad, todo eso. ¿Por qué tiene que llorar ahora?

—Starr, por favor.

—¡No fue una madre para él! Y ahora, de la nada, ¿resulta que es su niño? ¡Qué basura!

Mamá golpea el mostrador, y pego un brinco.

—¡Cállate! —me grita. Se da la vuelta con el rostro empapado en lágrimas—. Ese chico no era un amiguito suyo. Era su hijo, ¿me escuchas?

¡Su hijo! —se le quiebra la voz—. Cargó a ese niño en su vientre, parió a ese niño. No tienes derecho a juzgarla.

La boca se me seca como si fuera algodón.

—Yo...

Mamá cierra los ojos. Se masajea la frente.

—Lo siento. Prepárale un plato, ¿está bien? Prepárale un plato.

Eso hago y le pongo un poco extra de todo. Se lo llevo a la señorita Brenda. Masculla algo que suena a *gracias* mientras lo toma.

Cuando me mira entre esa bruma roja, los ojos de Khalil me miran directamente, y me doy cuenta de que mamá tiene razón. La señorita Brenda es la madre de Khalil. Nada más importa.

CAPÍTULO 6

Mamá y yo llegamos a la estación de policía a las cuatro y media en punto.

Los oficiales hablan por teléfono, escriben en las computadoras o pasean por ahí. Lo normal, como en *La ley y el orden*, pero me quedo sin aliento. Me pongo a contar: uno, dos, tres, cuatro... Pierdo la cuenta alrededor del doce, porque lo único que logro ver son todas las pistolas en sus fundas.

Todos ellos y dos de nosotras.

Mamá me aprieta la mano.

—Respira.

No me había dado cuenta de que había tomado la suya.

Respiro hondo y vuelvo a respirar, y ella asiente cada vez que lo hago, mientras dice:

—Así. Estás bien. Estamos bien.

El tío Carlos se acerca, y él y mamá me llevan frente a su escritorio, donde me siento. Percibo los ojos que me miran desde todas direcciones. Siento una presión que me oprime los pulmones. El tío Carlos me pasa una sudorosa botella de agua. Mamá me la pone en los labios.

Doy sorbos lentos y miro el escritorio del tío Carlos para evitar las miradas curiosas de los oficiales. Tiene casi la misma cantidad de fotos mías y de Sekani que de sus propios hijos.

—La voy a llevar a casa —dice mamá—. No la voy a someter a esto hoy. No está preparada.

—Lo entiendo, pero tiene que hablar con ellos en algún momento, Lisa. Es una parte vital de esta investigación.

Mamá suspira.

—Carlos...

—Lo entiendo —dice, en una voz notablemente más baja—. Créeme que sí. Desafortunadamente, si queremos que esta investigación se haga correctamente, tendrá que hablar con ellos. Si no es hoy, tendrá que ser otro día.

Otro día de esperar y preguntarme qué va a pasar.

No puedo soportarlo.

—Quiero hacerlo hoy —balbuceo—. Quiero terminar con esto.

Me miran como si apenas se dieran cuenta de que sigo aquí.

El tío Carlos se arrodilla frente a mí.

—¿Estás segura, nenita?

Asiento antes de perder el coraje.

—Está bien —dice mamá—. Pero yo entro con ella.

—Eso me parece perfecto —dice el tío Carlos.

—No me importa si no te lo parece —me mira—. No va a hacer esto sola.

Esas palabras se sienten tan bien como cualquier abrazo que haya recibido antes.

El tío Carlos mantiene su brazo alrededor de mí y nos lleva a una sala pequeña que no tiene nada adentro más que una mesa y unas sillas. Un aire acondicionado invisible zumba con fuerza, expulsando ráfagas de aire helado a la habitación.

—Está bien —dice el tío Carlos—. Esperaré afuera, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le digo.

Me besa la frente con sus dos besos de siempre. Mamá toma mi mano, y su apretón fuerte me comunica lo que no dice en voz alta: *Estoy contigo*.

Nos sentamos a la mesa. Todavía tiene mi mano cuando entran dos detectives: un joven blanco de pelo negro relamido, y una mujer latina con arrugas alrededor de la boca y un corte de pelo en punta. Los dos llevan pistolas a la cintura.

Mantén las manos a la vista.

No hagas ningún movimiento repentino.

Habla sólo cuando te lo pidan.

—Hola, Starr y señora Carter —dice la mujer, tendiendo la mano—. Soy

la detective Gomez, y éste es mi compañero, el detective Wilkes.

Suelto la mano de mamá para saludar a los detectives.

—Hola.

La voz ya me está cambiando. Siempre sucede alrededor de *otra* gente, esté o no en Williamson. No hablo como yo, ni sueno como yo. Elijo cada palabra con cuidado y me aseguro de pronunciarla bien. Nunca, nunca puedo dejar a nadie pensar que soy del *gueto*.

—Qué gusto conocerlas —dice Wilkes.

—Tomando en cuenta las circunstancias, no diría que es un gusto —dice mamá.

El rostro y el cuello de Wilkes se ponen extremadamente rojos.

—Lo que quiere decir es que hemos oído hablar mucho de ustedes —dice Gomez—. Carlos siempre habla efusivamente de su maravillosa familia. Sentimos como si ya los conociéramos.

Vaya si nos está halagando.

—Por favor, siéntense —Gomez nos muestra una silla, y ella y Wilkes se sientan frente a nosotros—. Deben saber que las estamos grabando, pero sólo se trata de un procedimiento para tener registro de la declaración de Starr.

—Está bien —le digo. Ahí va de nuevo la voz llena de vida y esa mierda. Nunca me siento viva, o alegre.

La detective Gomez dice la fecha y la hora, los nombres de las personas en la sala, y nos recuerda que nos están grabando. Wilkes toma apuntes en la libreta. Mamá me acaricia la espalda. Por un momento sólo se escucha el sonido del lápiz sobre el papel.

—Está bien —Gomez se acomoda en la silla y sonrío, las arrugas alrededor de su boca son cada vez más profundas—. No te pongas nerviosa, Starr. No hiciste nada malo. Sólo queremos saber qué pasó.

Ya sé que no hice nada malo, pienso, pero me sale como respuesta: *Sí, señora*.

—¿Tienes dieciséis años?

—Sí, señora.

—¿Desde hace cuánto conocías a Khalil?

—Desde que tenía tres años. Su abuela solía cuidarme.

—¡Vaya! —dice, como hace toda maestra, alargando la palabra—. Es mucho tiempo. ¿Nos puedes contar qué pasó la noche del incidente?

—¿Se refiere a la noche en que lo mataron?

Mierda.

La sonrisa de Gomez se opaca, las líneas alrededor de su boca no se ven tan profundas, pero dice:

—La noche del incidente, sí. Comienza donde te sientas cómoda.

Mira a mamá. Ella asiente.

—Mi amiga Kenya y yo fuimos a una fiesta en casa de un tipo llamado Darius —digo.

Pum-pum-pum. Tamborileo en la mesa.

Alto. Ningún movimiento repentino.

Aplano las manos para que queden visibles.

—Hace una fiesta todos los años en las vacaciones de pascua —le digo—.

Khalil me vio, se acercó y me saludó.

—¿Sabes por qué había ido a la fiesta? —pregunta Gomez.

¿Por qué va la gente a una fiesta? Para ir de fiesta.

—Supongo que por propósitos recreativos —le digo—. Él y yo hablamos de cosas que estaban pasando en nuestras vidas.

—¿Qué clase de cosas? —pregunta.

—Su abuela tiene cáncer. Yo no lo sabía hasta que me lo contó esa tarde.

—Ya veo —dice Gomez—. ¿Qué sucedió después de eso?

—Empezó una pelea en la fiesta, así que nos fuimos juntos en su coche.

—¿Khalil no tuvo nada que ver con la pelea?

Arqueo una ceja.

—*Para nada.*

Maldita sea. Habla bien.

Me enderezo.

—Quiero decir, no, señora. Estábamos hablando cuando empezó la pelea.

—Está bien, entonces los dos se fueron. ¿Adónde iban?

—Ofreció llevarme a casa o a la tienda de mi padre. Antes de que pudiéramos decidir, Ciento Quince hizo que nos orilláramos.

—¿Quién? —pregunta.

—El oficial, ése es su número de placa —le digo—. Lo recuerdo.

Wilkes toma apuntes.

—Ya veo —dice Gomez—. ¿Puedes describir lo que pasó después?

No creo poder olvidar jamás lo que pasó, pero decirlo en voz alta es distinto. Y difícil.

Los ojos me arden. Parpadeo, con la mirada fija en la mesa.

Mamá me acaricia la espalda.

—Levanta la mirada, Starr.

Mis papás tienen ese rollo de que nunca quieren que mis hermanos ni yo hablemos con alguien sin mirarlo a los ojos. Dicen que los ojos de la gente cuentan más que sus bocas, y que es algo que va en dos sentidos: si miramos a alguien a los ojos y decimos lo que queremos decir con sinceridad, tendrá poco motivo para dudar de nosotros.

Miro a Gomez.

—Khalil se orilló y apagó el motor —le digo—. Ciento Quince encendió las luces altas. Se acercó a la ventana y le pidió a Khalil su licencia y tarjeta de circulación.

—¿Y Khalil cumplió con la petición? —pregunta Gomez.

—Primero le preguntó al oficial por qué nos había detenido. Luego le mostró su licencia y tarjeta de circulación.

—¿Khalil parecía encolerizado durante este intercambio?

—Molesto, pero no encolerizado —digo—. Sentía que el policía lo estaba acosando.

—¿Te dijo eso?

—No, pero era obvio. Yo supuse lo mismo.

Mierda.

Gomez se acerca más. El labial marrón le mancha los dientes y su aliento huele a café.

—¿Y por qué?

Respira.

La sala no está caliente. Estás nerviosa.

—Porque no estábamos haciendo nada —le respondo—. Khalil no corría por encima del límite de velocidad ni conducía con imprudencia. No parecía

que hubiera razón para detenernos.

—Ya veo. ¿Y luego que ocurrió?

—El oficial obligó a Khalil a salir del auto.

—¿Lo obligó? —dice.

—Sí, señora. Lo jaló para que saliera.

—Porque Khalil estaba renuente a salir, ¿correcto?

Mamá hace un sonido gutural, como si estuviera a punto de decir algo pero se hubiera obligado a no hacerlo. Hace un puchero con los labios y me frota la espalda en círculos.

Recuerdo lo que dijo papá: *No dejes que hablen por ti.*

—No, señora —le digo a Gomez—. Estaba saliendo solo, y el oficial lo jaló el resto del camino.

Dice, *Ya veo* de nuevo, pero como no lo vio, probablemente no lo cree.

—¿Qué sucedió después? —pregunta.

—El oficial registró a Khalil tres veces.

—¿Tres?

Sí. Las conté.

—Sí, señora. No encontró nada. Luego le dijo a Khalil que no se moviera mientras pasaba su licencia y tarjeta de circulación por el sistema.

—Pero Khalil no se quedó quieto, ¿cierto? —dice.

—Tampoco jaló el gatillo contra sí mismo.

Mierda. Tu jodida bocota.

Los detectives se miran el uno al otro. Un momento de conversación en silencio.

Las paredes parecen cerrarse. Vuelve la presión alrededor de mis pulmones. Me jalo la camisa del cuello.

—Creo que ya fue suficiente por hoy —dice mamá, tomando mi mano mientras empieza a levantarse.

—Pero señora Carter, no hemos terminado.

—No importa...

—Mamá —digo, y ella me mira—. Está bien. Puedo hacerlo. Les lanza una mirada fulminante parecida a la que nos dedica a mis hermanos y a mí cuando la llevamos hasta el límite. Se sienta, pero toma mi mano.

—Está bien —dice Gomez—. Entonces registró a Khalil y le dijo que iba a revisar su licencia y tarjeta de circulación. ¿Qué pasó después?

—Khalil abrió la puerta del conductor y...

¡Pum!

¡Pum!

¡Pum!

Sangre.

Me empiezan a bajar las lágrimas por las mejillas. Me las enjugo con el brazo.

—... el oficial le disparó.

—¿Sabes...? —comienza Gomez, pero mamá le levanta el dedo.

—Podría, *por favor*, darle un segundo —dice. Suena más a orden que a pregunta.

Gomez no responde. Wilkes garabatea un poco más.

Mamá me seca algunas de las lágrimas.

—Cuando estés lista —dice.

Me trago el nudo en la garganta y asiento.

—Está bien —dice Gomez, y respira profundamente—. ¿Sabes por qué se acercó Khalil a la puerta, Starr?

—Creo que quería preguntarme si yo estaba bien.

—¿Crees?

No soy adivina.

—Sí, señora. Empezó a preguntármelo pero no acabó porque el oficial le disparó en la espalda.

Me caen más lágrimas saladas sobre los labios.

Gomez se inclina sobre la mesa.

—Todos queremos llegar al fondo de esto, Starr. Apreciamos tu cooperación. Entiendo que esto es difícil ahora.

Me vuelvo a limpiar el rostro con el brazo.

—Sí.

—Sí —ella sonríe y dice con ese mismo tono azucarado y empático—: entonces, ¿sabes si Khalil vendía estupefacientes?

Pausa.

¿Qué carajos?

Dejo de llorar. En verdad, se me secan los ojos instantáneamente. Antes de que yo pueda decir nada, mamá dice:

—¿Qué tiene que ver eso con lo ocurrido?

—Sólo es una pregunta —dice Gomez—. ¿Lo sabes, Starr?

Toda la simpatía, las sonrisas, la comprensión. Esta mujer quiere hacerme morder el anzuelo.

¿Investigación o justificación?

Yo sé la respuesta a su pregunta. Lo supe cuando vi a Khalil en la fiesta. Nunca llevaba zapatos nuevos. ¿Y joyas? Esas cadenitas de noventa y nueve centavos que compraba en la tienda de artículos de belleza no contaban. La señorita Rosalie lo acababa de confirmar.

¿Pero qué demonios tiene que ver eso con que lo asesinaran? ¿Se supone que si es así, todo está justificado?

Gomez inclina la cabeza.

—¿Starr? ¿Puedes responder la pregunta, por favor?

Me rehúso a hacerlos sentir mejor sobre matar a mi amigo.

Me enderezo, miro a Gomez directamente a los ojos, y digo:

—Nunca lo vi ni vender drogas ni tomar drogas.

—¿Pero sabes si las vendía? —pregunta.

—Nunca me dijo que lo hiciera —respondo, cosa que es cierta. Khalil nunca lo admitió directamente.

—¿Tienes algún conocimiento de que las vendiera?

—Oí cosas —también es cierto.

Ella suspira.

—Ya veo. ¿Sabes si estaba involucrado con los King Lords?

—No.

—¿Los Discípulos del Jardín?

—No.

—¿Consumiste alcohol en la fiesta? —pregunta.

Conozco esa movida por *La ley y el orden*. Está tratando de desacreditarme.

—No. No bebo alcohol.

—¿Y Khalil?

—¡Eh!, espere un segundo —dice mamá—. ¿Están poniendo en juicio a Khalil y a Starr, o al policía que lo mató?

Wilkes levanta la mirada de sus apuntes.

—No... no entiendo, señora Carter —balbucea Gomez.

—Todavía no le ha preguntado a mi hija sobre ese policía —dice mamá—. Se la pasa preguntándole sobre Khalil, como si él mismo fuera la razón por la que está muerto. Pero ya les dije, él no jaló el gatillo contra sí mismo.

—Sólo queremos tener la información completa, señora Carter. Eso es todo.

—Ciento Quince lo mató —le digo—. Y no estaba haciendo nada malo. ¿Qué más necesitan para tener la información completa?

Quince minutos después, salgo de la estación de policía con mamá. Las dos sabemos lo mismo:

Todo esto va a ser una mierda.

CAPÍTULO 7

El funeral de Khalil es el viernes. Mañana. Exactamente una semana después de que murió.

Estoy en la escuela y trato de no pensar en cómo se verá en el ataúd, cuánta gente habrá, cómo se verá en el ataúd, si otra gente sabrá que yo estaba con él cuando murió... cómo se verá en el ataúd.

Estoy fracasando en mi intento de no pensar en ello.

En el noticiero nocturno del lunes finalmente dijeron el nombre de Khalil en la nota sobre el tiroteo, pero le agregaron un título: Khalil Harris, presunto traficante. No mencionaron que no estaba armado. Dijeron que habían interrogado a un *testigo no identificado* y que la policía todavía estaba investigando.

Después de lo que le dije a la policía, no estoy muy segura de qué queda por *investigar*.

En el gimnasio, todos se cambiaron ya a los shorts azules y las camisetas doradas de Williamson, pero la clase todavía no comienza. Para pasar el rato, algunas de las chicas desafían a algunos chicos a un juego de basquetbol. Están jugando en un extremo del gimnasio y suena el chirrido del piso mientras corren de un lado al otro. Las niñas se ponen en plan: *Ay, ¡yaaaa!* cuando ellos las marcan. Es el flirteo al estilo Williamson.

Hailey, Maya y yo estamos en las gradas al otro lado. Abajo, algunos chicos están supuestamente bailando, en un intento de preparar sus pasos para la fiesta de graduación. Digo *supuestamente* porque no hay manera de decir que esa mierda sea bailar. El novio de Maya, Ryan, es el único que se acerca un poco, y sólo está haciendo el *dab*. Es el movimiento al que recurre

siempre. Juega como *linebacker* y es grande y de hombros anchos, y se ve un poco gracioso, pero ésa es la ventaja de ser el único negro de la clase. Puedes parecer tonto y todavía ser *cool*.

Chris está en la grada de abajo, poniendo una de sus mezclas en el teléfono para que puedan bailar. Me mira por encima de su hombro.

Tengo dos guardaespaldas que no le permiten acercarse a mí: Maya de un lado, que le echa porras a Ryan, y Hailey, quien se ríe de Luke y lo está grabando. Todavía están enfadadas con Chris.

Sinceramente, yo ya no lo estoy. Se equivocó, y lo perdono. El tema de *El príncipe del rap* y su disposición a pasar vergüenza delante de todos ayudaron.

Pero cuando me tomó de las manos y tuve una visión de esa noche, fue como si en verdad, *en verdad*, me diera cuenta de que Chris es blanco. Justo igual que Ciento Quince. Y ya lo sé, estoy aquí sentada con mi mejor amiga blanca, pero es casi como si al tener un novio blanco le estuviera gritando un enorme y ensordecedor *Vete a la mierda* a Khalil, a papá, a Seven y a cualquier otro hombre negro de mi vida.

Chris no es el que nos detuvo, él no le disparó a Khalil, pero ¿estoy traicionando lo que soy al salir con él?

Necesito pensar en ello.

—Ay, Dios mío, qué repugnante —dice Hailey. Dejó de grabar para ver el partido de basquetbol—. Ni siquiera se esfuerzan.

En serio que no. La pelota vuela sobre el aro en un intento de tiro de Bridgette Holloway. O a esa amiga le falla completamente la coordinación ojo-mano, o falló a propósito porque ahora Jackson Reynolds le está enseñando a tirar. Básicamente, él está pegado a ella. Y sin camisa.

—No sé qué es peor —dice Hailey—. El hecho de que bajen su nivel ante las chicas, o que las chicas permitan que ellos se rebajen ante ellas.

—Equidad en el basquetbol, ¿verdad, Hails? —dice Maya con un guiño.

—¡Sí! Espera —mira a Maya con ojos de suspicacia—. ¿Te estás burlando de mí o hablas en serio, Pequeña?

—Las dos cosas —digo, recargándome hacia atrás sobre los codos mientras la barriga se me asoma por la camiseta: un *bebé de comida*.

Acabamos de salir del almuerzo y en la cafetería hoy había pollo frito para comer, uno de los mejores almuerzos en Williamson—. Ni siquiera es un partido de verdad, Hails —le digo.

—No —Maya me da una palmadita en la barriga—. ¿Cuándo nace?

—El mismo día que el tuyo.

—¡*Ahh!* Podemos criar a nuestros bebés de comida como si fueran hermanos.

—¡Ya sé! Al mío le voy a poner Fernando —les digo.

—¿Por qué Fernando? —pregunta Maya.

—No sé. Suena a nombre de bebé de comida. En especial cuando arrastras la erre.

—No puedo arrastrar la erre —lo intenta, pero emite un sonido extraño y su saliva sale volando. Yo me carcajeo.

Hailey señala al partido.

—¡Miren eso! Toda esa mentalidad de *juega como niña* que el género masculino usa para menospreciar a la mujer, cuando somos tan atléticas como ellos.

Válgame Dios. Está seriamente molesta por eso.

—¡Lleven la pelota al hoyo! —les grita a las chicas.

La mirada de Maya se encuentra con la mía; la suya centellea furtivamente, y tenemos un *déjà vu* de cuando estábamos en secundaria.

—*No hay que temer, si vas a encestar* —canta Maya.

—*Y pon tu mente en el juego de hoy* —canto yo.

Nos soltamos con “Pon tu mente en el juego”, de *High School Musical*. Se va a quedar en mi cabeza durante días. Estábamos obsesionadas con las películas en la misma época en la que tuvimos nuestra obsesión con los Jonas Brothers. Disney se embolsó todo el dinero de nuestros padres.

Ya estamos cantando a todo pulmón. Hailey intenta fulminarnos con la mirada. Suelta un bufido.

—Vamos —se levanta y nos jala a Maya y a mí también para levantarnos—. Pongan la mente en *este* juego.

Estoy pensando: *Ah, tú puedes arrastrarme a jugar basquetbol durante una de tus rabietas feministas, ¿pero no puedes seguir mi Tumblr por lo de*

Emmett Till? No sé por qué no logro decírselo. Es Tumblr.

Pero bueno, *es Tumblr*.

—¡Chicas! —dice Hailey—. Queremos jugar.

—No, no queremos —murmura Maya. Hailey le da un codazo.

Tampoco quiero jugar, pero por alguna razón Hailey toma las decisiones y Maya y yo las seguimos al pie de la letra. No es que planeáramos que las cosas salieran así. A veces las cosas simplemente pasan y un día te das cuenta de que hay un líder entre tus amigos, y no eres tú.

—Vengan, chicas —Jackson gesticula para que nos unamos al juego—. Siempre hay espacio para chicas bonitas. Trataremos de no lastimarlas.

Hailey me mira, yo la miro, y ponemos la misma mirada inexpresiva que dominamos desde quinto grado con las bocas ligeramente abiertas y los ojos listos para ponerse en blanco en cualquier momento.

—Está bien, entonces —digo—. A jugar.

—Tres contra tres —dice Hailey mientras tomamos nuestras posiciones—. Chicas contra chicos. Media cancha. El primero en llegar a veinte. Lo siento, señoritas, pero mis chicas y yo vamos a controlar esto, *¿está bien?*

Bridgette mira a Hailey con una mirada verdaderamente asesina. Ella y sus amigas salen a la banda.

La fiesta de baile se detiene y los chicos se acercan, incluyendo a Chris. Él le susurra a Tyler, uno de los chicos que estaba jugando en el partido anterior. Chris toma el lugar de Tyler en la cancha.

Jackson le lanza la pelota a Hailey. Corro alrededor de mi contrincante, Garrett, y Hailey me la pasa. No importa qué esté pasando, cuando Hailey, Maya y yo jugamos juntas es ritmo, química y habilidad, todo envuelto en un aura de genialidad.

Garrett me marca, pero Chris se acerca corriendo y le da un codazo para apartarlo a un lado. Garrett dice:

—¿Qué demonios, Bryant?

—Yo la marco —dice Chris.

Se pone en su postura de defensa. Estamos ojo con ojo mientras driblo la pelota.

—Hola —dice.

—Hola.

Hago un pase de pecho a Maya, quien está preparada para un tiro en suspensión.

Lo logra.

Dos a cero.

—¡Buen trabajo, Yang! —dice la entrenadora Meyers. Ya salió de su oficina. Lo único que necesita es un atisbo de un partido de verdad y se pone en modo entrenamiento. Me hace pensar en una entrenadora física maniática de un *reality*. Es menuda pero musculosa y, Dios, cómo puede gritar esa mujer.

Garrett está en la línea de base con la pelota.

Chris corre para quedar libre. Con el estómago lleno, tengo que empujar con más fuerza para seguirlo. Estamos cadera contra cadera, mirando a Garret, mientras éste trata de decidir a quién pasársela. Nuestros brazos se rozan, y algo en mí se activa; mis sentidos de repente están consumidos por Chris. Sus piernas lucen tan bien en sus shorts deportivos. Huele a Old Spice, y hasta con ese roce tan leve, su piel se siente tan suave.

—Te extraño —dice.

No tiene sentido mentir.

—Yo también.

La pelota vuela hacia él. Chris la atrapa. Ahora que estoy en mi postura de defensa, estamos ojo con ojo de nuevo mientras dribla. Mi mirada desciende a sus labios, que están un poco humedecidos y me ruegan que los bese. ¿Ven?, por eso nunca puedo jugar con él. Me distraigo demasiado.

—¿Por lo menos puedes hablar conmigo? —pregunta Chris.

—¡Defensa, Carter! —grita la entrenadora.

Me concentro en la pelota y trato de robársela, pero no con la suficiente rapidez. Gira alrededor de mí y va directamente al aro sólo para pasársela a Jackson, quien está libre en la línea de tres puntos.

—¡Grant! —la entrenadora llama a Hailey.

Hailey va corriendo. Las puntas de sus dedos rozan la pelota mientras deja la mano de Jackson, y cambia su curso.

La pelota sale volando. Voy corriendo. La atrapo.

Chris está detrás de mí, la única cosa que se opone entre el aro y yo. Déjenme aclararlo: mi trasero está contra su entrepierna, mi espalda contra su pecho. Estoy chocando contra él, tratando de descifrar cómo meter la pelota en la abertura. Suena mucho más sucio de lo que es en realidad, en especial en esta posición. Pero entiendo por qué Bridgette falló sus tiros.

—¡Starr! —llama Hailey.

Está libre en la línea de tres. Le doy un pase de rebote. Lanza. Encesta. Cinco a cero.

—Vamos, chicos —Maya se burla—. ¿Es lo único que pueden hacer? La entrenadora aplaude.

—Buen trabajo. Buen trabajo.

Jackson está en la línea de base. Se la pasa a Chris. Chris la devuelve con un pase de pecho.

—No lo entiendo —dice Chris—. Casi te vuelves loca el otro día en el pasillo. ¿Qué está pasando?

Garrett se la pasa a Chris. Me pongo en mi postura de defensa con los ojos sobre la pelota. No sobre Chris. No puedo mirar a Chris. Los ojos me van a traicionar.

—Háblame —dice.

Trato de robársela de nuevo. No tengo suerte.

—Juega —le digo.

Chris se mueve hacia la izquierda, cambia de dirección rápidamente y va a la derecha. Trato de seguir sobre él, pero el peso en mi estómago me hace más lenta. Alcanza la canasta y lanza bajo el aro. Lo hace bien.

Cinco a dos.

—¡Maldita sea, Starr! —grita Hailey, mientras recupera la pelota. Me la pasa—. ¡Apresúrate! Haz como si la pelota fuera un pollo frito. Apuesto a que así no la perderás.

¿Qué.

Carajos.

Dijo?

El mundo se acelera hacia delante sin mí. Sostengo la pelota y me quedo mirando a Hailey mientras se aleja corriendo con su cabello de rayos azules

ondeando detrás de ella.

No puedo creer que dijera... No pudo haber dicho eso. No puede ser.

La pelota se me escapa de las manos. Salgo caminando de la cancha. Respiro con dificultad, y los ojos me arden.

El hedor posterior al partido todavía flota por el vestuario de las chicas. Es mi lugar de consuelo cuando perdemos un partido, donde puedo llorar o lanzar maldiciones si quiero.

Camino de un lado a otro de los casilleros.

Hailey y Maya entran corriendo, sin aliento.

—¿Qué pasa? —pregunta Hailey.

—¿A mí? —le digo, mientras mi voz rebota contra los casilleros—. ¿Qué carajos fue ese comentario?

—¡Tranquilízate! Sólo estaba bromeando.

—¿Tu chiste sobre el pollo frito sólo era una broma? ¿En serio? —pregunto.

—¡Es día de pollo frito! —exclama ella—. Tú y Maya hace apenas un momento estaban bromeando al respecto. ¿Qué estás tratando de decir?

Sigo caminando de un lado al otro.

Abre mucho los ojos.

—Dios mío. ¿Crees que fue un comentario *racista*?

Me quedo mirándola.

—Le hiciste una broma sobre pollo frito a la única chica negra del gimnasio. ¿Tú qué piensas?

—¡Sa-anto dios, Starr! ¿En serio? ¿Después de todo lo que hemos pasado, crees que soy racista? ¿En verdad?

—¡Se puede decir algo racista sin ser racista!

—¿Pasa algo más, Starr? —pregunta Maya.

—¿Por qué todos se la pasan preguntándome eso? —grito.

—¡Porque últimamente te estás comportando de una forma muy extraña!
—Hailey grita en respuesta. Me mira y pregunta—: ¿Esto tiene algo que ver con que la policía le disparara a ese traficante de tu barrio?

—¿Q... qué?

—Lo escuché en las noticias —dice—. Y sé que ahora estás medio metida

en ese tipo de cosas...

¿En ese tipo de cosas? ¿Qué carajos es *ese tipo de cosas*?

—Dijeron que el traficante se llamaba Khalil —dice, e intercambia una mirada con Maya.

—Queríamos preguntarte si se trataba del Khalil que solía ir a tus fiestas de cumpleaños —agrega Maya—. Pero no sabíamos cómo.

El traficante. Así es como lo ven. No importa que sólo fuera *sospechoso* de serlo. *Traficante* suena más fuerte de lo que *presunto* sonará jamás.

Si se revela que yo estaba en el auto con él, ¿en qué me convierte eso? ¿En la chica maleante del gueto que iba con el vendedor de drogas? ¿Qué pensarán mis maestras de mí? ¿Mis amigas? ¿Todo el maldito mundo?

—Yo...

Cierro los ojos. Khalil se queda mirando el cielo.

Ocúpate de tus propios asuntos, Starr, dice él.

Trago saliva y susurro:

—No conozco a ese Khalil.

Es una traición peor que salir con un chico blanco. Lo niego, carajo, casi borro cada maldita carcajada que compartimos, cada abrazo, cada lágrima, cada segundo que pasamos juntos. Un millón de *lo siento* resuenan en mi cabeza, y espero que lleguen a Khalil donde sea que esté. Pero nunca serán suficientes.

Sin embargo, tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo.

—¿Entonces qué pasa? —pregunta Hailey—. ¿Es el aniversario de Natasha, o algo así?

Me quedo mirando el techo y parpadeo rápidamente para evitar llorar. Aparte de mis hermanos y maestros, Hailey y Maya son las únicas personas de Williamson que saben lo de Natasha. No quiero toda la conmiseración.

—El aniversario de mamá fue hace unas semanas —dice Hailey—. Estuve de un humor de mierda durante días. Entiendo que estés alterada, ¿pero acusarme de ser racista, Starr? ¿Cómo puedes siquiera *pensarlo*?

Parpadeo más rápido. Dios, la estoy apartando de mi lado, al igual que a Chris. Demonios, ¿merezco tenerlos? Nunca hablo de Natasha, y acabo de negar a Khalil. Podría haber sido yo la que muriera en vez de ellos. No tengo

la decencia de mantener sus memorias vivas, pero se supone que soy su mejor amiga.

Me cubro la boca. No logro detener el sollozo. Resuena con fuerza y reverbera contra las paredes. Lo sigue uno, luego otro y otro. Maya y Hailey me acarician la espalda y los hombros.

La entrenadora Meyers entra corriendo.

—Carter...

Hailey la mira y dice:

—Natasha.

La entrenadora asiente con pesadumbre.

—Carter, ve a ver a la señorita Lawrence.

¿Qué? No. ¿Me está enviando con la loquera de la escuela? Todos los maestros saben que la pobre Starr vio a su amiga morir cuando tenía diez años. Solía ponerme a llorar todo el tiempo, y ésa era siempre la frase a la que recurrían: *Ve a ver a la señorita Lawrence*. Me enjugo las lágrimas.

—Entrenadora, estoy bien...

—No, no lo estás —saca un pase de su bolsillo para que pueda salir y me lo entrega—. Ve a hablar con ella. Te ayudará a sentirte mejor.

No lo hará, pero sé qué funcionará.

Tomo el pase, saco mi mochila del casillero, y regreso al gimnasio. Mis compañeros me siguen con la mirada mientras me dirijo con velocidad hacia las puertas. Chris me llama. Acelero el paso.

Probablemente me escucharon llorar. Estupendo. ¿Qué es peor, que te llamen la Chica Negra Irascible, o la Chica Negra *Débil*?

Para cuando llego a la oficina del director, ya me sequé los ojos y el rostro por completo.

—Buenas tardes, señorita Carter —dice el doctor Davis, el director de la escuela. Está saliendo mientras entro y no espera mi respuesta. ¿Se sabe el nombre de todos los estudiantes, o sólo de los que son negros como él? Odio la manera en que pienso ahora en cosas como ésta.

Su secretaria, la señora Lindsey, me saluda con una sonrisa y me pregunta cómo puede ayudarme.

—Necesito llamar a alguien para que venga a recogerme —le digo—. No

me siento bien.

Llamo al tío Carlos. Mis padres harían demasiadas preguntas. Tiene que faltarme una pierna para que me saquen de la escuela. Al tío Carlos sólo tengo que decirle que tengo cólicos y enseguida viene a recogerme.

Problemas femeninos. La llave para ponerle fin al interrogatorio del tío Carlos.

Por suerte está en su hora de almuerzo. Firma para que pueda salir, y me acaricio el vientre para darle más efecto. Mientras nos vamos, me pregunta si quiero un helado de yogurt, un FroYo. Le digo que sí, y un rato después entramos a una tienda a la que se puede llegar a pie desde Williamson. Es una plaza diminuta recién construida que debería llamarse Paraíso Hipster, repleta de tiendas que nunca encontrarías en Garden Heights. A un lado de la heladería hay un Indie Urban Style, y al otro un Dapper Dog, donde puedes comprar atuendos para tu perro. Ropa. Para un perro. ¿Qué clase de estúpida sería yo si vistiera a Brickz con camisa de lino y jeans?

En serio: la gente blanca se vuelve loca por sus perros.

Llenamos nuestros vasos de yogurt. En la barra de *toppings*, el tío Carlos empieza a cantar su rap de helado de yogurt.

—Vine por *fro-yo, yo. Fro-yo, yo, yo.*

Le encanta su *fro-yo*. Es bastante adorable. Nos sentamos en una esquina que tiene una mesa color verde limón y asientos fucsia. Ya saben, la típica decoración de FroYo.

El tío Carlos se asoma en mi vaso.

—¿En serio arruinaste un FroYo perfecto con cereales crujientes?

—Mira quién habla —digo yo—. ¿Galletas Oreo, tío Carlos? ¿En serio? Y ni siquiera las Golden Oreo, que son, por mucho, las mejores. Pediste de las normales. *Qué asco.*

Se devora una cucharada y dice:

—Qué bicho tan raro eres.

—*Tú* eres el bicho raro.

—Cólicos, entonces, ¿eh? —dice.

Mierda. Casi lo olvidaba. Llevo una mano al vientre y suelto un gemido.

—Sí. Hoy me duele horrible.

Sé que *no* ganaré un Oscar en un futuro próximo. El tío Carlos me lanza su mirada de detective duro. Vuelvo a gemir, esta vez de manera un poco más convincente. Arquea las cejas.

Su teléfono suena en el bolsillo de la chamarra. Se mete otra cucharada de helado en la boca y lo revisa.

—Es tu mamá, que me devuelve la llamada —dice alrededor de la cuchara. Sostiene el teléfono con su mejilla y su hombro—. Hola, Lisa. ¿Recibiste mi mensaje?

Mierda.

—No se siente bien —dice tío Carlos—. Tiene, ya sabes, *problemas femeninos*.

Su respuesta es fuerte pero amortiguada. Mierda, mierda.

El tío Carlos se agarra la nuca y lentamente suelta un suspiro largo y profundo. Se vuelve un niño pequeño cuando mamá le levanta la voz, y se supone que él es el mayor.

—Está bien, está bien. Te escucho —dice—. Ten, habla tú con ella.

Mierda, mierda, mierda.

Me pasa el pedazo de dinamita antes conocido como su teléfono. Hay un estallido de preguntas en cuanto digo *¿Hola?*

—¿Cólicos, Starr? ¿En serio? —dice.

—Me duele mucho, mami —lloriqueo, mintiendo como loca.

—Niña, por favor. Yo iba a clase cuando comencé el trabajo de parto contigo —dice—. Pago demasiado dinero para que asistas a Williamson como para que no vayas a clase porque tienes cólicos.

Casi le recuerdo que tengo beca, pero *no me atrevo*. Se convertiría en la primera persona en la historia en golpear a alguien a través del teléfono.

—¿Pasó algo? —pregunta.

—No.

—¿Es Khalil? —pregunta.

Suspiro. A esta hora mañana lo estaré mirando en un ataúd.

—¿Starr? —dice.

—No pasó nada.

La señorita Felicia la llama desde el fondo.

—Mira, tengo que irme —dice—. Carlos te llevará a casa. Cierra la puerta con llave, quédate adentro, y no dejes que entre nadie, ¿me escuchas?

No son consejos de supervivencia contra zombis. Sólo instrucciones normales para los chicos que tienen la llave de su casa en Garden Heights.

—¿No puedo dejar entrar ni a Seven ni a Sekani? Estupendo.

—¡Hey!, alguien trata de hacerse la graciosa. Ahora sé que no te sientes mal. Hablamos luego. Te amo. ¡*Muac!*

No cualquiera consigue regañar a alguien, desafiarlo y decirle que lo amas, todo en un lapso de cinco minutos. Le digo que también la amo y le paso a mi tío Carlos su teléfono.

—Está bien, nenita —dice—. Confiesa.

Me lleno la boca de helado de yogurt. Ya se está derritiendo.

—Como te dije. Cólicos.

—Eso no me lo creo, y dejemos claro algo: sólo dispones de una tarjeta *Tío Carlos, sácame de la escuela* al año, y la estás usando justamente ahora.

—Fuiste por mí en diciembre, ¿recuerdas? —también por cólicos. Sobre éstos no mentí. Ese día fueron terribles.

—Está bien, uno por año gregoriano —aclara y sonrío—. Pero me tienes que dar un poco más de información. Así que habla.

Empujo los cereales alrededor de mi helado de yogurt.

—El funeral de Khalil es mañana.

—Lo sé.

—No sé si debería ir.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque llevaba meses sin verlo antes de la fiesta.

—De todos modos deberías ir —dice él—. Te arrepentirás si no lo haces. Yo pensé en ir. Aunque no estoy seguro de que sea una buena idea, teniendo en cuenta todo.

Silencio.

—¿En verdad eres amigo de ese poli? —pregunto.

—No diría que amigo, no. Colega.

—Pero se frecuentan, ¿no?

—Sí —dice.

Me quedo mirando mi vaso. El tío Carlos fue mi primer papá, en cierto modo. Papá fue a la cárcel en el momento en que me di cuenta de que *mamá* y *papá* no sólo eran nombres, sino que significaban algo. Hablaba por teléfono con papá cada semana, pero él no quiso que Seven y yo pisáramos la cárcel jamás, así que no lo vi todo ese tiempo.

Pero sí veía al tío Carlos. Él cumplía su papel e iba más allá. Una vez le pregunté si podía llamarlo papá. Dijo que no, porque yo ya tenía uno, pero que ser mi tío era lo mejor que él podría ser jamás. Desde entonces, tío ha significado para mí casi tanto como papá.

Mi tío. Relacionándose con ese puerco.

—Nenita, no sé qué decir —su voz está ronca—. Quisiera poder hacerlo, siento mucho que ocurriera esto. En verdad.

—¿Por qué no lo han arrestado?

—Los casos como éste son difíciles.

—No es tan difícil —le digo—. Asesinó a Khalil.

—Lo sé, lo sé —dice, y se limpia la cara—. Lo sé.

—¿Tú lo habrías matado?

Me mira.

—Starr... no puedo responder eso.

—Claro que puedes.

—No, no puedo. Me gustaría pensar que no lo habría hecho, pero es difícil decirlo a menos que estés en esa situación, sintiendo lo que estaba sintiendo ese oficial...

—Me apuntó con su pistola —le suelto.

—¿Qué?

Los ojos me punzan como locos.

—Mientras esperábamos a que llegaran refuerzos —le digo, y mis palabras se tambalean—. Me apuntó con la pistola hasta que llegó alguien más. Como si yo fuera una amenaza. Yo no era la que sujetaba un arma.

El tío Carlos me miró largo tiempo.

—Nenita —me agarra la mano. La aprieta y se mueve a mi lado de la

mesa. Su brazo me rodea, y hundo mi rostro en sus costillas, las lágrimas mojan su camisa.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —me besa la cabeza con cada disculpa—. Pero sé que con eso no basta.

CAPÍTULO 8

Los funerales no son para los muertos. Son para los vivos. Dudo que a Khalil le importe qué canciones se canten o qué diga el reverendo sobre él. Está en un ataúd. Nada puede cambiar eso.

Mi familia y yo llegamos media hora antes de que empiece el funeral, pero el estacionamiento de la iglesia Christ Temple ya está lleno. Hay chicos de la escuela de Khalil con camisetas con una imagen de su rostro que dicen *RIP Khalil*. Un tipo trató de vendernos unas ayer, pero mamá dijo que no las llevaríamos hoy: las playeras son para la calle, no para la iglesia.

Así que aquí estamos, saliendo del auto con nuestros vestidos y trajes. Mis padres se agarran de la mano y caminan frente a mí y mis hermanos. Solíamos ir a Christ Temple cuando yo era más chica, pero mamá se cansó de ver cómo la gente de aquí se comporta como si su propia mierda no apestara, y ahora vamos a una iglesia *diversa* en Riverton Hills. Allí va demasiada gente, y las oraciones de alabanza las dirige un tipo blanco con guitarra. Ah, y el servicio dura menos de una hora.

Volver a entrar a Christ Temple es como cuando regresas a tu primaria. Cuando eras niño parecía grande, pero cuando regresas te das cuenta de lo pequeña que es. La gente llena el diminuto vestíbulo. Tiene una alfombra color arándano y dos sillas de respaldo alto color bermellón. Una vez mamá me sacó del templo porque me estaba portando mal. Me obligó a sentarme en una de esas sillas y me dijo que no me moviera hasta que terminara el servicio. Y no me moví. Había una pintura del pastor colgada sobre las sillas, y podría haber jurado que me miraba. Ya pasaron muchos años, y todavía tienen colgada esa escalofriante pintura.

Hay una fila para firmar un libro para la familia de Khalil y otra para entrar al santuario. Para verlo.

Atisbo el ataúd blanco al frente del santuario, pero no me puedo obligar a ver más que eso. Intentaré verlo al final, pero... no sé. Quiero esperar hasta que no me quede otra opción.

El pastor Eldridge saluda a la gente a la entrada del santuario. Tiene puesta una sotana larga y blanca con cruces doradas. Sonríe. No sé por qué lo retrataron tan espeluznante en esa pintura. No es para nada espeluznante.

Mamá voltea la mirada hacia Seven, Sekani y hacia mí como si quisiera asegurarse de que estemos presentables, luego ella y papá se acercan al pastor Eldridge.

—Buenos días, pastor —dice.

—¡Lisa! Qué gusto verte —le besa la mejilla y extiende la mano a papá—. Maverick, qué gusto verte a ti también. Los extrañamos mucho por acá.

—Apuesto a que sí —murmura papá. Otra razón por la que dejamos Christ Temple: a papá no le gusta que *pidan* tanta limosna. Pero tampoco va a nuestra iglesia diversa.

—Y éstos deben ser los niños —dice el pastor Eldridge. Le da la mano a Seven y a Sekani, y a mí me besa la mejilla. Siento su bigote rasposo—. Vaya si han crecido desde la última vez que los vi. Recuerdo cuando el pequeño era una cosita envuelta en una cobija. ¿Cómo está tu mamá, Lisa?

—Está bien. Extraña venir aquí, pero le queda un poco lejos.

La miro de reojo, carajo —perdón, caramba, estamos en la iglesia—. Nana dejó de venir a Christ Temple por algún incidente que hubo entre ella y la Madre Wilson sobre el diácono Rankin. Terminó cuando Nana salió como una furia del pícnic de la iglesia, con el budín de plátano en la mano. Pero es lo único que sé.

—Lo entendemos —dice el pastor Eldridge—. Hazle saber que rezamos por ella —me mira con una expresión que conozco demasiado bien: lástima—. La señorita Rosalie me contó que estabas con Khalil cuando ocurrió. Siento tanto que hayas tenido que ser testigo de eso.

—Gracias —es extraño decir eso, como si me estuviera robando la lástima que le corresponde a la familia de Khalil.

Mamá toma mi mano.

—Vamos a buscar asientos libres. Qué gusto hablar con usted, pastor.

Papá me envuelve con su brazo, y los tres entramos al santuario.

Me tiemblan las piernas y siento una oleada de náusea, y ni siquiera hemos llegado a la fila para ver al difunto. La gente se acerca de dos en dos al ataúd, así que no puedo ver a Khalil para nada.

Pronto hay seis personas delante de nosotros. Cuatro. Dos. Mantengo los ojos cerrados todo el tiempo durante el último par. Luego nos toca a nosotros.

Mis padres me guían.

—Nena, abre los ojos —dice mamá.

Los abro. Un maniquí parecido a Khalil está acostado en el ataúd. Tiene la piel más oscura y los labios más rosados de lo que deberían estar, por el maquillaje. Al Khalil de verdad le habría dado un ataque si alguien le hubiera puesto esa mierda encima. El maniquí lleva un traje blanco y un colgante con una cruz dorada.

El verdadero Khalil tenía hoyuelos en las mejillas. El maniquí no los tiene.

Mamá se enjuga las lágrimas de los ojos. Papá sacude la cabeza. Seven y Sekani se quedan mirando.

Ése no es Khalil, me digo. Y Natasha tampoco era ella.

El maniquí de Natasha llevaba puesto un vestido blanco todo cubierto de flores rosas y amarillas. También tenía maquillaje. Mamá me había dicho *Mira, parece que está dormida*, pero cuando le apreté la mano, sus ojos no se abrieron.

Papá tuvo que sacarme cargando del santuario mientras yo gritaba para que ella se despertara.

Nos movemos para que el próximo grupo de gente pueda mirar el maniquí de Khalil. Un acomodador está por llevarnos a unos asientos, pero una señora con un peinado de torcidas trenzas naturales señala la fila delantera del lado de los amigos, justo frente a ella. No tengo la menor idea de quién sea, pero debe tratarse de alguien importante si da órdenes así. Y debe saber algo sobre mí si cree que mi familia merece estar en primera fila.

Tomamos nuestros asientos, e intento concentrarme en las flores. Hay un

corazón grande hecho de rosas rojas y blancas, una *K* formada con alcatraces, y un arreglo floral naranja y verde, sus colores favoritos.

Cuando se me acaban las flores, miro el programa del funeral. Está repleto de fotos de Khalil, desde la época en la que era un bebé de pelo rizado hasta hace unas cuantas semanas, con amigos que no reconozco. Hay fotos de él y más de hace años, y una de nosotros con Natasha. Los tres sonreímos, tratando de vernos rudos, haciendo signos de paz con las manos. El Trío del Barrio, más apretados que el interior de la nariz de Voldemort. Ahora soy la única que queda.

Cierro el programa.

—Pongámonos en pie —la voz del pastor Eldridge reverbera por el santuario. El organista comienza a tocar, y todos se levantan.

—Y Jesús dijo: *No se turbe vuestro corazón* —dice, bajando por el pasillo—. *Creéis en Dios, creed también en mí.*

La señorita Rosalie marcha detrás de él. Cameron camina junto a ella, apretando su mano con fuerza. Las lágrimas manchan sus mejillas regordetas.

La tía de Khalil, Tammy, toma la otra mano de la señorita Rosalie. La señorita Brenda está gimiendo detrás de ellos; lleva puesto un vestido negro que alguna vez fue de mamá. Le peinaron el cabello en una coleta. Dos chicos, creo que son los primos de Khalil, la sostienen. Fue más fácil ver el ataúd.

—*En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo hubiera dicho, porque voy a preparar un lugar para vosotros* —dice el pastor Eldridge—. *Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, allí estéis también vosotros.*

En el funeral de Natasha, su mamá se desmayó cuando la vio en el ataúd. De alguna manera, la mamá de Khalil y la abuela no lo hacen.

—Quiero dejar una cosa clara hoy —dice el pastor Eldridge una vez que todos están sentados—. Sin importar las circunstancias, ésta es una celebración de regreso al hogar. El llanto podrá durar toda la noche, ¡pero cuántos de ustedes conocen esa DICHA...! —ni siquiera termina y la gente empieza a exclamar.

El coro canta canciones gozosas, y casi todos aplauden y alaban a Jesús.

Mamá canta y mueve las manos. La abuela y la tía de Khalil aplauden y cantan también. Incluso estalla un momento de alabanza espontánea, y la gente corre por el santuario y hace el *Paso del Espíritu Santo*, como le decimos Seven y yo, donde mueven los pies como James Brown y doblan los brazos y los agitan como alitas de pollo.

Pero si Khalil no está celebrando, ¿cómo demonios lo pueden estar haciendo ellos? ¿Y por qué alabar a Jesús cuando, para empezar, fue él quien dejó que le dispararan a Khalil?

Pongo el rostro en las manos, con la esperanza de ahogar los tambores, las trompetas, los gritos. Esta mierda no tiene sentido.

Después de todas las alabanzas, algunos de los compañeros de clase de Khalil, los que estaban en el estacionamiento con las playeras, hacen una presentación. Le dan a su familia la toga y birrete que Khalil habría usado en unos cuantos meses, y lloran mientras cuentan historias divertidas que yo nunca había escuchado. Pero soy yo la que está en primera fila del lado de los amigos. Soy una jodida farsante.

Luego, la señora del peinado de trenzas torcidas sube al estrado. Su falda entubada y blazer negros parecen profesionales, más que aptos para la iglesia, y también viste una camiseta de *RIP Khalil*.

—Buenos días —dice, y todos contestan—. Me llamo April Ofrah, y trabajo con Just Us for Justice. Somos una pequeña organización de aquí, de Garden Heights, que aboga por la responsabilidad de la policía.

”Mientras nos despedimos de Khalil, sentimos el corazón apesadumbrado por la dura verdad de la manera en que perdió la vida. Justo antes de que comenzara este servicio, se me informó que, a pesar de la versión de un testigo creíble, la jefatura de policía no tiene intención de arrestar al oficial que asesinó a este joven.

—¿Qué? —digo, mientras la gente murmura alrededor del santuario. ¿Todo lo que les dije, y no lo van a castigar?

—Lo que no quieren que sepan —dice la señorita Ofrah— es que Khalil no estaba armado cuando lo asesinaron.

Entonces la gente comienza a hablar. Un par de personas suelta un alarido, incluso se escucha a alguien tan audaz como para gritar *Esto es una*

mierda en una iglesia.

—No cejaremos hasta darle justicia a Khalil —dice la señorita Ofrah por encima de las voces—. Les pido que se unan a nosotros y a la familia de Khalil después del servicio para una marcha pacífica al cementerio. Da la casualidad de que nuestra ruta pasa por la estación de policía. A Khalil lo silenciaron, pero unámonos y hagamos que, por él, nuestras voces se escuchen. Muchas gracias.

La congregación le da una ovación en pie. Mientras regresa a su lugar, me lanza una mirada. Si la señorita Rosalie le dijo al pastor que yo estaba con Khalil, probablemente se lo dijo a esta señora también. Apuesto a que quiere hablar.

El pastor Eldridge prácticamente reza por Khalil como si estuviera yendo al cielo. No estoy diciendo que Khalil no vaya a ir al cielo —eso no lo sé—, pero el pastor Eldridge trata de asegurarse de que lo haga. Suda y respira con tanta fuerza que me canso de mirarlo.

Al final del responso, dice:

—Si alguien quiere ver el cuerpo, ahora es el...

Se queda mirando al fondo de la iglesia. Alrededor del santuario hierven murmullos.

Mamá mira hacia atrás.

—¿Qué diantres...?

King y un montón de sus chicos están instalados en la parte de atrás con su ropa gris y sus pañoletas. King tiene el brazo enganchado alrededor de una señorita de ajustado vestido negro que apenas le cubre los muslos. Tiene demasiadas extensiones en el pelo —en serio, le llegan hasta las nalgas—, y demasiado maquillaje.

Seven se vuelve a girar. Yo tampoco quisiera tener que ver a mamá luciendo así.

¿Pero por qué están aquí? Los King Lords sólo se presentan a los funerales de los King Lords.

El pastor Eldridge se aclara la garganta.

—Como decía, si alguien quiere ver el cuerpo, ahora es el momento.

King y sus chicos se contonean por el pasillo. Todos los miran. Iesha

camina junto a él, toda orgullosa y la mierda, sin darse cuenta de que se ve como un desastre total. Les lanza una mirada y una sonrisa socarrona a mis padres, y no la soporto. Digo, no sólo por la manera en que trata a Seven, sino porque cada vez que aparece, de repente hay una tensión tácita entre mis padres. Como ahora: mamá mueve su hombro para no estar tan cerca de papá, y la mandíbula de él está apretada. Es el talón de Aquiles de su matrimonio, y sólo es notorio si llevas dieciséis años observándolos, como yo.

King, Iesha y los demás se acercan al ataúd. Uno de los chicos de King le pasa una pañoleta gris doblada, y King la extiende sobre el pecho de Khalil.

Se me detiene el corazón.

¿Khalil también era un King Lord?

La señorita Rosalie se levanta de un salto.

—¡Ni de broma vas a hacer eso!

Se acerca marchando al ataúd y le arrebató la pañoleta a Khalil. Empieza a moverse hacia King, pero papá la detiene a medio camino.

—¡Lárgate de aquí, demonio! —grita ella—. ¡Y llévate esta porquería contigo!

Lanza la pañoleta contra la cabeza de King.

Él se queda quieto. Lentamente, se da la vuelta.

—A ver, perr...

—¡Eh! —dice papá—. King, hombre, ¡vete sin más! Vete, ¿está bien?

—Vieja harpía —le gruñe Iesha—. Vaya que eres valiente para tratar así a mi hombre después de que ofreció pagar por el funeral.

—¡Que se quede con su sucio dinero! —dice la señorita Rosalie—. Y también puedes sacar tu trasero por esa puerta. ¡Entrar a la casa del Señor luciendo como la prostituta que eres!

Seven niega con la cabeza. No es ningún secreto que mi hermano mayor es el resultado de una sesión *pagada* que papá tuvo con Iesha después de una pelea con mamá. Iesha era la chica de King, pero él le dijo que se *enganchara* a Maverick, sin saber que Seven saldría idéntico a papá. Bien jodido, lo sé.

Mamá extiende la mano por detrás de mí y acaricia la espalda de Seven. A veces, cuando Seven no está ahí y mamá cree que Sekani y yo no podemos escucharla, le dice a papá: *Todavía no puedo creer que te acostaras con esa*

perra asquerosa. Pero Seven no puede estar ahí. Cuando él está, nada de eso importa. Lo ama más de lo que odia a Iesha.

Los King Lords se van, y estallan conversaciones por todos lados.

Papá guía a la señorita Rosalie a su asiento. Está tan enojada que tiembla.

Miro el maniquí en el ataúd. ¿Todas esas historias que nos contó papá sobre los pandilleros, y Khalil se unió a una de ellas? ¿Cómo se le pudo *ocurrir*?

Pero no tiene sentido. Tenía el color verde en el auto. Eso es lo que hacen los Discípulos del Jardín, no los King Lords. Y no corrió para meterse en la pelea durante la fiesta de Big D.

Pero la pañoleta. Papá dijo una vez que es una tradición de los King Lords: coronan a sus camaradas caídos poniéndoles una tela doblada en el cuerpo, como si así demostraran que irán al cielo en representación de su banda. Khalil se debió haber unido a ellos si está recibiendo ese honor.

Yo podría haberlo convencido de no hacerlo, lo sé, pero lo abandoné. Al carajo con la fila de amigos. No debería ni estar en su funeral.

Papá se queda con la señorita Rosalie el resto del servicio y luego la ayuda cuando la familia sigue el ataúd. La tía Tammy gesticula hacia nosotros para que los acompañemos.

—Gracias por estar aquí —me dice—. Significabas muchísimo para Khalil, espero que lo sepas.

Se me cierra demasiado la garganta como para decirle que él significa mucho para mí también.

Seguimos el ataúd con la familia. Prácticamente toda la gente junto a la que pasamos tiene lágrimas en los ojos. Por Khalil. En verdad está en ese ataúd, y no volverá.

Nunca se lo he contado a nadie, pero Khalil fue mi primer amor secreto. Sin saberlo, él me hizo descubrir las mariposas en el estómago y luego el corazón roto, cuando se enamoró de Imani Anderson, una chica de preparatoria a la que él, de cuarto grado, ni se le pasaba por la mente. Comencé a preocuparme por mi apariencia por primera vez cuando estaba con él.

Pero al carajo con el flechazo, fue uno de los mejores amigos que he

tenido jamás, no importa que nos viéramos todos los días o una vez al año. El tiempo no se compara con toda la mierda que pasamos juntos. Y ahora está en un ataúd, como Natasha.

Me brotan grandes lágrimas de los ojos, y sollozo. Un sollozo sonoro, desagradable, feo, que todos escuchan y ven mientras bajo por el pasillo.

—Me dejaron —lloro.

Mamá me envuelve con su brazo y me aprieta la cabeza contra su hombro.

—Lo sé, nena, pero aquí estamos. Nosotros no nos iremos.

El calor me acaricia el rostro, y sé que estamos afuera. Todas las voces y ruidos me obligan a mirar. Hay más gente aquí que en la iglesia, con fotos de Khalil y letreros que piden justicia. Sus compañeros de clase tienen carteles con frases como: *¿Soy el siguiente?* y *¡Ya Basta!* Hay camionetas de prensa con altas antenas estacionadas al otro lado de la calle.

Vuelvo a hundir el rostro en el hombro de mamá. La gente —no sé quién — me da palmadas en la espalda y me dice que todo saldrá bien.

Sé que es papá cuando siento que me acarician la espalda sin decir nada.

—Nos vamos a quedar para seguir la marcha, cariño —le dice a mamá—. Quiero que Seven y Sekani sean parte de esto.

—Sí, me la llevo a casa. ¿Cómo van a regresar?

—Podemos caminar a la tienda. De todos modos tengo que abrir —me besa el cabello—. Te amo, mi nena. Descansa un poco, ¿está bien?

Se escucha el chasquido de unos tacones que avanzan hacia nosotros, y luego alguien dice: *Hola, señor y señora Carter, soy April Ofrah de Just Us for Justice.*

Mamá se tensa y me jala más hacia ella.

—¿En qué podemos ayudar?

April Ofrah baja la voz y dice:

—La abuela de Khalil me dijo que Starr es la persona que estaba con Khalil cuando ocurrió esto. Sé que prestó su declaración ante la policía, y quiero felicitarla por su valor. Esta situación es muy difícil y debe haber supuesto un gran esfuerzo.

—Así es —dice papá.

Quito la cabeza del hombro de mamá. La señorita Ofrah mueve su peso de un pie al otro y mueve los dedos con torpeza. Mis papás no ayudan en nada con sus miradas duras.

—Todos queremos lo mismo —dice ella—. Justicia para Khalil.

—Con su permiso, señorita Ofrah —dice mamá—, pero por más que yo quiera eso, también quiero que mi hija tenga un poco de paz. Y privacidad.

Mamá observa las camionetas de prensa al otro lado de la calle. La señorita Ofrah les lanza una mirada.

—¡Ah! —dice—. Oh, no. No, no, no. No queríamos... yo no quería... no quiero poner a Starr en medio de todo. En realidad, todo lo contrario. Quiero proteger su privacidad.

Mamá me suelta un poco.

—Ya veo.

—Starr ofrece una perspectiva única en esto, una que no se tiene en muchos de estos casos, y me quiero asegurar de que sus derechos estén protegidos y de que se escuche su voz, sin que la...

—¿Exploten? —pregunta papá—. ¿Sin que la utilicen?

—Exactamente. El caso está por apoderarse de la atención de los medios nacionales, pero no quiero que eso suceda a costa suya —nos ofrece su tarjeta a cada uno de nosotros—. Además de ser defensora, también soy abogada. Just Us for Justice no le está proporcionando representación legal a la familia Harris, alguien más lo está haciendo. Simplemente nos estamos reuniendo detrás de ellos para apoyarlos. Sin embargo, estoy disponible y dispuesta a representar a Starr por mi cuenta. Cuando estés lista, por favor, llámame. Y lamento mucho tu pérdida.

Desaparece entre la multitud.

Llamarla cuando esté lista, ¿eh? No estoy segura de que algún día esté lista para la mierda que está por suceder.

CAPÍTULO 9

Mi hermano llega a casa con un mensaje: papá pasará la noche en la tienda.

También deja instrucciones para nosotros: quédense adentro.

Una cerca de malla rodea nuestra casa. Seven le pone el candado grande, el que usamos cuando salimos de la ciudad. Me llevo a Brickz adentro. No sabe cómo comportarse, y camina en círculos y salta sobre los muebles. Mamá no dice palabra hasta que se sube al sofá de la sala.

—¡Eh! —le chasquea los dedos—. Quitá tu enorme trasero de mi sofá. ¿Estás loco?

Brickz suelta un chillido y se apura para llegar conmigo.

El sol se pone. Estamos para dar las gracias antes de comer una carne a la cazuela con papas, cuando se escuchan los primeros disparos.

Abrimos los ojos. Sekani recula. Yo estoy acostumbrada a los disparos, pero éstos resuenan con más fuerza, son más rápidos. Apenas suena uno, cuando ya se escucha el siguiente.

—Ametralladoras —dice Seven. A continuación siguen más disparos.

—Llévense sus cenas a la sala de estar —dice mamá, levantándose de la mesa—. Y siéntense en el piso. Las balas no saben adónde se supone que deben ir.

Seven se levanta también.

—Mamá, yo puedo...

—Seven, a la sala de estar —dice.

—Pero...

—Se-ven —ella separa su nombre en sílabas—. Voy a apagar las luces, cariño, ¿está bien? Por favor, ve a la sala de estar.

Él se da por vencido.

—Está bien —cuando papá no está, Seven se comporta como si fuera el hombre de la casa. Mamá siempre tiene que separar su nombre en sílabas y ponerlo en su lugar.

Tomo mi plato y el de mamá y me dirijo a la sala de estar, que es la única habitación lejos de los muros exteriores. Brickz está justo detrás de mí, pero siempre sigue la comida. El pasillo se oscurece mientras mamá apaga las luces de toda la casa.

Tenemos uno de esos televisores de pantalla grande a la antigua en la sala de estar. Es la posesión más preciada de papá. Nos apiñamos alrededor de ella y Seven enciende las noticias, con lo cual se ilumina la sala.

Hay por lo menos cien personas reunidas en la avenida Magnolia. Sueltan consignas por la justicia y sostienen letreros, con los puños altos en el aire como símbolo del Poder Negro.

Mamá entra, hablando por teléfono.

—De acuerdo, señora Pearl, con tal de que esté segura. Sólo recuerde que tenemos suficiente lugar aquí si no se siente cómoda estando sola. La volveré a llamar más tarde.

La señora Pearl es una anciana que vive sola al otro lado de la calle. Mamá se la pasa preguntándole si necesita algo. Dice que la señora Pearl debe de saber que a alguien le importa.

Mamá se sienta junto a mí y Sekani descansa su cabeza en su regazo. Brickz lo imita y me pone la cabeza en las piernas y me lame los dedos.

—¿Están enojados porque Khalil murió? —pregunta Sekani.

Mamá pasa sus dedos por su peinado *high-top fade*.

—Sí, nene. Todos lo estamos.

Pero lo que los enoja *verdaderamente* es que Khalil estuviera desarmado. No puede ser una coincidencia que esto esté ocurriendo después de que la señorita Ofrah lo dijo en el funeral.

La policía responde a las consignas con gas lacrimógeno que cubre a la multitud con una nube blanca. La noticia muestra imágenes dentro de la multitud de gente que corre y grita.

—Maldita sea —dice Seven.

Sekani hunde el rostro en el muslo de mamá. Le doy un trozo de carne a Brickz. El nudo en el estómago no me deja comer.

Afuera ululan las sirenas. El noticiero muestra tres patrullas más que fueron incendiadas en la estación de policía, como a unos cinco minutos en coche desde donde estamos nosotros. Hay saqueos en una gasolinera cerca de la carretera, y el dueño, un hombre indio, se tambalea por ahí cubierto de sangre, diciendo que él no tiene nada que ver con la muerte de Khalil. Una hilera de policías vigila el Walmart del lado este.

Mi barrio es una zona de guerra.

Chris me envía un mensaje preguntando si estoy bien, y de inmediato me siento como una mierda por evitarlo, por aplicarle el Beyoncé y todo lo demás. Le pediría una disculpa, pero enviar un mensaje de texto que diga *lo siento*, combinado con todos los *emojis* del mundo, no es lo mismo que decirlo de frente. Al menos le contesto para que sepa que estoy bien.

Maya y Hailey llaman, preguntando por la tienda, la casa, mi familia, por mí. Ninguna de las dos menciona el drama del pollo frito. Es extraño hablar con ellas de Garden Heights. Nunca lo hacemos. Siempre me da miedo que alguna de ellas lo llame *el gueto*.

Lo entiendo. Garden Heights es un gueto, así que no sería una mentira, pero es como cuando yo tenía nueve años y Seven y yo peleábamos. Él recurría al golpe bajo y me decía Pequeña McEnanita. Un insulto ridículo, ahora que lo pienso, pero en ese entonces me hacía pedazos. Sabía que existía la posibilidad de que me quedara enana, dado que todos los demás eran más altos que yo, pero aunque yo podía referirme a mí misma como pequeña si quería, se volvía una verdad incómoda cuando Seven lo decía.

Yo puedo llamarle gueto a Garden Heights todo lo que me dé la gana, pero nadie más puede hacerlo.

Mamá se queda al teléfono también, llamando a algunos vecinos y recibiendo llamadas de otros que quieren saber cómo estamos. La señora Jones, que vive a la vuelta, dice que ella y sus cuatro niños se refugiaron en la sala de estar como nosotros. El señor Charles, de al lado, dice que si cortan la luz podemos usar su generador.

También el tío Carlos nos llama para ver cómo estamos. Nana toma el

teléfono y le dice a mamá que nos lleve para allá. Como si estuviéramos dispuestos a atravesar toda esa mierda para tratar de salir de ella. Está loca, se los juro. Papá llama y dice que la tienda está bien. Eso no evita que me ponga tensa cada que las noticias mencionan un negocio que fue atacado.

Ahora las noticias no sólo dan el nombre de Khalil: también muestran su foto. A mí sólo me llaman *la testigo*. A veces, *la testigo negra de dieciséis años*.

El jefe de policía aparece en pantalla y dice lo que temía: *Tomamos en cuenta la evidencia, además de la declaración que dio la testigo, y hasta ahora no vemos razón para arrestar al oficial*.

Mamá y Seven me lanzan una mirada. No dicen nada con Sekani ahí. No tienen que hacerlo. Todo esto es culpa mía. Los disturbios, los disparos, el gas lacrimógeno, todo, son a fin de cuentas culpa mía. Olvidé decirle al policía que Khalil salió con las manos en alto. No mencioné que el oficial me apuntó con la pistola. No hice mi declaración correctamente, y ahora no van a arrestarlo.

Pero aunque los disturbios son culpa mía, las noticias básicamente hacen que suene como si hubiera sido culpa del propio Khalil que muriera.

Hay múltiples reportes de que encontraron una pistola en el auto, dice el presentador. También existe la sospecha de que la víctima fuera un traficante, además de miembro de una pandilla. Los oficiales no han confirmado nada de esto.

Lo de la pistola no puede ser cierto. Cuando le pregunté a Khalil si tenía algo en el coche, dijo que no.

Tampoco quiso decir si vendía drogas. Y ni siquiera mencionó la pandilla. ¿Pero acaso importa? No merecía morir.

Sekani y Brickz comienzan a respirar profundamente al mismo tiempo, completamente dormidos. Pero ésa no es una opción para mí con los helicópteros, los disparos y las sirenas. También mamá y Seven están despiertos. Alrededor de las cuatro de la mañana, cuando ya se tranquiliza un poco, papá entra con los ojos amodorrados y bostezando.

—No llegaron a Marigold —dice, mientras come a la mesa de la cocina un poco de la carne que sobró—. Parece que están por el lado este, cerca de

donde lo mataron. Al menos, por ahora.

—Por ahora —repite mamá.

Papá se pasa la mano por la cara.

—Sí. No sé qué pueda evitar que vengan hacia acá. Mierda, por más que lo entiendo, me aterra que vengan.

—No podemos quedarnos aquí, Maverick —dice ella con su voz temblorosa, como si se hubiera estado guardando algo todo este tiempo y apenas ahora lo soltara—. Esto no va a mejorar. Sólo se va poner peor.

Papá le alcanza la mano. Ella deja que se la tome, y él la jala sobre su regazo. Papá la envuelve con sus brazos y le besa la cabeza.

—Estaremos bien.

Nos manda a Seven y a mí a la cama. De alguna manera, me quedo dormida.

Natasha vuelve a entrar corriendo a la tienda.

—¡Starr, vamos!

Tiene tierra en las trenzas, y sus mejillas, que alguna vez fueron regordetas, están hundidas. La sangre le empapa la ropa.

Doy un paso atrás. Ella se acerca corriendo a mí y me toma la mano. La suya se siente helada, como se sentía en su ataúd.

—Vamos —me jala—. ¡Vamos!

Me tira hacia la puerta, y mis pies se mueven en contra de mi voluntad.

—¡Detente! —le digo—. Natasha, ¡detente!

Una mano se extiende a través de la puerta sosteniendo una Glock.

¡Bang!

Me despierto de un brinco.

Seven golpea sus puños contra mi puerta. No envía mensajes de texto de forma normal y tampoco despierta a la gente de forma normal.

—Nos vamos en diez minutos.

Mi corazón late contra mi pecho como si tratara de salirse. *Estás bien*, me recuerdo a mí misma. Es el tonto de Seven.

—¿Nos vamos adónde? —le pregunto.

—Basquetbol en el parque. Es el último sábado del mes, ¿no? ¿No es lo que siempre hacemos?

—Pero... ¿los disturbios y todo eso?

—Como dijo papá, sucedieron en el este. Estamos bien por aquí. Además, en las noticias dice que hoy está tranquilo.

¿Qué pasa si alguien sabe que soy la testigo? ¿Qué pasa si saben que es culpa mía que no hayan arrestado al oficial? ¿Qué pasa si nos topamos con la policía y saben quién soy?

—No pasará nada —dice Seven, como si pudiera leer mi mente—. Lo prometo. Y ahora saca tu perezoso trasero de la cama para que pueda hacerte papilla en la cancha.

Si es posible ser un canalla dulce, ése es Seven. Salgo de la cama y me pongo los shorts de basquetbol, el jersey de LeBron y mis 13, como los que usaba Jordan antes de dejar los Bulls. Me hago una coleta. Seven me espera en la puerta de enfrente, haciendo girar la pelota entre sus manos.

Se la arrebato.

—Como si supieras qué hacer con ella.

—Ya veremos.

Elevo un grito para avisar a mamá y a papá que volveremos más tarde, y salimos.

Al principio Garden Heights parece estar igual que siempre, pero a un par de calles pasan al menos cinco patrullas a toda velocidad. El humo todavía se cierne en el aire y todo se ve brumoso. Además, apesta.

Llegamos a Rose Park. Unos King Lord están sentados en una Escalade gris al otro lado de la calle, y uno más joven está en el carrusel del parque. Mientras no los molestemos, ellos no nos molestarán a nosotros.

Rose Park ocupa toda una manzana, y lo rodea una alta cerca de malla. No me queda claro qué es lo que protege: el grafiti en la cancha de basquetbol, los columpios oxidados, las bancas en las que se han procreado un montón de bebés, o las botellas de licor, las colillas de cigarrillos y la basura

regadas por el césped.

Estamos cerca de las canchas de basquetbol, pero la entrada al parque está al otro lado de la calle. Le lanzo la pelota a Seven y me subo por la cerca. Solía saltar desde arriba, pero una caída y un tobillo torcido evitaron que lo siguiera haciendo.

Ya que paso sobre la barda, Seven me lanza la pelota y escala. Khalil, Natasha y yo solíamos tomar un atajo por el parque después de la escuela. Subíamos corriendo por los toboganes, dábamos vueltas en el carrusel hasta quedar mareados y tratábamos de columpiarnos más alto que los demás.

Trato de olvidar todo eso mientras le lanzo la pelota a Seven.

—¿El primero en llegar a treinta?

—Cuarenta —dice. El maldito bien sabe que tendrá suerte si logra anotar veinte puntos. No es bueno jugando a la pelota, lo mismo que papá.

Como para comprobarlo, Seven dribla usando la palma de la mano. Se supone que uno debe emplear las puntas de los dedos. Luego el muy tonto intenta lanzar un triple.

La pelota rebota contra el borde del aro. Por supuesto. La agarro y lo miro.

—¡Débil! Sabías que esa mierda no iba a entrar.

—Como sea, juguemos el maldito partido.

Cinco minutos después, yo tengo diez puntos y él dos, y básicamente se los he regalado. Finjo que voy a la izquierda, me muevo rápidamente a la derecha pasando el balón entre las piernas, y lanzo desde la línea de tres. Esta nena lanza bien. Esta chica sabe jugar.

Seven pide tiempo con las manos. Jadea más fuerte que yo, y eso que yo soy la que tenía asma.

—Tiempo fuera. Descanso para tomar agua.

Me limpio la frente con el brazo. El sol fulgura ya en la cancha.

—¿Qué tal si lo dejamos así?

—Diablos, no. Tengo mucho más que dar. Debo corregir mis ángulos.

—¿Ángulos? Esto es un juego de pelota, Seven. No son *selfies*.

—¡Eh, hola! —grita un chico.

Nos damos la vuelta, y la respiración se me corta.

—Mierda.

Son dos. Parecen tener trece o catorce años, y llevan puestas las camisetas verdes de los Celtics. Discípulos del Jardín, sin duda. Cruzan la cancha y vienen directamente hacia nosotros.

El más alto se acerca a Seven.

—Negro, ¿eres un King Lord?

Ni siquiera puedo tomar en serio a este tonto. Le está cambiando la voz. Papá dice que hay un truco para distinguir entre los viejos y los jóvenes pandilleros, además de su edad. Los viejos pandilleros no empiezan las cosas, las terminan. Los jóvenes siempre las empiezan.

—No, soy neutral —dice Seven.

—¿Tu papá no es King? —dice el más pequeño.

—Diablos, no. Sólo juega con mi mamá.

—No importa —el alto saca una navaja—. Pásenme su mierda. Zapatos, teléfonos, todo.

Reglas del Jardín: si no te involucra, no tiene un carajo que ver contigo. Punto. Los King Lords de la Escalade ven todo lo que pasa. Como no somos de su pandilla, no existimos.

Pero el chico del carrusel viene corriendo y empuja a los Discípulos del Jardín. Se levanta la camisa para mostrarles su pistola.

—¿Tenemos un problema?

Retroceden.

—Sí, tenemos un problema —dice el más bajo.

—¿Estás seguro? La última vez que revisé, el Rose Park era territorio de los Kings —mira hacia la Escalade. Los King Lords que están adentro asienten hacia nosotros, una forma simple de preguntar si todo está bien. Asentimos de vuelta.

—Está bien —dice el Discípulo alto—. Ya entendimos.

Los Discípulos del Jardín se van por donde entraron.

El King Lord más joven estrecha palmas con Seven.

—¿Todo bien, hermano? —pregunta.

—Sí. Gracias, Vante.

No puedo mentir, el chico es lindo. Oigan, que tenga novio no quiere

decir que no pueda mirar, y con todo lo que Chris babea por Nicki Minaj, Beyoncé y Amber Rose, que no se atreva a enojarse conmigo por sólo mirar.

Como paréntesis: me queda claro cuál es el tipo de chica que le gusta a mi novio.

Este tipo, Vante, tiene más o menos mi edad, un poco más alto, peinado con un *afro puff* grande y con ligeros indicios de un bigote. También tiene labios lindos. Regordetes y suaves.

Me quedé mirándolos demasiado tiempo. Se los humedece y sonrío.

—Tenía que asegurarme de que tú y esta mamita estuvieran bien.

Y eso lo echa todo a perder. No me pongas un apodo si no me conoces.

—Sí, perfecto —le digo.

—Esos Discípulos del Jardín te ayudaron de todas formas —le dice a Seven—. Ella te estaba matando.

—Hombre, cállate —dice Seven—. Ella es mi hermana, Starr.

—Ah, sí —dice el tipo—. Eres la que trabaja allá en la tienda de Big Mav, ¿cierto?

Como dije, así es como me llaman. Todo. El. Tiempo.

—Sí. Ésa soy yo.

—Starr, éste es DeVante —dice Seven—. Es uno de los chicos de King.

—¿DeVante? —así que éste es el tipo por el que se peleó Kenya.

—Sí, ése soy yo —me mira de pies a cabeza y se vuelve a humedecer los labios—. ¿Oíste hablar de mí o algo así?

Tanto humedecerse los labios no me parece lindo.

—Sí, he oído hablar de ti. Y quizá quieras comprarte un poco de bálsamo si tienes los labios tan secos como para que los estés humedeciendo tanto.

—Mierda, ¿así las cosas?

—Lo que quiere decir es gracias por ayudarnos —dice Seven, aunque eso no es lo que quería decir—. Lo apreciamos.

—Todo bien. Esos tontos están corriendo por aquí porque los disturbios pasaron en su lado. Hay demasiada policía por allá.

—Y bueno, ¿qué haces en el parque tan temprano? —pregunta Seven.

Se mete las manos en los bolsillos y se encoge de hombros.

—Me plantaron aquí. Ya sabes cómo es.

Es un vendedor. Mierda, en serio que Kenya sabe escogerlos. Si tu tipo es un pandillero traficante, tienes serios problemas. Bueno, King *es* su papá.

—Supe lo de tu hermano —dice Seven—. Lo siento, hombre. Dalvin era un tipazo.

DeVante pateo una piedrita en la cancha.

—Gracias. Mamá lo está llevando muy mal. Por eso estoy aquí. Tenía que salir de casa.

¿Dalvin? ¿DeVante? Ladeo la cabeza.

—¿Tu mamá les puso los nombres de los tipos de ese viejo grupo, Jodeci? —lo sé sólo porque a mis papás les encanta escuchar Jodeci.

—Sí, ¿y?

—Sólo preguntaba. Tampoco tienes por qué tener esa actitud.

Una Tahoe blanca se estaciona frenando en seco al otro lado de la barda. La de papá.

Baja la ventana. Lleva puesta una camiseta y las marcas en zigzag de la almohada le cruzan la cara. Rezo porque no se baje, porque conociéndolo, se le verán sus piernas paliduchas y llevará puestas unas sandalias Nike con calcetines.

—¿Qué demonios estaban pensando, saliendo de casa sin avisar a nadie? —grita.

Los King Lords al otro lado de la calle estallan en carcajadas. DeVante tose contra su puño como si quisiera reír también. Seven y yo miramos en todas direcciones menos hacia papá.

—Ah, ¿quieren hacer como que no me escuchan? ¡Respondan cuando les hablo!

Los King Lords aúllan de la risa.

—Papá, sólo vinimos a jugar basquetbol —dice Seven.

—No me importa. Toda esta mierda que está pasando, ¿y se van? ¡Súbanse a la camioneta!

—Mierda —le digo en voz baja—. Siempre tienes que ponerte como loco.

—¿Qué dijiste? —me grita.

Los King Lords aúllan todavía más fuerte. Quisiera desaparecer.

—Nada —le digo.

—*Qué va*, dijiste algo. Y les aviso, no escalen la barda. Den la vuelta hasta la entrada. Y más vale que no llegue yo antes que ustedes.

Se aleja conduciendo.

Mierda.

Tomo mi pelota, y Seven y yo corremos al otro lado del parque. La última vez que corrí tan rápido, la entrenadora nos estaba obligando a hacer unos ejercicios que se llaman *suicidios*. Llegamos a la entrada en cuanto se estaciona papá. Me subo en el asiento trasero de la camioneta, y el tonto de Seven se sube en el del copiloto.

Papá arranca.

—Están completamente locos —dice—. La gente se está amotinando, prácticamente llamaron a la Guardia Nacional, y ustedes quieren jugar a la pelota.

—¿Por qué nos tenías que avergonzar así? —le suelta Seven.

Agradezco tanto estar en el asiento de atrás. Papá se gira hacia Seven, sin siquiera mirar la carretera, y le gruñe:

—No eres demasiado mayor.

Seven se queda mirando adelante. Casi le sale vapor por las orejas.

Papá mira hacia la carretera otra vez.

—¿Qué descaro tienes para hablarme así, sólo porque unos King Lords se estaban riendo de ti. ¿Qué? ¿Ahora estás con los King?

Seven no contesta.

—¡Te estoy hablando, niño!

—No, señor —responde.

—¿Entonces por qué te importa lo que piensan? Si tanto deseas ser un hombre, a los hombres no les importa lo que otros piensen.

Se estaciona en nuestra entrada. No estamos ni a medio camino del sendero cuando veo a mamá a través del mosquitero de la puerta, con su bata, los brazos cruzados y el pie descalzo dando golpes contra el suelo.

—¡Entren ya! —nos grita.

Camina de un lado al otro de la sala mientras entramos. No es cuestión de que explote, sino de cuándo lo hará.

Seven y yo nos hundimos en su sofá.

—¿Dónde estaban? —pregunta—. Y más vale que no me mientan.

—En la cancha de basquetbol —mascullo, mirando fijamente mis Jordan. Mamá se inclina hacia mí y se pone la mano en la oreja.

—¿Qué dijiste? No te escuché bien.

—Habla más fuerte, niña —dice papá.

—En la cancha de basquetbol —repito con más fuerza.

—En la cancha de basquetbol —mamá se endereza y se ríe—. Dijo que en la cancha de basquetbol —deja de reírse, y su voz sube de volumen con cada palabra—. Estoy caminando de un lado a otro, mordiéndome las uñas de preocupación, ¡y ustedes están en la maldita cancha de basquetbol!

Alguien suelta una risita en el pasillo.

—Sekani, ¡ve a tu habitación! —dice mamá sin mirar hacia allá. Los pies de Sekani golpetean velozmente por el pasillo.

—Les grité para avisarles que nos íbamos —le digo.

—Ah, gritó —se burla papá—. ¿Escuchaste a alguien gritar, nena? Porque yo no.

Mamá chasquea los dientes.

—Yo tampoco. Puede despertarnos para pedirnos dinero, pero no para avisarnos que se va a una zona de guerra.

—Es culpa mía —dice Seven—. Quería sacarla de casa para que hiciera algo normal.

—Cariño, ¡no hay nada normal en este momento! —dice mamá—. Ya vieron lo que está sucediendo. ¿Y están lo suficientemente locos como para salir así, sin más?

—Tontos, eso es lo que son —agrega papá.

No quito la vista de mis zapatos.

—Denme sus teléfonos —dice mamá.

—¿Qué? —exclamo desesperada—. ¡No es justo! Grité y les avisé...

—Starr Amara —dice entre dientes. Como mi primer nombre sólo tiene una sílaba, debe echar mano de mi segundo nombre para poder emitir sonidos separados en sílabas—. Si no me das ese teléfono, te juro por Dios...

Abro la boca, pero me dice:

—¡Di algo más! Te reto a que lo hagas, ¡di algo más! ¡Y te quito esos

Jordan también!

Esto es una mierda. En serio. Papá se nos queda mirando; es su perro de ataque, a la espera de que hagamos el movimiento equivocado. Así funcionan. Mamá hace la primera ronda, y si no tiene éxito, papá va por el golpe final. Y uno nunca quiere que papá haga eso.

Seven y yo le pasamos nuestros teléfonos.

—Eso pensé —dice, y se los entrega a papá—. Ya que desean tanto algo *normal*, recojan sus cosas. Vamos a casa de Carlos a pasar el día.

—No, él no —papá le indica a Seven que se levante—. Éste viene a la tienda conmigo.

Mamá me mira y sacude la cabeza hacia el pasillo.

—Ve. Debería hacer que te bañaras, hueles a humanidad —y mientras me estoy yendo, me grita—: ¡Y a ti no se te ocurra ponerte nada escotado para llevar a casa de Carlos!

Oh, cómo me pone de nervios. Verán, Chris vive a la vuelta de la casa del tío Carlos. Pero por lo menos, no dijo nada más frente a papá.

Brickz me encuentra en la puerta de mi habitación. Salta sobre mis piernas y trata de lamerme la cara. Tenía como cuarenta cajas de zapatos apiladas en un rincón, y las tiró todas.

Le rasco detrás de las orejas.

—Perro torpe.

Lo llevaría con nosotros, pero no permiten perros pit bull en el barrio del tío Carlos. Se acomoda en mi cama y me ve empacar. En realidad sólo necesito mi traje de baño y unas sandalias, pero mamá podría decidir que nos quedemos allá todo el fin de semana por los disturbios. Empaco un par de mudas de ropa y voy por mi mochila de la escuela. Me la echo al hombro.

—Vamos, Brickz.

Me sigue hasta su lugar en el patio de atrás, y lo engancho a su cadena. Mientras vuelvo a llenar sus platos de comida y agua, papá se agacha junto a sus rosas y examina los pétalos. Las riega como se debe, pero por alguna razón parecen secas.

—Vamos, vamos —les dice—. Tienen que tener un mejor aspecto.

Mamá y Sekani me esperan en su Camry. Acabo en el asiento del

copiloto. Es muy infantil de mi parte, pero en este momento no quiero sentarme tan cerca de ella. Desafortunadamente, o me siento junto a ella o me siento junto a don Oloroso Sekani. Miro directamente hacia adelante, y por el rabillo del ojo la veo mirarme. Hace un sonido como si estuviera a punto de hablar, pero sus palabras deciden salir en forma de suspiro.

Bien. Tampoco quiero que me hable. Estoy siendo mezquina como el demonio y ni siquiera me importa.

Nos dirigimos hacia la carretera y pasamos por las unidades habitacionales de Cedar Grove, donde vivíamos antes. Llegamos a la avenida Magnolia, la calle más bulliciosa de Garden Heights, donde se ubica la mayoría de los negocios. Normalmente, los sábados en la mañana los chicos de nuestro barrio presumen con sus autos, rodando de un lado al otro de la calle y haciendo carreras.

Hoy la calle está bloqueada. Una multitud marcha por en medio. Llevan letreros y carteles con el rostro de Khalil, y corean: *¡Justicia para Khalil!*

Yo debería estar con ellos, pero no puedo unirme a esa marcha sabiendo que soy una de las razones por las que la gente está protestando y amotinándose.

—Sabes que nada de esto es tu culpa, ¿cierto? —pregunta mamá.

¿Cómo demonios lo supo?

—Lo sé.

—Lo digo en serio, nena. No lo es. Lo hiciste todo bien.

—Pero a veces no basta con eso, ¿eh?

Ella toma mi mano y, a pesar de mi molestia, la dejo hacerlo. Es lo que más se acerca a una respuesta por mi parte durante un buen rato.

El tránsito del sábado por la mañana en la autopista avanza bien comparado con el de entre semana. Sekani se pone los audífonos y juega con su tableta. Algunas canciones R&B de los noventa suenan en la radio, y mamá las tararea en voz baja. Cuando realmente se mete de lleno, intenta todo tipo de fraseos y canta: *¡Sí, nena! ¡Sí!*

De la nada dice:

—Cuando naciste, no respirabas.

Es la primera vez que oigo eso.

—¿En serio?

—Así es. Tenía dieciocho años cuando te tuve. Yo misma era todavía una bebé, pero pensaba que ya había crecido. No quería admitir frente a nadie que estaba muerta de miedo. Tu Nana pensaba que no había manera alguna de que yo pudiera ser una buena madre. Que no fuera la desenfrenada Lisa.

”Estaba decidida a mostrarle que se equivocaba. Dejé de beber y de fumar, fui a todas mis citas médicas, comí bien, me tomé mis vitaminas, todo el rollo. Diablos, hasta ponía a Mozart y acomodaba los audífonos sobre mi barriga. Ya vimos cuánto bien nos hizo eso. No terminaste ni un mes de clases de piano.

Me río.

—Lo siento.

—Está bien. Como te decía, lo hice todo bien. Recuerdo estar en esa sala de parto, y cuando te sacaron, esperé a que, respiraras. Pero no lo hiciste. Todos estaban por ahí corriendo, y tu padre y yo preguntamos una y otra vez qué pasaba. Finalmente, la enfermera dijo que no estabas respirando.

”Me puse como loca. Tu papá no podía tranquilizarme. Apenas se podía tranquilizar a sí mismo. Después del minuto más largo de mi vida, lloraste. Pero creo que yo lloré más fuerte que tú. Sabía que había hecho algo mal. Pero una de las enfermeras me tomó de la mano —mamá me vuelve a tomar de la mano—, me miró a los ojos, y me dijo: *A veces puedes hacerlo todo bien y de todos modos las cosas salen mal. La clave está en no dejar de hacer las cosas bien.*

Mamá sujeta mi mano el resto del camino.

Solía pensar que el sol brillaba más aquí, en el barrio del tío Carlos, pero hoy en verdad es así: no hay humo persistente en la atmósfera y el aire está más fresco. Todas las casas son de dos pisos. Los chicos juegan en las aceras y en los grandes patios. Hay puestos de limonada, ventas de garaje y mucha gente trotando. Incluso con todo eso, hay un gran silencio.

Pasamos junto a la casa de Maya, a unas cuantas calles del tío Carlos. Le enviaría un mensaje para ver si puedo ir a visitarla pero, ya saben, me

quitaron el teléfono.

—Hoy no puedes visitar a tu amiguita —dice mamá, leyéndome la mente otra maldita vez—. Estás castigada.

Abro completamente la boca.

—Pero ella puede venir a casa de Carlos para verte.

Me mira por el rabillo del ojo con una media sonrisa. Se supone que éste es el momento en el que la abrazo y le doy las gracias y le digo que es lo máximo.

Eso no va a pasar. Le digo:

—Genial. Como tú digas —y me recargo contra el asiento. Ella estalla en una carcajada.

—¡Qué terca eres!

—¡No lo soy!

—Sí que lo eres —dice—. Igual que tu papá.

En cuanto nos estacionamos frente a la casa del tío Carlos, Sekani salta del auto. Nuestro primo Daniel lo saluda desde la acera con otros niños, todos en sus bicicletas.

—Nos vemos luego, mamá —dice Sekani. Pasa corriendo junto al tío Carlos, quien está saliendo de la cochera, y monta su bicicleta. Se la regalaron en Navidad, pero la guarda en casa del tío Carlos porque mamá no quiere que la use en Garden Heights. Pedalea por el acceso para autos.

Mamá se baja de un brinco y lo llama:

—¡No vayas muy lejos!

Me bajo, y el tío Carlos me recibe con el perfecto abrazo de tío Carlos: no demasiado apretado, pero tan firme que en unos cuantos segundos sé que me ama.

Me besa la cabeza dos veces y pregunta:

—¿Cómo estás, mi nenita?

—Todo bien —olfateo. Hay humo en el aire. Pero del bueno—. ¿Estás haciendo una parrillada?

—Apenas calenté el asador. Voy a poner unas hamburguesas y pollo para el almuerzo.

—Espero que no acabemos todos intoxicados —bromea mamá.

—Ay, mira quién está tratando de hacerse la graciosa —dice—. Te vas a tener que tragar tus palabras, y todo lo que cocino, hermanita, porque voy a agasajarlos. El Canal Gourmet no me llega ni a los talones —y se levanta el cuello de la camisa.

Dios. A veces es tan cursi.

La tía Pam cuida el asador en el patio. Mi prima Ava se chupa el pulgar y abraza la pierna de la tía Pam. En el momento en que me ve, llega corriendo:

—¡Starr-Starr!

Sus coletas vuelan mientras corre, y se lanza a mis brazos. Le doy vueltas, sacándole muchas risitas.

—¿Cómo está mi niña de tres años favorita de todo el mundo?

—¡Bien! —se vuelve a meter el pulgar arrugado y mojado en la boca—.
Hola, tía Lele.

—Hola, nena. ¿Te has estado portando bien?

Ava asiente demasiado. No hay manera de que se haya portado *tan* bien.

La tía Pam deja al tío Carlos a cargo del asador y saluda a mamá con un abrazo. Tiene la piel morena oscura y el cabello esponjado y rizado. A Nana le agrada porque viene de una *buena familia*. Su mamá es abogada, y su papá es el primer jefe de cirugía negro del mismo hospital donde la tía Pam trabaja como cirujana. Son la familia Huxtable* de la vida real, lo juro.

Dejo a Ava en el suelo y la tía Pam me abraza con mucha fuerza.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien.

Dice que lo entiende, pero nadie lo entiende realmente.

Nana sale de golpe por la puerta de atrás con los brazos abiertos.

—¡Mis niñas!

Ésa es la primera señal de que está pasando algo. Abraza a mamá y nos besa las mejillas. Nana nunca nos besa, y nunca deja que la besemos. Dice que no sabe dónde han estado nuestras bocas. Me enmarca el rostro con las manos, diciendo *Gracias a Dios. Él les perdonó la vida. ¡Aleluya!*

Empiezan a sonar muchas alarmas en mi cabeza. No es que no le haga feliz que *El señor me perdonara la vida*, pero ésta no es Nana. Para nada.

Nos lleva a mamá y a mí por las muñecas y nos jala hasta los camastros

que hay junto a la alberca.

—Vengan aquí a platicar conmigo.

—Pero iba a hablar con Pam...

Nana mira a mamá y sisea entre dientes:

—Cállate la boca, siéntate y habla conmigo, maldita sea.

Ahora, *ésa sí* que es Nana. Se sienta en el camastro y se abanica con dramatismo. Es maestra de teatro jubilada, así que todo lo hace histriónicamente. Mamá y yo compartimos un camastro y nos sentamos a un lado.

—¿Qué pasa?—pregunta mamá.

—Cuando... —comienza, pero se cubre la cara con una sonrisa falsa cuando Ava, con sus andares de pato, trae una muñeca bebé y un cepillo. Ava me da las dos cosas y se va a jugar con algunos de sus otros juguetes.

Cepillo el cabello de la muñeca. Esta niña me tiene entrenadísima. No tiene que decir nada, y lo hago.

Una vez que Ava no puede escucharnos, Nana dice:

—¿Cuándo me van a llevar de vuelta a mi casa?

—¿Qué pasó? —pregunta mamá.

—¡Baja la maldita voz! —irónicamente, ella no baja la suya—. Ayer en la mañana, iba a hacer un poco de bagre a la plancha para la cena. Lo iba a freír con unas albóndigas de maíz rebozadas, papas fritas, y todo lo demás. Salí a hacer unas cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunto sólo porque sí.

Nana me lanza *la mirada* y es como ver a mamá dentro de treinta años, salvo por unas cuantas arrugas y canas que se le escaparon cuando se pintó el cabello (me daría una buena paliza por decir eso).

—Soy una chica grande, niña —dice—. No me preguntes qué hago. De todos modos, llegué a casa, ¡y esa desgraciada había agarrado y cubierto mi bagre con unas malditas hojuelas de maíz, y lo estaba horneando!

—¿Hojuelas de maíz? —le digo, haciéndole la raya del pelo a la muñeca.

—¡Sí! Me dijo que *así era más sano*. Si quisiera algo sano, me comería una ensalada.

Mamá se cubre la boca, y los bordes de sus labios se tuercen hacia arriba.

—Pensaba que tú y Pam se llevaban bien.

—Así es, hasta que se metió con mi comida. Bien, he pasado por muchas cosas desde que llegué aquí. Pero eso... —levanta un dedo— es ir demasiado lejos. Prefiero vivir con ustedes y ese exconvicto que lidiar con esto.

Mamá se levanta y le besa la frente.

—Estarás bien.

Nana la despide con la mano. Después de que mamá se va, me mira.

—¿Estás bien, niña? Carlos me dijo que ibas en el coche con ese chico cuando lo mataron.

—Sí, señora, estoy bien.

—Bien. Y si no lo estás, ya lo estarás. Somos fuertes en ese sentido.

Asiento, pero no lo creo. No de mí.

Suena el timbre de la puerta de enfrente. Le digo *Voy a abrir*, dejo la muñeca de Ava.

Mierda. Chris está al otro lado de la puerta. Quería disculparme con él, pero maldita sea, necesito tiempo para prepararme.

Aunque es extraño. Está caminando de un lado al otro. Así como hace cuando estudiamos para un examen o antes de un partido importante. Tiene miedo de hablar conmigo.

Abro la puerta y me recargo contra el marco.

—Hola.

—Hola —sonríe, y a pesar de todo también le sonrío.

—Estaba lavando uno de los coches de papá y vi que llegaban —dice. Eso explica su camiseta, sandalias y shorts—. ¿Estás bien? Sé que en tu mensaje me dijiste que sí, pero quería estar seguro.

—Estoy bien —le digo.

—La tienda de tu papá no fue vandalizada, ¿cierto? —pregunta.

—No.

—Bien.

Miradas y silencio.

Él suspira.

—Mira, si esto tiene que ver con lo del condón, nunca jamás volveré a comprar uno.

—¿Nunca?

—Bueno, sólo cuando quieras que lo haga —agrega rápidamente—: Que no tiene que ser en ningún futuro próximo. De hecho, no tienes que acostarte conmigo jamás. Ni besarme. Diablos, si no quieres que te toque, yo...

—Chris, Chris —le digo, levantando las manos para que baje la velocidad, y lucho para no reír—. Está bien. Entiendo lo que quieres decir.

—Está bien.

—Está bien.

Otra ronda de miradas y silencio.

—En realidad, lo siento —le digo, pasando mi peso de un pie a otro—. Por imponerte la ley de hielo. No tenía que ver con el condón.

—Ah... —se le enarcan las cejas—. ¿Entonces con qué?

Suspiro.

—No quiero hablar de ello.

—Así que puedes estar enojada conmigo, ¿pero no puedes decirme por qué?

—No tiene nada que ver contigo.

—Sí, si la ley de hielo me la estás imponiendo a *mí*, claro que tiene que ver —dice él.

—No lo entenderías.

—Quizá deberías dejar que eso lo determinara yo mismo, ¿no? —dice él—. Aquí estoy, llamándote, enviándote mensajes, de todo, ¿y ni siquiera puedes decirme por qué me estás ignorando? Es una putada, Starr.

Le lanzo una ojeada, y tengo la fuerte sensación de que me parezco a mamá y a Nana en este momento, con esa mirada fulminante de *sé que no acabas de decir eso*.

—Te lo dije, no lo entenderías. Así que déjalo.

—No —se cruza de brazos—. Vine hasta aquí para...

—¿Hasta aquí? Hermano, ¿*tan lejos*? ¿Has recorrido toda la calle?

La Starr de Garden Heights se hace presente en este momento.

—Sí, toda la calle —dice—. ¿Y adivina qué? No tendría que haberlo hecho. Pero lo hice. ¡Y ni siquiera puedes decirme qué está pasando!

—Eres blanco, ¿está bien? —le grito—. ¡Eres blanco!

Silencio.

—¿Soy blanco? —dice, como si lo escuchara por primera vez—. ¿Y eso qué carajos tiene que ver con todo esto?

—¡Todo! Eres blanco, yo soy negra. Eres rico, yo no.

—¡Eso no importa! —dice—. No me importa ese tipo de mierda, Starr. Me importas tú.

—¡Esa mierda es parte de mí!

—Está bien, ¿y...? Eso no es nada del otro mundo. Dios, ¿en serio? ¿Por eso estás enojada? ¿*Por eso* me estás imponiendo la ley de hielo?

Me le quedo mirando, y sé, sé que lo hago con la mirada de Lisa Janae Carter. Tengo la boca ligeramente abierta, como la suya cuando mis hermanos o yo nos *pasamos de listos*, como dice ella, y dejo la barbilla un poco hacia atrás, y tengo las cejas arqueadas. Mierda, hasta tengo la mano en la cadera.

Chris da un pequeño paso atrás, exactamente como lo hacemos mis hermanos y yo.

—Es que... es que esas cosas no tienen sentido para mí, ¿está bien? Es todo.

—Entonces, como te dije, no lo entiendes. ¿O sí?

Bum. Si me estoy comportando como mamá, éste es uno de sus momentos de: *¿Ya ves?, te lo dije.*

—No. Supongo que no lo entiendo —dice.

Otra ronda de silencio.

Chris se mete las manos en los bolsillos.

—¿Quizá puedas ayudarme a entenderlo? No lo sé. Pero sí sé que no tenerte en mi vida es peor que no hacer *beats* o jugar basquetbol. Y tú sabes cómo me gusta hacer *beats* y jugar basquetbol, Starr.

Suelto una sonrisita socarrona.

—¿Y te parece que así vas a seducirme?

Se muerde el labio inferior y se encoge de hombros. Me río. Él también ríe.

—Salió mal, ¿eh? —pregunta.

—Horrible.

Nos quedamos callados otra vez, pero es el tipo de silencio que no me molesta. Extiende su mano para tomar la mía.

Todavía no sé a quién estoy traicionando por salir con Chris, pero lo he extrañado tanto que duele. Mamá cree que venir a casa del tío Carlos es lo normal, pero Chris es el tipo de normalidad que en realidad quiero. La normalidad en donde no tengo que elegir qué Starr debo ser. El tipo de normalidad donde nadie te dice cuánto lo sienten o hablan de *Khalil el vendedor de drogas*. Sólo... lo normal.

Por eso no puedo decirle a Chris que yo soy la testigo.

Lo tomo de la mano, y de repente todo parece estar bien. No hay tristeza ni recuerdos recurrentes.

—Vamos —le digo—. El tío Carlos debe tener la carne lista.

Vamos al patio de atrás, tomados de la mano. Él está sonriendo y, sorprendentemente, yo también.

* Hace referencia a la familia protagonista de la popular serie de televisión de los ochenta, *El show de Bill Cosby*.

CAPÍTULO 10

Pasamos la noche en casa del tío Carlos porque los disturbios comenzaron otra vez en cuanto se puso el sol. De alguna manera, la tienda se salvó. Deberíamos ir a la iglesia para agradecérselo a Dios, pero Mamá y yo estamos demasiado cansadas hasta para sentarnos durante menos de una hora a escuchar lo que sea. Sekani quiere pasar otro día en casa del tío Carlos, así que el domingo por la mañana volveremos a Garden Heights sin él.

Justo cuando salimos de la autopista, nos encontramos con un retén de la policía. Sólo hay un carril de tránsito que no está bloqueado por las patrullas, y los oficiales hablan con los conductores antes de dejarlos pasar.

De repente, siento como si alguien hubiera agarrado mi corazón y lo estuviera retorciendo.

—¿Podemos...? —trago saliva—. ¿Podemos esquivarlos?

—Lo dudo. Probablemente tengan retenes alrededor de todo el barrio —mamá me mira de reojo y frunce el ceño—. ¿Munch? ¿Estás bien?

Agarro la manija de la puerta. Pueden sacar sus pistolas fácilmente y dejarnos como a Khalil. Que toda la sangre de nuestros cuerpos forme charcos en la calle para que la gente lo vea. Que nuestras bocas se queden completamente abiertas. Que nuestros ojos miren al cielo fijamente, en busca de Dios.

—Hey —mamá me pone la mano en la mejilla—. Mírame.

Trato de hacerlo, pero tengo los ojos llenos de lágrimas. Estoy tan harta de ser tan malditamente débil. Khalil podrá haber perdido la vida, pero yo perdí algo también, y eso me enfurece.

—No pasa nada —dice mamá—. Todo está bajo control, ¿de acuerdo?

Cierra los ojos si tienes que hacerlo.

Eso hago.

Mantén las manos a la vista.

No hagas ningún movimiento repentino.

Habla sólo cuando te lo pidan.

Los segundos se arrastran como si fueran horas. El oficial le pide su identificación y comprobante de seguro a mamá, y le ruega a Jesús Negro que nos lleve a casa, que no se escuche un disparo mientras ella busca en su bolsa.

Finalmente arrancamos.

—¿Ya ves, nena? —me dice—. Todo va bien.

Sus palabras solían ser poderosas. Si ella decía que todo marchaba bien, marchaba bien. Pero después de haber abrazado a dos personas mientras daban sus últimos suspiros, ese tipo de frases ya no significa un carajo.

Todavía no he soltado la manija del auto cuando llegamos a la entrada.

Papá sale y toca en mi ventana. Mamá la baja.

—Aquí están mis chicas —nos dirige una sonrisa, pero se convierte en una mueca—. ¿Qué pasa?

—¿Vas ir a algún lado, amor? —pregunta mamá, queriendo decirle que hablarán más tarde.

—Sí, tengo que ir corriendo al almacén para surtirnos de provisiones —me da un ligero golpe en el hombro—. Eh, ¿quieres pasar un rato con tu papá? Te compro un helado. Uno de los botes grandes que duran como un mes.

Me río aunque no estoy de humor. Papá tiene ese talento.

—No necesito tanto helado.

—No estoy diciendo que lo necesites. Cuando volvamos podemos ver esa porquería de Harry Potter que tanto te gusta.

—Nooooooooo.

—¿Qué? —pregunta.

—Papá, no hay nadie peor en el mundo con quien ver Harry Potter que

contigo. Todo el tiempo te la pasas diciendo —pongo la voz más profunda—: *¿Por qué no le disparan a ese cabrón de Voldemort?*

—Ay, no tiene sentido que a nadie se le ocurra dispararle en ninguna de esas películas y esos libros.

—Si no es eso —dice mamá—, la cuestión es que tú tienes la teoría de que *Harry Potter es una película sobre pandillas*.

—¡Lo es! —dice.

Está bien, *es* una buena teoría. Según papá, las casas de Hogwarts en realidad son pandillas. Tienen sus propios colores, sus propios escondites, y siempre se defienden entre ellos, como las pandillas. Harry, Ron y Hermione nunca se delatan entre ellos, al igual que los pandilleros. Hasta los mortífagos tienen sus propios tatuajes. Y miren a Voldemort. Les da miedo decir su nombre. En serio, ese rollo de: *El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado* es como ponerle un apodo callejero. Eso sí que es una mierda pandillera.

—Ustedes saben que tiene mucho sentido —dice papá—. Sólo porque la historia esté situada en Inglaterra no quiere decir que no sean pandilleros —me voltea a ver—. Entonces, ¿quieres pasar un rato con tu viejo hoy, o qué?

Siempre me agrada pasar un rato con él.

Avanzamos por las calles con Tupac a todo lo que da por los bajos de la bocina. El rap de Tupac habla de mantener la frente en alto, y papá me mira mientras rapea al ritmo de la canción, como si me dijera lo mismo.

—*Sé que estás harta, nena* —me da un leve golpe en la barbilla—, *pero mantén la frente en alto*.

Canta con el coro sobre cómo las cosas serán más sencillas, y no sé si quiero llorar, porque eso realmente me conmueve ahora, o morir de risa, porque papá canta fatal.

Papá dice:

—Ese tipo sí que era profundo. En verdad que era profundo. Ya no hacen a los raperos así.

—Estás demostrando tu edad, papá.

—Como sea, es la verdad. A los raperos de hoy sólo les importa el dinero, las mujeres y la ropa.

—Demuestras tu edad —le susurro.

—Pac también rapeaba sobre todo eso, sí, pero también le importaba inspirar a los negros —dice—. Por ejemplo, tomó la palabra *nigga* y le dio todo un nuevo significado: *Never Ignorant Getting Goals Accomplished*, o sea: *Nunca ignorante para poder cumplir las metas*. Y dijo que *Thug Life* significaba...

—*The Hate U Give Little Infants F---s Everybody*, *El odio que das a los más pequeños nos j-de a todos* —me autocensuro. Estoy hablando con papá, ¿cierto?

—¿Sabes acerca de eso?

—Sí. Khalil me dijo lo que pensaba que significaba. Estábamos escuchando a Tupac justo antes de que... ya sabes.

—Entonces, ¿qué crees que significa?

—¿Tú no lo sabes? —pregunto.

—Yo sí lo sé, pero quiero escuchar lo que piensas *tú*.

Ahí va de nuevo. Siempre haciendo preguntas.

—Khalil me dijo que todo lo que la sociedad nos da cuando somos niños, regresa y lastima a la propia sociedad después —respondo yo—. Pero yo creo que va más allá de la juventud. Creo que tiene que ver con nosotros, punto.

—¿Nosotros quiénes? —pregunta.

—Los negros, las minorías, los pobres. Todos los que estamos en el fondo de la sociedad.

—Los oprimidos —dice papá.

—Sí. Somos a los que nos toca la peor parte, pero somos a quienes más temen. Por eso el gobierno se puso en contra de los Panteras Negras, ¿no? ¿Porque les tenían miedo?

—Así es —dice papá—. Los Panteras Negras educaban y le daban poder a la gente. La táctica de darle poder a los oprimidos se remonta mucho más atrás de los Panteras. Nómbrame una de ellas.

¿Está hablando en serio? Siempre me pone a pensar. Tardo un segundo en responder.

—La rebelión de los esclavos de 1831 —le digo—. Nat Turner les confirió poder y educó a otros esclavos, y eso desencadenó una de las revueltas de esclavos más grandes de la historia.

—Está bien, está bien. Ya lo entendiste —me hace un *dap**—. Entonces, ¿cuál es el odio que les están dando a *los más pequeños* de la sociedad hoy día?

—¿El racismo?

—Tienes que hablar un poco más a detalle. Piensa en Khalil y en toda su situación. Antes de morir.

—Vendía drogas —me duele decir eso—. Y es posible que fuera un pandillero.

—¿Por qué vendía droga? ¿Por qué tanta gente de nuestro barrio vende droga?

Recuerdo lo que dijo Khalil: se cansó de escoger entre pagar la luz o la comida.

—Porque necesitan dinero —respondo—. Y no tienen muchas otras formas de conseguirlo.

—Correcto. Hay una gran falta de oportunidades —dice papá—. Las grandes corporaciones no traen trabajo a nuestras comunidades, y nunca se apresuran en contratarnos. Y luego, incluso si tienes un certificado de bachillerato, carajo, hay muchas escuelas en nuestros barrios que no nos preparan tan bien. Por eso cuando tu mamá habló de inscribirlos a ti y a tus hermanos en Williamson, estuve de acuerdo. Nuestras escuelas no reciben los recursos para prepararlos como lo hace Williamson. Por aquí es más fácil encontrar *crack* que una buena escuela.

”Ahora, piensa en esto —dice—. En primer lugar, ¿cómo fue que las drogas entraron en nuestro barrio? Estamos hablando de una industria de muchos miles de millones de dólares, nena. Traen esa mierda en avión a nuestras comunidades, pero no conozco a nadie que tenga un jet privado, ¿y tú?

—No.

—Allí está. Las drogas vienen de algún lado, y están destrozando nuestra comunidad —dice papá—. Hay gente como Brenda, que piensa que la necesita para sobrevivir, y luego hay otros como Khalil, que piensan que deben venderla para sobrevivir. Las Brendas no pueden conseguir trabajo a menos que no estén enganchadas, y no pueden pagar una rehabilitación a

menos que tengan trabajo. Cuando arrestan a los Khalils por vender drogas, o se pasan la mayor parte de sus vidas en la cárcel, que es otra industria de miles de millones de dólares, o les cuesta muchísimo esfuerzo conseguir un trabajo de verdad, y lo más probable es que comiencen a vender drogas otra vez. Ése es el odio que nos dan, nena, un sistema diseñado en contra de nosotros. Eso quiere decir *Thug Life*.

—Estoy de acuerdo, pero Khalil no *tenía* que vender drogas —le digo yo—. Tú dejaste de hacerlo.

—Cierto, pero a menos que estés en su pellejo, no lo juzgues. Es más fácil caer en esa vida que quedarse fuera, en especial, en una situación como la suya. Y ahora, una pregunta más.

—¿En serio? —maldita sea, ya me tiene toda la cabeza revuelta.

—Sí, en serio —me remeda con voz aguda, pero mi voz ni siquiera suena así—. Después de todo lo que dije, ¿cómo aplicas la noción de *Thug Life* a las protestas y disturbios?

Tengo que pensarlo como un minuto.

—Todos están enojados porque no han presentado cargos en contra de Ciento Quince —le respondo—, pero también porque él no es el primero en hacer algo así y salirse con la suya. Está pasando, y la gente seguirá amotinándose hasta que eso cambie. Así que supongo que el sistema todavía está dando odio y más odio, ¿y todos los demás todavía seguimos jodidos?

Papá ríe y me hace un *dap*.

—Mi niña. Cuida la boca, pero sí, eso es básicamente correcto. Y no dejaremos de estar jodidos hasta que eso cambie. Ésa es la clave. Debe cambiar.

Siento un nudo en la garganta mientras me doy cuenta de la verdad. Con todo lo que eso conlleva.

—Por eso la gente está levantando la voz, ¿eh? Porque no cambiará si no decimos nada.

—Exactamente. No podemos quedarnos callados.

—Entonces *yo no puedo quedarme callada*.

Papá se queda en silencio. Me mira.

Veo el conflicto en sus ojos. Le importo más que cualquier movimiento.

Soy su nena, y siempre seré su nena, y si quedarme callada significa que estaré segura, está completamente de acuerdo con ello.

Pero esto es más grande que Khalil y yo. Esto tiene que ver con Nosotros, con *N* mayúscula: todos los que son como nosotros, se sienten como nosotros y experimentan este dolor con nosotros, a pesar de no conocernos ni a mí ni a Khalil. Mi silencio no nos ayuda.

Papá vuelve a fijar la mirada en la carretera. Asiente.

—Sí. No podemos quedarnos callados.

El viaje al almacén es un infierno.

Hay mucha gente que empuja enormes plataformas de un lado al otro, que ya de por sí son imposibles de mover, y las tienen que mover con un montón de cosas encima. Para cuando nos vamos, siento como si Jesús Negro me sacara de las profundidades del infierno. Pero papá me compra un helado.

Comprar las cosas es sólo el primer paso. Las descargamos en la tienda, las colocamos en las repisas y nosotros (perdón, *yo*), pongo los precios en todas esas bolsas de frituras, galletas y dulces. Debí haber pensado en eso antes de aceptar pasar un tiempo con papá. Mientras yo hago el trabajo duro, él paga las cuentas en su oficina.

Les estoy poniendo etiquetas a unas frituras enchiladas cuando alguien llama a la puerta de entrada.

—Está cerrado —grito sin mirar. Hay un letrero, ¿qué no saben leer?

Evidentemente no. Vuelven a llamar.

Papá aparece en la puerta de su oficina.

—¡Está cerrado!

Vuelven a tocar.

Papá entra en su oficina y regresa con su Glock. Se supone que no debe estar armado, porque es un exconvicto, pero él dice que, técnicamente, no lo está. El arma la guarda en su oficina.

Mira a la persona que se halla al otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres?

—Tengo hambre —dice alguien—. ¿Puedo comprar algo?

Papá le quita el candado a la puerta y la abre.

—Tienes cinco minutos.

—Gracias —dice DeVante mientras entra. Su peinado *afro puff* ya se volvió un afro total. Tiene cierta mirada de locura, y no lo digo por su cabello, sino por sus ojos. Están hinchados y rojos y revolotean por todos lados. Apenas me saluda con la cabeza cuando pasa.

Papá espera en la caja con su pistola.

DeVante lanza una mirada hacia afuera. Mira las frituras.

—Fritos, Cheetos o Dori... —su voz se va apagando mientras vuelve a mirar rápidamente. Se da cuenta de que lo observo y vuelve a concentrarse en los anaqueles—. Doritos.

—Se están terminando tus cinco minutos —dice papá.

—Maldita sea, hombre. ¡Está bien! —DeVante toma una bolsa de Fritos—. ¿Puedo comprar algo de beber?

—Apresúrate.

DeVante va a los refrigeradores. Voy hasta donde está papá, en la caja. Es obvio que algo está pasando. DeVante no para de estirar el cuello para mirar afuera. Sus cinco minutos pasan al menos tres veces. A nadie le toma tanto tiempo escoger entre una Coca, una Pepsi o una Fanta. Lo siento, pero no.

—¡Vamos, Vante! —papá lo llama a la caja—. ¿Estás tratando de reunir las agallas para asaltarme, o estás escapando de alguien?

—Diablos, *nada de eso*, no estoy tratando de asaltarte —saca un fajo de dinero y lo pone en el mostrador—. Ya pagué. Yo soy un King, y no me escapo de ninguna maldita persona.

—No, te escondes en las tiendas —le digo yo.

Me fulmina con la mirada, pero papá le dice:

—Ella tiene razón. Te estás escondiendo de alguien. ¿Kings o Discípulos?

—No son esos Discípulos del parque, ¿o sí? —pregunto.

—¿Por qué no te preocupas de tus propios asuntos? —estalla.

—Entraste a la tienda de papá, así que estoy metiéndome en lo que me importa.

—¡Eh! —dice papá—. En serio, chico, ¿de quién te escondes?

DeVante se queda mirando sus Chucks desgastados, que están más allá de

la ayuda de mi equipo de limpieza.

—De King —masculla.

—¿De King o de los Kings? —pregunta papá.

—De King —repite DeVante con mayor fuerza—. Quiere que me encargue de los tipos que mataron a mi hermano. Pero yo no quiero cargar con eso.

—Sí, supe lo de Dalvin —dice papá—. Lo siento. ¿Qué pasó?

—Estábamos en la fiesta de Big D, y unos Discípulos comenzaron a desafiarlo. Se engancharon, y uno de esos cobardes le disparó por la espalda.

Ay, mierda. Ésa era la fiesta en la que estábamos Khalil y yo. Ésos fueron los disparos que nos hicieron irnos.

—Big Mav, ¿cómo te saliste del juego? —pregunta DeVante.

Papá se acaricia la barba de candado y estudia a DeVante.

—Lo aprendí a golpes —dice finalmente—. Papá era un King Lord. Adonis Carter. Un *Original Gangster*.

—¿Eh! —dice DeVante—. ¿Ése es tu papá? ¿Big Don?

—Sí. El mayor vendedor de drogas que esta ciudad haya visto jamás.

—¿Eh! Hombre, qué locura —DeVante está en verdad emocionado—. Escuché que puso a los puercos a trabajar para él y todo. Ganaba una buena pasta.

Yo había escuchado que mi abuelo estaba tan ocupado ganando una buena pasta que no tenía tiempo para papá. Hay muchas fotos de papá cuando era más joven donde tiene puestos abrigos de visón, juega con juguetes caros, presume sus joyas... y el abuelo Don no está en ninguna de ellas.

—Probablemente sea así —dice papá—. No sé mucho sobre eso. Lo metieron en la cárcel cuando yo tenía ocho años. Ha estado ahí desde entonces. Soy su hijo único varón. Todos esperaban que yo retomara lo que él dejó.

”Me volví un King Lord cuando tenía doce años. Mierda, ésa era la única manera de sobrevivir. Alguien siempre venía por mí a causa de papá, pero si me volvía un King Lord tendría a quién me cuidara la espalda. Ser King se volvió mi vida. Estaba listo para morir por ello, bastaba decirlo.

Me lanza una mirada.

—Luego me volví papá, y me di cuenta de que no valía la pena morir por esa mierda de los King Lords. Quise salir. Pero ya sabes cómo es el juego, no es tan sencillo. King era la corona y era mi hermano, pero no podía soltarme así como así. Además, yo estaba ganando buen dinero y, sinceramente, era difícil considerar alejarme de todo eso.

—Sí, King dice que eres uno de los mejores vendedores que jamás haya conocido —dice DeVante.

Papá se encoge de hombros.

—Lo heredé de papá. Pero en realidad yo sólo era bueno porque nunca me atrapaban. Un día, King y yo hicimos un viaje para hacer una entrega, y nos agarraron. La policía quiso saber de quiénes eran las armas. King ya tenía dos arrestos previos, y si le levantaban ese cargo significaba que lo encerrarían de por vida. Yo no tenía antecedentes penales, así que acepté el cargo y me condenaron unos cuantos años, salí después con libertad condicional. Fui leal como el carajo.

”Ésos fueron los tres años más difíciles de mi vida. Al crecer, me enfadé con papá por ir a la cárcel y dejarme solo. Y ahí estaba yo, en la misma cárcel que él, perdiéndome la vida de mis bebés.

Las cejas de DeVante se enarcan.

—¿Estuviste en la cárcel con tu papá?

Papá asiente.

—Toda mi vida la gente hablaba de él como si fuera un rey en verdad, ¿sabes? Una leyenda. Pero se trataba de un anciano débil que se arrepentía del tiempo que se había perdido sin mí. Lo más real que me dijo jamás fue: *No repitas mis errores* —papá vuelve a mirarme—. Y yo estaba haciendo justamente eso. Me perdí los primeros días de escuela de mis hijos, y todo lo demás. Mi nena quería decirle *papá* a otra persona porque yo no estaba allí para ella.

Aparto la mirada. Sabe lo unidos que nos volvimos el tío Carlos y yo.

—Había terminado oficialmente con toda la mierda de los King Lords, la mierda de la droga, todo eso —dice papá—. Y como pagué el precio en la cárcel, King aceptó dejarme salir. Eso hizo que los tres años valieran la pena.

La mirada de DeVante se opaca como cuando habla de su hermano.

—¿Tuviste que ir a la cárcel para salir de los King Lords?

—Soy la excepción, no la regla —dice papá—. Cuando la gente dice que es para toda la vida, *es* para toda la vida. Tienes que estar dispuesto a morir en eso o por eso. ¿Quieres salir?

—No quiero ir a la cárcel.

—No te pregunté eso —le digo—. Pregunté si quieres salir.

DeVante se queda callado un largo rato. Mira a papá y dice:

—Sólo quiero vivir, hombre.

Papá se acaricia la barbilla. Suspira.

—Está bien. Te ayudaré. Pero te juro, si vuelves a vender droga o a meterte en la pandilla, cuando acabe contigo desearás que King te hubiera agarrado. ¿Vas a la escuela?

—Sí.

—¿Cómo van tus notas? —pregunta papá.

Se encoge de hombros.

—¿Qué carajos significa eso? —papá imita el gesto de DeVante—. Sabes qué notas tienes, ¿cuáles son?

—Pues, saco A y B y cosas así —dice DeVante—. No soy estúpido.

—De acuerdo. Además, vamos a asegurarnos de que te quedes en la escuela.

—Hombre, no puedo volver a la escuela en Garden —dice DeVante—. Todos esos King Lords están allá. Sabes que sería como si quisiera suicidarme, ¿no?

—Nunca dije que irías ahí. Vamos a encontrar la manera. Mientras tanto, puedes trabajar aquí en la tienda. ¿Te has estado quedando en casa por la noche?

—No. King tiene sus chicos vigilándome allá.

—Por supuesto que sí —masculla papá—. Encontraremos la manera de arreglar eso también. Starr, muéstrale cómo poner las etiquetas de los precios.

—¿En verdad vas a contratarlo, así, sin más? —pregunto.

—¿De quién es la tienda, Starr?

—Tuya, pero...

—Ni una palabra, entonces. Muéstrale cómo poner las etiquetas de los

precios.

DeVante suelta una risita socarrona. Quiero darle un golpe en el cuello.

—Vamos —farfullo.

Nos sentamos con las piernas cruzadas en el pasillo de las frituras. Papá cierra con llave la puerta delantera y vuelve a entrar a su oficina. Tomo una bolsa jumbo de Hot Cheetos y le aplasto encima una etiqueta de noventa y nueve centavos.

—Se supone que debes mostrarme cómo hacerlo —dice DeVante.

—Te lo estoy mostrando. Mira.

Tomo otra bolsa. Se inclina muy cerca de mi hombro. Demasiado cerca. Me respira en el oído y toda esa mierda. Muevo la cabeza y lo miro.

—¿Me permites?

—¿Qué problema tienes conmigo? —pregunta él—. Adoptaste esa actitud ayer desde que llegué. Yo no te hice nada.

Les pongo la etiqueta a unos Doritos.

—No, pero se lo hiciste a Denasia. Y a Kenya. Y vete tú a saber a cuántas chicas más en Garden Heights.

—Espera, yo no le hice nada a Kenya.

—Le pediste su teléfono, ¿no? Aunque salías con Denasia.

—No salgo con Denasia. Sólo bailé con ella en esa fiesta —dice—. Ella es la que quería pasar como si fuera mi novia, y se enojó porque yo estaba hablando con Kenya. Si no hubiera estado lidiando con ellas, podría... —traga saliva— podría haber ayudado a Dalvin. Para cuando llegué hasta donde él se encontraba, estaba en el suelo, sangrando. Lo único que pude hacer fue abrazarlo...

Me veo sentada en un charco de sangre también.

—... y tratar de decirle que todo saldría bien, aunque sabía...

—Que no hay una jodida manera de que sea así.

Nos quedamos callados.

Pero sufro uno de esos extraños momentos de *déjà vu*. Me veo sentada de piernas cruzadas como ahora, pero es a Khalil a quien le muestro cómo poner los precios.

No pudimos ayudar a Khalil con su situación antes de que muriera. Quizá

podamos ayudar a DeVante.

Le paso una bolsa de Hot Fries.

—Sólo voy a explicarte cómo se usa la etiquetadora una vez, y más vale que pongas atención —exhibe una gran sonrisa.

—Tienes toda mi atención, mamita.

Tiempo después, cuando se supone que debo estar dormida, mamá le dice a papá en el pasillo:

—Entonces se está escondiendo de King, ¿y crees que debería esconderse aquí?

DeVante. Por lo visto, papá no pudo *resolverlo* y decidió que DeVante debía quedarse con nosotros. Papá nos dejó a los dos hace un par de horas, antes de regresarse a la tienda para protegerla de los disturbios. Acaba de volver. Dijo que nuestra casa es el único lugar donde King no buscará a DeVante.

—Tenía que hacer algo —dice papá.

—Lo entiendo, y sé que sientes que ésta es tu segunda oportunidad con Khalil...

—No es así.

—Sí que lo es —dice con voz suave—. Lo entiendo, amor. Yo misma tengo un montón de remordimientos sobre Khalil. ¿Pero esto? Es peligroso para nuestra familia.

—Sólo será por ahora. DeVante no puede quedarse en Garden Heights. Este barrio no es bueno para él.

—Espera. No es bueno para él, ¿pero es perfectamente seguro para nuestros hijos?

—Vamos, Lisa. Ya es tarde. No quiero oír esto ahora. Llevo toda la noche en la tienda.

—¡Y yo llevo toda la noche despierta, preocupada por ti! Preocupada porque mis niños estén en este barrio.

—¡Están bien! No están involucrados con nada de esa mierda pandillera.

Mamá se burla.

—Sí, tanto que debo conducir casi una hora para llevarlos a una escuela decente. Y Dios me ampare si Sekani quiere jugar afuera. Tengo que conducir a casa de mi hermano donde no tengo que preocuparme de que le disparen como lo hicieron con alguien tan importante para su hermana.

Qué porquería que eso pueda referirse tanto a Khalil como a Natasha.

—De acuerdo, digamos que nos mudamos —dice papá—. ¿Y luego qué? Somos como todos los demás vendidos que huyen y le dan la espalda al barrio. Podemos cambiar las cosas por aquí, ¿pero mejor salimos corriendo? ¿Eso quieres enseñar a nuestros hijos?

—¡Quiero que mis hijos disfruten la vida! Lo entiendo, Maverick, quieres ayudar a tu gente. Yo también. Por eso me parto el lomo cada día en la clínica. Pero mudarnos del barrio no quiere decir que no seas real y tampoco que no ayudarás a esta comunidad. Tienes que entender qué es más importante, tu familia o Garden Heights. Yo ya lo decidí.

—¿Qué me estás diciendo?

—Estoy diciendo que haré lo que tenga que hacer por mis niños.

Se escuchan pisadas y luego una puerta se cierra.

Me quedo despierta casi toda la noche, pensando en lo que eso significa para ellos. Para nosotros. Está bien, sí, ya habían hablado antes del tema de mudarse, pero no discutían de esa forma hasta después de que Khalil murió.

Si llegaran a separarse sería una cosa más que Ciento Quince me habría quitado.

* El *dap* engloba los típicos saludos de amistad que conllevan varios movimientos de las manos, abrazos u otro tipo de gestos afectivos.

CAPÍTULO II

El lunes en la mañana sé que algo está pasando en cuanto entro a Williamson. La gente está extrañamente callada. Bueno, susurrando, en realidad, apiñada en pequeños grupos en los pasillos y el patio, como si estuvieran discutiendo jugadas durante un partido de basquetbol.

Hailey y Maya me encuentran antes de que yo las encuentre.

—¿Recibiste el mensaje? —pregunta Hailey.

Eso es lo primero que dice. Ni *hola* ni nada. No tengo mi teléfono, así que respondo en plan: *¿Qué mensaje?*

Me muestra el suyo. Hay un gran mensaje grupal que incluye unos cien nombres. El hermano mayor de Hailey, Remy, envió el primero.

Protesta hoy @ 1er periodo

Luego Luke, el de pelo rizado y hoyuelos en las mejillas, respondió:

Demonios, sí. Día libre. Yo le entro

Y Remy respondió con un:

De eso se trata, imbécil

Es como si alguien hubiera presionado el botón de pausa en mi corazón.

—¿Están protestando por lo de Khalil?

—Sí —dice Hailey, toda frívola y la mierda—. Y en el momento perfecto, además. No estudié nada para ese examen de historia. Ésta es la primera vez que a Remy se le ocurre una buena idea para salir de clases. Digo, es un poco retorcido que estemos protestando por la muerte de un *vendedor de drogas*, pero...

Todas mis reglas de Williamson salen volando por la ventana, y aparece la Starr de Garden Heights:

—¿Qué carajos tiene eso que ver con esto?

Sus bocas se abren en una perfecta *O*.

—O sea, digo... si era un vendedor de drogas —dice Hailey—, eso explica por qué...

—¿Por qué lo mataron aunque no estuviera haciendo nada malo? ¿Así que estuvo bien que lo mataran? Pensé que estaban protestando por eso.

—¡Lo estamos! Dios, tranquila, Starr —dice ella—. Creí que esto te iba a encantar, tomando en cuenta tus recientes obsesiones en Tumblr.

—¿Sabes qué? —le digo, a un segundo de estallar—. Déjame en paz. Diviértanse en su protesta.

Quiero pelearme con cada persona con la que me cruzo, al estilo Floyd Mayweather. Están malditamente emocionados por tener el día libre, pero Khalil está bajo tierra. A él no pueden darle un día libre de esa mierda. Yo también lo vivo cada día.

Ya en el aula, arrojo mi mochila al piso y me desparramo en mi asiento. Cuando entran Hailey y Maya, les lanzo miradas asesinas y las reto en silencio a que me digan algo.

Estoy rompiendo todas mis reglas de la Starr de Williamson, y me importa una mierda.

Chris llega antes de que suene la campana, con los audífonos alrededor del cuello. Baja por mi pasillo primero y me aprieta la nariz, diciendo *bip, bip*, porque por alguna razón eso le parece muy divertido. Normalmente río y le doy un manotazo, pero hoy... sí que no estoy de humor. Sólo le doy el manotazo. Con bastante fuerza, además.

Él dice *Ay*, y se sacude rápidamente la mano.

—¿Qué te pasa?

No contesto. Si abro la boca, estallo.

Se agacha junto a mi escritorio y me sacude el muslo.

—¿Starr? ¿Estás bien?

Nuestro maestro, el calvo y pequeño señor Warren, se aclara la garganta.

—Señor Bryant, mi clase no es *El crucero del amor*. Por favor, tome asiento.

Chris se desliza en el escritorio que está junto al mío.

—¿Qué le pasa? —le susurra a Hailey.

Se hace la tonta y dice:

—No lo sé.

El señor Warren nos dice que saquemos nuestras MacBook y empieza con su lección sobre literatura británica. No han pasado ni quince minutos cuando alguien dice:

—Justicia para Khalil.

—Justicia para Khalil —corean los demás—. Justicia para Khalil.

El señor Warren les dice que paren, pero lo gritan con más fuerza y golpean sus puños contra los escritorios.

Quiero vomitar y gritar y llorar.

Mis compañeros se mueven en estampida hacia la puerta. Maya es la última en salir. Me voltea a mirar y luego a Hailey, quien le hace señas para que salga. Maya la sigue.

Creo que ya se acabó eso de seguir a Hailey.

En el pasillo, las consignas por Khalil suenan como sirenas. A diferencia de Hailey, a algunos podría no importarles que él fuera un vendedor de drogas. Podrían, quizás, estar casi tan alterados como yo. Pero como sé *por qué* empezó Remy esta protesta, me quedo en mi lugar.

Por alguna razón, Chris también se queda. Su escritorio rechina contra el suelo mientras lo arrastra más cerca del mío, hasta que se tocan. Me enjuga las lágrimas con el pulgar.

—Tú lo conocías, ¿cierto? —dice.

Asiento.

—¡Ay! —dice el señor Warren—. Lo siento tanto, Starr. No tienes que... puedes llamar a tus papás, ¿sabes?

Me limpio la cara. Lo último que quiero es que mamá arme un escándalo porque no puedo lidiar con esto. Peor aún, no quiero ser incapaz de manejarlo.

—¿Puede seguir con la clase, señor? —pregunto—. Agradecería la distracción.

Sonríe con tristeza y hace lo que le pido.

A ratos, Chris y yo somos los únicos que tomamos clase. A ratos, una o

dos personas más nos acompañan. La gente se esfuerza en decirme que creen que la muerte de Khalil es una mierda, pero que la razón que tiene Remy para protestar es una mierda también. Incluso, una chica se me acercó en el pasillo y me explicó que apoya la causa pero que decidió volver a clase después de enterarse de la verdadera razón de la protesta.

Se comportan como si yo fuera la representante oficial de la raza negra, como si debieran darme una explicación. Pero creo que lo entiendo. Si yo no participo en la protesta, estoy tomando una postura, pero si ellos no participan en la protesta, parecen racistas.

A la hora del almuerzo, Chris y yo nos dirigimos a nuestra mesa cerca de las máquinas expendedoras. Jess, con su corte perfecto estilo *pixie*, es la única que está ahí, comiendo papas fritas con queso y leyendo en su teléfono.

—¿Hola? —le pregunto, más que saludarla realmente. Me sorprende que esté ahí.

—¿Qué tal? —asiente—. Tomen asiento. Como podrán ver, hay mucho espacio.

Me siento junto a ella, y Chris se sienta al otro lado de mí. Jess y yo llevamos más de tres años jugado basquetbol juntas, y lleva más de dos poniendo su cabeza en mi hombro, pero me avergüenza admitir que no sé mucho sobre ella. Sé que está en su último año, que sus papás son abogados y que trabaja en una librería. No sabía que no se uniría a la protesta.

Supongo que me le quedo mirando demasiado, porque dice:

—No uso a los muertos para no ir a clase.

Si yo no fuera hetero, saldría con ella por decir eso. Esta vez soy yo la que pone la cabeza en su hombro.

Ella me acaricia el pelo y dice:

—La gente blanca a veces hace estupideces.

Jess es blanca.

Seven y Layla nos alcanzan con sus charolas. Seven levanta el puño hacia mí. Lo junto con el mío.

—Se-ven —dice Jess, y también juntan los puños. No tenía la menor idea de que se llevaran así—. ¿Supongo que estamos protestando contra la protesta usada como excusa *Para no ir a clase?*

—Sí —dice Seven—. Protestamos contra la protesta usada como excusa
Para no ir a clase.

Seven y yo recogemos a Sekani después de la escuela, y no se calla ni un segundo hablando sobre las cámaras de televisión que vio por la ventana de su salón, porque es Sekani y llegó a este mundo en busca de una cámara. Tengo un montón de *selfies* suyas en mi teléfono, en las que sale al estilo *cara pálida*, con los ojos entrecerrados y las cejas arqueadas.

—¿Y ustedes van a salir en las noticias? —pregunta.

—*Nada de eso* —dice Seven—. No necesitamos hacerlo.

Podríamos ir a casa, cerrar las puertas con llave y pelear por el televisor, como siempre, o ir a ayudar a papá a la tienda. Decidimos ir a la tienda.

Papá está parado en la puerta, mirando a una reportera y un camarógrafo instalarse frente a la tienda del señor Lewis. Claro, cuando Sekani ve la cámara, dice:

—¡Ay, quiero salir en la tele!

—Cállate —le digo—. No quieres.

—Sí, sí quiero. ¡Tú no sabes lo que yo quiero!

El auto se detiene y Sekani empuja mi asiento hacia delante, mandando mi barbilla contra el tablero mientras sale de un brinco:

—Papá, ¡quiero salir en la tele!

Me froto la barbilla. Ese pedazo de hiperactivo me va a matar uno de estos días.

Papá toma a Sekani por los hombros.

—Tranquilo, hombre. No vas a salir en la tele.

—¿Qué está pasando? —pregunta Seven cuando salimos.

—Asaltaron a unos oficiales a la vuelta de la esquina —dice papá, con un brazo alrededor del pecho de Sekani para mantenerlo quieto.

—¿Los asaltaron? —le pregunto.

—Sí. Los sacaron de su patrulla y los golpearon. Unos Grises.

El nombre en código de los King Lords. Maldita sea.

—Supe lo que pasó en su escuela —dice papá—. ¿Todo bien?

—Sí —le doy la respuesta corta—. Estamos bien.

El señor Lewis se ajusta la ropa y se pasa una mano sobre el afro. La reportera dice algo, y él suelta una carcajada que le zarandea la barriga.

—¿Qué irá a decir este tonto? —se pregunta papá.

—Estamos en vivo en cinco —dice el camarógrafo, y lo único que puedo pensar es: *Por favor, no pongan al señor Lewis en la televisión en vivo*—, cuatro, tres, dos, uno...

—Así es, Joe —dice la reportera—. Aquí estoy con el señor Cedric Lewis Junior, quien fue testigo del incidente que ocurrió hoy. ¿Nos puede decir lo que vio, señor Lewis?

—No fue testigo de nada —nos dice papá—. Estuvo todo el tiempo en su tienda. ¡Yo le conté lo que pasó!

—Claro que puedo —dice el señor Lewis—. Esos chicos sacaron a los oficiales arrastrando del auto. Y además no estaban haciendo nada. Sólo estaban ahí sentados, y los golpearon como perros. ¡Absurdo! ¿Me escucha? ¡Ridículamente absurdo!

Alguien va a convertir al señor Lewis en un *meme*. Él es el que se está poniendo en ridículo y ni siquiera se da cuenta.

—¿Cree que haya sido en represalia por el caso Khalil Harris? —pregunta la reportera.

—¡Claro que sí! Lo cual es estúpido. Estos maleantes llevan años aterrorizando Garden Heights, ¿y ahora se van a enojar? ¿Qué, porque no lo mataron ellos? El presidente y todos los demás están buscando terroristas, pero les nombraré a uno por el que pueden venir ahora mismo.

—No lo haga, señor Lewis —suplica papá—. No lo haga.

Por supuesto que lo hace.

—Se llama King, y vive justo aquí, en Garden Heights. Probablemente sea el vendedor de drogas más grande de la ciudad. Es el jefe de esa pandilla de los King Lords. Vengan por él si quieren a alguien. De todos modos, fueron sus chicos y nadie más los que les hicieron eso a los policías. ¡Estamos hartos de esto! ¡Que alguien marche contra esto!

Papá le cubre los oídos a Sekani. Cada maldición que espeta a continuación equivaldría a un dólar en el tarro de Sekani si la escuchara.

—Mierda —sisea papá—. Mierda, mierda, mierda. Este hijodepu...

—Se fue de la lengua —dice Seven.

—En televisión nacional —agrego yo.

Papá sigue diciendo:

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Cree que el toque de queda que anunció hoy el alcalde podría prevenir incidentes como éste? —le pregunta la reportera al señor Lewis.

Miro a papá.

—¿Qué toque de queda?

Quita las manos de las orejas de Sekani.

—Todas las tiendas de Garden Heights tienen que cerrar a las nueve. Y nadie puede estar en las calles después de las diez. Se apagan las luces, como en la cárcel.

—¿Entonces estarás en casa esta noche, papá?—pregunta Sekani.

Papá sonrío y lo jala hacia él.

—Sí, hombre. Después de que termines tus deberes, puedo enseñarte un par de cosas en una partida de Madden.

La reportera termina su entrevista. Papá espera a que se vayan el camarógrafo y ella, y luego se acerca al señor Lewis.

—¿Está loco? —pregunta.

—¿Qué? ¿Porque dije la verdad? —dice el señor Lewis.

—Hombre, no puede salir en televisión haciendo acusaciones de esa manera. Es hombre muerto, lo sabe, ¿cierto?

—¡No le tengo miedo a ese negro! —dice el señor Lewis en voz muy alta, para que todos lo escuchen—. ¿Tú le tienes miedo?

—No, pero sé cómo es el juego.

—¡Estoy demasiado viejo para los juegos! ¡Tú también deberías estarlo!

—Señor Lewis, escuche...

—No, escucha tú, niño. Luché en una guerra, volví, y luché una aquí. ¿Ves esto? —se levanta el pantalón para revelar un calcetín a cuadros sobre una prótesis—. La perdí en la guerra. Esto de aquí —se levanta el brazo hasta la axila. Hay una pequeña cicatriz delgada y rosada que se extiende desde su espalda hasta su vientre hinchado—. Unos chicos blancos me atacaron

después de que tomé agua en una de sus fuentes —se deja caer la camisa—. He enfrentado muchas cosas peores que al tal King. No hay nada que pueda hacer más que matarme, y si es así como tengo que irme por decir la verdad, entonces así me iré.

—No lo entiende —dice papá.

—Claro que sí. Diablos, vaya que lo entiendo. Te paseas por aquí diciendo que ya no eres un pandillero, que estás tratando de cambiar las cosas, pero todavía sigues con todo ese rollo de *no seas un soplón*. Y a esos niños les estás enseñando lo mismo, ¿no es así? King todavía te controla, pedazo de estúpido, y eres demasiado tonto para darte cuenta.

—¿Tonto? ¿Cómo me dice tonto a mí cuando usted es el que está haciendo acusaciones en televisión?

Un familiar *juuuuh, uuuh!* nos asusta.

¡Ay, Dios!

La patrulla con luces intermitentes baja por la calle. Se detiene junto a papá y el señor Lewis.

Salen dos oficiales. Uno negro y uno blanco. Sus manos se ciernen demasiado cerca de las pistolas que llevan a la cintura.

No, no, no.

—¿Hay algún problema por aquí? —dice el policía negro, mirando a papá directamente. Está calvo igual que papá, pero es mayor, más alto y más grande.

—No, señor, oficial —dice papá. Sus manos, que en algún momento estaban en los bolsillos de los jeans, quedan visibles a su costado.

—¿Están seguros? —pregunta el blanco más joven—. No nos pareció que fuera así.

—Sólo estábamos hablando —dice el señor Lewis, mucho más suave de lo que hablaba hace unos minutos. También él tiene las manos al costado. Sus papás deben haber tenido la charla con él cuando tenía doce años.

—A mí me parece que este joven lo estaba acosando, señor —dice el negro, sin quitarle la vista de encima a papá. No ha volteado a ver al señor Lewis todavía. Me pregunto si es porque el señor Lewis no lleva puesta una camiseta de los NWA, el grupo de *hip-hop* Niggaz With Attitudes. O porque

no tiene tatuajes en los brazos. O porque no lleva jeans holgados y una gorra al revés.

—¿Lleva su identificación?—le pregunta el oficial negro a papá.

—Señor, estaba por volver a mi tienda...

—Le pregunté, ¿lleva su identificación?

Me tiemblan las manos. El desayuno, almuerzo y todo lo demás se me agitan en el estómago, listos para volver a subirse por la garganta. Me van a quitar a papá.

—¿Qué está pasando?

Me doy la vuelta. Tim, el sobrino del señor Reuben, se acerca caminando. La gente ya se detuvo en la acera, al otro lado de la calle.

—Voy a sacar mi identificación —dice papá—. Está en mi bolsillo de atrás. ¿Está bien?

—Papá... —le digo.

Papá mantiene la vista sobre el oficial.

—Ustedes entren a la tienda, ¿de acuerdo? Todo está bien.

Pero no nos movemos.

La mano de papá se mueve lentamente hacia su bolsillo de atrás, y mi mirada va de su mano a la de ellos, observando si se van a mover para empuñar sus pistolas.

Papá saca su billetera, la de piel que le regalé por el Día del Padre, con sus iniciales estampadas en relieve. Se la muestra.

—¿Ven? Aquí está mi identificación.

Su voz nunca ha sonado tan pequeña.

El oficial negro toma la billetera y la abre.

—Oh —dice—. *Maverick Carter*.

Intercambia una mirada con su compañero.

Los dos me voltean a ver.

Se me para el corazón.

Se acaban de dar cuenta de que yo soy la testigo.

Debe haber un archivo que indique los nombres de mis padres. O los detectives abrieron el pico y ahora todos en la estación de policía conocen nuestros nombres. O quizá se lo sacaron de alguna manera al tío Carlos. No

sé cómo pasó, pero pasó. Y si algo le sucede a papá...

El oficial negro lo mira.

—Al suelo ahora mismo, las manos detrás de la espalda.

—Pero...

—¡En el suelo, boca abajo! —grita—. ¡Ahora!

Papá nos mira. Su expresión pide una disculpa por el hecho de que tengamos que ver esto.

Se agacha sobre una rodilla y se baja al suelo, boca abajo. Mueve las manos detrás de la espalda, y engancha los dedos.

¿Dónde está ese camarógrafo ahora? ¿Por qué no puede salir esto en las noticias?

—Veamos, espere un momento, oficial —dice el señor Lewis—. Él y yo sólo estábamos hablando.

—Señor, vaya adentro, por favor —le dice el oficial blanco.

—¡Pero no hizo nada! —dice Seven.

—¡Niño, ve adentro! —dice el policía negro.

—¡No! Es mi padre, y...

—¡Seven! —grita papá.

Aunque está tirado en el concreto, tiene la autoridad suficiente en la voz para hacer que Seven desista.

El oficial negro revisa a papá mientras su compañero lanza una mirada a todos los espectadores. Ya somos bastantes. La señorita Yvette y un par de sus clientes están parados en su puerta, los clientes con toallas alrededor de los hombros. Un auto ya se detuvo en la calle.

—Todos vuelvan a lo suyo —dice el policía blanco.

—No, señor —dice Tim—. Esto es lo nuestro.

El oficial negro mantiene la rodilla en la espalda de papá mientras lo registra. Una, dos, tres veces, justo como lo hizo Ciento Quince con Khalil. Nada.

—Larry —dice el oficial blanco.

El negro, que debe ser Larry, lo mira, luego a toda la gente que se reunió alrededor.

Larry retira su rodilla de la espalda de papá y se yergue.

—Levántate —dice.

Papá se pone en pie lentamente.

Larry me lanza una mirada. Siento la bilis acumularse en mi boca. Se gira hacia papá y le dice:

—Te voy a estar observando, chico. No lo olvides.

La quijada de papá se ve dura como una piedra.

Los oficiales se alejan en su patrulla. El auto que se detuvo en la calle se pone en marcha, y todos los espectadores vuelven a lo suyo. Alguien lanza un grito:

—Todo bien, Maverick.

Papá mira el cielo y parpadea como lo hago yo cuando no quiero llorar. Abre y cierra los puños.

El señor Lewis le toca la espalda.

—Vamos, hijo.

Guía a papá hacia nosotros, pero nos pasan y entran a la tienda. Tim los sigue.

—¿Por qué le hicieron eso a papá? —pregunta Sekani en voz baja. Nos mira a mí y a Seven con lágrimas en los ojos.

Seven lo envuelve con un brazo.

—No lo sé, hombre.

Yo lo sé.

Entro a la tienda.

DeVante está recargado contra una escoba cerca de la caja registradora, con uno de esos feos mandiles verdes que papá trata que Seven y yo nos pongamos cuando trabajamos en la tienda.

Siento una punzada en el pecho. También Khalil los usaba.

DeVante está hablando con Kenya mientras ella sostiene una canasta llena de compras. Cuando suena la campana en la puerta detrás de mí, los dos miran en mi dirección.

—¡Eh!, ¿qué pasó? —pregunta DeVante.

—¿Era la policía la que estaba allá fuera? —dice Kenya.

Desde aquí veo al señor Lewis y a Tim parados en la entrada de la oficina de papá. Debe estar ahí dentro.

—Sí —le contesto a Kenya, mientras camino hacia la parte de atrás. Kenya y DeVante me siguen, haciendo como cincuenta millones de preguntas que no tengo tiempo de responder.

Hay papeles tirados por todo el piso de la oficina. Papá está encorvado sobre su escritorio, y su espalda se mueve para arriba y para abajo con cada inhalación pesada.

Golpea el escritorio con el puño.

—¡Mierda!

Alguna vez me contó papá que existe una rabia transmitida a cada hombre negro desde sus ancestros, nacida en el momento en que no pudieron evitar que los esclavistas lastimaran a sus familias. Papá también me dijo que no hay nada más peligroso que la activación de esa ira.

—Suéltalo todo —le dice el señor Lewis.

—A la mierda con los puercos, hombre —dice Tim—. Sólo hicieron esa mierda porque saben lo de Starr.

Espera. ¿Qué?

Papá lanza una mirada sobre el hombro. Tiene los ojos hinchados y húmedos, como si hubiera estado llorando.

—¿De qué carajos hablas, Tim?

—Alguien los vio, a ti, a Lisa y a tu niña, salir de una ambulancia en la escena del crimen esa noche —dice Tim—. Se corrió la voz por el barrio, y la gente cree que ella es la testigo de la que han estado hablando en las noticias.

Oh.

Mierda.

—Starr, ve a cobrarle a Kenya —dice papá—. Vante, termina con los pisos.

Paso junto a Seven y a Sekani, y voy a la caja registradora.

El barrio lo sabe.

Le cobro a Kenya, con el estómago hecho un nudo. Si el barrio lo sabe, no pasará mucho antes de que la gente fuera de Garden Heights lo sepa. ¿Y luego qué?

—Me cobraste eso dos veces —dice Kenya.

—¿Eh?

—La leche. Me la cobraste dos veces, Starr.

—Ah.

Cancelo el cargo extra y pongo el cartón en una bolsa. Por lo visto, Kenya va a cocinar para ella y para Lyric esta noche. A veces lo hace. Termino de cobrar lo que falta, tomo su dinero y le entrego el cambio.

Se me queda mirando y dice:

—¿En verdad eras la que estaba con él? Siento la garganta espesa.

—¿Acaso importa?

—Sí, importa. ¿Por qué lo callas? Como si lo estuvieras ocultando.

—No lo digas así.

—Pero así es. ¿No?

Suspiro.

—Kenya, basta. No entiendes, ¿está bien?

Kenya se cruza de brazos.

—¿Qué hay que entender?

—¡Mucho! —no es mi intención gritar, pero, maldita sea—. No puedo pasearme por ahí contándole esa mierda a la gente.

—¿Por qué no?

—¡Porque no! ¿No viste lo que le acaba de hacer la policía a papá sólo porque saben que yo soy la testigo?

—¿Entonces vas a dejar que la policía evite que hables por Khalil? Pensaba que él te importaba mucho más que eso.

—Me importa —me importa más de lo que ella pueda imaginar—. Ya hablé con ellos, Kenya. No pasó nada. ¿Qué otra cosa se supone que debo hacer?

—Ve a la tele o algo, no sé —dice—. Di a todos lo que realmente pasó esa noche. Ni siquiera están dando su versión de la historia. Estás dejando que lo insulten...

—Discúlpame... ¿Cómo demonios se supone que les estoy permitiendo hacer algo?

—Escuchas todo lo que dicen sobre él en las noticias. Dicen que es un maleante y todo eso, y tú sabes que ése no es Khalil. Te apuesto a que si fuera uno de tus amigos de la escuela privada, estarías por todos lados,

defendiéndolo y la mierda.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí —dice—. Lo dejaste por esos niños pedantes, y lo sabes. Probablemente me habrías dejado a mí si no viniera por mi hermano.

—¡Eso no es cierto!

—¿Estás segura?

No lo estoy.

Kenya niega con la cabeza.

—¿Y sabes qué es lo más jodido? El Khalil que conozco habría saltado a la tele en una fracción de segundo y les habría contado a todos lo que pasó esa noche con tal de defenderte. Y tú no puedes hacer lo mismo por él.

Es como una bofetada. Terrible, además, porque habla con verdad.

Kenya toma sus bolsas.

—Es sólo mi opinión, Starr. Si yo pudiera cambiar lo que pasa en casa con mamá y papá, lo haría. Aquí estás tú, con la oportunidad de ayudar a cambiar lo que pasa en *nuestro barrio*, y te quedas callada. Como una cobarde.

Kenya se va. Tim y el señor Lewis hacen lo mismo poco tiempo después. Tim alza el puño en señal del Poder Negro mientras sale. Pero no me lo merezco.

Me dirijo a la oficina de papá. Seven está parado en la entrada, y papá está sentado en el escritorio. Sekani está junto a él, asintiendo mientras escucha lo que le está diciendo papá, pero con mirada triste. Me recuerda la vez que papá y mamá tuvieron la charla conmigo. Supongo que papá decidió no esperar a que Sekani cumpla doce años.

Papá me mira.

—Sev, ve a encargarte de la caja. Llévate a Sekani contigo. Es hora de que aprenda.

—¡Ah, hombre! —se queja Sekani. No lo culpo. Cuanto más aprendas a hacer en la tienda, más se espera que hagas.

Papá palmea sobre el espacio ya vacío junto a él en el escritorio. Me subo de un brinco. Su oficina tiene apenas suficiente espacio para un escritorio y un archivero. Las paredes están abarrotadas de fotografías enmarcadas, como

en la que salen él y mamá en el juzgado el día que se casaron, con su vientre (o sea, yo) grande y redondo; fotos de mis hermanos y mías de bebés, y una foto de hace unos siete años, cuando mis padres nos llevaron a los tres a la plaza comercial, vestidos iguales, con jerseys de béisbol, jeans holgados y Timberlands. De pésimo gusto.

—¿Estás bien? —pregunta papá.

—¿Y tú?

—Lo estaré —dice—. Pero detesto que tú y tus hermanos tuvieran que ver esa mierda.

—Lo hicieron por mi culpa.

—*Nada de eso*, nena. Empezaron a hacerlo antes de que supieran lo tuyo.

—Pero eso no ayudó —me quedo mirando mis Jordan mientras pateo los pies hacia delante y hacia atrás—. Kenya me dijo que soy una cobarde por no alzar la voz.

—No lo dijo en serio. Está pasando por muchas cosas, y ya. King zarandea a Iesha de un lado a otro como muñeca de trapo todas las noches.

—Pero ella tiene razón —se me quiebra la voz. Estoy al borde del llanto—. Soy una cobarde. Después de ver lo que te hicieron, ya no quiero decir nada.

—Hey —papá me toma del mentón de manera que no tengo más opción que mirarlo—, no caigas en eso. Eso es lo que ellos quieren. Si no quieres levantar la voz, eso te toca decidirlo a ti, pero no dejes que sea porque les temes. ¿A quién te he dicho que debes temer?

—A nadie más que a Dios. Y a ti y a mamá. En especial a mamá, cuando está muy enfadada.

Se carcajea.

—Sí. La lista termina ahí. No debes temer a nada ni a nadie. ¿Ves esto? —se arremanga la camisa para revelar el tatuaje de mi foto de bebé en su brazo—. ¿Qué dice abajo?

—Alguien por quien vivir, alguien por quien morir —le digo, sin mirar realmente. Llevo toda la vida viéndolo.

—Exactamente. Tú y tus hermanos son alguien por quien vivir, y alguien por quien morir, y haré lo que tenga que hacer para protegerlos —me besa la

frente—. Si estás lista para hablar, nena, habla. Yo estoy contigo.

CAPÍTULO 12

Estoy tratando de atraer a Brickz a la casa, cuando pasa por enfrente.

Lo miro avanzar lentamente por la calle durante largo tiempo, hasta que se me ocurre avisarle a alguien.

—¡Papá!

Él levanta la mirada del lugar donde está arrancando las hierbas que rodean a sus pimientos rojos.

—¿En serio?

El tanque se parece a los que muestran en las noticias cuando hablan de la guerra en Oriente Medio. Es del tamaño de dos Hummers. Las luces azules y blancas que tiene al frente hacen que la calle brille casi tanto como durante el día. En la parte superior hay un oficial en posición, con el chaleco y el casco puestos. Apunta con su rifle hacia delante.

Una voz retumba desde el vehículo armado:

—Todas las personas que violen el toque de queda serán susceptibles de ser arrestadas.

Papá arranca más hierbas.

—Vaya tontería.

Brickz sigue el trozo de jamón que cuelgo frente a él, todo el camino hasta su lugar en la cocina. Se queda sentado ahí, contento, masticándola, y luego da buena cuenta de su comida. Brickz no actúa como loco cuando papá está en casa.

En realidad todos somos básicamente como Brickz. Que papá esté en casa significa que mamá no se quedará despierta toda la noche, Sekani no se sobresaltará todo el tiempo y Seven no tendrá que ser el hombre de la casa.

También yo dormiré mejor.

Papá entra, después de sacudirse la tierra de las manos.

—Las rosas se están muriendo, Brickz, ¿te has estado meando en ellas?

Brickz levanta la cabeza. Sus ojos se encuentran con los de papá pero al final baja la cabeza.

—Más vale que no te atrape haciéndolo —dice papá—. O vamos a tener problemas.

Brickz también baja la mirada.

Agarro un papel de cocina y una rebanada de pizza de la caja que está sobre el mostrador. Debe ser como la cuarta rebanada esta noche. Mamá compró dos pizzas enormes en Sal's, al otro lado de la carretera. Es de unos italianos, así que la pizza es delgada, *hierbosa* (¿existe esa palabra?) y muy rica.

—¿Acabaste tus deberes? —pregunta papá.

—Sí —una mentira.

Se lava las manos en el lavabo.

—¿Harás alguna prueba esta semana?

—Trigonometría, el viernes.

—¿Ya estudiaste para eso?

—Sí —otra mentira.

—Bien —saca las uvas del refrigerador—. ¿Todavía tienes esa vieja laptop? ¿La que tenías antes de que te compráramos esa carísima de la fruta?

Me río.

—Es una Apple MacBook, papá.

—Te aseguro que no tiene el precio de una manzana. En fin, ¿todavía tienes la vieja?

—Sí.

—Bien. Dásela a Seven. Dile que la revise y se asegure de que funciona correctamente. Se la daré a DeVante.

—¿Por qué?

—¿Tú pagas las cuentas?

—No.

—Entonces no voy a contestar eso.

Así es como logra evitar casi todas las discusiones conmigo. Debería comprar una suscripción barata a alguna revista para poder decirle: *Sí, pago una cuenta, ¿y qué?* Pero no serviría.

Me retiro a mi habitación en cuanto me termino la pizza. Papá ya subió con mamá. Tienen el televisor encendido y los dos están tirados boca abajo en la cama, una de las piernas de ella está sobre las de él mientras ella escribe en su computadora. Es extrañamente adorable. A veces los miro para tener una idea de lo que querré algún día.

—¿Todavía estás enojada conmigo por lo de DeVante? —le pregunta papá. Ella no contesta y mantiene la mirada sobre la pantalla. Él le aprieta la nariz y empieza a acercarse mucho—. ¿Todavía estás enojada conmigo? ¿Eh? ¿Todavía estás enojada?

Ella ríe y le da un empujoncito juguetón.

—Apártate, chico. No, no estoy enojada contigo. Y ahora dame una uva.

Él exhibe una gran sonrisa y le da una uva en la boca, y yo ya no puedo más. Demasiado adorables. Sí, son mis padres, y aun así son mi OTP, mi *one true pairing*: la pareja ideal número uno. En serio.

Papá mira lo que sea que ella esté haciendo en la computadora, y le da una uva cada vez que él come otra. Lo más seguro es que esté subiendo las fotos más recientes de la familia a Facebook para nuestros parientes que no viven cerca. Con todo lo que está pasando, ¿qué puede decir? *Sekani vio a la policía hostigar a su papá, pero todo va a bien en la escuela. #MamáOrgullosa. O: Starr vio morir a su mejor amigo; recen por ella, pero mi nena quedó en el cuadro de honor otra vez. #BenditaElla. O incluso: Afuera pasan rodando los tanques, pero a Seven ya lo aceptaron en seis universidades hasta ahora. #LlegaráLejos.*

Voy a mi habitación. Tanto mi vieja computadora como la nueva están en mi escritorio, que está hecho un desastre. Hay un enorme par de Jordan de papá junto a mi laptop vieja. Sus fondos amarillentos están girados hacia la lámpara, y una capa de plástico autoadhesiva protege mi menjunje de detergente y pasta dental que en algún momento los dejará como nuevos. Ver cómo las suelas amarillentas se vuelven transparentes otra vez brinda la misma satisfacción que exprimirse un punto negro y sacarle toda la mierda.

Lo má-xi-mo.

Según la mentira que le conté a papá, se supone que mis deberes están hechos, aunque en realidad me he estado tomando un breve descanso en Tumblr: o sea, ni los he empezado porque llevo las últimas dos horas en Tumblr. Empecé un nuevo blog: *El Khalil que conozco*. No le puse mi nombre, sólo fotos de Khalil. En la primera tiene trece años y el cabello afro. El tío Carlos nos llevó a un rancho para *saborear la vida en el campo*, y Khalil mira de soslayo a un caballo que está junto a él. Recuerdo que me decía: *Si esta cosa hace un movimiento extraño, ¡yo salgo corriendo!*

En Tumblr le puse como pie de foto: *El Khalil que conozco le tenía miedo a los animales*. Lo etiqueté con su nombre. A alguien le gustó y lo compartió. Luego lo hizo alguien más y otro más.

Eso me hizo subir más fotos, como una de nosotros en la tina cuando teníamos cuatro años. No se ven nuestras partes íntimas porque estábamos cubiertos de espuma, y no estoy mirando a la cámara. La señorita Rosalie está sentada junto a la tina, mirándonos con una sonrisa radiante, y Khalil se la está devolviendo. Escribí: *El Khalil que conozco amaba los baños de burbujas casi tanto como a su abuela*.

En sólo dos horas, cientos de personas le han dado *Me gusta* y han compartido las fotos. Sé que no es lo mismo que salir en las noticias, como dijo Kenya, pero espero que ayude. Por lo menos a mí me está ayudando.

Otra gente publicó cosas sobre Khalil: dibujos inspirados en él y fotos tuyas que muestran en las noticias. Creo que he compartido cada uno de ellos.

Pero es curioso: alguien publicó un videoclip de Tupac de otra época. Bueno, todo videoclip de Tupac es de otra época. Tiene a un niño en su regazo y lleva puesta una gorra al revés que ahora sería lo máximo. Explica la filosofía de *Thug Life* como Khalil decía que lo hacía: *El odio que das a los más pequeños nos jode a todos*. Pac deletrea *j-o-d-e* porque el niño está mirándolo directamente a la cara. Cuando Khalil me dijo lo que significaba, lo entendí a medias. Ahora lo entiendo realmente.

Agarro mi vieja computadora, y mi teléfono vibra en el escritorio. Mamá me lo devolvió hace rato: aleluya, gracias, Jesús Negro. Dijo que sólo lo

hacía por si ocurría otra situación incómoda en la escuela. Pero me lo devolvió, y la verdad es que no importa por qué. Espero que sea un mensaje de texto de Kenya. Le envié el enlace de mi nueva cuenta de Tumblr hace un momento. Se me ocurrió que le gustaría verla, ya que me presionó a su manera para que lo hiciera.

Pero es Chris, que escribe en mayúsculas:

¡OMG!

ESTE EPISODIO DEL PRÍNCIPE DEL RAP

EL PAPÁ DE WILL NO SE LO LLEVÓ CONSIGO

EL MUY CRETINO REGRESÓ Y LO DEJÓ DE NUEVO ALLÍ

AHORA LE ESTÁ DANDO UNA CRISIS CON EL TÍO PHIL ME SUDAN
LOS OJOS

Es comprensible. Ése es el episodio más triste de todos. Le contesto el mensaje a Chris:

Lo siento :(Y no te están sudando los ojos. Estás llorando, amor

Él contesta:

¡MENTIRA!

Le digo:

No debes mentir, Craig. No debes mentir

Él responde:

¿¿¿EN VERDAD USASTE UNA FRASE DE LA PELÍCULA "VIERNES"
CONMIGO???

Ver películas de los noventa también es lo nuestro. Le vuelvo a enviar un mensaje en respuesta:

Sí ;)

Él contesta:

¡BYE, FELICIA!

Llevo la computadora a la habitación de Seven con el teléfono en la mano en caso de que Chris tenga otra crisis con el *Príncipe del Rap*. Escucho unos coros de *reggae* en el pasillo, seguidos por Kendrick Lamar rapeando acerca de ser un hipócrita. Seven está sentado en la litera de abajo con una computadora abierta a sus pies. Tiene la cabeza agachada y las rastas sueltas forman una cortina frente a su cara. DeVante está sentado con las piernas

cruzadas en el piso. Su afro se mueve al ritmo de la canción.

Una versión zombi de Steve Jobs los mira balancearse desde un póster que está colgado en la pared junto con un montón de superhéroes y personajes de Star Wars... Hay un cobertor de Slytherin en la litera de abajo que juro que algún día robaré. Seven y yo somos fans *en reversa* de HP: primero nos gustaron las películas y luego los libros. También logré que Khalil y Natasha se volvieran adictos. Mamá compró la primera película por un dólar en una tienda de segunda mano cuando vivíamos en Cedar Grove. Seven y yo dijimos que éramos de Slytherin porque casi todos los de Slytherin eran ricos. Cuando eres un chico que vive en una casa de un solo dormitorio en ese tipo de unidades habitacionales, ser rico es lo mejor que te puede pasar.

Seven saca una caja plateada de la computadora y la examina.

—Ni siquiera está tan vieja.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Big D me pidió que reparara su computadora. Necesita unos nuevos controladores para el DVD. Fundió los suyos de tanto hacer copias pirata.

Mi hermano es el técnico no oficial de Garden Heights. Las ancianas, los estafadores y todos los que quedan en medio le pagan para que arregle sus computadoras y teléfonos. Además, hace bastante dinero de esa manera.

Hay una bolsa negra de basura recargada al pie de la litera de la que sobresale algo de ropa. Alguien la echó sobre la barda y la dejó en nuestro patio de enfrente. Seven, Sekani y yo la encontramos cuando volvimos de la tienda. Pensamos que podría ser de DeVante, pero Seven la revisó y todo era suyo. Las cosas que tenía en casa de su mamá.

Seven llamó a Iesha. Ella le dijo que lo echaba de casa porque King le dijo que lo hiciera.

—Seven, lo siento...

—Está bien, Starr.

—Pero ella no debió haber...

—Dije que está bien —levanta la mirada hacia mí—. ¿De acuerdo? No te estreses.

—De acuerdo —le respondo mientras mi teléfono vibra. Le paso la

computadora a DeVante y miro. Todavía no hay respuesta de Kenya. En vez de eso, me encuentro un mensaje de texto de Maya.

¿Estás enojada con nosotras?

—¿Para qué es esto? —pregunta DeVante, mirando la computadora fijamente.

—Papá quiere que la conserves. Pero me pidió que Seven la revisara primero —le digo mientras le contesto a Maya.

¿Tú qué crees?

—¿Para qué quiere que la conserve? —pregunta DeVante.

—Quizá quiera saber si sabes cómo manejarla —le digo a DeVante.

—Sé cómo usar una computadora —dice DeVante. Le da un golpe a Seven, que suelta unas risitas burlonas.

Mi teléfono suena tres veces. Maya contestó.

Definitivamente enojada

¿Podemos hablar las 3?

Las cosas han sido incómodas últimamente

Típico de Maya. Si Hailey y yo tenemos cualquier tipo de discusión, trata de arreglarlo. Tiene que saber que esto no es un momento Kumbaya. Le contesto:

Está bien. Te aviso cuando vaya a casa de mi tío

Se escuchan disparos a alta velocidad en la distancia. Me sobresalto.

—Malditas ametralladoras —dice papá—. La gente se comporta como si fuera Irán o una jodida mierda así.

—¡Nada de maldiciones, papá! —dice Sekani desde la sala de estar.

—Lo siento, chico. Pondré otro dólar en el frasco.

—¡Dos! Dijiste dos.

—Está bien, dos. Starr, ven a la cocina un segundo.

En la cocina, mamá está hablando al teléfono con su *otra voz*. Me mira.

—Y aquí acaba de llegar mi hermosa hija. ¿Me espera un momento, por favor? —cubre la bocina—. Es la fiscal del distrito. Le gustaría hablar contigo esta semana.

Definitivamente no es lo que me esperaba.

—Oh...

—Sí —dice mamá—. Mira, nena, si no te sientes cómoda con esto...

—Lo estoy —miro a papá rápidamente. Él asiente con la cabeza—. Puedo hacerlo.

—Ah —dice, mirando primero a papá, y luego de nuevo a mí—. Está bien. Con tal de que estés segura. Pero creo que deberíamos entrevistarnos con la señorita Ofrah primero, y quizás aceptar su oferta de representarte.

—Definitivamente —dice papá—. No confío en esa gente de la oficina de la fiscal del distrito.

—Entonces, ¿qué tal si la vemos mañana y nos reunimos con la fiscal de distrito más adelante esta semana? —pregunta mamá.

Tomo otra rebanada de pizza y le doy una mordida. Ya está fría, pero la pizza fría es la mejor pizza.

—¿Dos días sin escuela, entonces?

—Ah, irás a la escuela —dice—. ¿Y comiste algo de ensalada mientras devorabas toda esa pizza?

—Comí verduras. Tiene pedazos de pimiento.

—Ésos no cuentan, son muy pequeños.

—Claro que cuentan. Si los bebés cuentan como humanos cuando son pequeños, las verduras cuentan como verduras cuando son pequeñas.

—Esa lógica no funciona conmigo. Así que nos veremos con la señorita Ofrah mañana y con la fiscal de distrito el miércoles. ¿Les parece buen plan?

—Salvo por la parte de la escuela...

Mamá levanta la mano de la bocina.

—Disculpe la demora. Podemos ir el miércoles en la mañana.

—Mientras tanto dígales a sus chicos, al alcalde y al jefe de policía, que saquen sus jodidos tanques de mi barrio —dice papá en voz alta. Mamá le tira un manotazo, pero él ya está saliendo por el pasillo—. Dicen que la gente debe comportarse de manera pacífica, pero pasan por aquí como si estuviéramos en una jodida guerra.

—Dos dólares, papá —dice Sekani.

Cuando mamá cuelga, le digo:

—No sería el fin del mundo si perdiera un día de escuela. No quiero estar ahí si van a organizar ese desastre de protesta otra vez —no me sorprendería

que Remy tratara de tomarse toda la semana libre por Khalil—. Necesito dos días, eso es todo —mamá arquea las cejas—. Está bien, uno y medio. ¿Puede ser?

Respira profundamente y suelta el aire lentamente.

—Ya veremos. Pero ni una palabra de esto a tus hermanos, ¿me escuchaste?

Básicamente dijo que sí, sin afirmarlo directamente. Puedo lidiar con eso.

El pastor Eldridge dijo alguna vez en un sermón que *La fe no es sólo creer, sino caminar hacia esa creencia*. Así que cuando mi despertador suena el martes en la mañana, no me levanto por la fe, porque creo que mamá no me obligará a ir a la escuela.

Y para citar al pastor Eldridge: *Aleluya, Dios aparece y me acompaña*. Mamá no me obliga a levantarme. Me quedo en cama, escuchando cómo los demás se preparan para el resto del día. Sekani se encarga de decirle a mamá que todavía no me he levantado.

—No te preocupes por ella —dice—. Preocúpate por ti.

En el televisor de la sala se escucha algún programa matutino de noticias a todo volumen, y mamá tararea por la casa. Cuando mencionan a Khalil y Ciento Quince, el volumen baja y no vuelve a subir hasta que empieza un reportaje de política.

Mi teléfono suena bajo la almohada. Lo saco y lo miro. Finalmente Kenya me envió un mensaje sobre mi nuevo Tumblr. Me haría esperar horas para darme una respuesta, y su comentario es jodidamente breve:

Está bien

Pongo los ojos en blanco. Eso es lo más parecido a un cumplido que recibiré de ella. Le respondo con otro mensaje de texto.

Yo también te quiero

¿Su respuesta?

Lo sé :)

Es tan parca. Una parte de mí se pregunta si no me contestó anoche por todo el drama que ocurrió en su casa. Papá dice que King todavía maltrata a

Iesha. A veces también golpea a Kenya y a Lyric. Kenya no es el tipo de chica que habla de eso, así que le pregunto:

¿Todo bien?

Contesta:

Lo de siempre

Breve, pero con eso me dice lo suficiente. No hay mucho que yo pueda hacer, así que sólo le recuerdo:

Estoy aquí si me necesitas

¿Su respuesta?

Más te vale

¿Lo ven? Parca.

Ésta es la parte absurda de faltar a la escuela: te preguntas qué estarías haciendo de haber ido. A las ocho, me imagino que Chris y yo estaríamos apenas llegando a la clase de historia, ya que es nuestra primera clase de los martes. Le envió un mensaje de texto.

Hoy no voy a la escuela

Contesta dos minutos después.

¿Estás enferma? ¿Necesitas un besito para mejorar? Guiño, guiño

Así. Escribió *guiño* en vez de los emojis cerrando el ojo. Lo admito, sonrío. Le contesto:

¿No te importa si te contagio?

Dice:

No importa. Te besaría en cualquier parte. Guiño

Le contesto:

¿Es otra frase para seducirme?

Contesta en menos de un minuto.

Es lo que tú quieras que sea. Cómo te amo, princesa del rap

Pausa. Esa palabra con *A* me toma completamente desprevenida, como un jugador del otro equipo cuando te roba la pelota justo cuando estás a punto de anotar. Te arrebató todo el impulso y te pasas la semana preguntándote cómo te hicieron ese robo de improviso.

Sí. Que Chris diga *te amo* es así, pero no puedo desperdiciar una semana preguntándomelo. Si no contesto es como si le contestara, si es que eso tiene

sentido. El tiempo para encestar se está terminando, y tengo que decir algo.

¿Pero qué hago?

Al ponerle el *cómo* antes del *te amo* suena más informal. En serio, *Cómo te amo* y *te amo* es distinto. Mismo equipo, pero distintos jugadores. *Cómo te amo* no es tan directo ni tan agresivo como *te amo*. *Cómo te amo* puede ser un movimiento veloz, claro, pero no te da con la pelota en la cara. Es más como un lindo tiro en salto.

Pasan dos minutos. Tengo que decir algo.

Y cómo te amo yo a ti.

Me es tan ajeno como decir una palabra en otro idioma que todavía no he aprendido, pero lo curioso es que sale muy fácilmente.

Recibo un *emoji* de guiño como respuesta.

Just Us for Justice ocupa el viejo Taco Bell de la avenida Magnolia, entre el lavado automático y el local donde dan adelantos en efectivo. Papá solía llevarnos a mí y a Seven a ese Taco Bell cada viernes para comprarnos tacos a noventa y nueve centavos, roscas de canela y una bebida para compartir. Eso fue justo después de que saliera de la cárcel, cuando no tenía mucho dinero. Normalmente sólo nos miraba comer. A veces le pedía a la gerente, una amiga de mamá, que nos echara un ojo, y se iba al local de préstamos en efectivo que estaba al lado. Cuando crecí y descubrí que los regalos no *aparecen* simplemente de la nada, me di cuenta de que papá siempre iba ahí cuando llegaba la época de nuestros cumpleaños y Navidad.

Mamá toca el timbre de Just Us, y la señorita Ofrah nos deja pasar.

—Lo siento —dice, cerrando la puerta con llave—. Estoy sola aquí.

—Ah —dice mamá—. ¿Dónde se encuentran sus colegas?

—Algunos están en la preparatoria Garden Heights organizando una mesa redonda. Otros están dirigiendo una marcha hacia Carnation, donde asesinaron a Khalil.

Es extraño escuchar a alguien decir *asesinaron a Khalil* con la facilidad con la que lo dice la señorita Ofrah. No se muerde la lengua ni titubea.

La mayor parte del restaurante está tomado por cubículos de muros

cortos. Tiene casi tantos carteles como Seven, pero del tipo que le encantaría a papá, como el de Malcolm X parado junto a una ventana sosteniendo un rifle; Huey Newton en la cárcel con el puño alzado, como muestra del Poder Negro, y fotos de los Panteras Negras en manifestaciones y dando desayunos a los niños.

La señorita Ofrah nos lleva hasta su cubículo, en lo que solía ser la ventanilla del autoservicio. Es un poco gracioso, porque tiene una taza de Taco Bell en el escritorio.

—Muchas gracias por venir —dice—. Me dio gusto que llamara, señora Carter.

—Por favor, llámame Lisa. ¿Cuánto tiempo llevan en este lugar?

—Casi dos años ya. Y, en caso de que se lo pregunten, sí, de vez en cuando pasa el bromista ocasional que levanta la ventana y me dice que quiere pedir una chalupa.

Nos reímos. Suena el timbre de la puerta principal.

—Probablemente sea mi marido —dice mamá—. Ya venía para acá.

La señorita Ofrah sale, y pronto resuena la voz de papá por la oficina mientras la sigue hasta aquí. Él toma una tercera silla de otro cubículo y la coloca entre la oficina de la señorita Ofrah y el pasillo. Así de pequeño es este lugar.

—Siento llegar tarde. Tuve que dejar a DeVante con el señor Lewis.

—¿El señor Lewis? —pregunto.

—Sí. Como tenía que venir aquí, le pedí que le dejara a DeVante ayudar en su tienda. El señor Lewis necesita que alguien le cuide su estúpido trasero después de hacer acusaciones por televisión.

—¿Se refiere al caballero al que le hicieron la entrevista sobre los King Lords? —pregunta la señorita Ofrah.

—Sí, ése —dice papá—. Es el dueño de la peluquería que está junto a mi tienda.

—Ah, vaya. Definitivamente esa entrevista ha causado un gran revuelo. La última vez que la vi, ya tenía casi un millón de visitas en internet.

Lo sabía. El señor Lewis se volvió un *meme*.

—Hay que tener muchas agallas para ser tan directo como él. Lo que dije

en el funeral de Khalil fue en serio, Starr. Fue muy valiente de tu parte hablar con la policía.

—No me siento valiente —con Malcolm X que me mira desde su pared, no puedo mentir—. No pienso abrir la bocota en televisión como hizo el señor Lewis.

—Y eso está bien —dice la señorita Ofrah—. Da la impresión de que el señor Lewis habló impulsivamente por enojo y frustración. En un caso como el de Khalil, preferiría mucho más que hablaras de un modo más reflexivo y prudente —mira a mamá—. ¿Me dijo que la fiscal del distrito llamó ayer?

—Sí. Quieren reunirse con Starr esta semana.

—Es lógico. El caso fue encauzado hasta sus oficinas, y se están preparando para llevarlo al gran jurado.

—¿Eso qué significa? —pregunto.

—Un jurado decidirá si deben presentarse cargos contra el oficial Cruise.

—Y Starr tendrá que testificar ante el gran jurado —dice papá.

La señorita Ofrah asiente.

—Es un poco distinto a un juicio normal. No estará presente ni el juez ni el abogado defensor, y la fiscal del distrito le hará preguntas a Starr.

—¿Pero qué pasa si no puedo contestarlas todas?

—¿A qué te refieres? —me pregunta la señorita Ofrah.

—Yo... lo de la pistola en el auto. En las noticias decían que quizás había una pistola en el auto, como si eso lo cambiara todo. Con toda sinceridad, no sé si era así.

La señorita Ofrah abre una carpeta que tiene en el escritorio, saca un trozo de papel y lo empuja hacia mí. Es una foto del cepillo negro de Khalil, el que usaba en su auto.

—Ésta es la llamada pistola —explica la señorita Ofrah—. El oficial Cruise dice que lo vio en la puerta del auto, y supuso que Khalil iba a tomarlo. El mango era lo suficientemente grueso, lo suficientemente negro como para que supusiera que era un arma.

—Y también Khalil era lo suficientemente negro —agrega papá.

Un cepillo.

Khalil muerto por un maldito cepillo.

La señorita Ofrah desliza la foto de vuelta en la carpeta.

—Será interesante ver cómo su padre responde en la entrevista esta noche.

Espera.

—¿Entrevista? —pregunto.

Mamá se mueve en la silla.

—Mmm... el padre del oficial tiene una entrevista en la televisión que transmiten esta noche.

La miro a ella y luego a papá.

—¿Y nadie me lo había dicho?

—No vale la pena hablar de eso, nena —dice papá.

Miro a la señorita Ofrah.

—¿Entonces su padre puede ofrecer su versión a todo el mundo, y yo no puedo dar la mía y la de Khalil? Hará que todos piensen que Ciento Quince es la víctima.

—No necesariamente —dice la señorita Ofrah—. En estas cosas, a veces les sale el tiro por la culata. Y a fin de cuentas, la corte de la opinión pública no tiene voz en esto. El gran jurado sí. Si ven que hay evidencia suficiente, como debería ser el caso, presentarán cargos contra el oficial Cruise y será llevado a juicio.

—*Si ven* —repito.

Se hace un silencio incómodo. El padre de Ciento Quince será su voz, pero yo soy la de Khalil. La única manera en que la gente conocerá su lado de la historia es si yo hablo.

Miro por la ventanilla del autoservicio, hasta el autolavado de al lado. El agua cae en cascadas desde una manguera, formando un arcoíris contra la luz del sol como lo hacía hace seis años, justo antes de que las balas me quitaran a Natasha.

Me giro hacia la señorita Ofrah.

—Cuando tenía diez años, vi cómo asesinaban a mi otra mejor amiga desde un auto.

Es curioso cómo ahora sale tan fácil la palabra *asesinar*.

—Oh —la señorita Ofrah se hunde en su asiento—. Yo no lo... lo siento

tanto, Starr.

Me quedo mirando mis dedos y los muevo con torpeza. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—He tratado de olvidarlo, pero lo recuerdo todo. Los disparos, la mirada en el rostro de Natasha. Nunca atraparon a la persona que lo hizo. Supongo que no importaba lo suficiente. Pero sí importaba. *Ella* importaba —miro a la señorita Ofrah, pero apenas logro distinguirla entre tantas lágrimas—. Y quiero que todos sepan que Khalil también importaba.

La señorita Ofrah parpadea. Mucho.

—Absolutamente. Yo... —se aclara la garganta—. Me gustaría representarte, Starr. Sin cobrar, de hecho.

Mamá asiente, y también tiene lágrimas en los ojos.

—Haré lo que sea posible para asegurarme de que te escuchen, Starr. Porque así como importaban Khalil y Natasha, tú importas, y tu voz importa. Puedo empezar por conseguirte una entrevista en la televisión —voltea hacia mis padres—. Si es que ustedes están de acuerdo.

—Mientras no revelen su identidad, sí —dice papá.

—No debería haber problema —dice—. En cuanto a la fiscal de distrito, puedo organizarlo para que vayamos mañana.

Un silencioso zumbido llega desde donde está papá. Saca su teléfono y contesta. La persona al otro lado grita algo, pero no logro entenderlo.

—¡Eh, espera, Vante! Repite lo que acabas de decir —la respuesta hace que papá se ponga en pie—. Voy para allá. ¿Llamaste al novecientos once?

—¿Qué pasa? —dice mamá.

Él gesticula para que lo sigamos.

—Quédate con él, ¿está bien? Vamos en camino.

CAPÍTULO 13

El ojo izquierdo del señor Lewis está cerrado por la enorme hinchazón y la sangre le gotea en la camisa por la cortada de la mejilla, pero se rehúsa a ir al hospital.

La oficina de papá se volvió un consultorio médico, y mamá atiende al señor Lewis con ayuda de papá. Me recargo contra el marco de la puerta y observo. DeVante está más al fondo de la tienda.

—Necesitaron a cinco para derribarme —dice el señor Lewis—. ¡Cinco de ellos contra un solo viejo! ¿Acaso no es impresionante?

—Lo impresionante es que esté vivo —le digo. Eso de que *Para los delatores, muchos dolores* no aplica para los King Lords; sería algo así como *De todo soplón se encarga el matón*.

Mamá inclina la cabeza del señor Lewis para mirar la cortada que tiene en la mejilla.

—Ella tiene razón. Tiene mucha suerte, señor Lewis. Ni siquiera necesita puntadas.

—El mismo King me la hizo —dice—. No entró hasta que los demás me derribaron. Maldito pedazo de vándalo, parecía el hombre de Michelín, pero negro.

Suelto un bufido.

—Esto no es divertido —dice papá—. Le dije que irían tras usted.

—¡Y te dije que no tengo miedo! Si esto es lo peor que podían hacer, ¡no hicieron nada!

—Nada de eso, esto no es lo peor —dice papá—. ¡Lo podrían haber matado!

—¡Yo no soy al que quieren muerto! —extiende su gordo dedo hacia mí, pero mira a DeVante—. ¡De ése es del que te tienes que preocupar! Hice que se escondiera antes de que entraran, pero King dijo que sabía que estabas ayudando al chico, y que si lo encuentra, lo matará.

DeVante retrocede con los ojos bien abiertos.

Maldigo, y en un par de segundos, papá toma a DeVante por el cuello y lo golpea contra el congelador.

—¿Qué demonios hiciste?

DeVante pateo y se retuerce y trata de jalar las manos de papá para quitárselas del cuello.

—¡Papá, detente!

—¡Cállate! —su mirada fulminante nunca abandona a DeVante—. Te metí a mi casa, ¿y no has sido honesto sobre las razones por las que te escondes? King no te querría muerto a menos que hubieras hecho algo, así que, ¿qué hiciste?

—¡Ma-ve-rick! —mamá divide muy bien su nombre en sílabas—. Suéltalo. No puede explicarse si lo estás ahorcando.

Papá lo libera y DeVante se agacha, tratando de tomar aire con dificultad.

—¡No me pongas las manos encima! —dice él.

—¿O qué? —se burla papá—. Empieza a hablar.

—Hombre, mira, no es gran cosa. King está alucinando.

¿Habla en serio?

—¿Qué hiciste? —pregunto.

DeVante se desliza hasta el suelo y trata de recobrar el aliento. Parpadea muy rápidamente durante varios segundos. Se le desencaja el rostro. Y de repente, está berreando como un bebé.

No sé qué más hacer, así que me siento frente a él. Cuando Khalil lloraba así porque su mamá había fallado, yo le levantaba la cabeza.

Levanto la de DeVante.

—Todo va bien —le digo.

Eso siempre funcionó con Khalil, y también funciona con DeVante. Deja de llorar con tanta fuerza y dice:

—Le robé unos cinco mil grandes a King.

—¡Maldita sea! —grita papá—. ¿Qué demonios hiciste?

—¡Tenía que sacar a mi familia de aquí! Me estaban obligando a quitar de en medio a los tipos que mataron a Dalvin, y mierda, lo único que iba a lograr con eso era que los Discípulos vinieran tras de mí. Así que era hombre muerto, de inmediato. No quería que mamá y mis hermanas estuvieran involucradas en eso. Así que les compré unos boletos de autobús y las saqué de la ciudad.

—Por eso no podemos localizar a tu madre por teléfono —cae en cuenta mamá.

Las lágrimas caen alrededor de sus labios.

—De todos modos, ella no quería que las acompañara. Dijo que las acabaría matando. Me echaron de casa antes de irse —mira a papá—. Big Mav, lo siento. Debí habértelo dicho el otro día. Pero te aseguro que sí cambié de parecer sobre matar a esos tipos, sólo que ahora es King quien quiere matarme a mí. Por favor, no me lleves con él. Haré lo que sea. Por favor.

—¡Más vale que no lo haga! —el señor Lewis sale cojeando de la oficina de papá—. ¡Ayuda a este chico, Maverick!

Papá se queda mirando el techo como si pudiera decirle sus verdades a Dios.

—Papá —le ruego.

—¡Está bien! Vamos, Vante.

—Big Mav —gimotea—. Lo siento, por favor...

—No te llevaré con King, pero tenemos que sacarte de aquí. Ahora mismo.

Cuarenta minutos después, mamá y yo nos estacionamos detrás de papá y DeVante en el acceso para autos de la casa del tío Carlos.

Me sorprende que papá sepa cómo llegar hasta aquí. Nunca viene con nosotros. Nun-ca. Vacaciones, cumpleaños, nada. Supongo que no quiere lidiar con Nana y su bocota.

Mamá y yo salimos del auto mientras papá y DeVante bajan de la

camioneta.

—¿Aquí es donde lo vas a traer? —dice mamá—. ¿A casa de mi hermano?

—Sí —dice papá, como si nada.

El tío Carlos sale del garaje, limpiándose el aceite de las manos con una de las toallas de la tía Pam. No debería estar en casa. Estamos en medio de un día laboral, y nunca falta por enfermedad. Deja de limpiarse las manos, pero los nudillos de una todavía están oscuros.

DeVante entrecierra los ojos para protegerse de la luz del sol y mira a su alrededor como si lo hubiéramos llevado a otro planeta.

—Carajo, Big Mav, ¿adónde estamos?

—¿Dónde estamos? —lo corrige el tío Carlos, y le ofrece la mano—. Soy Carlos. Tú debes ser DeVante.

DeVante se le queda mirando a la mano. No tiene la menor noción de lo que son los modales.

—¿Cómo sabe mi nombre?

El tío Carlos deja caer la mano incómodamente a su costado.

—Maverick me habló de ti. Barajamos la opción de traerte acá.

—¡Ah! —dice mamá con una carcajada forzada—. Maverick barajó la opción de traerlo acá —mira a papá con los ojos entrecerrados—. Me sorprende incluso que sepas cómo llegar hasta aquí, Maverick.

Las fosas nasales de papá se ensanchan.

—Luego hablamos.

—Vamos —dice el tío Carlos—. Te mostraré tu habitación.

DeVante se queda mirando la casa con sus ojos bien abiertos.

—¿Qué haces para tener una casa así?

—Vaya que eres hablador —le digo.

El tío Carlos se carcajea.

—Está bien, Starr. Mi esposa es cirujana, y yo soy detective.

DeVante se queda tieso. Se gira hacia papá.

—¿Qué carajos, hombre? ¿Me trajiste con un puerco?

—Cuidado con esa boca —dice papá—. Y te traje con alguien que realmente quiere ayudarte.

—¿Pero un puerco? Si *ellos* se enteran, van a pensar que soy un soplón.

—De cualquier modo tienes que esconderte de ellos —le digo—. Además, el tío Carlos no te pediría que fueras un soplón.

—Tiene razón —dice el tío Carlos—. Maverick habla en serio sobre sacarte de Garden Heights.

Mamá emite un sonido de burla, muy fuerte.

—Cuando nos contó la situación, quisimos ayudar —prosigue el tío Carlos—. Y parece que necesitas nuestra ayuda.

DeVante suspira.

—Hombre, esto no está bien.

—Mira, estoy de licencia —dice el tío Carlos—. No tienes que preocuparte porque te saque información.

—¿De licencia? —le pregunto. Eso explica los pantalones deportivos en mitad del día—. ¿Por qué te dieron licencia?

Me mira a mí y luego a mamá, y ella probablemente no se da cuenta de que la veo negar rápidamente con la cabeza.

—No te preocupes por eso, nenita —dice, enganchando su brazo alrededor del mío—. Necesitaba tomarme unas vacaciones.

Es tan, pero tan obvio. Le dieron licencia por mí.

Nana nos recibe en la puerta de enfrente. Conociéndola, ha estado mirando por la ventana desde que llegamos. Tiene un brazo doblado y le da una calada a su cigarro con el otro. Exhala el humo hacia el techo mientras se queda mirando fijamente a DeVante.

—¿Quién se supone que es éste?

—Se llama DeVante —dice el tío Carlos—. Se va a quedar con nosotros.

—¿Cómo que se va a quedar con nosotros?

—Así como lo dije. Se metió en problemas en Garden Heights y necesita quedarse aquí.

Ella emite un sonido de burla. Ya sé de dónde sacó eso mamá.

—En problemas, ¿eh? Dime la verdad, chico —ella baja la voz y pregunta con sus ojos entrecerrados, poniendo expresión de sospecha—: ¿Mataste a alguien?

—¡Mamá! —dice mamá.

—¿Qué? ¡Más vale que pregunte antes de que todos ustedes me obliguen a dormir en la misma casa que un asesino y despierte muerta!

Qué dem...

—No puedes despertar si ya estás muerta —le digo.

—¡Niña, ya sabes lo que quiero decir! —se aleja del marco de la puerta —. ¡Me despertaré frente al rostro de Jesús, tratando de entender qué pasó!

—Como si fuera a ir al Cielo —murmura papá.

El tío Carlos le da un recorrido a DeVante. Su habitación es casi del tamaño de la mía y la de Seven juntas. No parece justo que sólo tenga una mochila para guardar ahí, y cuando llegamos a la cocina, el tío Carlos lo obliga a entregársela.

—Hay algunas reglas para vivir aquí —dice el tío Carlos—. Una, sigue las reglas. Dos —saca la Glock de la mochila de DeVante—... cero armas y cero drogas.

—No metiste eso a mi casa, Vante —dice papá.

—Lo más seguro es que King haya puesto un precio sobre mi cabeza. Claro que llevo encima una jodida arma.

—Regla número tres —el tío Carlos habla por encima de él—. Ninguna maldición. Tengo hijos de ocho y tres años. No tienen que escuchar eso.

Porque ya escuchan lo suficiente de Nana. La nueva expresión favorita de Ava es *¡Maldita sea!*

—Regla número cuatro —dice el tío Carlos—, seguirás estudiando.

—Hombre —gimotea DeVante—. Ya le dije a Big Mav que no puedo volver a la escuela en Garden.

—Lo sabemos —dice papá—. Una vez que podamos ponernos en contacto con tu mamá, te inscribiremos en un programa a través de internet. La mamá de Lisa es maestra jubilada. Te dará clases para que termines el año.

—¡Ni se les ocurra! —dice Nana. No sé dónde está, pero no me sorprende que esté escuchando.

—Mamá, ¡deja de ser tan entrometida! —dice el tío Carlos.

—¡Deja de usarme de voluntaria para tus estupideces!

—Y tú deja de decir maldiciones —dice él.

—Vuelve a decirme qué hacer y ya veremos lo que pasa.

El cuello y el rostro del tío Carlos se enrojecen.

Suena el timbre.

—Carlos, abre la puerta —dice Nana desde donde sea que está escondida.

Él frunce los labios y va a abrir. Mientras vuelve, puedo escucharlo hablando con alguien. Luego, ese alguien ríe, y conozco esa carcajada porque me hace reír a mí también.

—Mira a quién me encontré —dice el tío Carlos.

Chris viene detrás de él con su camiseta polo blanca del Williamson y unos shorts color kaki. Tiene puestos los Jordan 12 rojos y negros que Michael Jordan usó cuando estuvo enfermo de gripe durante las finales de 1997. Caray, eso hace que, por alguna razón, Chris me guste más. O es que tengo una obsesión con los Jordan.

—Hola —sonríe sin mostrar los dientes.

—Hola —también le sonrío.

Se me olvida que papá está aquí y que tengo un pedazo de problemón en potencia entre las manos. Pero eso sólo dura unos diez segundos porque papá pregunta:

—¿Quién eres?

Chris le tiende la mano a papá.

—Christopher, señor. Qué gusto conocerlo.

Papá lo mira de pies a cabeza.

—¿Conoces a mi hija o algo así?

—Sí —Chris alarga su respuesta y me mira—. Ambos asistimos a Williamson, ¿no?

Asiento. Buena respuesta.

Papá se cruza de brazos.

—Bueno, ¿sí o no? Pareces un poco inseguro al respecto.

Mamá le da un abrazo veloz a Chris. Todo ese tiempo, papá gesticula horriblemente.

—¿Cómo has estado, cariño? —le pregunta.

—Muy bien. No quería interrumpir ni nada. Vi su coche, y como Starr no fue hoy a la escuela, quería ver si estaba bien.

—Todo va bien —dice mamá—. Diles a tu mamá y a tu papá que les mando saludos. ¿Cómo están?

—Esperen un momento —dice papá—. Todos se comportan como si este tipo llevara aquí toda la vida —papá se gira hacia mí—. ¿Por qué nunca oí hablar de él?

Me va a tomar una cantidad jodida de valor exponerme por Khalil. Por ejemplo, el tipo de valor como: *Una vez le conté a papá, militante negro, que tengo un novio blanco*. Si no puedo enfrentar a papá acerca de Chris, ¿cómo puedo hacerlo por Khalil?

Papá siempre me dice que no me muerda la lengua por nadie. Eso lo incluye a él.

Así que se lo digo.

—Es mi novio.

—¿Tu novio? —repite papá.

—¡Sí, su novio! —Nana se manifiesta de nuevo desde donde sea que esté—. Hola, Chris, cariño.

Chris mira a su alrededor, todo confundido.

—Eh, hola, señorita Montgomery.

Nana fue la primera en descubrir lo de Chris, gracias a sus habilidades profesionales en el arte del figoneo. Me dijo: *Vamos, haz tu mezcla de helado de vainilla y chocolate, nena*, y luego procedió a contarme todo sobre sus aventuras *haciendo helados de dos sabores*, lo cual realmente hubiera preferido no conocer.

—¿Qué demonios, Starr? —dice papá—. ¿Estás saliendo con un blanco?

—¡Maverick! —dice mamá bruscamente.

—Calma, Maverick —dice el tío Carlos—. Es un buen chico y la trata bien. Eso es lo único que importa, ¿no?

—¿Lo sabías? —dice papá. Me mira, y no sé si lo que veo en sus ojos es enojo o dolor—. ¿Él lo sabía, y yo no?

Eso pasa cuando tienes dos papás. Uno de ellos siempre acaba por salir lastimado, y siempre acabas por sentirte como una basura por eso.

—Vamos afuera —dice mamá con voz tensa—. Ahora.

Papá fulmina a Chris con la mirada y sigue a mamá hasta el patio. Las puertas son de vidrio grueso, pero aun así, la escucho discutir con él.

—Vamos, DeVante —dice el tío Carlos—. Te mostraré el sótano y el cuarto de lavado.

DeVante estudia a Chris de pies a cabeza.

—Novio —dice con una carcajada ligera y me mira—. Debí saber que *tú* tendrías de novio a un blanquito.

Se va con el tío Carlos. ¿Qué carajos se supone que significa eso?

—Lo siento —le digo a Chris—. Papá no debería haberse puesto así.

—Podría haber sido peor. Podría haberme matado.

Cierto. Le indico que se siente en el mostrador mientras voy por algo de tomar.

—¿Quién era ese tipo que me estaba mirando con cara de loco? —pregunta.

La tía Pam sólo tiene jugo, agua y agua mineral en el refrigerador. Pero apuesto a que Nana tiene una reserva de Sprite y Coca-Cola en su habitación.

—DeVante —le digo, tomando el cartón de manzana—. Se enredó en una historia de los King Lords, y papá lo trajo a vivir con el tío Carlos.

—¿Por qué me miraba así?

—Supéralo ya, Maverick. ¡Es blanco! —grita mamá en el patio—. ¡Blanco, blanco, blanco!

Chris se sonroja. Y se sonroja y se sonroja cada vez más.

Le paso el cartón de jugo.

—*Por eso* DeVante te miraba con cara de loco. Porque eres blanco.

—¿Está bien? —pregunta, más que decirlo—. ¿Esto es uno de esos rollos de negros que nunca podré entender?

—Está bien, amor, ¿quieres que sea sincera contigo? Si fueras alguien más, te mataría con la mirada por decirlo así.

—¿Decirlo cómo? ¿Un rollo de negros?

—Sí.

—¿Pero no es eso?

—En realidad no —le digo—. Ni que estas cosas fueran exclusivas de los

negros, ¿sabes? El razonamiento podrá ser distinto, pero eso es todo. ¿Tus padres no tienen problema con que salgamos?

—No diría que es un problema —dice Chris—, pero sí hemos hablado al respecto.

—Así que no es sólo un rollo de negros, ¿no?

—Tienes razón.

Nos sentamos frente al mostrador, y escucho su descripción con lujo de detalles sobre lo ocurrido en la escuela hoy. Nadie evitó las clases porque la policía estaba ahí, a la espera de cualquier drama.

—Hailey y Maya me preguntaron por ti —me dice—. Les conté que estabas enferma.

—Me podrían haber enviado un mensaje o preguntado ellas mismas.

—Creo que se sienten culpables por lo de ayer. En especial, Hailey. El típico sentimiento de culpa de los blancos —me guiña el ojo.

Me quiebro de la risa. Mi novio blanco hablando del sentimiento de culpa de los blancos.

Mamá grita:

—¡Y me encanta cómo insistes en sacar al hijo de otra persona de Garden Heights, pero quieres que los nuestros se queden en ese infierno!

—¿Quieres que vivan en una zona residencial con todo este rollo falso?
—dice papá.

—Si esto es falso, cariño, sin ninguna duda lo prefiero a lo real. ¡Estoy harta de esto! Los chicos vienen a la escuela aquí, los traigo a la iglesia aquí, sus amigos están aquí. Tenemos el dinero para mudarnos. ¡Pero quieres quedarte en ese desastre!

—Porque al menos en Garden Heights la gente no va a tratarlos como una mierda.

—¡Ya lo hacen! Y espera a que King no logre encontrar a DeVante. ¿A quién crees que buscará? ¡A nosotros!

—Te dije que yo me encargaré de eso —dice papá—. No vamos a mudarnos. Ni siquiera está en discusión.

—Ah, ¿en verdad?

—En verdad.

Chris sonríe ligeramente.

—Qué incómodo.

Tengo las mejillas calientes, y es un alivio estar demasiado morena para que sea evidente.

—Sí. Es incómodo.

Me toma de la mano y toca las puntas de sus dedos contra los míos, uno después de otro. Entrelaza sus dedos con los míos, y dejamos que nuestros brazos se columpien juntos en el espacio que queda entre ambos.

Papá entra y cierra azotando la puerta. Se centra directamente en nuestras manos unidas. Chris no me suelta. Punto para mi novio.

—Luego hablamos, Starr —papá sale.

—Si esto fuera una comedia romántica —dice Chris—, tú serás Zoe Saldana y yo Ashton Kutcher.

— Eh?

Le da un sorbo a su jugo.

—Esa película de hace unos años, *Conquistando a mi suegro*. La vi cuando me dio gripe, hace unas semanas. Zoe Saldana sale con Ashton Kutcher. A su papá no le gusta que ella salga con un chico blanco. Así como nos sucede a nosotros.

—Sólo que esto no es divertido —le digo.

—Podría.

—*Para nada*. Pero lo que sí es divertido es que vieras una comedia romántica.

— Hey! —me reclama—. Estaba muy graciosa. Más comedia que comedia romántica. El papá es Bernie Mac. El tipo es divertidísimo, uno de los Reyes de la Comedia. Simplemente por el hecho de que él salga en ella, creo que no se le puede llamar comedia romántica.

—Está bien, te doy puntos por conocer a Bernie Mac y saber que era un Rey de la Comedia...

—*Todos* deberían saber eso.

—Cierto, pero no te salvas: *era* una comedia romántica. Pero no se lo contaré a nadie.

Me inclino para besarle la mejilla, pero mueve la cabeza y no me deja otra

opción más que besarlo en la boca. Pronto estamos besándonos, ahí mismo, en la cocina de mi tío.

—*¡Ejem, ejem!* —alguien se aclara la garganta. Chris y yo nos separamos de inmediato.

Pensaba que había sentido vergüenza de que mi novio escuchara a mis padres discutir. No. Vergüenza es la que siento cuando entra mi madre mientras Chris y yo estamos besándonos. Una vez más.

—¿No creen que deberían dejarse respirar?

Chris se sonroja hasta la manzana de Adán.

—Debería irme.

Se marcha tras despedirse rápidamente de mamá.

Ella arquea las cejas.

—¿Estás tomando tus píldoras anticonceptivas?

—¡Mamá!

—Contéstame. ¿Lo estás haciendo?

—Síiiiiii —gruño, poniendo mi rostro sobre el mostrador.

—¿Cuándo fue tu último ciclo?

Oh. Dios. Mío. Levanto la cabeza y le dirijo una sonrisa más falsa que la falsedad misma.

—Estamos bien. Lo prometo.

—Vaya si tienes agallas. Tu padre apenas acababa de salir, y ya se estaban babeando el uno al otro. Ya sabes lo loco que está tu padre.

—¿Vamos a pasar la noche aquí?

La pregunta la toma desprevenida.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque tú y papá...

—Discutimos, eso es todo.

—Una discusión que escuchó todo el barrio.

Más la de la otra noche.

—Starr, todo va bien. No te preocupes por eso. Tu padre se comporta como... tu padre.

Afuera, alguien toca la bocina de un auto un montón de veces.

Mamá levanta los ojos al cielo.

—Hablando de tu padre, supongo que el señor Voy-AAzotar-La-Puerta necesita que mueva mi coche para poder irse —niega con la cabeza y se dirige hacia la entrada.

Aparto el jugo de Chris y hurgo en la alacena. La tía Pam será quisquillosa cuando se trata de bebidas, pero siempre compra buenas golosinas, y mi estómago me llama. Tomo unas galletas integrales y les unto mantequilla de cacahuete. Delicioso.

DeVante entra a la cocina.

—No puedo creer que estés saliendo con un blanquito —se sienta junto a mí y me roba un sándwich de galletas integrales—. Y además, uno de esos blancos que quieren hacerse pasar por negros, maldito *wigga*.

—¿Disculpa? —le digo con la boca llena de mantequilla de cacahuete—. No es un *wigga*.

—¡Por favor! El tipo llevaba puestos unos Jordan. Los blancos usan Converse y Vans, no Jordan, a menos que traten de pasar por negros.

¿En serio?

—El error es mío entonces. No sabía que los zapatos determinarían tu raza.

No puede responder nada a eso. O eso pensé.

—De todos modos, ¿qué le ves? ¿En serio? Tantos tipos en Garden Heights que saldrían contigo en un segundo, ¿y tú estás saliendo con Justin Bieber?

Apunto con mi dedo índice a su rostro.

—No lo llames así. ¿Y de qué tipos hablas? No hay nadie en Garden Heights que esté detrás de mí. Casi nadie sabe mi nombre. Diablos, hasta tú te referiste a mí como la hija de Big Mav, la que trabaja en la tienda.

—Porque nunca sales —dice él—. Nunca te he visto en una fiesta. Nada.

Sin pensarlo, le digo:

—Quieres decir, ¿las fiestas en donde le disparan a la gente? —y tan pronto como se me escapa de la boca, me siento como el carajo—. Dios mío, lo siento. No debí haber dicho eso.

Se queda mirando el mostrador de la cocina.

—Está bien. No te preocupes.

Mordisqueamos las galletas integrales, callados.

—Mmmm... —comienzo a decir. El silencio es brutal—. El tío Carlos y la tía Pam son buena gente. Creo que te gustará estar aquí.

Muerde otra galleta integral.

—Pueden ser un poco cursis a veces, pero son dulces. Te cuidarán. Conociendo a la tía Pam, te tratará como a Ava y a Daniel. El tío Carlos probablemente sea más duro. Si sigues las reglas, estarás bien.

—Khalil hablaba de ti a veces —dice DeVante.

—¿Eh?

—Dijiste que nadie te conoce, pero Khalil hablaba de ti. No sabía que eras la hija de Big Mav, que... no sabía que eras tú —dice—. Pero hablaba de su amiga Starr. Decía que eras la chica más genial que conocía.

Se me atora un poco de crema de cacahuete en la garganta, pero no es la única razón por la que trago saliva.

—¿Cómo conociste a...? Oh. Sí. Los dos formaban parte de los King Lords.

Juro por Dios que cada vez que pienso en cómo cayó Khalil en esa vida, es como verlo morir una vez más. Sí, Khalil importa y no las cosas que hizo, pero no puedo mentir y decir que no me molesta o que no me decepciona. Él era mejor que eso.

—Khalil no era un King Lord, Starr —dice DeVante.

—Pero en el funeral, King lo cubrió con...

—Para guardar las apariencias —dice DeVante—. Trató de convencer a Khalil de que se uniera, pero Khalil le dijo que no. Luego un poli lo mató, así que ya sabes, ahora todos los miembros están de su lado. King no quiere admitir que Khalil lo rechazó. Así que hizo que la gente pensara que Khalil pertenecía a los King Lords.

—Espera —le digo yo—. ¿Cómo sabes que rechazó a King?

—Khalil me lo contó en el parque un día. Nos plantaron ahí.

—¿Entonces vendían drogas juntos?

—Sí. Para King.

—Oh.

—Él no quería vender, Starr —dice DeVante—. En realidad nadie quiere

hacer esa mierda. Pero Khalil no tenía muchas opciones.

—Claro que las tenía —le digo con la voz espesa.

—No, no las tenía. Mira, su mamá le robó algo a King. King quería matarla. Khalil se enteró y empezó a vender para pagar la deuda.

—¿Qué?

—Sí. Ésa es la única razón por la que empezó a hacer esa mierda. Para salvarla.

No me lo puedo creer.

Pero sí. Era clásico de Khalil. No importaba qué hiciera su mamá, él seguía siendo su caballero y la seguiría protegiendo.

Esto es peor que haberlo negado. Pensé lo peor de él. Como todos los demás.

—No te enojas con él —dice DeVante, y es curioso porque puedo escuchar a Khalil pidiéndome también que no me enoje.

—No lo estoy... —suspiro—. Bueno, sí, estaba un poco enojada. Pero detesto que digan que es un maleante y toda esa mierda cuando la gente no conoce la historia completa. Tú lo dijiste, no era un pandillero, y si todos supieran por qué vendía drogas, entonces...

—¿No pensarían que es un maleante cómo yo?

Maldita sea.

—No quise decir...

—Está bien —dice él—. Lo entiendo. Supongo que sí soy un maleante, no lo sé. Hice lo que tenía que hacer. Los King Lords fueron lo más cercano que Dalvin y yo tuvimos a una familia.

—Pero tu mamá —le digo—, y tus hermanas...

—No podían cuidarnos como lo hacen los King Lords —dice él—. Dalvin y yo las cuidábamos a ellas. Con los King Lords teníamos a un montón de personas que nos protegían, sin importar qué pudiera suceder. Nos traían ropa y otra mierda para la que no le alcanzaba a nuestra mamá, y siempre se aseguraban de que comiéramos —mira el mostrador de la cocina—. Fue genial tener a alguien que nos cuidara por una vez.

—Ah —una mierda de respuesta por mi parte, lo sé.

—Como dije, a nadie le gusta vender droga —agrega—. Yo odiaba esa

mierda. En serio. Pero odiaba más ver a mamá y a mis hermanas con hambre, ¿sabes?

—No, no lo sé —nunca he tenido que experimentarlo. Mis papás se aseguraron de eso.

—Tuviste suerte, entonces —dice—. Pero siento haber hablado así de Khalil. Era un buen tipo. Espero que algún día pueda salir a la luz la verdad.

—Sí —le digo en voz baja.

DeVante. Khalil. Ninguno de los dos pensó que tuvieran muchas opciones. En su lugar, no estoy segura de si habría tomado una mejor decisión.

Supongo que eso también me convierte en una maleante.

—Voy a ir a caminar —le digo, levantándome. La cabeza me da vueltas—. Puedes acabarte las galletas y la crema de cacahuete.

Me voy. No sé adónde. Ya no sé nada.

CAPÍTULO 14

Termino en casa de Maya. A decir verdad, es lo más lejos que puedo llegar en el barrio del tío Carlos antes de que las casas comiencen a verse iguales.

Es ese momento extraño entre el día y la noche cuando el cielo parece estar incendiándose y los mosquitos salen de cacería; todas las luces de la casa Yang están encendidas, y eso quiere decir muchas luces. Su casa sería lo suficientemente grande como para que mi familia y yo viviéramos con ellos, y todavía nos sobraría espacio libre. Hay un Infiniti Coupe azul con la defensa abollada en la entrada circular para autos. Hailey conduce fatal.

No miento, me duele un poco saber que pasan tiempo juntas sin mí. Eso es lo que pasa cuando vives tan lejos de tus amigos. No puedo enojarme por eso. Estoy celosa, quizá, no enojada.

¿Y este rollo de la protesta? Eso sí que me hace enfadar. Me enoja lo suficiente como para tocar el timbre. Además, le dije a Maya que podíamos hablar las tres, así que perfecto, hablaremos.

La señora Yang abre, con sus audífonos Bluetooth alrededor del cuello.

—¡Starr! —exhibe una sonrisa radiante y me abraza—. Qué gusto verte. ¿Cómo están todos?

—Bien —le digo. Le anuncia mi llegada a Maya y me deja entrar. El aroma a lasaña de mariscos de la señora Yang me recibe en el vestíbulo.

—Espero que no sea un mal momento —le digo.

—Para nada, cariño. Maya está arriba. Hailey también. Eres más que bienvenida si quieres acompañarnos a cenar... No, George, no hablaba contigo —le dice a su auricular, y luego gesticula con la boca—: *Mi asistente* —y levanta los ojos al cielo un momento.

Sonrío y me quito los Nike Dunks. En la casa Yang, quitarse los zapatos en parte es por tradición china, pero también porque la señora Yang quiere que la gente se sienta cómoda.

Maya baja corriendo por las escaleras, con una camiseta demasiado grande y unos shorts de basquetbol que casi le cuelgan hasta los tobillos.

—¡Starr!

Llega hasta abajo, y hay un momento incómodo cuando extiende los brazos como si me quisiera abrazar, pero comienza a bajarlos. La abrazo de todos modos. Ha pasado un tiempo desde que Maya me da un buen estrujón. Su cabello huele a cítricos, y me estrecha maternalmente y con fuerza.

Maya me conduce a su habitación. Hay luces blancas de Navidad colgadas del techo. Tiene una repisa para los videojuegos y juguetes de *Hora de aventura* por todos lados, y Hailey está en un *puff*, concentrada en los jugadores de basquetbol que controla dentro de la pantalla plana de Maya.

—Mira quién llegó, Hails —dice Maya.

Hailey levanta la mirada.

—Hola.

—Hola.

Parece que aquí dentro estamos en la Estación Central del Momento Incómodo.

Paso por encima de una lata vacía de Sprite y una bolsa de Doritos y me siento en el otro *puff*. Maya cierra la puerta. Atrás hay un póster de la vieja guardia de Michael Jordan, con su famosa pose de *Jumpman*.

Maya se lanza de frente sobre la cama y toma un mando del piso.

—¿Quieres jugar, Starr?

—Sí, claro.

Me pasa un tercer mando y empezamos una nueva partida: las tres contra un equipo controlado por la computadora. Es muy parecido a la manera en que jugamos en la vida real, una combinación de ritmo, química, habilidad, pero la incomodidad en la habitación es tan espesa que es difícil de ignorar.

No paran de lanzarme miradas. Mantengo la vista en la pantalla. La muchedumbre se anima cuando el jugador de Hailey hace una jugada de tres puntos.

—Buen tiro —le digo.

—Está bien, vayamos al grano —Hailey toma el control remoto del televisor y cambia la señal a un programa de detectives—. ¿Por qué estás enojada con nosotras?

—¿Por qué protestaron? —ya que quiere que vayamos al grano, vayamos directamente al grano, de una vez por todas.

—Porque sí —dice, como si fuera razón suficiente—. No veo cuál es el problema, Starr. Dijiste que no lo conocías.

—¿Y cuál es la diferencia?

—¿Y acaso no es bueno protestar?

—No si sólo lo haces para no ir a clase.

—¿Así que quieres que pidamos una disculpa aunque todos los demás también lo hicieron? —pregunta Hailey.

—Que todos los demás lo hicieran no quiere decir que sea lo correcto.

Mierda. Hablo como mamá.

—¡Chicas, alto! —dice Maya—. Hailey, si Starr quiere que nos disculpemos, perfecto, podemos disculparnos. Starr, siento haber protestado. Fue una estupidez usar una tragedia sólo para evadir las clases.

Miramos a Hailey. Se inclina hacia atrás y se cruza de brazos.

—Yo no voy a disculparme cuando no hice nada malo. Al contrario, ella debería disculparse por haberme tildado de racista la semana pasada.

—¡Vaya! —le digo. Si hay algo de Hailey que me saca completamente de quicio es la manera en que puede torcer un argumento y volverse la víctima. Es una maestra en esa mierda. Solía caer redonda a sus pies, ¿pero ahora?

—No voy a disculparme por lo que sentí —le digo—. No me importa cuál fuera tu intención, Hailey. Ese comentario del pollo frito me pareció racista.

—Perfecto —dice—. De la misma manera, yo sentí que era perfectamente correcto protestar. Ya que no voy disculparme por lo que sentí, y tú no vas a disculparte por lo que sentiste, supongo que sólo veremos televisión.

—Perfecto —le digo.

Maya refunfuña como si estuviera esforzándose al máximo por no ahorcarnos.

—¿Saben qué? Si las dos quieren ser así de tercas, perfecto.

Maya cambia rápidamente de un canal a otro. Hailey hace esa mierda en la que observa por el rabillo del ojo, pero no quiere que sepas que le importa lo suficiente como para voltear, así que desvía la mirada. En este punto, que haga lo que quiera. Yo creía que había venido a hablar, pero lo confieso, en realidad quiero una disculpa.

Miro la tele. Un concurso de canciones, un *reality*, Ciento Quince, un baile de celebridades... espera.

—Regresa, regresa —le digo a Maya.

Pasa por los canales, y cuando Ciento Quince vuelve a aparecer, le digo:

—¡Justo ahí!

Me he imaginado su rostro tantas veces. En realidad, verlo de nuevo es distinto. Mi memoria es bastante precisa: tiene una cicatriz delgada e irregular sobre su labio, y un montón de pecas que le cubren el rostro y el cuello.

El estómago se me revuelve y se me pone la piel de gallina, y quiero alejarme de Ciento Quince. A mi instinto no le importa que sea una foto la que muestran en la tele. Tiene colgada una cruz de plata del cuello, como si dijera que Jesús apoyó lo que hizo. Supongo que los dos creemos en un Jesús distinto.

Lo que parece una versión más vieja de él aparece en la pantalla, pero este hombre no tiene la cicatriz en el labio, y tiene más arrugas que pecas en el cuello. Su pelo está blanco, aunque todavía tiene algunos mechones oscuros.

—Mi hijo temía por su vida —dice—. Sólo quería volver a casa con su esposa e hijos.

Aparecen imágenes en la pantalla. Ciento Quince sonríe con los brazos envueltos alrededor de una mujer con el rostro desvanecido en píxeles. Está en un viaje de pesca con dos niños pequeños con los rostros igualmente desdibujados. Lo muestran con un sonriente perro retriever de color dorado, con su pastor y algunos colegas diáconos, todos con los rostros emborronados, y luego con el uniforme de policía.

—El oficial Brian Cruise hijo lleva dieciséis años en la fuerza policial —dice la voz en *off*, y hay más fotos suyas de policía. Lleva el mismo tiempo trabajando de policía que el que estuvo vivo Khalil, y me pregunto si, por

algún perverso giro del destino, Khalil sólo nació para que este hombre lo matara.

—Ha pasado la mayor parte de esos años patrullando Garden Heights — prosigue la voz en *off*—, un barrio reconocido por sus pandillas de traficantes.

Me pongo tensa mientras muestran imágenes de mi barrio, mi hogar. Es como si eligieran lo peor: los adictos que se pasean por las calles, las deterioradas unidades habitacionales de Cedar Grove, los pandilleros haciendo señales con las manos, cuerpos en las aceras cubiertos de sábanas blancas. ¿Qué pasa con la señora Rooks y sus pasteles? ¿O con el señor Lewis y sus cortes de pelo? ¿O con el señor Reuben? ¿La clínica? ¿Mi familia?

¿Y yo?

Siento los ojos de Hailey y de Maya sobre mí. No puedo mirarlas.

—Mi hijo amaba trabajar en el barrio —afirma el padre de Ciento Quince—. Siempre quiso marcar la diferencia en las vidas de la gente que vive ahí.

Es curioso. También los esclavistas pensaban que estaban marcando la diferencia en las vidas de los negros. Que los salvaban de sus *modos africanos salvajes*. La misma mierda, en otro siglo. Cómo quisiera que este tipo de gente dejara de pensar que la gente como yo necesita ser salvada.

Ciento Quince padre habla sobre la vida de su hijo antes del tiroteo. De cómo era un buen chico que nunca se metió en problemas, que siempre quiso ayudar a los otros. Muy parecido a Khalil. Pero luego habla de lo que Ciento Quince hizo y que Khalil ya no podrá hacer nunca, como ir a la universidad, casarse, tener una familia.

El entrevistador pregunta sobre esa noche.

—Por lo visto, Brian pidió que el chico se orillara porque tenía rota una luz trasera, y había rebasado el límite de velocidad.

Khalil no había rebasado el límite de velocidad.

—Me confesó: *Papá, en cuanto lo detuve, tuve un mal presentimiento* — continuó Ciento Quince padre.

—¿Por qué le contó eso? —pregunta el entrevistador.

—Dijo que el chico y su amiga de inmediato empezaron a gritarle

maldiciones.

Nunca dijimos maldiciones.

—Y que se la pasaban mirándose el uno al otro, como si tramaran algo. Brian dice que fue entonces cuando se asustó, porque podrían haberlo derribado si actuaban en conjunto.

Yo no podría haber derribado a nadie. Tenía demasiado miedo. Lo dice como si fuéramos superhumanos. Y sólo somos unos chicos.

—No importa cuánto miedo tenga, mi hijo siempre cumplirá con su deber —dice—. Y eso es lo único que salió a hacer esa noche.

—Hay reportes de que Khalil Harris no estaba armado cuando ocurrió el incidente —dice la entrevistadora—. ¿Le ha contado su hijo por qué tomó la decisión de disparar?

—Brian dice que el chico estaba de espaldas a él, y que lo escuchó decir: *Hoy voy a darte una lección.*

No, no, no. Khalil me preguntó que si estaba bien.

—Brian se volteó y vio algo en la puerta del auto. Pensó que era una pistola...

Era un cepillo.

Le tiemblan los labios. Mi cuerpo se sacude. Se cubre la boca como si fuera a contener un sollozo. Yo me cubro la mía para evitar vomitar.

—Brian es un buen chico —dice entre lágrimas—. Sólo quería ir a casa con su familia, y la gente lo está señalando como si fuera un monstruo.

Eso es lo único que queríamos Khalil y yo, y tú nos estás señalando a *nosotros* como si fuéramos monstruos.

No puedo respirar, como si me ahogara en las lágrimas que me rehúso a derramar. No le daré a Ciento Quince ni a su padre la satisfacción de llorar. Esta noche a mí también me dispararon, más de una vez, y mataron una parte de mí: desafortunadamente, esa parte es cualquier duda que hubiera tenido para hacer oír mi voz.

—¿Cómo ha cambiado la vida de su hijo desde que pasó esto? —pregunta la entrevistadora.

—Nuestras vidas han sido un infierno, honestamente —alega el padre—. Brian es una persona sociable, pero ahora teme salir, ni siquiera puede hacer

algo tan sencillo como comprar un poco de leche. Ha recibido amenazas de muerte, amenazas contra nuestras familias. Su esposa tuvo que renunciar al trabajo. Incluso está recibiendo ataques de oficiales que son sus compañeros.

—¿Física o verbalmente? —pregunta la entrevistadora.

—Las dos cosas —dice.

De repente me doy cuenta. Los nudillos llenos de moretones del tío Carlos.

—Qué horrible —dice Hailey—. Esa pobre familia.

Está mirando a Ciento Quince Padre con una compasión que le pertenece a Brenda y a la señorita Rosalie.

Parpadeo varias veces.

—¿Qué?

—Su hijo lo perdió todo porque estaba tratando de hacer su trabajo y protegerse. Su vida importa también, ¿sabes?

Ya no puedo. No puedo más. Me levanto, antes de decir o hacer algo verdaderamente estúpido. Como golpearla.

—Necesito... sí —les digo todo lo que puedo y empiezo a dirigirme a la puerta, pero Maya me sujeta por los bordes del suéter.

—Eh, eh. Ustedes todavía no han resuelto esto —dice.

—Maya —le digo, con la mayor calma que puedo—. Por favor, suéltame. No puedo hablar con ella. ¿No escuchaste lo que dijo?

—¿Estás hablando en serio? —pregunta Hailey—. ¿Qué tiene de malo decir que su vida también importa?

—¡Su vida siempre importa más! —tengo la voz áspera, la garganta tensa—. ¡Ése es el problema!

—¡Starr! ¡Starr! —dice Maya, tratando de llamar mi atención. La miro—. ¿Qué está pasando? Últimamente siempre estás enojada, como Harry en *La orden del Fénix*.

—¡Gracias! —dice Hailey—. Se ha estado comportando como una bruja durante semanas pero quiere echarme la culpa a mí.

—¿Disculpa?

Alguien llama a la puerta.

—Chicas, ¿todo bien? —pregunta la señora Yang.

—Estamos bien, mamá. Cosas de videojuegos —Maya me mira y baja la voz—. Por favor, siéntate. ¿Puedes hacerme ese favor?

Me siento en su cama. Los comerciales relevan a Ciento Quince padre en el televisor y colman el hueco de silencio que creamos.

Lo suelto:

—¿Por qué dejaste de seguirme en Tumblr?

Hailey se gira hacia mí.

—¿Qué?

—Dejaste de seguir mi cuenta de Tumblr. ¿Por qué?

Le lanza una mirada a Maya, rápida, pero la noto, y dice:

—No sé de qué estás hablando.

—Déjate de tonterías, Hailey. Dejaste de seguirme. Hace meses. ¿Por qué?

Guarda silencio.

Trago saliva.

—¿Fue por la foto de Emmett Till?

—Ay, Dios mío —dice, levantándose—. Aquí vamos de nuevo. No pienso quedarme aquí y dejar que me acuse de nada, Starr...

—Ya no me envías mensajes de texto —le digo—. Te pusiste como loca con esa foto.

—¿La escuchas? —dice Hailey a Maya—. Otra vez me llama racista.

—No te estoy llamando de ninguna forma. Te estoy haciendo una pregunta y te estoy dando ejemplos.

—¡Lo estás insinuando!

—Ni siquiera mencioné el tema de la raza, jamás.

Cae el silencio entre nosotras.

Hailey niega con la cabeza. Tiene los labios apretados.

—Increíble —toma su chamarra de la cama de Maya y va hacia la puerta. Se detiene de espaldas a mí—. ¿En verdad quieres saber por qué dejé de seguirte, Starr? Porque ya no sé quién demonios eres.

Azota la puerta al salir.

El programa de noticias vuelve al televisor. Muestran imágenes de protestas en todo el país, no sólo en Garden Heights. Esperemos que ninguno

haya usado la muerte de Khalil para faltar a clase o al trabajo.

De la nada, Maya dice:

—No es por eso.

Está mirando la puerta cerrada con los hombros un poco tiesos.

—¿Eh? —le digo.

—Está mintiendo —dice Maya—. No es por eso por lo que dejó de seguirte. Dijo que ya no quería ver esa mierda en su muro.

Eso pensaba.

—Esa foto de Emmett Till, ¿cierto?

—No. Todas *las cosas negras*, dijo. Las peticiones. Las fotos de los Panteras Negras. Lo que publicaste sobre las cuatro niñas a las que mataron en esa iglesia. Las cosas sobre ese tipo, Marcus Garvey. Lo de los Panteras Negras a quienes les disparó el gobierno.

—Fred Hampton y Bobby Hutton —le digo.

—Sí. Ellos.

Vaya. Ha estado poniendo atención.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se queda mirando el tapete afelpado que tiene en el suelo.

—Esperaba que cambiara de parecer antes de que lo descubrieras. Pero debí haberme dado cuenta. Ni que ésa fuera la primera cosa jodida que dice.

—¿De qué hablas?

Maya traga saliva con fuerza.

—¿Recuerdas de la vez que preguntó si mi familia había comido un gato para el día de Acción de Gracias?

—¿Qué? ¿Cuándo?

Le fulguran los ojos.

—El primer año. En el primer periodo. En la clase de biología de la señora Edwards. Apenas habíamos regresado de las vacaciones de Acción de Gracias. La clase todavía no había empezado y estábamos hablando de lo que hicimos para esa fecha. Les conté que mis abuelos habían venido a visitarme y que era la primera vez que celebraban el día de Acción de Gracias. Hailey preguntó que si nos habíamos comido un gato. Porque somos chinos.

San-tí-si-mo. Me estoy quebrando los sesos. El primer año está demasiado

cerca de la secundaria; existe una enorme posibilidad de que yo haya dicho o hecho algo extremadamente estúpido. Me da miedo saberlo, pero pregunto:

—¿Y yo qué le dije?

—Nada. Tenías una expresión en la cara como si no pudieras creer que hubiera soltado eso. Dijo que era una broma y se rio. Yo me reí, y luego tú te reíste —Maya parpadea. Mucho—. Sólo me reí porque pensaba que se suponía que debía hacerlo. Me sentí como una mierda el resto de la semana.

—Oh.

—Sí.

Ahora yo me siento una mierda. No puedo creer que haya dejado a Hailey decir eso. ¿O siempre ha hecho bromas así? ¿Me reí siempre porque pensaba que tenía que hacerlo?

Ése es el problema. Dejamos que la gente diga cosas, y lo dicen tanto que se vuelve algo que para ellos está bien y para nosotros es normal. ¿Qué sentido tiene tener voz si te quedas callada en esos momentos en que no deberías estarlo?

—¿Maya? —le pregunto.

—¿Sí?

—No podemos dejar que se salga con la suya y vuelva a decir cosas así, ¿está bien?

Esboza una sonrisa.

—¿Una alianza de minorías?

—Demonios, sí —le digo, y reímos.

—Está bien. Trato hecho.

Un partido de *NBA 2K15* después (le di una paliza a Maya), estoy caminando de regreso a casa del tío Carlos con un plato de lasaña de mariscos envuelto en papel aluminio. La señora Yang nunca me deja partir con las manos vacías, y yo nunca digo que no a la comida.

Los faroles de hierro bordean las calles, y vislumbro al tío Carlos desde algunas casas antes de llegar, sentado en el escalón de enfrente, en la oscuridad. Se está tomando algo, y a medida que me acerco, puedo ver la

Heineken.

Pongo mi plato en los escalones y me siento junto a él.

—Más vale que no hayas estado en casa de tu noviecito —dice.

Dios. Chris es siempre *el noviecito* para él, y casi tienen el mismo tamaño.

—No. Estaba en casa de Maya —estiro las piernas hacia delante y bostezo. Ha sido un día malditamente largo—. No puedo creer que estés bebiendo —le digo en medio de mi bostezo.

—No estoy *bebiendo*. Sólo es una cerveza.

—¿Eso es lo que decía Nana?

Me lanza una mirada.

—Starr.

—Tío Carlos —le digo con la misma firmeza.

Batallamos, mirada dura contra mirada dura.

Baja la cerveza. El asunto es éste: Nana es alcohólica. No está tan mal como solía estarlo, pero sólo necesita un trago de bebida para convertirse en la *otra* Nana, que está aún más loca. He escuchado historias sobre sus coléricas borracheras allá en otros tiempos. Culpaba a mamá y al tío Carlos de que el papá de ellos hubiera regresado con su esposa y sus otros hijos. Aseguraba las puertas de la casa para que no pudieran entrar, les gritaba maldiciones, todo tipo de cosas.

Así que no. Una cerveza no es una cerveza para el tío Carlos, quien siempre ha sido una persona antialcohol.

—Lo siento —dice—. Es una de esas noches.

—¿Viste la entrevista? —pregunto.

—Sí. Esperaba que no la hubieras visto.

—La vi. ¿Mamá la vio...?

—Ah, sí, la vio. También Pam. Y tu abuela. Nunca en mi vida había estado en una habitación llena de tantas mujeres encolerizadas —me mira—. ¿Cómo lo estás llevando?

Me encojo de hombros. Sí, estoy enfadada, pero, ¿honestamente?

—Ya me esperaba que su papá lo presentara como víctima.

—Yo también.

Descansa la mejilla en la palma de la mano con su codo recargado sobre

la rodilla. No está tan oscuro en los escalones. Puedo ver perfectamente los moretones de su mano.

—Así que... —le digo, mientras me doy palmaditas en las rodillas—. De licencia, ¿eh?

Me mira como si tratara de descifrar a lo que me refiero.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Lo golpeaste, tío Carlos?

Se endereza.

—No, tuve una discusión con él.

—Querrás decir que tu puño habló con su rostro. ¿Dijo algo sobre mí?

—Te apuntó con el arma. Eso fue más que suficiente.

Su voz tiene un filo desconocido. Aunque es completamente inapropiado, me río. Tengo que sujetarme los costados, de lo fuerte que me río.

—¿Qué es tan divertido? —reclama.

—¡Tío Carlos, golpeaste a alguien!

—¡Hey!, soy de Garden Heights. Sé cómo pelear. Y ahora consigue que estalle en carcajadas.

—¡No es gracioso! —dice él—. No debería haber perdido los estribos de esa manera. Fue poco profesional. Es un mal ejemplo para ti.

—Sí, eres un mal ejemplo, Muhammad Ali.

Todavía me estoy riendo, y ahora él también ríe.

—Silencio —dice.

Nuestra risa se empieza a apagar, y el silencio toma su lugar. No hay nada que hacer más que ver el cielo y las estrellas. Esta noche hay tantas... Es posible que en casa no las note por todas las demás cosas. A veces cuesta trabajo creer que Garden Heights y Riverton Hills compartan el mismo cielo.

—¿Recuerdas? —dice el tío Carlos.

Me deslizo hacia él.

—Que no me pusieron este nombre por las estrellas, sino que las estrellas recibieron su nombre por mí. Realmente querías que se me subieran los humos a la cabeza, ¿eh?

Suelta una carcajada.

—No. Quería que supieras lo especial que eres.

—Especial o no, no deberías haber arriesgado tu trabajo por mí. Amas tu trabajo.

—Pero te amo más a ti. Eres la única razón por la que me volví policía, nenita. Porque te amo a ti y a toda esa gente del barrio.

—Lo sé. Por eso no quiero que te arriesgues. Necesitamos a los que son como tú.

—Los que son como yo —suelta una risa forzada—. ¿Sabes?, me enfadé mientras escuchaba a ese hombre hablar de ti y de Khalil de esa forma, pero me hizo pensar en los comentarios que hice sobre Khalil aquella noche en la cocina de tus padres.

—¿Qué comentarios?

—Sé que escuchabas a escondidas, Starr. No te hagas la inocente.

Esbozo una sonrisita socarrona.

—¿Te refieres a cuando dijiste que Khalil era traficante?

Asiente.

—Aunque lo fuera, yo conocía a ese chico. Lo vi crecer contigo. Él era mucho más que cualquier mala decisión que haya tomado en su vida —dice—. Detesto dejarme arrastrar por esa mentalidad que trata de racionalizar su muerte. A fin de cuentas, no matas a nadie por abrir la puerta de un coche. Si lo haces, no debes ser policía.

Se me humedecen los ojos. Es bueno escuchar a mis padres y a la señorita Ofrah decirlo o ver que todos los que protestan lo gritan. ¿Pero de mi tío, el policía? Es un alivio, aunque hace que todo duela un poco más.

—Le dije eso a Brian —dice, mirando sus nudillos—. Después de soltarle un golpe. También se lo dije al jefe. De hecho, creo que lo grité con suficiente fuerza como para que todos los demás en la estación lo escucharan. Pero eso no enmienda lo que hice. Le fallé a Khalil.

—No, no lo hiciste...

—Sí, lo hice —me replica—. Conocía la situación de su familia. Después de que dejó de ir a visitarte, su situación fue para mí como *ojos que no ven, corazón que no siente*, y eso no tiene excusa.

Para mí tampoco hay excusa.

—Creo que todos nos sentimos así —susurro—. Ésa es una de las razones por las que papá está decidido a ayudar a DeVante.

—Sí —dice—. Yo también.

Vuelvo a mirar las estrellas. Papá dice que me nombró Starr porque yo era la luz en su oscuridad. Necesito un poco de luz en mi propia oscuridad.

—Yo no habría matado a Khalil, por cierto —dice el tío Carlos—. Hay muchas cosas que no sé, pero de ésa estoy completamente seguro.

Me arden los ojos y se me cierra la garganta. Me he vuelto una maldita llorona. Me acurruco más contra el tío Carlos y espero que eso le diga todo lo que yo no puedo.

CAPÍTULO 15

Se necesita una pila de panqueques sin tocar para que mamá diga:

—Está bien, Munch. ¿Qué pasa?

Tenemos una mesa para nosotras en IHOP. Es temprano por la mañana y el restaurante está casi vacío salvo por nosotros y unos camioneros de barba y gran barriga que comen hasta atragantarse en uno de los gabinetes. Gracias a ellos suena música *country* en la rocola.

Pincho los panqueques con mi tenedor.

—No tengo mucha hambre.

Medio mentira, medio verdad. Tengo una seria resaca emocional: la entrevista, el tío Carlos, Hailey, Khalil, DeVante, mis papás.

Mamá, Sekani y yo pasamos la noche en casa del tío Carlos, y sé que fue más porque mamá está enojada con papá que por el tema de los disturbios. De hecho, en el noticiario de anoche dijeron que era la primera noche más o menos pacífica en el Jardín. Sólo protestas, sin disturbios. Pero la policía todavía estaba lanzando gas lacrimógeno.

De todos modos, si menciono la pelea de mis papás, mamá me dirá: *No te metas en los asuntos de los adultos*. Pensaría que, ya que en parte es culpa mía que discutan, *sí* que es asunto mío, pero *nada de eso*.

—No sé a quién quieres hacerle creer que *no* tienes hambre —dice mamá—. Siempre has sido una tragona.

Levanto la mirada al cielo y bostezo. Me levantó demasiado temprano y dijo que íbamos a ir al IHOP sólo las dos, como solíamos hacer antes de que llegara Sekani y lo echara todo a perder. Él tiene un uniforme extra en casa de tío Carlos y puede ir a la escuela con Daniel. Yo sólo llevaba unos pantalones

deportivos y una camiseta de Drake: nada apropiado para la oficina de la fiscal de distrito. Tengo que ir a casa a cambiarme.

—Gracias por traerme —le digo. Con todo y mi pésimo humor, le debo eso.

—Cuando quieras, nena. Hace rato que no pasamos tiempo juntas. Alguien decidió que yo ya no era lo suficientemente *cool*. Aunque yo pensaba que todavía era *cool*, así que... Pero da igual —le da pequeños sorbos a su taza de café humeante—. ¿Tienes miedo de hablar con la fiscal?

—En realidad no —aunque me concentro en que el reloj está a sólo tres horas y media de nuestra reunión de las nueve y media.

—¿Es esa basura de entrevista otra vez? Ese malnacido.

Aquí vamos de nuevo.

—Mamá...

—Pone a su maldito papá en la tele, cuenta mentiras —dice—. ¿Y quién se supone que debe creer que un hombre adulto tuviera tanto miedo de dos *niños*?

En las redes han estado diciendo lo mismo. El Twitter Negro se ha estado devorando al papá del oficial Cruise, diciendo que con esa actuación se debería llamar Tom Cruise. Tumblr también. Estoy segura de que hay gente que le cree, Hailey lo hizo, pero la señorita Ofráh tenía razón: el tiro le salió por la culata. Hay gente que no me conoció ni a mí ni a Khalil, y aun así dice que son mentiras.

Así que, aunque la entrevista me molesta, no me molesta *tanto*.

—En realidad no es la entrevista —le digo—. También es todo lo demás.

—¿Por ejemplo?

—Khalil —le digo—. DeVante me contó unas cosas sobre él y me siento culpable.

—¿Cosas como qué? —dice.

—Por qué vendía drogas. Estaba tratando de ayudar a la señorita Brenda a pagarle una deuda a King.

Mamá pone los ojos como platos.

—¿Qué?

—Sí. Y no era un King Lord. Khalil rechazó a King, y King ha estado

mintiendo para salvar su reputación.

Mamá niega con la cabeza.

—¿Por qué no me sorprende? King montaría cualquier tipo de lío como ése.

Me quedo mirando mis panqueques.

—Debí haberlo sabido. Debí haber sabido *más sobre Khalil*.

—No tenías manera de saberlo, nena —dice ella.

—Exactamente. Si hubiera podido estar ahí para él, yo...

—No podrías haberlo detenido. Khalil era casi tan terco como tú. Sé que lo querías mucho, incluso más que como amigo, pero no puedes culparte por esto.

Levanto la mirada.

—¿A qué te refieres con que me *importaba más que como amigo*?

—No te hagas la tonta, Starr. Los dos se gustaban desde hace mucho.

—¿Crees que yo le gustaba también a él?

—¡Dios! —mamá levanta los ojos al cielo—. Aquí entre nos, yo soy la vieja...

—Acabas de decir que estás vieja.

—La *mayor* —se corrige y me lanza una mirada despectiva—, y siempre lo supe. ¿Cómo demonios no pudiste darte cuenta?

—No sé. Siempre hablaba de otras chicas, no de mí. Pero es extraño. Pensaba que había superado el flechazo, pero a veces no lo sé.

Mamá rodea el borde de la taza con la punta del dedo.

—Munch —dice, y continúa con un suspiro—. Nena, mira. Estás en un duelo, ¿está bien? Eso puede amplificar tus emociones y hacerte sentir cosas que desde hace mucho no sentías. No tiene nada de malo que tengas sentimientos por Khalil.

—¿Aunque salga con Chris?

—Sí. Tienes dieciséis años. Se te permite tener sentimientos por más de una persona.

—¿Entonces estás diciendo que tengo permiso para ser una zorra?

—¡Niña! —me señala con el dedo—. No me obligues a patearte por debajo de esta mesa. Te estoy diciendo que no te atormentes por eso. Llorala

muerte de Khalil todo lo que quieras. Extráñalo, date permiso de extrañar lo que pudo haber sido, deja que tus sentimientos se salgan del equilibrio normal de las cosas. Pero, como te dije, no renuncies a vivir. ¿Estamos?

—Estamos.

—Bien. Entonces eso son dos cosas —dice—. ¿Qué más pasa?

¿Qué *no* pasa? Siento la cabeza encogida, como si tuviera el cerebro sobrecargado. Supongo que las resacas emocionales se sienten bastante parecido a las resacas alcohólicas.

—Hailey —le digo.

Sorbe su café. Con fuerza.

—¿Y ahora qué hizo esa niña?

Otra vez con eso.

—Mamá, nunca te agradó.

—No, nunca me agradó la manera en que la seguías como si no supieras cómo pensar por ti misma. Es distinto.

—Yo no he...

—¡No mientas! Recuerda esa batería que me rogaste que te comprara. ¿Por qué la querías, Starr?

—Hailey quería formar una banda, pero también a mí me gustaba la idea.

—Sí, pero ¿no me habías dicho que querías tocar la guitarra en esa *banda*, y Hailey dijo que deberías tocar la batería?

—Está bien, pero...

—O esos chicos Jonas —dice—. ¿Cuál era el que te gustaba realmente?

—Joe.

—¿Pero quién dijo que mejor deberías estar con el de pelo rizado?

—Hailey, pero también Nick era guapísimo, y éstas son tonterías de secundaria...

—¡Ajá! El año pasado me rogaste que te dejara pintarte el pelo morado. ¿Por qué, Starr?

—Yo quería...

—No. ¿*Por qué*, Starr? —me pregunta—. El porqué en verdad. Maldición. Aquí hay un patrón.

—Porque Hailey quería que nos combinara el cabello a ella, a Maya y a

mí.

—¡E-xác-ta-maldita-mente! Nena, te amo, pero tienes toda una historia de dejar a un lado lo que quieres y hacer lo que esa niña desea. Discúlpame si no me agrada.

Ya que me lo puso tan claro, le digo:

—Puedo ver por qué.

—Bien. El primer paso es darte cuenta. ¿Y ahora qué hizo?

—Tuvimos una discusión ayer —le digo—. Pero en realidad nuestra relación ha sido extraña desde hace algún tiempo. Dejó de enviarme mensajes y de seguirme en Tumblr.

Mamá extiende su tenedor hasta mi plato y separa un trozo de panqueque.

—Y ya que lo dices, ¿qué es Tumblr? ¿Es como Facebook?

—No, y te prohíbo que abras una cuenta. Están prohibidos los padres ahí. Ya se apropiaron de Facebook.

—Todavía no respondes a mi solicitud de amistad.

—Ya lo sé.

—Necesito vidas para Candy Crush.

—Por lo mismo, nunca contestaré.

Me lanza *la mirada*. No me importa. Hay cosas que me rehúso a hacer.

—Así que dejó de seguir tu *cosa esa* de Tumblr —dice mamá, comprobando por qué nunca podrá tener uno—. ¿Es todo?

—No. Dijo e hizo cosas estúpidas también —me frotó los ojos. Como dije, es demasiado temprano—. Empiezo a preguntarme por qué somos amigas.

—Bueno, Munch —toma otro maldito pedazo de mis panqueques—, tienes que decidir si vale la pena salvar la relación. Haz una lista con lo bueno, luego haz otra lista con lo malo. Si una supera a la otra, entonces sabes qué tienes que hacer. Créemelo, el método nunca me ha fallado.

—¿Es lo que hiciste con papá después de que Iesha quedó embarazada? —le pregunto—. Porque, la verdad, yo lo habría arrastrado fuera, a patadas. Sin ofender.

—Está bien. Mucha gente me dijo que era una tonta por volver con tu papá. Caramba, todavía podrías llamarme una tonta a mis espaldas. Le daría

una embolia a Nana si lo supiera, pero ella es la verdadera razón por la que me quedé con tu papá.

—Pensaba que Nana lo odiaba —creo que Nana todavía lo odia.

La tristeza es evidente en los ojos de mamá, pero me ofrece una pequeña sonrisa.

—Cuando estaba creciendo, tu abuela hacía cosas cuando estaba ebria que hacían mucho daño, y se disculpaba a la mañana siguiente. Desde muy pequeña aprendí que la gente se equivoca, y tienes que decidir si sus errores son más grandes que tu amor por ellos.

Respira profundamente.

—Seven no es un error, lo amo hasta la muerte, pero Maverick se equivocó en sus acciones. Sin embargo, todo lo bueno en él y el amor que compartimos supera ese error en particular.

—¿Hasta con la loca de Iesha en nuestras vidas? —pregunto.

Mamá se ríe entre dientes.

—Hasta con la loca, desastrosa y molesta de Iesha. Es un poco distinto, sí, pero si lo bueno supera lo malo, mantén a Hailey en tu vida, nena.

Ése podría ser el problema. Mucho de lo bueno es del pasado. Los Jonas Brothers, *High School Musical*, nuestro duelo compartido. Nuestra amistad se basa en los recuerdos. ¿Qué nos queda ahora?

—¿Y si lo bueno no supera lo malo? —pregunto.

—Entonces déjala ir —dice mamá—. Y si la mantienes en tu vida y sigue haciendo lo malo, déjala ir. Porque te prometo que si tu papá hubiera salido con otro desastre como ése, yo estaría casada con Idris Elba y estaría diciendo: *¿Maverick quién?*

Rompo a reír.

—Ahora come —dice, y me pasa su tenedor—. Antes de que no me quede otra opción más que comer estos panqueques por ti.

Estoy tan acostumbrada a ver humo en Garden Heights que es extraño cuando volvemos y ya no hay. La atmósfera está sombría por una tormenta que hubo en la noche, pero podemos manejar con las ventanillas abajo.

Aunque pararon los disturbios, pasamos al lado de la misma cantidad de tanques que de autos.

Pero en casa nos recibe el humo en la puerta de entrada.

—¡Maverick! —mamá grita, y nos apresuramos hacia la cocina.

Papá vierte agua sobre una sartén en el lavabo, y la sartén responde con un chisporroteo ruidoso y una nube blanca. Lo que sea que haya quemado, lo quemó mucho.

—¡Aleluya! —Seven levanta los brazos desde su lugar en la mesa—. Alguien que sabe cocinar.

—Cállate —dice papá.

Mamá toma la sartén y examina los restos no identificables.

—¿Qué era esto? ¿Huevo?

—Qué gusto ver que sabes cómo volver a casa —dice papá. Pasa justo a mi lado sin siquiera mirarme ni decir buenos días. ¿Todavía está enojado por lo de Chris?

Mamá va por un tenedor y empieza a apuñalar la comida chamuscada pegada a la sartén.

—¿Quieres desayunar algo, Seven, cariño?

Él la mira y dice:

—Eh, *no*. Por cierto, la sartén no te hizo nada, mamá.

—Tienes razón —dice, pero la sigue apuñalando—. En serio, te puedo preparar algo. Huevo. Tocino —voltea a mirar hacia el pasillo y grita—: ¡El que es de *cerdo*! ¡Cochino! ¡Puerco! ¡Y todo eso!

De aquello de que lo bueno supera a lo malo, nada. Seven y yo nos volteamos a ver. Odiamos cuando pelean porque siempre nos quedamos atorados en medio de sus guerras. Nuestros apetitos son la principal víctima. Si mamá está enojada y no cocina, tenemos que comer las *comidas de batalla* de papá, como espagueti mezclado con cátsup y salchichas.

—Ya compraré algo en la escuela —Seven le besa la mejilla—. Pero gracias —junta su puño contra el mío al salir, que es la manera de Seven para desearme buena suerte.

Papá regresa con la gorra al revés. Toma sus llaves y un plátano.

—Tenemos que estar en la oficina de la fiscal del distrito a las nueve y

media —dice mamá—. ¿Vienes?

—Ah, ¿Carlos no puede ir? Ya que es con él con quien comparten todos sus secretos y esas cosas.

—¿Sabes qué, Maverick...?

—Ahí estaré —dice, y se va.

Mamá vuelve a apuñalar el sartén.

La fiscal del distrito nos escolta personalmente a una sala de conferencias. Su nombre es Karen Monroe, y es una señora de mediana edad que dice entender por lo que estoy pasando.

La señorita Ofrah ya está en la sala de conferencias junto con otras personas que trabajan en la fiscalía. La señorita Monroe da un largo discurso sobre cómo desea que se haga justicia para Khalil y se disculpa por todo el tiempo que nos tomó reunirnos.

—Doce días, para ser exactos —subraya papá—. Demasiado, si me preguntan.

La señorita Monroe parece incomodarse un poco con ese comentario.

Nos explica los procesos legales del gran jurado. Luego pregunta sobre esa noche. Básicamente repito lo que dije a la policía, sólo que ella no hace preguntas estúpidas sobre Khalil. Pero cuando llego a la parte en la que describo la cantidad de disparos, cómo alcanzaron a Khalil por la espalda, la mirada en su rostro...

Me burbujea el estómago, se me acumula la bilis en la boca, y sufro arcadas. Mamá se levanta de un brinco y toma un bote de basura. Lo pone frente a mí con la suficiente rapidez como para atrapar todo lo que arrojé de la boca.

Y lloro y vomito. Lloro y vomito. Es lo único que puedo hacer.

La fiscal de distrito me consigue una bebida y dice:

—Eso será todo por hoy, cariño. Gracias.

Papá me ayuda a ir al auto de mamá, y la gente que está en los pasillos nos mira embobada. Apuesto a que saben que soy la testigo por mi rostro lleno de lágrimas y mocos, y probablemente me estarán dando un nuevo

nombre: *Pobre Niña*. Como cuando la gente dice: *Ay, esa pobre niña*. Lo cual lo empeora todo.

Me subo al auto, lejos de su misericordia, y recargo la cabeza contra la ventanilla, sintiéndome como una mierda.

Mamá se estaciona frente a la tienda, y papá llega detrás de nosotros. Sale de su camioneta y se acerca al lado del auto de mamá. Ella baja la ventanilla.

—Voy a ir a la escuela —le dice ella—. Tienen que saber lo que está pasando. ¿Se puede quedar contigo?

—Sí, está bien. Puede descansar en la oficina.

Otra cosa que consigues cuando vomitas y lloras: la gente habla de ti como si no estuvieras delante y hacen planes por ti. Por lo visto, la Pobre Niña no puede escuchar.

—¿Estás seguro? —pregunta mamá—. ¿O tengo que llevarla con Carlos?

Papá suspira.

—Lisa...

—Maverick, me importa un reverendo pepino cuál sea tu problema, sólo tienes que estar ahí por tu hija. ¿Entendido?

Papá llega a mi lado del auto y abre la puerta.

—Ven aquí, nena.

Me bajo, llorando a moco tendido como una niña que se raspó la rodilla. Papá me jala contra su pecho, acariciándome la espalda y besándome el pelo. Mamá se aleja en su auto.

—Lo siento, nena —dice.

El llanto y el vómito ya no significan nada. Papá me protege.

Vamos a la tienda. Papá enciende las luces pero deja el letrero de cerrado en la ventana. Va por un segundo a su oficina, luego vuelve y me toma del mentón.

—Abre la boca —dice. La abro, y me apretuja el rostro—. *Qué asco*. Tengo que conseguirte un frasco grande de enjuague bucal. Podrías levantar a un muerto con ese aliento.

Me río con lágrimas en los ojos. Como dije, papá tiene ese talento.

Me limpia el rostro con las manos, que están ásperas como una lija, pero estoy acostumbrada a ellas. Enmarca mi rostro. Le sonrío.

—Ahí está mi nena—dice—. Estarás bien.

Ya me siento lo suficientemente normal como para decir:

—¿Y ahora soy tu nena? No te has estado comportando así.

—¡No empieces! —baja por el pasillo de las medicinas—. Pareces tu mamá.

—Es sólo un comentario, pero has estado *extrapicante* hoy.

Vuelve con una botella de Listerine.

—Ten. Antes de que mates mis verduras con tu aliento.

—¿Así es como mataste esos huevos hoy en la mañana?

—Ay, éstos eran huevos con aderezo negro. Ustedes no saben nada.

—*Nadie* sabe nada de eso.

Después de un par de enjuagadas en el baño, mi boca pasa de ser un pantano de residuos vomitivos a algo normal. Papá me espera en la banca de madera frente a la tienda. Nuestros clientes mayores que no caminan mucho normalmente se sientan ahí mientras papá, Seven o yo les acercamos su compra.

Papá palmea en el lugar que hay junto a él.

Me siento.

—¿Volverás a abrir pronto?

—En un rato. ¿Qué le ves a ese chico blanco?

Maldición. No esperaba que se metiera de lleno en el tema.

—Aparte del hecho de que es adorable... —le digo, y papá hace un ruido como si le dieran arcadas—, es listo, divertido y le importo. Mucho.

—¿Tienes algún problema con los chicos negros?

—No. Ya he tenido novios negros —tres. Uno en cuarto grado, aunque ése en realidad no cuenta, y dos en la secundaria, que en realidad tampoco cuentan porque nadie sabe un carajo sobre tener una relación en secundaria. O sobre nada, en realidad.

—¿Qué? —dice—. No sabía nada de ellos.

—Porque sabía que te pondrías como loco. Los mandarías matar o algo así.

—¿Sabes?, no es una mala idea.

—¡Papá! —le doy un pequeño golpe en el brazo mientras se empieza a carcajear.

—¿Carlos sabía algo sobre ellos? —pregunta.

—No. Habría hecho una averiguación de sus antecedentes o los habría arrestado. Nada *cool*, por cierto.

—¿Entonces por qué le contaste lo del chico blanco?

—No se lo conté —le digo—. Lo descubrió. Chris vive a la vuelta de su casa, así que fue más difícil de esconder. Y ahora, seamos realistas, papá, te he escuchado decir cada cosa sobre las parejas interraciales que no quiero que hables así de mí y de Chris.

—Chris —se burla—. ¿Qué clase de nombre más simplón es ése?

Es tan bobo.

—Ya que quieres hacerme preguntas, ¿tienes algún problema con la gente blanca?

—En realidad no.

—¿*En realidad no?*

—Ay, estoy siendo sincero. La cosa es que las chicas normalmente salen con chicos que son como sus papás, y no voy a mentirte, cuando vi que el chico blanco... Chris... —se corrige, y sonrío—. Me preocupé. Pensé que te había puesto en contra de los hombres negros o que no te había dado un buen ejemplo de lo que es un hombre negro. No pude soportar eso.

Recargo la cabeza en su hombro.

—*Nada de eso*, papá. No diste un buen ejemplo de lo que debería ser un hombre negro. Nos diste un buen ejemplo de lo que debería ser un *hombre*. *¡Eso es obvio!*

—*Obvio* —bromea, y me besa la coronilla—. Mi nena.

Un BMW gris se detiene de repente frente a la tienda.

Papá me empuja de la banca con un codazo.

—Vamos.

Me jala a su oficina y me empuja adentro. Logro vislumbrar a King saliendo del BMW antes de que papá cierre la puerta en mi cara.

Con las manos temblorosas, entreabro la puerta.

Papá está en guardia a la entrada de la tienda. Su mano se dirige a la cintura. Su pistola.

Otros tres King Lords bajan rápidamente del BMW, pero papá dice:

—*Alto ahí*. Si quieres hablar, lo haremos solos.

King asiente a sus chicos. Esperan junto al auto.

Papá se aparta, y King entra caminando con pesadez. Me avergüenza admitirlo, pero no sé si papá pueda tener la menor oportunidad contra King. Papá no es delgado ni pequeño, pero comparado con King, que con sus casi dos metros es pura grasa y músculo, se ve diminuto. Pero me parece casi una blasfemia pensar así.

—¿Dónde está? —pregunta King.

—¿Dónde está quién?

—Ya sabes quién, Vante.

—¿Cómo se supone que debería saberlo? —dice papá.

—Estuvo trabajando aquí, ¿no?

—Sí, un par de días. Hoy no lo he visto.

King camina de un lado al otro y le apunta a papá con su puro. El sudor brilla en los rollos de grasa que tiene en la nuca.

—Me estás mintiendo.

—¿Por qué habría de mentirte, King?

—Toda la mierda que hice por ti —dice King—, ¿y así es como me lo agradeces? ¿Dónde está, Big Mav?

—No lo sé.

—¿Dónde está? —grita King.

—¡Te dije que no lo sé! Me pidió un par de billetes de cien dólares el otro día. Le dije que tenía que trabajar para conseguirlos. Así que eso hizo. Tuve un poco de piedad y se lo pagué todo por adelantado, como un idiota. Se suponía que iba a venir hoy, y no lo hizo. Fin de la historia.

—¿Por qué necesitaba pedirte dinero cuando me robó cinco mil a mí?

—Ni puta idea —dice papá.

—Si descubro que estás mintiendo...

—No tienes que preocuparte por eso. Tengo otros muchos problemas.

—Ah, sí. Sé lo de tus problemas —dice King, mientras borbotea una

carcajada—. Supe que Starr-Starr es la testigo de la que han estado hablando en las noticias. Espero que sepa mantener la boca cerrada como debe.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Estos casos siempre son interesantes —dice King—. Escarban en busca de información. Mierda, tratan de saber más sobre la persona que murió que sobre la persona que disparó. Hacen que parezca que fue algo bueno que la mataran. Ya están diciendo que Khalil vendía droga. Eso podría significar problemas para cualquiera que pudiera haber estado involucrado en su operación. Así que la gente debe tener cuidado cuando habla con la fiscal del distrito. No quisiera que se metiera en problemas por abrir la bocota.

—Nada de eso —dice papá—. La gente que está involucrada en la operación debe de tener cuidado con lo que dice o hasta con lo que piensa hacer.

Hay varios segundos agonizantes en los que papá y King se miran fijamente sin bajar la mirada. La mano de papá está en la cintura, como si estuviera adherida ahí.

King se marcha, empujando la puerta con suficiente fuerza como para romper las bisagras, y la campana suena salvajemente. Se sube a su BMW. Lo siguen sus lacayos, y se larga, dejando la verdad atrás.

Me hará daño si hablo más de la cuenta.

Papá se hunde en la banca de los ancianos. Los hombros se le desploman, y toma una respiración profunda.

Cerramos temprano y recogemos la cena en Reuben's.

Durante el breve camino a casa, me fijo en cada auto que está detrás de nosotros, en especial si es gris.

—No dejaré que te haga daño —dice papá.

Lo sé. Pero de todos modos, asusta.

Mamá le está dando una paliza a unos filetes cuando llegamos a casa. Primero la sartén y ahora la carne roja. Nada está seguro en la cocina.

Papá levanta las bolsas para que ella las vea.

—Traje la cena, cariño.

Eso no evita que siga golpeando los filetes.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa de la cocina, pero es la cena más callada de la historia de la familia Carter. Mis papás no hablan. Seven no habla. Yo definitivamente no hablo. Tampoco como. Entre el desastre en la oficina de la fiscal de distrito y King, el plato de costillas y frijoles entomatados luce asqueroso. Sekani no puede quedarse quieto, como si muriera por contarnos cada detalle de su día. Supongo que se da cuenta de que nadie está de humor. Brickz mastica y babea en su rincón encima de unas costillas.

Después, mamá levanta nuestros platos y cubiertos.

—Está bien, chicos, hagan sus deberes. Y no te preocupes, Starr. Tus maestros me dieron los tuyos.

¿Por qué habría de preocuparme eso?

—Gracias.

Empieza a recoger el plato de papá, pero él le toca el brazo.

—*Deja*. Yo lo hago.

Le retira todos los platos, los echa en la tarja del lavabo y abre la llave de agua.

—Maverick, no tienes que hacer eso.

Él rocía demasiado líquido lavaplatos. Siempre lo hace.

—No hay problema. ¿A qué hora tienes que estar en la clínica mañana?

—Tengo el día libre otra vez. Tengo una entrevista de trabajo.

Papá voltea.

—¿Otra?

¿Otra?

—Sí. De nuevo en Markham Memorial.

—Ahí trabaja la tía Pam —le digo.

—Sí. Su papá está en la junta directiva y me recomendó. El puesto es para Gerente de Enfermería Pediátrica. Es la segunda entrevista que me hacen, de hecho. Esta vez quieren que algunos de los de arriba me entrevisten.

—Cariño, eso es increíble —dice papá—. Significa que estás cerca de conseguirlo, ¿no?

—Eso espero —dice—. Pam dice que básicamente es mía.

—¿Por qué no nos lo contaron? —pregunta Seven.

—Porque no es de la incumbencia de ninguno de ustedes —dice papá.

—Y no queríamos ilusionarlos —agrega mamá—. Es un puesto competido.

—¿Cuánto pagan? —pregunta el maleducado de Seven.

—Más de lo que gano en la clínica. Una cifra de seis dígitos.

—¿Seis? —decimos Seven y yo.

—¡Mamá va a ser millonaria! —grita Sekani.

Juro que no sabe nada.

—Seis dígitos quiere decir cientos de miles, Sekani —le digo.

—Ah. Pero sigue siendo mucho.

—¿A qué hora es tu entrevista? —pregunta papá.

—A las once.

—Está bien —se voltea y lava un plato—. Podemos ir a ver algunas casas antes de que te vayas.

La mano de mamá sube a su pecho, y da un paso atrás.

—¿Qué?

Él me mira y luego la mira a ella.

—Los sacaré de Garden Heights, cariño. Te doy mi palabra.

La idea es tan desquiciada como encestar un tiro de cuatro puntos. ¿Vivir en otro lado que no sea Garden Heights? Sí, ¿cómo no? Nunca lo creería si no fuera porque papá lo dice. Papá nunca dice algo a menos que vaya en serio. La amenaza de King debe haberle calado en verdad.

Talla la sartén que mamá apuñaló en la mañana.

Ella se la quita, la baja, y lo toma de la mano.

—No te preocupes por eso.

—Te dije que está bien. Puedo lavar los platos.

—Olvídate de los platos.

Y lo jala a su habitación y cierra la puerta.

De repente, su televisor suena a todo volumen y Jodeci canta por encima de ella en el estéreo. Si esa mujer termina con un feto en el útero, me doy completamente por vencida. *Por vencida.*

—Qué asco, hombre —dice Seven, que también entiende el rollo—. Están

demasiado viejos para eso.

—¿Demasiado viejos para qué? —pregunta Sekani.

—Para nada —decimos Seven y yo a la vez.

—¿Pero crees que papá hablaba en serio? —pregunta Seven—.
¿Mudarnos?

Tuerce una de sus rastas desde la raíz. Creo que no se da cuenta de que lo está haciendo.

—Suena como que todos ustedes se irían. En especial si mamá consigue ese trabajo.

—¿*Ustedes?* —le digo—. No te vas a quedar en Garden Heights.

—Digo, iré a visitarlos, pero no puedo dejar a mamá y a mis hermanas, Starr. Tú lo sabes.

—Tu mamá te echó —dice Sekani—. ¿Adónde más vas a ir, tonto?

—¿A quién le dices tonto? —Seven se mete la mano bajo la axila y luego la frota en la cara de Sekani. La única vez que me lo hizo yo tenía nueve años. Acabó con el labio cortado, y a mí me tocó una buena paliza.

—De todos modos no estarás en casa de tu mamá —le digo—. Irás a la universidad, aleluya, gracias, Jesús Negro.

Seven arquea las cejas.

—¿También tú quieres un poco de axila? Iré al Centro Comunitario para poder quedarme en casa de mamá y cuidar a mis hermanas.

Eso duele. Un poco. Yo soy su hermana también, no sólo ellas.

—*Casa* —repito—. Nunca dices que ése es tu hogar.

—Claro que sí —dice él.

—No lo haces.

—Sí.

—Ya cállate, carajo.

Le pongo fin a esta discusión.

—¡Oh! —Sekani extiende la mano—. ¡Dame mi dólar!

—Carajo, no —le digo—. Esa mierda no funciona conmigo.

—¡Tres dólares!

—Está bien, perfecto. Te daré un billete de tres dólares.

—Nunca he visto un billete de tres dólares —dice.

—Exactamente. Y tampoco lo verás ahora.

SEGUNDA PARTE

CINCO SEMANAS DESPUÉS

CAPÍTULO 16

La señorita Ofrah me organizó hoy una entrevista con uno de los noticieros nacionales: exactamente una semana antes de que testifique ante el gran jurado el próximo lunes.

Son como las seis de la tarde cuando llega la limusina que envió el noticiario. Mi familia me acompaña. Dudo que entrevisten a mis hermanos. Pero Seven quiere apoyarme. Sekani dice que él también, pero en realidad espera que lo *descubran* con todas esas cámaras que habrá por ahí.

Mis papás se lo contaron todo. Por más que me desespere, fue muy dulce cuando me dio una tarjeta hecha a mano que decía *Lo siento*. Hasta que la abrí: tenía un dibujo en el que yo estaba llorando sobre Khalil, y me había pintado cuernos de diablo. Sekani dijo que quería que fuera un dibujo *realista*. Pequeño cretino.

Todos nos dirigimos a la limusina. Unos vecinos miran con curiosidad desde sus cobertizos y patios. Mamá hizo que todos, incluyendo papá, nos vistiéramos como si fuéramos a la iglesia de Christ Temple: no tan arreglados como si fuera Pascua, pero tampoco con el estilo informal de la iglesia diversa. Dice que no quiere permitir que la gente de las noticias crea que somos *ratas de vecindad*.

Así que, mientras caminamos hacia el auto, ella está en plan: *Cuando lleguemos, no toquen nada y sólo hablen si alguien les habla. Y es sí, señora y sí, señor, y no, señora y no, señor. ¿Les quedó claro?*

—Sí, señora —decimos los tres.

—Todo está bien, Starr —grita uno de nuestros vecinos. Ya me dicen eso casi todos los días en el barrio. Se está pasando la voz por el Jardín de que yo

soy la testigo. *Todo está bien* es más que un saludo. Es una manera simple que tiene la gente de hacerme saber que están conmigo.

¿Y lo mejor? Nunca me dicen: *Todo está bien, hija de Big Mav, la que trabaja en la tienda*. Siempre me llaman Starr.

Nos vamos en la limusina. Tamborileo los dedos contra la rodilla mientras miro el barrio pasar. Hablé con los detectives, con la fiscal del distrito, y la semana que viene hablaré con el gran jurado. He hablado tanto sobre esa noche que lo puedo repetir dormida. Pero la gran diferencia es que hoy todo el mundo verá esto.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi saco. Un par de mensajes de texto de Chris.

Mamá quiere saber de qué color será tu vestido para el baile de la escuela

Algo como que el sastre necesita saberlo ya

Mierda. El baile es el sábado. No he comprado el vestido. Con todo este rollo de Khalil, no estoy ni siquiera segura de querer ir. Mamá dice que me ayudará a distraerme. Le dije que no. Me lanzó *la mirada*.

Así que iré al maldito baile. ¿Esta dictadura que ella tiene? No es bueno, no. Le envió un mensaje de texto en respuesta a Chris.

Eh... ¿azul claro?

Contesta:

¿Todavía no tienes vestido?

Queda mucho tiempo, le contesto. Es que estuve ocupada.

Es verdad. La señorita Ofrah me preparó para esta entrevista todos los días después de la escuela. Algunos días terminábamos temprano, y yo echaba una mano en Just Us for Justice. Contestaba al teléfono, repartía volantes, lo que necesitaran que hiciera. A veces me quedaba a escuchar sus juntas de personal mientras discutían sobre la reforma policiaca y la importancia de decirle a la comunidad que proteste, y no se amotine.

Le pregunté al doctor Davis si Just Us podía organizar una mesa redonda en Williamson como la que hacen en la preparatoria Garden. Dijo que no veía que fuera necesario.

Chris contesta mi texto sobre el baile:

Está bien, si tú lo dices
Por cierto, Vante manda decir hola
Estoy por ridiculizarlo en Madden
Pero tiene que dejar de decirme Bieber

Después de toda esa mierda que dijo DeVante sobre Chris, del *niño blanco que trata de pasar por negro*, últimamente pasa más tiempo en su casa que yo. Chris lo invitó a jugar Madden en la PlayStation y de repente ya son *hermanos*. Según DeVante, la enorme colección de videojuegos de Chris compensa su blancura.

Le dije a DeVante que es una zorra de los videojuegos. Me dijo que me callara la boca. Pero nos llevamos bien.

Llegamos al elegante hotel del centro. Un tipo blanco vestido con una sudadera con capucha espera bajo la marquesina que conduce a la puerta. Tiene una pizarra bajo el brazo y una taza de Starbucks en la mano.

Pero de alguna manera logra abrir la puerta de la limusina y darnos la mano a todos cuando salimos.

—Me llamo John y soy el productor. Qué gusto conocerlos —me extiende la mano una segunda vez—. Y déjame adivinar, tú eres Starr.

—Sí, señor.

—Muchas gracias por tener el valor de hacer esto.

Ahí está de nuevo esa palabra: valor. A la gente valiente no le tiemblan las piernas. La gente valiente no siente náuseas. La gente valiente definitivamente no tiene que recordarse a sí misma cómo respirar si piensa demasiado sobre esa noche. Si la valentía es una condición médica, todos me diagnosticaron erróneamente.

John nos lleva por un montón de pasillos por los que tenemos que girar una y otra vez, y me alegro de llevar puestos zapatos de tacón bajo. No puede parar de hablar sobre lo importante que es la entrevista y de cómo quieren divulgar la verdad. No está ayudando mucho a mi *valor*, que digamos.

Nos conduce hasta el patio del hotel, donde algunos operadores de cámara y otra gente del programa están montando todo. En medio del caos, maquillan a la entrevistadora, Diane Carey.

Es muy raro verla en carne y hueso, y no como una imagen en el televisor.

Cuando yo era más pequeña, cada vez que pasaba la noche en casa de Nana me obligaba a dormir en uno de sus camisonos largos, rezar las oraciones de antes de ir a dormir durante al menos cinco minutos, y ver el reporte de noticias de Diane Carey para que estuviera *más informada sobre el mundo*.

—¡Hola! —el rostro de la señorita Carey se ilumina cuando nos ve. Se acerca a nosotros, y hay que reconocer que la maquillista que la sigue y nunca deja de trabajar, es toda una profesional. La señora Carey nos da la mano—. Diane. Qué gusto conocerlos. Y tú debes ser Starr —me dice—. No estés nerviosa. Esto será simplemente una conversación entre las dos.

Mientras habla, un tipo nos toma fotos. Seguro, esto será una conversación de lo más normal.

—Starr, se nos ocurre que podríamos grabar algunas tomas tuyas y de Diane caminando y platicando alrededor del patio —dice John—. Luego podemos subir a la suite para comenzar las conversaciones entre Diane y tú; Diane, tú y la señorita Ofrah, y finalmente tus padres y tú. Después de eso habremos terminado.

Una de las personas de producción me coloca el micrófono mientras John me hace un resumen de esta cosa de caminar y hablar.

—Sólo es una toma de transición —dice—. Es algo simple.

No lo fue. La primera vez, prácticamente voy a marcha forzada. La segunda, lo hago como si estuviera en un cortejo fúnebre y no consigo contestar las preguntas de la señora Carey. Nunca me había dado cuenta de que caminar y hablar requiriera tanta coordinación.

Una vez que queda bien, tomamos el elevador al piso de arriba. John nos lleva a una suite enorme —en serio, parece un *penthouse*— con vistas al centro de la ciudad. Hay como una docena de personas colocando cámaras y luces. La señorita Ofrah está ahí, vestida con una de sus camisetas de Khalil y una falda. John dice que están listos para recibirme.

Me siento en el sofá biplaza que está frente a la señora Carey. Nunca he podido cruzar las piernas, por alguna razón, así que eso queda fuera de discusión. Revisan mi micrófono, y la señora Carey me dice que me relaje. Pronto, las cámaras comienzan a grabar.

—Millones de personas alrededor del mundo han escuchado el nombre de

Khalil Harris —dice—, y se han hecho sus propias ideas de quién era. ¿Quién era él para ti?

Más de lo que quizás él haya sabido jamás.

—*Uno de mis mejores amigos* —le digo—. Nos conocíamos desde que éramos bebés. Si él estuviera aquí, subrayaría que él era cinco meses, dos semanas y tres días mayor que yo —las dos soltamos risitas sofocadas con eso—. Pero así es Khalil... o era.

Maldición. Me duele corregirme.

—Era un bromista. Hasta cuando las cosas andaban mal, de alguna manera encontraba un poco de luz en ellas. Y él... —se me quiebra la voz.

Sé que es cursi, pero creo que está aquí. El muy fisgón se aparecería para asegurarse de que diga las cosas correctamente. Probablemente me llamaría su fan número uno o me pondría algún otro título molesto de los que sólo se le podían ocurrir a él.

Extraño a ese niño.

—Tenía un corazón grande —le digo—. Sé que algunos lo llaman maleante, pero si usted lo hubiera conocido, sabría que ése no era el caso, para nada. No estoy diciendo que fuera un ángel ni nada por el estilo, pero no era una mala persona. Era un... —me encojo de hombros—. Era un niño.

Ella asiente.

—Era un niño.

—Era un niño.

—¿Qué piensas de la gente que se concentra en aspectos suyos que no eran tan agradables? —pregunta—. ¿En el hecho de que quizá vendiera drogas?

La señorita Ofrah dijo que debo librar la batalla con mi voz.

Así que batallo.

—Lo detesto —le digo—. Si la gente supiera por qué vendía drogas, no hablarían así de él.

La señora Carey se endereza ligeramente.

—¿Por qué las vendía?

Le lanzo una mirada a la señorita Ofrah, y ella niega con la cabeza. Durante todas nuestras reuniones de preparación, me aconsejó que no entrara

en detalles sobre Khalil y su venta de drogas. Dijo que el público no necesitaba saber nada de eso.

Pero luego miro a la cámara, de repente me hago consciente de los millones de personas que verán esto dentro de unos días. King podría ser uno de ellos. Aunque su amenaza retumba en mi cabeza, no retumba tanto como lo que dijo Kenya ese día en la tienda.

Khalil me defendería. Y ahora yo debería defenderlo a él.

Así que me preparo para lanzar un gancho al hígado.

—La mamá de Khalil es adicta a las drogas —le digo a la señora Carey—. Cualquiera que lo conociera sabía cuánto le preocupaba eso y cuánto odiaba las drogas. Sólo las vendía para ayudarla con una deuda que tenía con el vendedor de drogas y pandillero más grande del barrio —la señorita Ofrah suspira notoriamente. Mis papás tienen los ojos desorbitados.

Es una acusación indirecta, pero sigue siendo una acusación. Cualquiera que sepa algo de Garden Heights sabrá exactamente de quién estoy hablando. Diablos, si ven la entrevista del señor Lewis, podrán adivinarlo fácilmente.

Pero bueno, ya que King quiere pasearse por el barrio mintiendo y diciendo que Khalil estaba en su pandilla, le puedo hacer saber al mundo que Khalil estaba obligado a vender drogas para él.

—La vida de su madre corría peligro —le digo—. Ésa es la única razón por la que él fue capaz de hacer algo así. Y no era un pandillero...

—¿No lo era?

—No, señora. Nunca quiso caer en ese tipo de vida. Pero supongo... —por alguna razón pienso en DeVante—. No entiendo cómo todo el mundo hace que parezca bien que lo mataran porque vendía drogas o estaba en una pandilla.

Un gancho directo a la quijada.

—¿Te refieres a los medios de comunicación? —pregunta.

—Sí, señora. Parece que siempre quieren hablar sobre lo que pudo haber dicho, lo que pudo haber hecho, lo que pudo *no* haber hecho. No sabía que se podían presentar cargos contra un muerto por ser víctima de asesinato, ¿sabe?

En el momento en que lo digo, soy consciente de que es un golpe directo a la boca.

La señora Carey me pide mi versión de esa noche. No puedo entrar mucho en detalle —la señorita Ofrah me dijo que no lo hiciera— pero le cuento que hicimos todo lo que nos pidió Ciento Quince y que ni una sola vez le dijimos maldiciones, como afirmó su padre. Le cuento acerca del miedo que yo sentía, de cómo Khalil estaba tan preocupado por mí que abrió la puerta y me preguntó si estaba bien.

—¿Entonces no amenazó la vida del oficial Cruise? —pregunta ella.

—No, señora. Sus palabras exactas fueron: *Starr, ¿estás bien?* Eso fue lo último que dijo, y...

Estoy llorando a moco tendido, describiendo el momento en que sonaron los disparos y Khalil me miró por última vez, cómo lo abracé en la calle y vi cómo sus ojos perdieron el brillo. Le digo que Ciento Quince me apuntó con su pistola.

—¿Te apuntó? —pregunta.

—Sí, señora. La mantuvo apuntada contra mí hasta que llegaron los demás oficiales.

Detrás de las cámaras, mamá se cubre la boca con la mano. La furia se desata en la mirada de papá. La señorita Ofrah parece estupefacta.

Es otro golpe.

Verán, sólo le había contado esa parte al tío Carlos.

La señora Carey me ofrece un Kleenex y tomo un momento para recomponerme.

—¿Esta situación te ha hecho temerle a la policía? —pregunta después de un rato.

—No lo sé —le digo con sinceridad—. Mi tío es policía. Sé que no todos los policías son malos. Y arriesgan sus vidas, ¿sabe? Siempre temo por la vida de mi tío. Pero estoy cansada de todo lo que presuponen. En especial cuando se trata de la gente negra.

—¿Desearías que más policías no hicieran presuposiciones sobre la gente negra? —aclara.

—Así es. Todo esto pasó porque *él* —no puedo decir su nombre— dio por hecho que traíamos algo entre manos. Porque somos negros y por el lugar en el que vivimos. Sólo éramos dos niños que estaban en lo suyo, ¿sabe? Su

presuposición mató a Khalil, y podría haberme matado también a mí.

Una patada directa a las costillas.

—Si el oficial Cruise estuviera sentado aquí —dice la señora Carey—, ¿qué le dirías?

Parpadeo varias veces. La boca me está salivando, pero trago. De ninguna manera voy a permitirme llorar o vomitar por pensar en ese tipo.

Si estuviera sentado aquí, creo que no habría suficiente de Jesús Negro en mí para decirle que lo perdono. En vez de eso, lo más probable es que lo golpearía. Sin pensarlo.

Pero la señorita Ofrah dice que esta entrevista es mi manera de pelear. Cuando peleas, te expones, sin importar a quién lastimas o si te lastiman.

Así que lanzo un golpe más, directamente contra Ciento Quince.

—Le preguntaría si pensó en matarme a mí también.

CAPÍTULO 17

Transmitieron mi entrevista ayer en el *Especial de noticias del viernes por la noche* de Diane Carey. Esta mañana, el productor, John, llamó y dijo que es una de las entrevistas más vistas en la historia de la televisora.

Un millonario, que desea permanecer en el anonimato, ofreció pagar mi colegiatura para la universidad. John dijo que hicieron el ofrecimiento justo después de que se retransmitiera la entrevista. Creo que se trata de Oprah, pero sólo es algo que se me ocurre porque siempre me imaginé que era mi hada madrina y que un día llegaría a mi casa y diría: *¡Te ganaste un auto!*

La televisora ya recibió un montón de correos electrónicos para apoyarme. No he visto ninguno, pero el mejor mensaje lo recibí de Kenya.

Ya era hora de que hablaras

Pero no dejes que la fama se te suba a la cabeza

La entrevista se volvió tendencia en las redes sociales. Cuando la vi esta mañana, la gente todavía hablaba de ella. El Twitter Negro y Tumblr están conmigo. Algunos idiotas me quieren muerta.

Tampoco King está muy contento. Kenya me dijo que está molesto por la acusación.

Los noticieros del sábado discutieron también sobre la entrevista, haciendo una disección de mis palabras como si se tratara del presidente o algo así. Hay una televisora en particular que está indignada por mi *falta de consideración por la policía*. No entiendo cómo fue que sacaron eso de la entrevista. Ni que hubiera estado en plan: *Al carajo la policía*, como el grupo NWA. Simplemente dije que le preguntaría a ese hombre si pensó en matarme a mí también.

No me importa. No voy a disculparme por cómo me siento. La gente puede decir lo que quiera.

Pero es sábado, y estoy sentada en un Rolls-Royce de camino al baile con un novio que no me dice mucho de nada. Chris está más interesado en su teléfono.

—Te ves bien —le digo. Y es verdad. Su esmoquin negro con chaleco azul claro y corbata combinan con el vestido sin tirantes y a media pantorrilla que llevo puesto. Sus Chuck Taylor de piel negra también combinan bien con los míos, de lentejuelas plateadas. La dictadora, alias mi madre, compró mi atuendo. Tiene muy buen gusto.

Chris dice:

—Gracias. Tú también.

Pero suena tan robótico, como si estuviera diciendo lo que se supone que debe decir y no lo que quiere decir. ¿Y cómo sabe cómo me veo? Apenas si me ha mirado desde que me recogió en casa del tío Carlos.

No tengo la menor idea de qué le pasa. Las cosas han ido bien entre nosotros, hasta donde sé. Y ahora, de la nada, parece estar malhumorado. Le pediría al chofer que me llevara de vuelta a casa del tío Carlos, pero me veo demasiado bien para regresar.

El acceso al club campestre está iluminado con luces azules, y cuelgan arcos de globos dorados por encima. Estamos en el único Rolls-Royce que hay entre un mar de limusinas, así que por supuesto que la gente nos mira cuando llegamos a la entrada.

El chofer nos abre la puerta. El señor Silencio sale primero e incluso me ayuda a salir. Nuestros compañeros de clase ululan y festejan y rechiflan. Chris envuelve su brazo alrededor de mi cintura, y sonreímos para las fotos como si todo estuviera bien. Chris toma mi mano y sin decir una palabra me acompaña adentro.

La música nos recibe a todo volumen. El salón de baile está iluminado por candelabros y luces parpadeantes de fiesta. Algún comité decidió que el tema debía ser Medianoche en París, así que hay una enorme torre Eiffel hecha de luces de Navidad. Parece que prácticamente toda Williamson está en la pista de baile.

Dejen que lo diga. Una fiesta de Garden Heights y una fiesta de Williamson son dos cosas muy distintas. En la fiesta de Big D, la gente bailaba el *Whip/Nae-Nae*, hacía *Hit the Quan*, *twerking* y todo ese rollo. En este baile, la verdad es que no tengo la menor idea de qué demonios están haciendo algunos de ellos. Hay muchos saltos y movimientos ridículos con los puños e intentos de *twerking*. No está mal. Sólo es distinto. Muy distinto.

Pero es extraño: no dudo tanto en bailar aquí como en la fiesta de Big D. Como dije, en Williamson soy *cool* por defecto, por ser negra. Puedo salir y hacer un ridículo movimiento de baile que acabo de inventar, y todos pensarán que es lo máximo. Los blancos dan por hecho que todos los negros son expertos en tendencias de baile y esa mierda. Pero no hay una jodida manera de que intente eso en una fiesta de Garden Heights. Si quedas como estúpida una vez, hasta ahí llegaste. Todos en el barrio se enterarán y no lo olvidarán nunca.

En Garden Heights, aprendo a navegar la ola con sólo mirar. En Williamson, pongo lo aprendido en acción. Ni siquiera tengo *tanto* estilo, pero estos chicos blancos creen que sí, y eso sirve de mucho.

Comienzo a preguntarle a Chris si quiere bailar, pero me suelta la mano y se dirige hacia uno de sus amigos.

¿Para qué vine al baile?

—¡Starr! —me llama alguien. Miro un par de veces alrededor de mí y finalmente ubico a Maya, que me saluda desde una mesa.

—¡Chi-ca! —dice cuando llego—. ¡Qué bien te ves! Sé que Chris se volvió loco cuando te vio.

No. Casi me *vuelve* loca a mí.

—Gracias —le digo, y la miro de pies a cabeza. Lleva puesto un vestido rosa sin tirantes que le llega a las rodillas. Un par de tacones de aguja brillantes y plateados que la hacen como doce centímetros más alta. La alabo por llegar tan lejos con ellos. Odio los tacones—. Pero si alguien luce bien hoy, eres tú. Estás preciosa, Pequeña.

—No me digas así. En especial porque La-Que-No-DebeSer-Nombrada me puso ese apodo.

Maldición. Acaba de voldemortear a Hailey.

—Maya, no tienes que ponerte de parte de nadie, ¿sabes?

—Ella es la que no nos dirige la palabra, ¿recuerdas?

Hailey nos impone la ley de hielo desde el incidente en casa de Maya. Digo, mierda, la reté por algo, ¿así que estoy equivocada y merezco la ley de hielo? *Nada de eso*, no voy a dejar que me haga sentir culpable de esa manera. Y cuando Maya le dijo a Hailey que me había contado por qué dejó de seguir mi cuenta de Tumblr, también dejó de hablarle a ella, afirmando que no volverá a dirigirnos la palabra a ninguna hasta que le ofrezcamos una disculpa. No está acostumbrada a que las dos nos revelemos de esta manera en su contra.

No importa. Ella y Chris pueden hacer un club, para lo que me importa. Llámalo la Ley de hielo de los Mimados Jóvenes y Ricos.

Sólo estoy un poco sensible. Pero detesto que Maya haya quedado en medio de todo esto.

—Maya, lo siento...

—No hay necesidad —dice—. No sé si te lo conté, pero le mencioné lo del gato. Después de que le dije lo de Tumblr.

—¿En serio?

—Sí. Y me dijo que lo superara —Maya niega con la cabeza—. Todavía estoy enojada conmigo misma por haber dejado que lo dijera, en primer lugar.

—Sí. También yo estoy enojada.

Nos quedamos calladas.

Maya me da un codazo en el costado.

—Hey. Nosotras las minorías tenemos que unirnos, ¿recuerdas?

Me carcajeo.

—Está bien, está bien. ¿Dónde está Ryan?

—Fue por algo de comer. Se ve muy bien hoy, aunque está mal que yo lo diga. ¿Dónde está tu chico?

—No lo sé —le respondo. Y en ese momento no me importa.

¿Qué es lo lindo de tener una verdadera amiga? Que sabe cuando no quieres hablar de algo, y no te presiona. Maya engancha su brazo en el mío.

—Vamos. No me vestí así para quedarme parada.

Nos dirigimos a la pista de baile y saltamos y hacemos movimientos ridículos con el puño junto con los demás. Maya se quita los tacones y baila descalza. Jess, Britt y algunas de las otras chicas del equipo nos alcanzan, y hacemos nuestro propio círculo de baile. Nos volvemos locas cuando ponen a mi prima por matrimonio, Beyoncé (juro que estoy emparentada con Jay-Z de alguna manera. Tenemos el mismo apellido, tenemos que estarlo).

Cantamos a todo pulmón con la prima Bey hasta que casi nos quedamos roncas, y Maya y yo estamos muy divertidas. Podré no tener a Khalil, ni a Natasha, y quizá ni siquiera a Hailey, pero tengo a Maya. Con ella me basta.

Después de seis canciones, volvemos a nuestra mesa, con los brazos de una envueltos alrededor de los de la otra. Llevo uno de los zapatos de Maya, y el otro cuelga de su muñeca por la tira.

—¿Viste al señor Warren hacer el baile del robot? —pregunta Maya entre carcajadas.

—¿Que si lo vi? No sabía que fuera capaz.

Maya se detiene.

—No voltees, pero mira hacia la izquierda —masculla.

—¿Qué demonios? ¿Miro o no miro?

—Mira a la izquierda —dice entre dientes—. Pero rápido.

Hailey y Luke están con los brazos entrelazados en la entrada, posando para las fotos, y no puedo hablar mal de ellos: con el vestido dorado y blanco de ella y el esmoquin blanco de él, lucen adorables. O sea, que tengamos problemas no significa que no pueda admitir su belleza, ¿saben? Hasta estoy feliz de que esté con Luke. Les tomó demasiado tiempo decidirse.

Hailey y Luke caminan hacia nosotras pero pasan de largo, el hombro de ella se acerca a unos centímetros del mío. Nos mira fijamente. Vaya chica. Probablemente yo también la miro duramente en respuesta. A veces lo hago sin darme cuenta siquiera.

—Sí, así es —dice Maya a la espalda de Hailey—. Más te vale que sigas caminando.

Dios. Maya puede ir de cero a cien con cierto exceso de velocidad.

—Vamos por algo de beber —le digo, jalándola conmigo—. Antes de que te lastimes.

Conseguimos un poco de ponche y alcanzamos a Ryan en nuestra mesa. Se está atragantando de canapés, mientras las migajas le caen en el esmoquin.

—¿Dónde estaban? —nos pregunta.

—Bailando —dice Maya y le roba uno de sus camarones—. No comiste en todo el día, ¿cierto?

—No. Estaba por morir de hambre —asiente hacia mí—. ¿Qué hay, Novia Negra?

Bromeamos mucho sobre todo ese rollo de *los dos únicos chicos negros del salón deberían salir juntos*.

—¿Qué hay, Novio Negro? —le digo, y también le robo un camarón.

Y al parecer Chris recuerda que vino al baile con alguien, y se acerca caminando a la mesa. Le dice hola a Maya y a Ryan, y luego me pregunta:

—¿Quieres que nos tomemos unas fotos o algo?

Tiene el tono robótico otra vez. En la escala del uno al diez en el medidor del *Ya estoy harta*, se puede decir que he sobrepasado el cincuenta.

—No, gracias —le digo—. No pienso salir en fotografías con alguien que ni siquiera quiere estar aquí conmigo.

Suspira.

—¿Por qué tienes esa actitud?

—¿Yo? Tú eres el que me está aplicando la ley de hielo.

—¡Maldita sea, Starr! ¿Quieres que nos tomemos una jodida foto o no?

El medidor de *Ya estoy harta* estalla. BUUUUM. En pedazos.

—Diablos, no. Tómate una y métetela por donde te quepa.

Me alejo a paso firme, ignorando a Maya, que me llama para que vuelva. Chris me sigue. Intenta tomarme del brazo, pero me desprendo y sigo marchando. Está oscuro afuera, pero encuentro el Rolls-Royce fácilmente, estacionado a lo largo del acceso para autos. Le pediría al chofer que me llevara a casa, pero no está ahí. Me subo atrás y aseguro las puertas.

Chris golpea una de las ventanas.

—Starr, vamos —pone las manos contra la ventana como si fueran binoculares y estuviera tratando de mirar a través del cristal polarizado—. ¿Podemos hablar?

—Ah, ¿y ahora quieres hablar conmigo?

—¡Tú eres la que no quiso hablar conmigo! —inclina la cabeza, apretando la frente contra el vidrio—. ¿Por qué no me dijiste que tú eras el testigo del que estaban hablando?

Lo pregunta suavemente, pero es tan duro como un golpe inesperado en el estómago.

Lo sabe.

Abro el seguro y le hago espacio. Chris se sube junto a mí.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunto.

—Por la entrevista. La vi con mis padres.

—Pero no mostraron mi rostro.

—Sólo lo supe, Starr. Y luego te mostraron de espaldas mientras caminabas con la señora de la entrevista, y te he visto caminar lo suficiente como para saber cómo luces por detrás, y... suena como si fuera un perverso...

—¿Así que me reconociste por el trasero?

—Yo... sí —su rostro se enrojece—. Pero no sólo por eso. Todo tenía sentido: la manera en que estabas tan alterada por la protesta y por Khalil. Entiendo que son cosas que molestarían a cualquiera, pero... —suspira—. Lo estoy pasando muy mal, Starr. Sólo supe que eras tú. Y así es, ¿cierto?

Asiento.

—Amor, debiste habérmelo contado. ¿Por qué me guardas un secreto así?

Inclino la cabeza.

—Vaya. ¿Presenció cómo asesinaban a alguien, y tú te estás comportando como un niño malcriado porque no te lo conté?

—No lo decía en ese sentido.

—Pero piénsalo sólo por un segundo —le digo—. Esta noche apenas me has dirigido dos palabras porque no te conté acerca de una de las peores experiencias de mi vida. ¿Alguna vez has visto a alguien morir?

—No.

—Pues yo he tenido que vivirlo dos veces.

—¡Y yo no sabía nada de eso! —exclama él—. Soy tu novio, y no sabía nada de eso —me mira con el mismo dolor en los ojos que tenía cuando hace semanas me aparté de él—. Hay toda una parte de tu vida que me has

ocultado, Starr. Llevamos juntos más de un año, y nunca mencionaste a Khalil, que era tu mejor amigo, según dices, ni a esta otra persona a la que viste morir. No confías lo suficiente en mí como para contármelo.

Se me corta el aliento.

—Es... no es así.

—¿En serio? —dice—. ¿Entonces, cómo es? ¿Qué somos? ¿Una pareja para ver *El príncipe* y besarse, nada más?

—No —me tiemblan los labios, y se me adelgaza la voz—. Yo... no puedo compartir esa parte de mí aquí, Chris.

—¿Por qué no?

—Porque... —digo con un graznido—. La gente lo usa en mi contra. O soy la pobre Starr que vio a su amiga morir en un tiroteo, o la pobre Starr que vive en el gueto. Así se comportan los maestros conmigo.

—Está bien, entiendo que no se lo cuentes a la gente de la escuela —dice—. Pero yo no soy ellos. Nunca lo usaría en tu contra. Una vez me dijiste que yo era la única persona con la que podías ser tu misma en Williamson, pero lo cierto es que *todavía* no confías en mí.

Estoy a un segundo del llanto.

—Tienes razón—le digo—. No confío en ti. No quería que me vieras como la chica del gueto.

—Ni siquiera me diste la oportunidad de comprobar que te equivocas. Quiero estar ahí cuando me necesites, pero tienes que dejarme entrar.

Dios. Ser dos personas distintas es tan agotador. Me enseñé a hablar con dos voces distintas y a decir sólo ciertas cosas alrededor de cierta gente. Y he logrado dominarlo. Por más que diga que no tengo que decidir qué Starr soy con Chris, hasta cierto punto lo he hecho, quizá sin darme cuenta. Una parte de mí siente que no puedo existir alrededor de gente como él.

No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar.

—Por favor, cariño —dice.

Suficiente. Todo comienza a desbordarse.

—Cuando murió mi otra amiga tenía diez años —le digo, mirándome las uñas con arreglo francés—. También ella tenía diez años.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta.

—Natasha. Fue un tiroteo desde un coche. Es una de las razones por las que mis padres nos metieron a mis hermanos y a mí en Williamson. Era todo lo que podían hacer para protegernos un poco más. Hacen un gran esfuerzo para que vayamos a esa escuela.

Chris no dice nada. No necesito que lo haga.

Tomo aire temblorosamente y miro a mi alrededor.

—No sabes qué locura es para mí hasta el hecho de estar sentada en este coche —le digo—. Un maldito Rolls-Royce. Yo vivía en los barrios bajos, en un departamento de una sola habitación. Compartía habitación con mis hermanos, y mis papás dormían en un sofá cama.

De repente tengo frescos los detalles de la vida de ese entonces.

—El departamento olía a cigarrillo todo el maldito tiempo —le digo—. Papá fumaba. Nuestros vecinos de arriba y de al lado fumaban. Tuve tantos ataques de asma que no era divertido. Sólo guardábamos comida en lata en los gabinetes, por las ratas y las cucarachas. Los veranos siempre eran demasiado calientes y los inviernos demasiado fríos. Teníamos que usar abrigos dentro y fuera.

”A veces papá vendía los vales de comida para comprarnos ropa —le digo—. Por un rato larguísimo no pudo conseguir trabajo, porque es un exconvicto. Cuando lo contrataron en la abarrotería, nos llevó a Taco Bell, y pedimos lo que quisimos. Pensé que era lo mejor del mundo. Casi mejor que el día que nos mudamos de ese barrio.

Chris esboza una sonrisita.

—Taco Bell es bastante increíble.

—Sí —vuelvo a mirarme las manos—. Dejó que Khalil fuera con nosotros a Taco Bell. Teníamos dificultades, pero Khalil era como nuestra obra de caridad. Todos sabían que su mamá era adicta al *crack*.

Siento que llegan las lágrimas. Carajo, estoy harta de esto.

—En ese entonces teníamos una relación muy cercana. Fue mi primer beso, mi primer enamoramiento. Tiempo antes de que muriera ya no estábamos tan unidos. Me refiero a que no lo había visto desde hacía meses y... —ya estoy llorando—. Y eso me está matando, porque estaba pasando por tanta mierda, y yo no estuve a su lado cuando me necesitó.

Chris me enjuga las lágrimas con el pulgar.

—No puedes culparte por ello.

—Pero lo hago —le digo—. Yo podría haber evitado que él vendiera drogas. Entonces la gente no estaría diciendo que era un maleante. Y perdón que no te lo contara, quería hacerlo, pero todos los que saben que yo estaba en el coche se comportan como si estuviera hecha de cristal. Tú eras el único que me trataba de manera normal. Tú *eras* mi normalidad.

En ese momento estoy hecha un desastre. Chris toma mi mano y me jala sobre su regazo hasta que quedo sentada sobre él a horcajadas. Hundo mi rostro en su hombro y lloro como un maldito bebé. Su esmoquin está mojado y se me arruinó el maquillaje. Horrible.

—Me comporté como un idiota.

—Así es. Pero eres mi idiota.

—¿O sea que ya tengo título de propiedad? —lo miro y le doy un golpe fuerte en el brazo. Se ríe y ese sonido me hace reír a mí.

—¡Ya sabes de qué hablo! Eres mi normalidad. Y eso es lo único que importa.

—Lo único que importa.

Él sonríe.

Tomo su mejilla y dejo que mis labios se vuelvan a fundir con los suyos. Los de Chris son suaves y perfectos. Además saben a ponche de fruta.

Chris se mueve hacia atrás con un jalón suave de mi labio inferior. Aprieta su frente contra la mía y me mira.

—Te amo.

El *cómo* desapareció. Mi respuesta es sencilla.

—Yo también te amo.

Nos sorprenden dos golpes fuertes en la ventanilla. Seven aprieta su rostro contra el vidrio.

—¡Más les vale que no estén haciendo nada!

¿La mejor manera de que te apaguen la calentura por completo? Que aparezca tu hermano.

—Seven, déjalos en paz —gimotea Layla detrás de él—. Estábamos por bailar, ¿recuerdas?

—Eso puede esperar. Tengo que asegurarme de que no esté haciendo nada con mi hermana.

—¡Al que no le va a tocar nada es a ti si no paras de comportarte de manera tan ridícula! —dice Layla.

—No me importa. Starr, baja del auto. ¡No estoy bromeando!

Chris ríe contra mi hombro desnudo.

—¿Le dijo tu papá que te mantuviera vigilada?

Conociendo a papá...

—Lo más probable es que sí.

Me besa el hombro y sus labios se quedan ahí unos segundos.

—¿Ya estamos bien otra vez?

Le devuelvo el beso en los labios.

—Sí.

—Bien. Vamos a bailar.

Nos bajamos del coche, y Seven grita sobre cómo nos fuimos sin que nadie nos viera y amenaza con contárselo a papá. Layla lo jala de nuevo para adentro mientras él sigue diciendo:

—¡Y si sale un pequeño Chris dentro nueve meses, vamos a tener un problema, compañero!

Ridículo. Jo-di-da-mente ridículo.

La música todavía está sonando en el interior. Intento no reírme mientras Chris convierte el *Nae-Nae* en el *No-No*. Maya y Ryan nos acompañan a la pista de baile, y me dirigen estas miradas que dicen: *¿Qué demonios?*, por los pasos de Chris. Me encojo de hombros y me dejo llevar.

Hacia el final de una canción, Chris se agacha hacia mi oído y dice:

—Ahora vuelvo.

Desaparece entre la multitud. No pienso nada acerca de ello hasta un minuto después, cuando se escucha su voz por las bocinas, y lo veo en la cabina junto al DJ.

—Hola a todos —dice—. Mi chica y yo nos peleamos hace un rato.

Ay, Dios. Les está contando nuestros asuntos a todos. Miro mis Chucks y me cubro la cara.

—Y quería cantar esta canción, nuestra canción, para mostrarte cuánto te

amo y cuánto me importas, Princesa del Rap.

Un grupo de chicas dice: ¡Ayyyyy! Sus amigos vitorean y aplauden. Y yo pido que por favor no lo dejen cantar. Por favor. Pero de inmediato comienza con el familiar *bum... bum, bum, bum*.

—*Y ésta es la historia, pongan atención, de cómo mi vida se transformó. Cambió de arriba abajo lo que nunca pensé* —rapea Chris—, *y llegué a ser el príncipe de todo Bel-Air.*

Sonrío muchísimo. Nuestra canción. Rapeo junto a él, y casi todos los demás empiezan a cantar también. Hasta los maestros. Al final, yo celebro con más entusiasmo que cualquiera.

Chris baja, y nos reímos y abrazamos y besamos. Y luego bailamos y nos tomamos *selfies* divertidas, inundando muros y perfiles de redes sociales alrededor del mundo. Cuando termina el baile, dejamos que Maya, Ryan, Jess y algunos de nuestros otros amigos vayan en el auto con nosotros a IHOP. Cuando llegamos, comemos muchos panqueques, demasiados, y cantamos al ritmo de las canciones de la rocola. No pienso en Khalil ni en Natasha.

Es una de las mejores noches de mi vida.

CAPÍTULO 18

El domingo, mis papás nos llevan de viaje a mis hermanos y a mí.

Parece una visita normal a casa del tío Carlos hasta que pasamos de largo por su barrio. Un poco más de cinco minutos después, un letrero de ladrillo rodeado de coloridos arbustos nos da la bienvenida a Brook Falls.

Las casas de ladrillo flanquean las calles recién pavimentadas. Niños negros, blancos y de toda la gama intermedia juegan en las aceras y los patios. Las puertas abiertas de las cocheras muestran todos los trastos que tienen adentro, y hay bicicletas y *scooters* abandonados en los patios. Nadie teme que les roben sus cosas en mitad del día.

Me recuerda al barrio del tío Carlos, pero es distinto. Para empezar, no está rodeado por una barda, así que no hay nadie que se quede dentro o fuera, pero es obvio que la gente se siente segura. Las casas son más pequeñas, más hogareñas. Y, ¿en definitiva? Hay más gente que se parece a nosotros que en el barrio del tío Carlos.

Papá se estaciona en la entrada de una casa de ladrillo color marrón, al fondo de una calle sin salida. Hay arbustos grandes y árboles pequeños que decoran el patio, y un camino empedrado conduce hasta la puerta de enfrente.

—Vamos, todos —dice papá.

Bajamos de un brinco, estirándonos y bostezando. Estos viajes en auto de cuarenta y cinco minutos no son ninguna broma. Un hombre negro regordete nos saluda con la mano desde el acceso para autos que hay a un costado. Correspondemos el saludo y seguimos a mis padres por el sendero. Al mirar por el cristal de la puerta de enfrente, la casa parece estar vacía.

—¿De quién es esta casa? —pregunta Seven.

Papá abre el cerrojo de la puerta.

—Esperemos que nuestra.

Cuando entramos, nos quedamos parados en la sala. Hay un fuerte olor a pintura y los pisos de madera están bien pulidos. Dos pasillos, uno al lado del otro, se alejan de la sala. La cocina está justo junto a la sala, con gabinetes blancos, barras de granito y electrodomésticos de acero inoxidable.

—Queríamos que ustedes la vieran —dice mamá—. Échenle un vistazo.

No puedo mentir, me da miedo moverme.

—¿Esta casa es *nuestra*?

—Como dije, eso esperamos —papá contesta—. Estamos esperando a que aprueben la hipoteca.

—¿Podemos pagar esto? —pregunta Seven. Mamá arquea una ceja.

—Sí, podemos.

—Pero, sólo los anticipos y todo eso...

—¡Seven! —siseo. Siempre se está metiendo en asuntos que no son los suyos.

—Lo tenemos todo resuelto —dice papá—. Vamos a rentar la casa en el Jardín, así que eso ayudará con los pagos mensuales. Además... —mira a mamá con una gran sonrisa pícaro que debo admitir que es bastante adorable.

—Me dieron el trabajo de gerente de enfermería en Markham —dice ella con una sonrisa—. Empiezo en dos semanas.

—¿En verdad? —le digo, y Seven dice *¡Vaya!*, mientras que Sekani grita *Mamá es rica*.

—Niño, nadie es rico —dice papá—. Tranquilo.

—Pero este trabajo ayuda —dice mamá—. Mucho.

—Papá, ¿no tienes problemas con que vivamos por acá con gente falsa? —pregunta Sekani.

—¿De dónde sacaste eso, Sekani? —dice mamá.

—Bueno, pues es lo que siempre dice. Que la gente de acá es falsa, y la de Garden Heights es verdadera.

—Sí, es verdad que dice eso —añade Seven.

Asiento con la cabeza.

—Todo. El. Tiempo.

Mamá se cruza de brazos.

—¿Te importa explicarlo, Maverick?

—No lo digo *tanto*...

—Sí lo dices —desmentimos a coro.

—Está bien, lo digo mucho. Quizá no haya tenido ciento por ciento la razón en todo esto...

Mamá tose, pero tiene un *Ja* escondido por ahí.

Papá la fulmina con la mirada.

—Pero entiendo que ser *auténtico* no tiene nada que ver con el lugar en el que vives. La cosa más *real* que puedo hacer es proteger a mi familia, y eso significa dejar Garden Heights.

—¿Qué más? —pregunta mamá, como si lo estuviera interrogando frente a toda la clase.

—Y que vivir en los suburbios no te vuelve menos negro que vivir en el barrio.

—Gracias —dice con una sonrisa satisfecha.

—¿Y ahora van a ver el lugar o qué? —pregunta papá.

Seven duda en moverse, y ya que duda, Sekani duda también. Pero diablos, yo quiero elegir mi habitación.

—¿Dónde están las habitaciones?

Mamá indica al pasillo a la izquierda. Supongo que Seven y Sekani se dan cuenta de por qué pregunté. Los tres intercambiamos miradas.

Nos apresuramos hacia el pasillo. Sekani llega primero, y no es mi mejor momento, pero le jalo el trasero flacucho hacia atrás.

—¡Mami, me empujó! —gimotea.

Le gano a Seven para llegar a la primera habitación. Es más grande que mi habitación actual pero no tanto como la que deseo. Seven llega a la segunda, mira alrededor, y supongo que no le gusta. Eso deja a la tercera como la mejor, y está al final del pasillo.

Seven y yo corremos, y es como Harry Potter contra Cedric Diggory cuando tratan de alcanzar el Cáliz de Fuego. Engancho la camisa de Seven y la estiro hasta tener un agarre lo suficientemente bueno como para jalarlo hacia atrás y llegar antes que él. Lo consigo, y abro la puerta.

Y la habitación es más pequeña que la primera.

—¡Yo pido ésta! —grita Sekani. Se contonea en el marco de la puerta de la primera habitación, la más amplia de las tres. Seven y yo nos la jugamos a piedra, papel o tijeras para quedarnos con la que sigue de tamaño. Seven siempre opta por piedra o papel, así que gano fácilmente.

Papá se va a buscar el almuerzo, y mamá nos muestra el resto de la casa. Mis hermanos y yo tendremos que compartir el baño otra vez. Sekani finalmente aprendió la bella etiqueta de orinar dentro del retrete y el fino arte de jalar la cadena tras usarlo, así que está bien, supongo. La *suite* principal está en el otro pasillo. Hay un cuarto de lavado, un sótano sin completar y una cochera para dos autos. Dice mamá que conseguiremos un aro de basquetbol sobre ruedas. Lo podemos guardar en la cochera, rodarlo al frente de la casa y jugar incluso en el callejón. Una barda de madera rodea el patio trasero, y hay mucho espacio para el jardín de papá y para Brickz.

—Brickz puede venir aquí, ¿cierto? —pregunto.

—Claro. No vamos a dejarlo.

Papá trae hamburguesas y papas, y comemos en el piso de la cocina. El barrio parece muy silencioso. A veces los perros ladran, pero ¿música que sacuda las paredes y disparos? En ningún momento.

—Entonces, vamos a cerrar el trato en las próximas semanas —dice mamá—, pero como es el final del año escolar, vamos a esperar a que terminen en la escuela y tengan vacaciones de verano para mudarnos.

—Porque mudarse no es broma —agrega papá.

—Esperemos que se puedan instalar antes de que vayas a la universidad, Seven —dice mamá—. Además, te dará la oportunidad de decorar tu habitación, para que puedas usarla en vacaciones y en verano.

Sekani sorbe ruidosamente la malteada y dice con la boca llena de espuma:

—Seven dijo que no irá a la universidad.

Papá exclama:

—¿Qué?

Seven fulmina a Sekani con la mirada.

—No dije que no iría la universidad. Dije que no me iré a una universidad

en algún *otro lado*. Iré al Centro Comunitario para estar cerca de Kenya y Lyric.

—Ah, demonios, no —dice papá.

—No puedes hablar en serio —dice mamá.

El Centro Comunitario es el colegio vocacional que está al lado de Garden Heights. Algunas personas la llaman Preparatoria Garden Heights versión 2.0, porque va mucha gente de Garden Heights y se llevan el mismo drama y basura con ellos.

—Tienen clases de ingeniería —argumenta Seven.

—Pero no tendrás las mismas oportunidades que en esas escuelas en las que solicitaste admisión —dice mamá—. ¿Te das cuenta de lo que estás dejando pasar? Becas...

—La oportunidad de que yo tenga finalmente una vida libre de Seven —agrego, y sorbo mi malteada ruidosamente.

—¿Y quién te preguntó? —dice Seven.

—Tu madre.

Golpe bajo, lo sé, pero la respuesta me llega de manera natural. Seven me lanza una papa. La esquivo y me quedo así de cerca de mostrarle el dedo, pero mamá dice: *¡Más te vale que no!*, y lo bajo.

—Mira, tus hermanas no son tu responsabilidad —dice papá—, pero tú sí eres la mía. Y no voy a permitir que dejes pasar la oportunidad de tu vida para que te pongas a hacer lo que se supone que dos jodidos adultos deberían hacer.

—Un dólar, papá —señala Sekani.

—Me encanta que cuides a Kenya y a Lyric —le dice papá a Seven—, pero sólo puedes hacerlo hasta cierto punto. Puedes decidir ir a la universidad que quieras, y ahí tendrás éxito. Pero elígela por ser el lugar en el que quieres estar. No porque trates de asumir el trabajo de otro. ¿Me escuchas?

—Sí —dice Seven.

Papá engancha el brazo alrededor del cuello de Seven y lo acerca a él. Papá le besa la sien.

—Te amo. Y siempre podrás contar conmigo.

Después del almuerzo nos reunimos en la sala, entrelazamos las manos e

inclinamos las cabezas.

—Jesús Negro, gracias por esta bendición —dice papá—. Aunque no nos encantara la idea de mudarnos...

Mamá se aclara la garganta.

—Está bien, aunque *a mí* no me encantara la idea de mudarnos —corrige papá—, resolviste las cosas. Gracias por el nuevo trabajo de Lisa. Por favor, ayúdala y acompáñala cuando haga turnos dobles en la clínica. Ayuda a Sekani con sus exámenes de fin de año. Y gracias, Señor, por ayudar a Seven a hacer algo que yo no hice, conseguir su certificado de bachillerato. Guíalo mientras escoge una universidad y hazle saber que tú proteges a Kenya y a Lyric.

”Bueno, Señor, mañana es un gran día para mi nenita, que deberá enfrentarse al gran jurado. Por favor, dale paz y valor. Por más que yo quiera que resuelvas este caso de cierta manera, sé que ya tienes un plan. Te pido misericordia, Dios. Eso es todo. Misericordia para Garden Heights, para la familia de Khalil, para Starr. Ayúdanos a superar todo esto. Lo pido en tu glorioso nombre...

—Espera —dice mamá.

Entreabro un ojo. Papá lo hace también. Mamá nunca, *nunca* interrumpe las oraciones.

—Eh, cariño —dice papá—, estaba por terminar.

—Tengo algo que agregar. Señor, bendice a mi madre, agradezco que haya acudido a sus fondos de jubilación y que nos facilitara dinero para el anticipo. Ayúdanos a convertir el sótano en una habitación para que a veces pueda acompañarnos.

—No, Señor —dice papá.

—Sí, Señor —dice mamá.

—No, Señor.

—Sí.

—No, ¡amén!

Llegamos a casa a tiempo para ver la postemporada de basquetbol, que es

como una guerra en casa. Yo soy fan de LeBron. Juegue en Miami o en Cleveland, no importa. Yo le apuesto a él. Papá insiste con los Lakers, pero le agrada LeBron. Seven favorece a los Spurs. Mamá es una *hater* que quiere que gane *cualquiera menos LeBron*, y Sekani opta por apoyar a *quien sea que vaya ganando*.

Esta noche juega Cleveland contra Chicago. Las líneas de batalla están trazadas: papá y yo contra Seven y mamá. Sekani se apunta al equipo de *cualquiera menos LeBron*.

Me pongo mi jersey de LeBron. Cada vez que no me lo pongo, su equipo pierde. En serio, no miento. Y tampoco puedo lavarlo. Mamá lavó mi último jersey justo antes de la final y Miami perdió contra los Spurs. Creo que lo hizo a propósito.

Ocupo mi lugar de la suerte frente al sofá modular. Seven entra y pasa por encima de mí, poniendo su enorme pie descalzo en mi cara. Lo retiro a manotazos.

—Quita esta inmundicia de mi rostro.

—Ya veremos quién sigue bromeando después. ¿Lista para una buena paliza?

—¿Que si estoy lista para que la recibas? ¡Sí!

Mamá se asoma por la puerta.

—Munch, ¿quieres helado?

Me le quedo viendo boquiabierta. Ella *sabe* que no como productos lácteos durante los juegos. Los lácteos me producen gases, y los gases traen mala suerte.

Ella sonrío de oreja a oreja.

—¿Qué tal un *sundae*? Chispas, jarabe de fresa, crema batida.

Me cubro las orejas.

—La-la-la-la-la, vete, *hater* de LeBron. La-la-la-la-la.

Como dije, la temporada de basquetbol significa guerra, y mi familia emplea tácticas sucias.

Mamá regresa con un gran tazón de helado y se mete cucharada tras cucharada en la boca. Se sienta en el sofá modular y baja el plato hacia mi rostro.

—¿Segura de que no quieres un poco, Munch? Además, es tu favorito. ¡Está increíble!

Sé fuerte, me digo, pero maldita sea, ese helado se ve delicioso. El jarabe de fresa brilla encima y está cubierto por una gran cucharada de crema batida, divino. Cierro los ojos.

—Quiero más el campeonato.

—Bueno, pues eso no lo vas a conseguir, así que mejor disfruta de una vez del helado.

—¡Ja! —dice Seven.

—¿Qué es todo este parloteo que escucho aquí adentro? —pregunta papá.

Toma el sillón reclinable del modular, su lugar de la suerte. Sekani entra apresurado y se sienta detrás de mí, acomodando sus pies descalzos en mis hombros. No me molesta. Todavía no maduran, ni hieden.

—Le estaba ofreciendo un poco de mi *sundae* a Munch —dice mamá—. ¿Quieres un poco, cariño?

—Diablos, *no*. Ya sabes que no como lácteos durante los partidos.

Se los dije. Va en serio.

—Más vale que tú y Seven se preparen porque Cleveland está por patearles el trasero —dice papá—. Digo, no va a ser una paliza a lo Kobe Bryant, pero va a estar buena.

—¡Amén! —le digo. Excepto por lo de Kobe Bryant.

—Adiós, chico —le dice mamá—. Siempre eliges equipos perdedores. Primero los Lakers...

—Ay, un tricampeón no es un equipo perdedor, nena. Y no siempre elijo mal. —sonríe de oreja a oreja—. Una vez escogí el tuyo, ¿o no?

Mamá levanta los ojos al cielo, pero también sonríe de oreja a oreja y, detesto admitirlo, en este momento se ven bastante adorables.

—Sí —dice—, ésa es la única vez que elegiste bien.

—A-já —dice papá—. Verán, su mamá jugaba para el equipo de Saint Mary, y tuvieron un partido contra la escuela de Garden, la mía.

—Y les pateamos el trasero —dice mamá, lamiendo el helado de su cuchara—. Esas niñas no nos llegaban ni a los talones. Sólo digo la verdad.

—En fin, fui a ver a algunos amigos jugar después del partido de las

chicas —dice papá, mirando a mamá. Esto es tan adorable que no lo puedo soportar—. Llegué temprano y vi a la chica más guapa que hubiera visto jamás, y jugaba como nadie en la cancha.

—Diles lo que hiciste —dice mamá, aunque ya lo sabemos.

—Ay, trataba de...

—*Nada, nada*, diles lo que hiciste —dice.

—Traté de llamar tu atención.

—¡No, no! —dice mamá, levantándose. Me pasa su plato y se para frente a la tele—. Estabas parado así en la línea de banda —dice, y se inclina hacia un lado, y se pone la mano en la entrepierna y se empieza a lamer los labios. Estallamos de la risa. Además, puedo imaginarme perfectamente a papá haciendo eso.

—¡En medio de un partido! —dice—. Parado ahí con cara de pervertido, mirándome sin más.

—Pero te fijaste en mí —dice papá—, ¿no?

—¡Porque te veías como un tonto! Luego, durante el medio tiempo, yo estaba en la banca y él se puso detrás de mí, mientras decía... —pone la voz más profunda—: *¡Eh! ¡Eh, pequeña! ¿Cómo te llamas? ¿Sabes?, te ves muy bien en la cancha. ¿Me das tu número de teléfono?*

—Rayos, papá, qué mala estrategia tienes —dice Seven.

—¡Era una buena técnica! —alega papá.

—¿Pero conseguiste su número esa noche? —dice Seven.

—Bueno, estaba en ello...

—¿Conseguiste el número? —repito la pregunta de Seven.

—*No* —admite, y casi aullamos de la risa—. Hombre, no importa. Ríanse todo lo que quieran. En algún momento hice algo bien.

—Sí —admite mamá, pasándole los dedos por el cabello—. Lo hiciste.

Para el segundo cuarto de Cleveland contra Chicago, todos estamos gritando frente al televisor. Cuando LeBron se roba la pelota, me levanto de un brinco y *¡bam!*, la clava.

—¡Toma! —le grito a mamá y a Seven—. ¡Toma!

Papá choca palmas conmigo y aplaude.

—¡De eso estoy hablando!

Mamá y Seven levantan la mirada al cielo.

Me siento con mi postura de *la hora del juego*, con las rodillas jaladas hacia mí, el brazo derecho envuelto sobre mi cabeza y sosteniendo mi oreja izquierda, y el pulgar izquierdo en la boca. No me odien. Funciona. El ataque y la defensa de Cleveland lo están haciendo como debe ser.

—¡Vamos, Cavs!

Se quiebra el vidrio. Luego se escucha, *bang, bang, bang, bang*. Disparos.

—¡Al suelo! —grita papá.

Ya estoy en el suelo. Sekani baja junto a mí, luego mamá se pone encima de nosotros, y nos envuelve con los brazos. Los pies de papá corren al frente de la casa y se escucha el chirrido de la puerta de enfrente mientras se abre. Se escucha el chillido de unos neumáticos al arrancar.

—Hijo de pu... —el sonido de unos disparos interrumpe a papá.

Se me detiene el corazón. Por un breve segundo, visito un mundo sin mi papá, y no parece ser un mundo real.

Pero sus pisadas vuelven a entrar deprisa.

—¿Están todos bien?

Se levanta el peso que tengo encima de mí. Mamá dice que está bien, y Sekani dice que él también. Seven se une a la confirmación.

Papá tiene su Glock en la mano.

—Le disparé a esos idiotas —dice entre jadeos—. Creo que le di a un neumático. Nunca antes había visto ese auto.

—¿Dispararon hacia la casa? —pregunta mamá.

—Sí, un par de disparos por la ventana de enfrente —dice—. También arrojaron algo. Cayó en la sala.

Me dirijo hacia el frente.

—¡Starr! ¡Vuelve aquí! —grita mamá.

Soy demasiado curiosa y demasiado cabeza dura. Las esquirlas de vidrio resplandecen por todo el sofá de mamá. Hay un ladrillo en medio del piso.

Mamá llama al tío Carlos. Llega a nuestra casa en media hora.

Papá no ha parado de caminar de un lado al otro de la sala de estar, y no ha bajado su Glock. Seven lleva a Sekani a dormir. Mamá está en el sofá conmigo y me rodea con el brazo, y no me suelta.

Algunos de los vecinos se ponen en contacto con nosotros, como la señora Pearl y la señorita Jones. El señor Charles, que vive al lado, vino corriendo con su propia arma en la mano. Nadie vio quién lo hizo.

No importa quién haya sido. Queda claro que era un mensaje para mí.

Tengo una sensación de náusea como cuando comía helado después de jugar demasiado tiempo cuando hacía calor, de pequeña. La señorita Rosalie decía que el calor me *hacía hervir* el estómago y que algo frío lo calmaría. Nada frío podría calmar esto.

—¿Le hablaron a la policía?—pregunta el tío Carlos.

—¡Diablos, *no!* —dice papá—. ¿Cómo sé que no fueron ellos?

—Maverick, deberías haber llamado de todos modos —dice el tío Carlos—. Tiene que quedar un registro de esto, y pueden enviar a alguien a vigilar la casa.

—Ni hablar, ya tengo a alguien que vigile la casa. No te preocupes por eso. Definitivamente no va a ser un puerco corrupto que podría estar detrás de esto.

—¡Los King Lords pudieron haber hecho esto! —dice el tío Carlos—. ¿No dijiste que King hizo una amenaza velada contra Starr por lo de su entrevista?

—No iré mañana —le digo, pero tendría más oportunidad de ser escuchada en un concierto de Drake.

—No es ninguna maldita coincidencia que alguien nos esté tratando de asustar la noche antes de que testifique ante el gran jurado —dice papá—. Esta mierda es algo que harían tus amiguitos.

—Te sorprendería saber cuántos de nosotros queremos justicia en este caso —dice el tío Carlos—. Pero, claro, aquí aparece el clásico Maverick. Todo policía es automáticamente un mal policía.

—No iré mañana —repito.

—No estoy diciendo que todo policía sea un policía malo, pero no me voy

a parar aquí como un idiota creyendo que algunos de ellos no están metidos en negocios turbios. Diablos, me obligaron a tenderme boca abajo en la acera. ¿Y por qué? ¡Porque podían!

—Podría haber sido cualquiera —dice mamá—. Tratar de descifrar quién lo hizo no nos llevará a ningún lado. Lo principal es asegurarnos de que Starr esté segura mañana...

—¡Dije que no iré mañana! —grito.

Finalmente me escuchan. Mi estómago bulle con turbulencia.

—Sí, podrían haber sido los King Lords, ¿pero qué pasa si fue la policía? —miro a papá y recuerdo ese momento hace semanas frente a la tienda—. Pensé que iban a matarte —digo con un graznido—. Por mi culpa.

Se arrodilla frente a mí y coloca la Glock junto a mis pies. Me levanta la barbilla.

—Primer punto del Programa de los Diez Puntos. Dilo.

Mis hermanos y yo aprendimos a recitar el Programa de los Diez Puntos de los Panteras Negras de la misma manera en que otros chicos aprenden el Juramento a la Bandera.

—*Queremos libertad* —le digo—. *Queremos el poder para determinar el destino de nuestras comunidades negras.*

—Vuelve a decirlo.

—*Queremos libertad* —repito—. *Queremos el poder para determinar el destino de nuestras comunidades negras.*

—Punto siete.

—*Queremos un cese inmediato a la brutalidad policial* —recito— *y al asesinato de personas negras.*

—De nuevo.

—*Queremos un cese inmediato a la brutalidad policial y al asesinato de personas negras.*

—¿Y cuál, dijo el hermano Malcolm, es nuestro objetivo?

Seven y yo podíamos enumerar citas de Malcolm X desde los trece años. Sekani todavía no llega a eso.

—*Libertad, justicia e igualdad plenas* —le digo—, *por cualquier medio necesario.*

—De nuevo.

—*Libertad, justicia e igualdad plenas, por cualquier medio necesario.*

—¿Así que por qué vas a callarte? —pregunta papá.

Porque el Programa de los Diez Puntos ni siquiera funcionó para los Panteras. Huey Newton murió adicto al *crack*, y el gobierno aplastó a los Panteras uno por uno. *Por cualquier medio necesario* no evitó que el hermano Malcom muriera, posiblemente a manos de su propia gente. Las intenciones siempre lucen mejor en papel que en la realidad. La realidad es que quizá no llegue al juzgado en la mañana.

Nos sorprenden dos golpes fuertes en la puerta de enfrente.

Papá se endereza, toma su Glock, y va a abrir. Le dice: *¿Qué tal?* a alguien, y hay un sonido como de palmas que se encuentran. Luego se escucha una voz masculina que dice:

—Ya sabes que te tenemos cubierto, Big Mav.

Papá regresa con unos tipos altos, de hombros anchos, vestidos de gris y negro. Es un gris más claro que el que usan King y su gente. Hay que tener el ojo entrenado en el barrio para darse cuenta y entender. Se trata de otro grupo de King Lords.

—Éste es Goon —papá señala al más pequeño, que está delante, peinado con coletas—. Él y sus chicos nos proporcionarán seguridad esta noche y mañana.

El tío Carlos se cruza de brazos y le lanza una mirada dura a los King Lords.

—¿Le pediste a los King Lords que vigilen la casa cuando son los King Lords los que pueden habernos metido en esta posición?

—Estos tipos no tienen nada que ver con King —dice papá—. Son los King Lords de Cedar Grove.

Mierda, para el caso podrían ser Discípulos del Jardín, entonces. Las células hacen toda la diferencia entre pandilleros, no los colores. Los King Lords de Cedar Grove han estado peleando con la célula de King, los King Lords del lado Oeste, desde hace tiempo.

—¿Necesitas que nos retiremos, Big Mav? —pregunta Goon.

—No, no se preocupen por él —dice papá—. Ustedes saben lo que

vinieron a hacer.

—No es nada —dice Goon, y le hace un *dap* a papá. Él y sus chicos se vuelven a dirigir hacia fuera.

—¿En verdad lo haces en serio? —grita el tío Carlos—. ¿En verdad crees que los pandilleros pueden proporcionar la seguridad adecuada?

—Están armados, ¿no? —dice papá.

—¡Es absurdo! —el tío Carlos observa a mamá—. Mira, yo voy con ustedes al juzgado mañana con tal de que ellos no vengán también.

—Pedazo de imbécil —dice papá—. Ni siquiera puedes proteger a tu sobrina porque tienes miedo de lo que vayan a pensar tus colegas si trabajas con pandilleros.

—Ah, ¿quieres empezar con eso, Maverick? —dice el tío Carlos.

—Carlos, cálmate.

—No, Lisa. Me quiero asegurar de haber entendido esto. ¿Se refiere a la misma sobrina a la que cuidé mientras él estaba tras las rejas? ¿Eh? ¿A la que llevé a su primer día de escuela porque él se hizo responsable de su supuesto *hermano*? ¿A la que abracé cuando lloraba por su papá ausente?

Está hablando con fuerza, y mamá se para frente a él para alejarlo de papá.

—¡Me puedes insultar con lo que quieras, Maverick, pero nunca digas que no me importan mi sobrina y mis sobrinos! ¡Sí, así es, sobrinos! Seven también. Cuando estabas encerrado...

—Carlos —dice mamá.

—No, esto tiene que escucharlo. Cuando estabas encerrado, yo ayudaba a Lisa cada vez que la mamá de tu hijo abandonaba a Seven durante varias semanas. ¡Yo! Le compré ropa, comida, le proporcioné refugio. ¡Yo, el mismo! Demonios, no, no quiero involucrarme con criminales, ¡nunca vuelvas a insinuar que no me importan estos chicos!

La boca de papá se aprieta. Está callado.

El tío Carlos toma sus llaves de la mesa de centro, me da dos besos en la frente y se va, azotando la puerta.

CAPÍTULO 19

Me despierta el aroma a tocino ahumado a la leña y el sonido de muchas voces.

Parpadeo para aliviar mis ojos de la embestida del color de mis muros azul neón. Me quedo ahí recostada unos cuantos minutos antes de recordar que es el día del gran jurado.

Es hora de ver si le fallaré a Khalil o no.

Meto los pies en las pantuflas y me dirijo hacia las voces desconocidas. Seven y Sekani ya están en la escuela para esta hora, y ellos no tienen las voces tan graves. Debería preocuparme que unos desconocidos me vean en pijama, pero ésa es la belleza de dormir en camiseta y shorts de basquetbol. No verán mucho.

De nuevo hay únicamente espacio para pararse en la cocina. Tipos de pantalones negros, camisa blanca y corbata están sentados a la mesa o parados contra la pared, metiéndose cucharada tras cucharada de comida en las bocas. Tienen los rostros y las manos tatuadas. Un par de ellos me saluda con un rápido movimiento de cabeza y un *Hey*, entre bocas llenas de comida.

Los King Lords de Cedar Grove. Vaya, qué bien les sienta arreglarse.

Mamá y la tía Pam trabajan frente a la estufa, mientras chisporrotean sartenes repletas de tocino y huevo, y las llamas azules del fuego danzan debajo de ellos. Nana sirve jugo y café, y no para de abrir la bocota.

Mamá apenas mira por encima de su hombro y dice:

—Buen día, Munch. Tu plato está en el microondas. Ven a sacarme estas galletas, por favor.

Ella y la tía Pam se mueven a los extremos de la estufa, mezclando el

huevo y volteando el tocino. Agarro una toalla y abro el horno. De inmediato me golpea el aroma a galletas de mantequilla y una oleada de calor. Levanto la charola con la toalla, y esa cosa todavía está demasiado caliente como para sostenerla demasiado tiempo.

—Por acá, mamita —dice Goon en la mesa.

Me alegra haberla bajado. No han pasado ni dos minutos desde que la coloqué en la mesa y ya desaparecieron todas las galletas. ¡Joder! Tomo un plato cubierto de papel de cocina del microondas, antes de que los King Lords lo aspiren también.

—Starr, toma esos otros platos para tu papá y tu tío —dice la tía Pam—. Lléveselos afuera, por favor.

¿El tío Carlos está aquí? Le pregunto a la tía Pam: *Sí, señora*, apilo los platos encima del mío, tomo la salsa picante y unos tenedores, y me voy mientras Nana comienza con una de sus historias de *Allá en mis épocas de teatro*.

Afuera, el sol brilla tanto que hace que la pintura de mis paredes parezca opaca. Entrecierro los ojos y miro a mi alrededor en busca de papá o el tío Carlos. La puerta trasera de la Tahoe de papá está levantada, y están sentados detrás.

Mis pantuflas raspan contra el concreto, haciendo un sonido como el de una escoba que barre el suelo. Papá se asoma de la camioneta.

—Ahí viene mi nena.

Le paso su plato y el del tío Carlos, y a cambio recibo un beso de papá en la mejilla.

—¿Dormiste bien? —pregunta.

—*Un poco*.

El tío Carlos aparta su pistola del espacio que hay entre ellos, y palmea en el hueco.

—Acompáñanos un rato.

Me subo junto a ellos de un brinco. Desenvolvemos los platos con suficientes galletas, tocino y huevo para alimentar a varios de nosotros.

—Creo que éste es tuyo, Maverick —dice el tío Carlos—. Tiene tocino de pavo.

—Gracias, hombre —dice papá, e intercambian sus platos.

Esparzo la salsa picante sobre mis huevos y le paso la botella a papá. El tío Carlos extiende la mano para que también se la dé.

Papá sonrío socarronamente y se la pasa.

—Habría pensado que eras demasiado refinado como para echarle salsa picante a tus huevos.

—Te das cuenta de que ésta es la casa en la que crecí, ¿cierto? —cubre los huevos por completo de salsa picante, baja la botella y se lame los dedos, que todavía tienen un poco—. Pero no le digan a Pam que comí todo esto. Siempre me vigila para que cuide mi nivel de sodio.

—No digo nada si tú no dices nada —contesta papá. Juntan los puños y cierran el trato.

Me desperté en otro planeta o en una realidad alterna. O algo así.

—¿De repente no hay ningún problema entre ustedes?

—Hemos hablado —dice papá—. Todo está bien.

—Sí —dice el tío Carlos—. Algunas cosas son más importantes que otras. Quiero detalles pero no me los van a dar. No importa, si ellos están bien, yo estoy bien. ¿Y, sinceramente? Ya era hora, de una maldita vez.

—Ahora que tú y la tía Pam están aquí, ¿dónde está DeVante? —le pregunto al tío Carlos.

—En casa, para variar, y no jugando a los videojuegos con tu noviecito.

—¿Por qué Chris siempre tiene que ser el *noviecito* para ti? —pregunto—. No está nada pequeño.

—Más vale que te refieras a su altura —dice papá.

—Amén —agrega el tío Carlos, y vuelven a juntar los puños.

Así que encontraron un terreno común para quejarse: Chris. Vaya sorpresa.

Nuestra calle está prácticamente en silencio esta mañana. Normalmente lo está. El drama siempre proviene de la gente que no vive en la calle Lily. A dos casas de aquí, la señora Lynn y la señorita Carol hablan en el patio de la señora Lynn. Probablemente chismorreando. No puedes contar algo a ninguna de ellas si no quieres que se transmita por todo Garden Heights como si fuera un resfriado. La señora Pearl trabaja en su jardín al otro lado de la

calle, con un poco de ayuda de Cuarenta Onzas. Todos le dicen así porque siempre pide dinero para comprar *Cuarenta onzas de la licorería*. Su oxidado carrito de supermercado, con todas sus pertenencias, está en el acceso para autos de la señora Pearl, y lleva un gran costal de mantillo al fondo de él. Por lo visto tiene mano para la jardinería. Se ríe de algo que dice la señora Pearl, y probablemente el resto de la calle escucha esa carcajadota suya.

—No puedo creer que siga vivo este tonto —dice el tío Carlos—. Hubiera creído que a estas alturas estaría bajo tierra de tanto beber.

—¿Quién? ¿Cuarenta Onzas? —pregunto.

—¡Sí! Ya estaba aquí cuando yo era niño.

—*Ni hablar*, no se va a ir a ningún lado —dice papá—. Dice que el alcohol lo mantiene vivo.

—¿La señora Rooks todavía vive a la vuelta de la esquina? —pregunta el tío Carlos.

—*Sí* —le respondo yo—. Y todavía hace el mejor pastel *red velvet* que hayas comido en la vida.

—¡Vaya! Le dije a Pam que no he vuelto a probar un *red velvet* tan bueno como el de la señora Rooks. Y qué hay de... —chasquea los dedos—. El que reparaba coches. Vivía en la esquina.

—El señor Washington —dice papá—. Todavía sigue vivo y todavía trabaja mejor que cualquier otro mecánico de la zona. Además, su hijo le está ayudando.

—¿El pequeño John? —pregunta el tío Carlos—. ¿El que jugaba basquetbol pero se empezó a meter eso?

—*Sí* —dice papá—. Lleva un tiempo limpio.

—Hombre —el tío Carlos empuja su huevo de un lado al otro del plato—. A veces casi extraño vivir aquí.

Miro a Cuarenta Onzas ayudar a la señorita Pearl. La gente de por aquí no tiene mucho, pero se ayudan los unos a los otros lo mejor que pueden. Es una familia extraña y disfuncional como el demonio, pero familia, en cualquier caso. Más de lo que me había dado cuenta desde hacía mucho tiempo.

—¡Starr! —me llama Nana desde la puerta de enfrente. La gente que esté a dos calles de aquí probablemente la habrá escuchado, así como escucharon

a Cuarenta Onzas—. Tu mamá dice que te apresures. Tienes que arreglarte. ¡Hola, Pearl!

La señora Pearl se protege los ojos del sol y mira hacia nosotros.

—¡Hola, Adele! Hace rato que no te veo. ¿Cómo estás?

—Aquí sigo, chica. ¡Qué bien tienes tu jardín floreado! Pasaré más tarde por unas aves del paraíso.

—Está bien.

—¿A mí no me vas a saludar, Adele? —pregunta Cuarenta Onzas. Cuando habla, revuelve todo como si fuera una sola y larga palabra.

—Diablos, *ni hablar*, viejo tonto —dice Nana, y azota la puerta detrás de ella.

Papá, el tío Carlos y yo nos doblamos de la risa.

Los King Lords de Cedar Grove nos siguen en dos autos, y el tío Carlos nos lleva a mí y a mis padres. Uno de sus compañeros que está fuera de servicio ocupa el asiento del copiloto. Nana y la tía Pam también nos siguen.

Tantas personas, sin embargo, y ninguna puede entrar al salón del gran jurado conmigo.

Toma quince minutos llegar al centro desde Garden Heights. Siempre hay obras por algún edificio nuevo. En Garden Heights hay chicos que venden droga en las esquinas mientras que en el centro hay gente vestida con trajes de negocios que espera a que cambie la luz antes de cruzar la calle. Me pregunto si alguna vez escuchan los disparos y la mierda de mi barrio.

Damos vuelta sobre la calle donde está el juzgado, y sufro uno de esos momentos extraños de *déjà vu*. Tengo tres años y el tío Carlos nos lleva en el auto a mamá, a Seven y a mí. Mamá llora todo el camino, y yo deseo que papá esté aquí porque siempre logra que deje de llorar. Seven y yo tomamos las manos de mamá mientras entramos a una sala de juzgado. Unos policías traen a papá vestido de anaranjado. No puede abrazarnos porque está esposado. Le digo que me gusta su ropa; el naranja es uno de mis colores favoritos. Pero me mira muy serio y me dice: *Nunca vayas a usar uno de éstos, ¿me escuchas?*

Lo único que recuerdo después de eso es que el juez dice algo, mamá llora y papá nos dice que nos ama mientras los oficiales se lo llevan. Durante tres años odié el juzgado por habernos quitado a papá.

No me emociona verlo ahora. Hay camionetas de prensa frente al edificio, y las barricadas policiales los separan de todos los demás. Ya entendí por qué le dicen *circo mediático*. Realmente parece como si el circo hubiera llegado al pueblo.

Hay dos filas de tránsito que separan el juzgado del frenesí mediático, pero juro que están a un mundo de distancia. Hay cientos de personas arrodilladas en silencio en el césped del juzgado. Frente a la multitud, hay hombres y mujeres con alzacuellos eclesiásticos y la cabeza inclinada.

Para evitar a los payasos y sus cámaras, el tío Carlos baja por la calle junto al juzgado. Entramos por la puerta de atrás. Goon y otro King Lord nos acompañan. Me escoltan, y no dudan en dejar que los de seguridad revisen que no estén armados.

Otro guardia de seguridad nos conduce por el juzgado. Cuanto más nos adentramos en su interior, menos gente vemos al pasar en los pasillos. La señorita Ofrah espera junto a una puerta que tiene una placa de latón en la que dice Sala del Gran Jurado.

Me abraza y me pregunta:

—¿Lista?

Para variar, lo estoy.

—Sí, señora.

—Estaré aquí afuera todo el tiempo —dice—. Si tienes que preguntar algo, tienes el derecho a hacerlo—. Voltea a mirar al séquito —lo siento, pero sólo permiten que los papás de Starr miren por el circuito cerrado.

El tío Carlos y la tía Pam me abrazan. Nana me da una palmadita en el hombro mientras menea la cabeza. Goon y su chico asienten velozmente en mi dirección y se van con ellos.

Los ojos de mamá se llenan de lágrimas.

—Estoy orgullosa de ti, nena. Eres tan valiente.

Esa palabra. La odio.

—No, no lo soy.

—Sí lo eres —da un paso hacia atrás y aparta un mechón de pelo de mi rostro. No puedo explicar la mirada en sus ojos, pero me conoce mejor de lo que me conozco. Me envuelve y me llena de calor de adentro hacia afuera.

—Que seas valiente no quiere decir que no tengas miedo, Starr —dice ella—. Significa que sigues adelante aunque tengas miedo. Y eso es lo que estás haciendo.

Se pone ligeramente de puntillas y me besa la frente como si eso lo volviera verdad. Para mí es como si lo hiciera.

Papá nos rodea con los brazos a las dos.

—Tú puedes, nenita.

La puerta a la sala del gran jurado se abre con un chirrido y la fiscal de distrito, la señorita Monroe, se asoma.

—Estamos listos si tú lo estás.

Entro sola al salón del gran jurado, pero de alguna manera mis padres me acompañan.

La estancia tiene paredes con paneles de madera, y carece de ventanas. Hay alrededor de veinte personas, entre hombres y mujeres, en una mesa con forma de U. Algunas de ellas son negras, otras no. Nos siguen con la mirada mientras la señorita Monroe me conduce a una mesa con micrófono que se encuentra frente a ellos.

Una de las colegas de la señorita Monroe me hace prestar el juramento, y prometo sobre la Biblia decir la verdad. En silencio se lo prometo a Khalil también.

La señorita Monroe dice desde el fondo de la sala:

—¿Podrías presentarte, por favor, ante el gran jurado?

Me acerco al micrófono y me aclaro la garganta.

—Mi nombre es... —digo con un hilo de voz que suena como el de una niña de cinco años. Me enderezo y lo intento otra vez—. Mi nombre es Starr Carter. Tengo dieciséis años.

—El micrófono sólo sirve para grabar tu declaración, no magnifica tu voz —dice la señorita Monroe—. Mientras conversamos, necesitamos que hables lo suficientemente alto como para que todos puedan escucharte, ¿entiendes?

—Sí... —mis labios rozan el micrófono. Demasiado cerca. Me muevo

hacia atrás y lo intento de nuevo—. Sí, señora.

—Bien. Vienes aquí por voluntad propia, ¿correcto?

—Sí, señora.

—Tienes un abogado, la señorita April Ofrah, ¿correcto? —dice.

—Sí, señora.

—Entiendes que es tu derecho poder consultarla, ¿correcto?

—Sí, señora.

—Entiendes que no estás bajo sospecha de ningún cargo criminal, ¿correcto?

Qué basura. Khalil y yo hemos estado bajo sospecha desde que él murió.

—Sí, señora.

—Hoy queremos escuchar con tus propias palabras lo que le ocurrió a Khalil Harris, ¿de acuerdo?

Miro al jurado, incapaz de interpretar la expresión de sus rostros y entender si realmente quieren escuchar mis palabras. Esperemos que sí.

—Sí, señora.

—Ya que tenemos eso entendido, hablemos de Khalil. ¿Eras su amiga, correcto?

Asiento con la cabeza, pero la señorita Monroe dice:

—Por favor, da una respuesta verbal.

Me inclino hacia el micrófono y digo:

—Sí, señora.

Mierda. Se me olvidó que el jurado no puede escuchar con eso y que sólo es para grabar. No tiene ningún sentido que esté tan nerviosa.

—¿Desde cuándo conocías a Khalil?

La misma historia completa otra vez. Me vuelvo un robot que repite cómo conocí a Khalil desde que tenía tres años, cómo crecimos juntos, el tipo de persona que era.

Cuando termino, la señorita Monroe dice:

—Está bien. Vamos a discutir en detalle lo sucedido la noche del tiroteo. ¿Puedes hacerlo?

Mi parte no valiente, a la que siento como la mayor parte de mí, grita que no. Quiere arrastrarse hasta un rincón y hacer como si nada de esto hubiera

ocurrido jamás. Pero toda esa gente de allá afuera está rezando por mí. Mis papás me están mirando. Khalil me necesita.

Me enderezo y dejo que mi diminuta partecita valiente hable:

—Sí, señora.

TERCERA PARTE

OCHO SEMANAS DESPUÉS

CAPÍTULO 20

Tres horas. Ése fue el tiempo que estuve en la sala del gran jurado. La señorita Monroe me hizo todo tipo de preguntas. ¿En qué ángulo estaba Khalil cuando le dispararon? ¿De dónde extrajo su licencia y su tarjeta de circulación? ¿Cómo lo sacó el oficial Cruise del auto? ¿El oficial Cruise parecía enfadado? ¿Qué dijo?

Quería saber cada pequeño detalle. Le di todos los que pude.

Ya pasaron más de dos semanas desde que hablé con el gran jurado, y ahora estamos esperando su decisión, que es algo parecido a que se estrelle un meteorito. Sabes que está en camino, pero no estás seguro de cuándo y dónde caerá exactamente, y no puedes hacer ni mierda en ese tiempo más que seguir viviendo.

Así que estamos viviendo.

Hoy salió el sol, pero cayó una tromba en cuanto llegamos al estacionamiento de Williamson. Cuando llueve así mientras hay sol, Nana dice que es el Diablo que le está dando una paliza a su esposa. Además, es viernes 13, o lo que es lo mismo, el día del Diablo, según Nana. Probablemente esté refugiada en casa como si fuera el Juicio Final.

Seven y yo salimos corriendo del auto a la escuela. El patio está bullicioso como siempre, con gente que habla en pequeños grupos o que está perdiendo el tiempo sin más. El año escolar casi concluye, así que el nivel de ociosidad de todos está en su punto más alto, y la ociosidad de los chicos blancos tiene toda una categoría propia. Lo siento, pero es así. Ayer un chico de segundo año bajó las escaleras metido en el contenedor de basura del conserje. El idiota se consiguió una suspensión y una contusión al mismo tiempo.

Estúpido.

Muevo los dedos del pie. El único día que decido usar Chucks, decide llover. Están secos de milagro.

—¿Estás bien? —pregunta Seven, y dudo que sea por la lluvia. Ha estado mucho más protector últimamente, desde que nos llegó el rumor de que King todavía estaba enojado por la acusación. Escuché al tío Carlos decirle a papá que le daba una razón más a la policía para observar a King de cerca.

A menos que King haya lanzado el ladrillo, no ha hecho nada. *Todavía*. Así que Seven siempre está en guardia, incluso en Williamson.

—Sí —le digo—. Estoy bien.

—Bien.

Me hace un *dap* y se va a su casillero.

Me dirijo al mío. Hailey y Maya están hablando cerca del casillero de Maya. De hecho, es Maya la que está hablando. Hailey tiene los brazos cruzados y pone los ojos en blanco una y otra vez. Me ve por el pasillo y adopta una expresión petulante.

—Perfecto —dice cuando me acerco—. Llegó la mentirosa.

—¿Perdón? —es demasiado temprano para estas tonterías.

—¿Por qué no le cuentas a Maya cómo nos mentiste descaradamente?

—¿Qué?

Hailey me da dos fotos. Una es la *foto de maleante* de Khalil, como la denomina papá. Es una de las fotos que mostraron en las noticias. Hailey la imprimió de internet. Khalil exhibe una sonrisita socarrona, mientras toma un puñado de dinero y hace la señal de la paz de lado con la mano.

En la otra, tiene doce años. Lo sé porque yo también salgo. Es en mi fiesta de cumpleaños en un salón para jugar con pistolas láser en el centro. Khalil está a mi lado, metiéndose un pastel de fresa en la boca, y Hailey está del otro, sonriendo a la cámara conmigo.

—Ya me parecía conocido —dice Hailey, tan petulantemente como parece—. *Él* es el Khalil que conocías. ¿O no?

Me quedo mirando a los dos Khalils. Las fotos no muestran mucho. Para algunas personas, la *foto de maleante* hace que parezca justamente eso: un maleante. Pero yo veo a alguien que finalmente estaba feliz de tener dinero en

la mano, qué carajos importa de dónde viniera. ¿Y la foto del cumpleaños? Recuerdo que Khalil comió tanto pastel y tanta pizza que enfermó. Todavía no le habían pagado a su abuela, y tenían poca comida en casa.

Yo conocí al Khalil completo. Por él he estado levantando la voz, y no debería negar ninguna parte de él. Ni siquiera en Williamson.

Le devuelvo las fotos a Hailey.

—Sí, lo conocía. ¿Y?

—¿No crees que nos debes una explicación? —dice—. Y una disculpa.

—¿Cómo?

—Básicamente has estado buscando pelea conmigo porque estabas alterada por lo que le pasó a él —dice—. Hasta me acusaste de ser racista.

—Pero has dicho y hecho cosas racistas. Entonces... —Maya se encoge de hombros—. Que Starr mintiera o no, no te da la razón.

Se activa la alianza de minorías.

—Entonces, ya que dejé de seguirla en Tumblr porque no quería ver más fotos de ese chico mutilado en mi muro...

—Su nombre era Emmett Till —dice Maya.

—Me da igual. Entonces, como no quiero ver esa mierda asquerosa, ¿soy racista?

—No —dice Maya—. Lo que dijiste sobre ello fue racista. Y tu broma del día de Acción de Gracias fue definitivamente racista.

—Ay, Dios mío, ¿todavía estás molesta por eso? —dice Hailey—. ¡Fue hace muchísimo tiempo!

—Eso no hace que esté bien —le digo—. Y ni siquiera eres capaz de disculparte por ello.

—No me disculpo, ¡porque simplemente fue una broma! —grita—. Eso no me hace racista. No voy a dejar que me hagan sentir culpable de esta manera. ¿Y después qué? ¿Quieren que les pida una disculpa porque mis ancestros fueron esclavistas o una estupidez así?

—Perra... —tomo una respiración profunda. Hay demasiada gente mirando. No puedo convertirme en la *chica negra enojada*—. Tu broma fue hiriente —le digo, con toda la calma que puedo—. Si Maya te importara lo más mínimo, te disculparías y por lo menos intentarías saber por qué le

afectó.

—¡No es culpa mía que no pueda superar una *broma* que hice hace años!
Y tampoco es culpa mía que no puedas superar lo que le pasó a Khalil.

—¿Entonces se supone que debo *superar* el hecho de que lo asesinaran?

—¡Sí, supéralo! Probablemente iba a acabar muerto de todos modos.

—¿Estás hablando en serio? —dice Maya.

—Vendía drogas y era un pandillero —dice Hailey—. En algún momento alguien iba a matarlo.

—¿Superarlo? —repito.

Ella se cruza de brazos y hace un pequeño movimiento con el cuello.

—Eh, ¿sí? ¿No es lo que dije? El policía probablemente nos hizo un favor a todos. Un traficante menos en la...

Quito a Maya del camino y golpeo con mi puño el rostro de Hailey. Duele, pero maldita sea, qué bien se siente.

Hailey se agarra la mejilla con los ojos desorbitados y la boca abierta durante varios segundos.

—¡Perra! —dice con un alarido. Va directamente por mi cabello como hacen las chicas normalmente, pero mi coleta es firme. No me la va a arruinar.

Le pego con los puños a Hailey, y ella me da manotazos y arañazos en la parte superior de la cabeza. La empujo a un lado, y cae contra el suelo. Se levanta la falda, y sus calzones rosas quedan al descubierto para que todos los vean. Alrededor de nosotros estallan las risas. Algunos ya sacaron sus teléfonos.

Ya no soy la Starr de Williamson, y ni siquiera la Starr de Garden Heights. Estoy furiosa.

Pateo y doy de golpes contra Hailey, mientras salen volando maldiciones de mi boca. La gente se reúne alrededor de nosotros, cantando: *¡Pe-le-a, pe-le-a!*, y un tonto incluso grita *¡Worldstar!*, por la página web en la que algunos suben peleas callejeras.

Mierda. Voy a acabar viralizada en ese sitio de perras.

Alguien me jala del brazo, y me volteo para encontrarme cara a cara con Remy, el hermano mayor de Hailey.

—Qué te pasa, perr...

Antes de que pueda terminar de decir *perra*, un manchón de rastas carga contra nosotros y empuja a Remy hacia atrás.

—¡Quítale las manos de encima a mi hermana! —dice Seven.

Y después de eso inicia la pelea. Seven lanza golpes como loco, dándole a Remy en la cabeza con varios ganchos y otros buenos golpes. Papá solía llevarnos al gimnasio de boxeo después de clases.

Dos guardias de seguridad llegan corriendo. El doctor Davis, el director, marcha hacia nosotros.

Una hora después, estoy en el coche de mamá. Seven nos sigue en su Mustang.

Nos sentenciaron a los cuatro a tres días de suspensión, a pesar de la política de cero tolerancia de Williamson. Al papá de Hailey y de Remy, que es miembro de la junta directiva de Williamson, le pareció escandaloso. Dijo que deberían expulsarnos a Seven y a mí porque nosotros *empezamos*, y que no deberían dejar que Seven se gradúe. El doctor Davis le dijo que *teniendo en cuenta las circunstancias*, y me miró directamente, *bastará con una suspensión*. Él sabe que yo estaba con Khalil.

—Esto es exactamente lo que *Ellos* esperan que ustedes hagan —dice mamá—. Dos chicos de Garden Heights, ¡comportándose como si no tuvieran el menor sentido común!

Ellos con *E* mayúscula. Están Ellos y estamos Nosotros. A veces Ellos se parecen a Nosotros y no se dan cuenta de que Ellos somos Nosotros.

—Pero es que no paraba de decir estupideces, que Khalil se merecía...

—No me importa si hubiera dicho que ella misma le disparó. La gente va a decir muchas cosas, Starr. Eso no quiere decir que tengas derecho de golpearla. A veces tienes simplemente que dar la espalda.

—Quieres decir, ¿dar la espalda, y que me disparen como lo hicieron con Khalil?

Suspira.

—Nena, lo entiendo...

—¡No lo entiendes! —le digo—. ¡*Nadie* lo entiende! *Yo* vi cómo las balas lo atravesaron. *Yo* me quedé ahí sentada en la calle mientras exhalaba su último suspiro. *Yo* he tenido que escuchar a la gente intentando hacer que suene normal el hecho de que lo hayan asesinado. Como si se lo mereciera. Pero no merecía morir, ¡y no hice nada para tener que haber visto esa mierda!

WebMD lo llama una etapa del duelo: *la ira*. Pero dudo que jamás llegue a las siguientes etapas. Ésta me corta en un millón de pedazos. Cada vez que me siento entera y de vuelta a la normalidad, pasa algo que me desmorona, y estoy obligada a empezar de nuevo.

La lluvia para. El Diablo deja de azotar a su mujer, pero yo azoto el tablero, golpeándolo una y otra vez, insensible al dolor. Quiero ser insensible al dolor de todo esto.

—Suéltalo, Munch —mamá acaricia mi espalda—. Déjalo salir.

Me jalo la camiseta polo sobre la boca y grito hasta que ya no me quedan más gritos dentro. Si todavía quedan, no tengo ya la energía para sacarlos. Lloro por Khalil, por Natasha, hasta por Hailey, porque, carajo, a ella también acabo de perderla para siempre.

Cuando damos la vuelta, estoy moqueando y con los ojos húmedos. Finalmente insensible.

Hay una *pickup* gris y un Chrysler 300 verde estacionados detrás de la camioneta de papá en el acceso para el auto. Mamá y Seven tienen que estacionarse frente a la casa.

—¿Qué se trae ese hombre? —dice mamá. Me voltea a ver—. ¿Te sientes mejor?

Asiento. ¿Qué otra opción me queda?

Se inclina hacia mí y me besa la sien.

—Lograremos salir de esto. Lo prometo.

Bajamos del auto. Estoy ciento por ciento segura de que los coches de la entrada pertenecen a unos King Lords y Discípulos del Jardín. En Garden Heights no puedes conducir un auto que sea gris o verde, a menos que estés en una de las pandillas. Espero escuchar gritos y maldiciones al entrar, pero lo único que oigo es a papá decir: *No tiene sentido, hombre. En serio, no lo tiene.*

En la cocina sólo hay espacio para estar en pie. No podemos ni entrar porque hay unos tipos parados en la entrada. La mitad lleva el color verde en alguna parte de la ropa. Discípulos del Jardín. Los demás tienen el color gris claro en alguna parte. Los King Lords de Cedar Grove. El sobrino del señor Reuben, Tim, está sentado a la mesa junto a papá. Nunca había notado el tatuaje caligráfico de los Discípulos que tiene en el brazo.

—No sabemos cuándo tomará la decisión el gran jurado —dice papá—. Pero si deciden no procesar al puerco, tienen que decirles a todos esos chicos que no quemem este barrio hasta convertirlo en cenizas.

—¿Entonces qué esperas que hagan? —dice un DJ que está en la mesa—. La gente está harta de esta basura, Mav.

—Es verdad —dice el King Lord Goon, quien está también a la mesa. Sus trenzas largas están atadas con ligas para coletas, como las que usaba yo en los viejos tiempos—. No hay nada que podamos hacer al respecto.

—Tonterías —dice Tim—. Podemos hacer algo.

—Todos estamos de acuerdo en que los disturbios se salieron de control, ¿no? —dice papá.

Recibe un montón de *sí* y *ya*.

—Entonces podemos asegurarnos de que no vuelva a ocurrir. Hablen con estos chicos. Métanselo en las cabezas. Sí, están enojados. Todos estamos enojados, pero incendiar nuestro barrio no va a arreglar nada.

—¿Nuestro? —dice el DJ a la mesa—. Negro, dijiste que te mudabas.

—A la *zona residencial* —se burla Goon—. ¿Te vas a comprar una minivan también, Mav?

Todos se ríen con eso.

Pero papá no.

—Me mudo, ¿y qué? Todavía tendré mi tienda aquí, y todavía me importará lo que pase aquí. ¿A quién le puede beneficiar que arda todo el barrio? Sin duda, a ninguno de nosotros nos beneficiará un carajo.

—Tenemos que organizarnos mejor la próxima vez —dice Tim—. Para empezar, asegurarnos de que nuestros hermanos y hermanas sepan que no pueden destrozarnos negocios de propietarios negros. Eso nos perjudica a todos.

—Así es —dice papá—. Y sé que Tim y yo ya estamos fuera del juego,

así que no podemos hablar de algunas cosas, pero de alguna manera tenemos que dejar a un lado estas guerras territoriales. Esto es más grande que cualquier mierda callejera. Y, sinceramente, toda esta mierda callejera es lo que hizo que la policía pensara que podían hacer lo que quisieran.

—Sí, en eso estoy de acuerdo —dice Goon.

—Todos debemos unirnos de alguna manera, hombre —dice papá—. Por el bien de Garden Heights. Lo último que esperarían es un poco de unidad por acá. ¿Estamos de acuerdo?

Papá estrecha palmas con Goon y el Discípulo del Jardín. Luego Goon y el Discípulo del Jardín estrechan palmas el uno con el otro.

—¡Vaya! —dice Seven.

Es un paso enorme que estas dos pandillas estén juntas en la misma habitación, ¿y que papá sea el artífice de todo esto? Qué locura.

Se da cuenta de que estamos en la entrada.

—¿Qué hacen aquí?

Mamá se abre espacio lentamente hacia la cocina, mirando a su alrededor.

—Suspendieron a los niños.

—¿Los suspendieron? —dice papá—. ¿Por qué?

Seven le pasa su teléfono.

—¿Ya está en línea? —le digo.

—Sí, alguien me etiquetó.

Papá le da un leve golpe a la pantalla, y escucho a Hailey despotricar sobre Khalil, y luego un golpe.

Algunos de los miembros miran por encima del hombro de papá.

—Vaya, mamita —dice uno de ellos—, tienes buenos puños.

—Qué te pasa, perr... —dice Remy al teléfono. A lo cual le siguen un montón de bofetadas y *oooh*.

—¡Miren a mi niño! —dice papá—. ¡Mírenlo nada más!

—Pedazo de *nerd*, no sabía que tuvieras esas habilidades —bromea un King Lord.

Mamá se aclara la garganta. Papá detiene el video.

—Está bien, chicos —dice, de repente serio—. Tengo que encargarme de unos asuntos familiares. Mañana nos volveremos a reunir.

Tim y todos los pandilleros se marchan, y ya afuera arrancan los autos. Todavía no hay disparos ni discusiones. Podrían haber comenzado a cantar una versión *gangsta* de Kumbaya, y no me habría asombrado más de lo que ya lo estoy.

—¿Cómo hiciste para reunirlos aquí y que la casa siguiera en una sola pieza? —pregunta mamá.

—Así de bueno soy.

Mamá lo besa en los labios.

—Vaya que sí. Mi hombre, el activista.

—A-já —él le devuelve el beso—. Tu hombre.

Seven se aclara la garganta.

—Estamos aquí.

—Ay, no se pueden quejar —dice papá—. Si no se hubieran peleado, no habrían tenido que ver eso —extiende la mano y me pellizca suavemente la mejilla—. ¿Estás bien?

La humedad todavía no me ha abandonado los ojos, y no estoy exactamente sonriendo. Mascullo un *sí*.

Papá me jala sobre su regazo. Me acurruca y va de besarme la mejilla a pellizcármela, diciendo una y otra vez con una voz profunda:

—¿Qué te pasa? ¿Eh? ¿Qué te pasa?

Y comienzo a soltar risitas antes de que pueda evitarlo.

Papá me da un beso húmedo y tierno en la mejilla y deja que me levante.

—Sabía que te haría reír. Y ahora, ¿qué fue lo que pasó?

—Ya viste el video. Hailey abrió la bocota, así que la enfrenté. Así de simple.

—Ésa es tu hija, Maverick —dice mamá—. Tiene que golpear a alguien porque no le agradó su opinión.

—¿Mi hija? No, no, nena. Eso lo sacó completamente de ti —mira a Seven—. ¿Tú por qué peleabas?

—Un tipo se le echó encima a mi hermana —dice Seven—. No iba a permitirlo.

Por más que Seven hable de proteger a Kenya y a Lyric, es lindo saber que también me cuida a mí.

Papá vuelve a reproducir el video, que comienza con Hailey diciendo:

—Probablemente iba a acabar muerto de todos modos.

—¡Vaya! —dice mamá—. Es descarada esa niña.

—Está tan consentida que no sabe un carajo y sólo dice tonterías —añade papá.

—¿Entonces, cuál es nuestro castigo? —pregunta Seven.

—Vayan a hacer sus deberes —dice mamá.

—¿Eso es todo? —le digo.

—También tendrán que ayudar a su papá en la tienda mientras están suspendidos —envuelve a papá por detrás con los brazos—. ¿Te parece bien, amor?

Él le besa el brazo.

—Me parece bien.

Si no saben traducir el idioma parental, esto es lo que dijeron en realidad:

Mamá: No apruebo lo que hicieron y no estoy diciendo que esté bien, pero probablemente yo también hubiera hecho lo mismo. ¿Y tú qué dices, amor?

Papá: Demonios, sí, lo hubiera hecho.

Por eso los amo.

CUARTA PARTE

DIEZ SEMANAS DESPUÉS

CAPÍTULO 21

El jurado todavía no ha tomado una decisión, así que seguimos con nuestras vidas.

Es sábado, y mi familia está en casa del tío Carlos para la parrillada que preparamos el fin de semana del Día de los Caídos, que también sirve de fiesta de cumpleaños y graduación de Seven. Mañana cumple dieciocho, y oficialmente se graduó de la escuela preparatoria ayer. Nunca he visto a papá llorar como lo hizo cuando el doctor Davis le entregó ese diploma a Seven.

El patio trasero huele a carne asada, y hace suficiente calor para que los amigos de Seven naden en la alberca. Sekani y Daniel corren en sus trajes de baño y empujan adentro a los que están desprevenidos. Atrapan a Jess. Se ríe y amenaza con vengarse después. Lo intentan una vez conmigo y con Kenya, y ya no lo intentan más. Lo único que se necesita son unas patadas veloces en el trasero.

Pero DeVante llega por detrás y me hace caer. Kenya grita mientras me hundo, empapando mis trenzas africanas recién hechas, y también mis Jordan. Llevo puestos unos shorts y un *tankini*, pero están nuevos y adorables, lo que significa que están hechos para que los miren, no para nadar con ellos.

Rompo la superficie del agua y trago aire.

—Starr, ¿estás bien? —me pregunta Kenya. Se acercó corriendo pero quedó como a dos metros de la alberca.

—¿No me vas a ayudar a salir? —le pregunto.

—¿Y arruinarme la ropa? *De eso nada*, niña. Parece que estás bien.

Sekani y Daniel ululan y le echan porras a DeVante como si fuera lo

mejor desde Spiderman. Bastardos. Me salgo rápidamente de la alberca.

—Oh, oh —dice DeVante, y los tres salen corriendo en distintas direcciones. Kenya va tras DeVante. Yo corro tras Sekani porque, maldita sea, se supone que la sangre llama más que el agua de alberca.

—¡Mamá! —chilla.

Lo agarro por el traje de baño y se lo jalo hasta arriba, casi hasta el cuello, hasta hacerle el peor calzón chino que jamás le hayan hecho. Suelta un alarido agudo. Lo libero y cae sobre el césped, con el traje de baño tan metido entre las nalgas que parece traer puesta una tanga. Eso le pasa por tonto.

Kenya me trae a DeVante, doblándole los brazos por detrás como si lo hubiera arrestado.

—Discúlpate —dice.

—¡No! —Kenya le jala los brazos—. ¡Está bien, está bien, lo siento!

Lo suelta.

—Más te vale.

DeVante se frota el brazo con una expresión socarrona.

—Pedazo de violenta.

—Pedazo de vándalo —espetta ella.

Él le saca la lengua, y ella dice:

—¡Adiós, niño!

Para ellos esto es coquetear, aunque no lo crean. Casi se me olvida que DeVante se está escondiendo del papá de Kenya. Se comportan como si también a ellos se les hubiera olvidado.

DeVante me trae una toalla. Se la arrebato y me seco la cara mientras me dirijo a los camastros junto a la piscina con Kenya. DeVante se sienta en uno al lado de ella.

Ava se acerca dando brincos con su muñeca y un peine, y naturalmente espero que ponga ambas cosas en mis manos. En vez de eso, se las entrega a DeVante.

—¡Ten! —le dice, y se va saltando.

¡Y él empieza a peinar a la muñeca! Kenya y yo nos lo quedamos viendo durante un buen rato.

—¿Qué? —pregunta.

Estallamos en risas.

—¡Te tiene entrenado! —le digo.

—Hombre —dice con un gemido—. Es adorable, ¿está bien? No le puedo decir que no —se pone a trenzar el pelo de la muñeca, y sus dedos largos y delgados se mueven con tanta rapidez que parece que van a enredarse—. Mis hermanitas me hacían lo mismo todo el tiempo.

La voz se vuelve más baja cuando las menciona.

—¿Has tenido noticias tuyas o de tu mamá? —le pregunto.

—Sí, hace como una semana. Están en casa de mi prima. Ella vive en medio de la nada. Mamá estaba hecha polvo porque no sabía si yo estaba bien. Se disculpó por dejarme y enojarse. Quiere que vaya con ellas.

Kenya frunce el ceño.

—¿Te irás?

—No lo sé. El señor Carlos y la señora Pam dicen que puedo quedarme con ellos para mi último año de escuela. Mamá dijo que le parecería bien, si eso significa que no voy a meterme en problemas —examina su obra. La muñeca tiene una trenza francesa perfecta—. Lo tengo que pensar. La verdad es que me gusta estar por aquí.

Suena “Push It” de Salt-N-Pepa por las bocinas. Es una canción que papá no debería programar. Lo único peor sería reproducir esa otra vieja canción: “Back That Thang Up”. Mamá pierde la cabeza cuando la escucha. En serio, basta con decir esa frase inicial: *Cash Money Records, para el 99 y el 2000*, y en ese instante se vuelve una adolescente.

Ella y la tía Pam dicen *Ehhh* al mismo tiempo cuando escuchan que es Salt-N-Pepa y hacen todos los viejos pasos de baile. Me gustan los programas y las películas de los noventa, pero no quiero ver a mi mamá y a mi tía hacer una recreación de esa década por medio de la danza. Seven y sus amigos forman círculos alrededor de ellas y vitorean.

Seven es el que grita más fuerte.

—¡Vamos, mamá! ¡Vamos, tía Pam!

Papá brinca en medio del círculo detrás de mamá. Coloca las dos manos en la cabeza y mueve las caderas en círculo.

Seven aleja a papá de mamá a empujones, diciendo: *¡No! ¡Bastaaa!*, y

papá lo evade y baila detrás de mamá.

—Oh, oh —ríe Kenya—. Esto es *demasiado*.

DeVante los mira con una sonrisa.

—Tenías razón con lo de tu tía y tu tío, Starr. No son tan malos. Y también tu abuela es bastante genial.

—¿Quién? Sé que no puedes estar hablando de Nana.

—Sí, ella. Descubrió que sé jugar a las cartas. El otro día me llevó a una partida después de darme clase. Dijo que era para obtener puntos extra. Nos llevamos bien desde entonces.

¿Quién iba a decirlo?

Chris y Maya entran por la reja, y el estómago me empieza a revolotear. Debería estar acostumbrada al encuentro de mis dos mundos, pero nunca sé qué Starr debo ser. Puedo hablar con un poco de jerga, pero tampoco tanta, mostrar un poco de actitud, pero no demasiada, para no caer en el estereotipo de la *negra insolente*. Tengo que fijarme en lo que digo y cómo lo digo, pero no puedo sonar *blanca*.

Esta mierda es agotadora.

Chris y su nuevo *hermano*, DeVante, estrechan palmas, luego Chris me besa la mejilla. Maya y yo hacemos nuestro saludo con la mano. DeVante la saluda con un movimiento de la cabeza. Se conocieron hace algunas semanas.

Maya se sienta junto a mí en el camastro. Chris mete a la fuerza su enorme trasero entre nosotras, empujándonos a las dos un poco.

Maya lo mira con mala cara.

—¿En serio, Chris?

—Espera, ella es mi novia. Yo debo sentarme junto a ella.

—Eh, ¡no! *Primero los bombones y luego los cabrones*.

Kenya y yo soltamos risitas burlonas, y DeVante dice:

—Caramba.

Se me relajan un poco los nervios.

—¿Entonces tú eres Chris? —dice Kenya. Ha visto fotos tuyas en mi Instagram.

—Sí. ¿Y tú eres Kenya? —él también ha visto fotos en mi Instagram.

—La única e inigualable —Kenya me mira y mueve la boca para decir:

¡Qué guapo es! Como si yo no lo supiera ya.

Kenya y Maya intercambian miradas. Cruzaron sus caminos hace casi un año en mi fiesta de dieciséis años, si es que se le puede considerar un cruce de caminos. Hailey y Maya estaban en una mesa, Kenya y Khalil en otra, con Seven. Nunca hablaron.

—Maya, ¿cierto? —dice Kenya.

Maya asiente.

—La única e inigualable.

Los labios de Kenya forman una sonrisa.

—Están lindos tus zapatos.

—Gracias —dice Maya, echándoles un ojo ella también. Son unos Nike Air Max 95—. Se supone que son para correr, pero nunca corro con ellos.

—Yo tampoco corro con los míos —dice Kenya—. Mi hermano es la única persona que conozco que sí corre con ellos.

Maya ríe.

Está bien. Todo bien hasta ahora. No hay nada de qué preocuparse.

Hasta que Kenya dice:

—Y entonces, ¿dónde está la *blanquita*?

Chris suelta un bufido. Maya abre bien los ojos.

—Kenya, ése no es... ése no es su nombre —le digo.

—Pero sabes de quién estoy hablando, ¿cierto?

—*¡Sí!* —dice Maya—. Probablemente esté por algún lado lamiéndose las heridas, después de que Starr le pateara el trasero.

—¿Qué? —grita Kenya—. Starr, ¡no me contaste nada de eso!

—Fue hace como dos semanas —le digo—. No valía la pena hablar del tema. Sólo la golpeé.

—*¿Que sólo* la golpeaste? —dice Maya—. Le aplicaste la Mayweather.

Chris y DeVante ríen.

—Espera, espera —dice Kenya—. ¿Qué pasó?

Así que se lo cuento todo, sin pensar mucho en lo que le digo ni cómo sueno. Sólo hablo. Maya le agrega dramatismo a la historia, haciéndola sonar peor de lo que fue, y a Kenya le encanta. Le contamos cómo Seven le conectó a Remy un par de golpes, y eso hace que Kenya exhiba una sonrisa radiante y

se ponga a hablar de que *Mi hermano no se anda con juegos*. Como si sólo fuera *su* hermano, pero no me importa. Maya le cuenta incluso lo del gato del día de Acción de Gracias.

—Le dije a Starr que las minorías nos tenemos que echar una mano — dice Maya.

—Es muy cierto —dice Kenya—. Los blancos se echan una mano desde siempre.

—Bueno... —Chris se sonroja—. Qué incómodo es esto.

—Pobre, ya lo superarás —le digo.

Maya y Kenya se parten de la risa.

Mis dos mundos acaban de enfrentarse. Sorprendentemente, todo está bien.

La música cambia al baile del *wobble*. Mamá viene corriendo y me jala.

—Vamos, Munch.

No puedo enterrar los pies en el césped con suficiente velocidad.

—¡Mami, no!

—Silencio, niña. Vamos. ¡Ustedes también! —les grita a mis amigos.

Todos se forman en la zona de césped que se volvió la pista de baile improvisada. Mamá me jala a la fila de delante.

—Muéstrales cómo se hace, nena —dice—. ¡Muéstrales cómo se hace!

Me quedo quieta a propósito. Dictadora o no, *no* me va a obligar a bailar. Kenya y Maya la alientan. Nunca pensaría que todas se pondrían en mi contra.

Pero caray, casi sin darme cuenta estoy haciendo el *wobble*. También pongo los labios de pato, así que se nota que me está calando el sentimiento.

Le explico los pasos a Chris, y me sigue el ritmo. Lo amo por intentarlo. Nana se une, meneando los hombros de una manera que no forma parte del *wobble*, pero dudo que le importe.

Empieza “Cupid shuffle”, y mi familia dirige a todos en la fila de enfrente. A veces se nos olvida cuál es la derecha y cuál la izquierda, y nos reímos muchísimo. Bailes vergonzosos y disfuncionalidad aparte, mi familia no está tan mal.

Después de todo ese *wobble* y *shuffl*, mi estómago ruega por comida.

Dejo a todos los demás haciendo el “Biker shuffle”, que es otro nuevo nivel de *shuffl* y la mayoría de los invitados están completamente perdidos.

El mostrador de la cocina está atiborrado de charolas de aluminio. Apilo un plato con costillas, alas y mazorcas. De alguna manera logro servirme también una buena cantidad de frijoles con tomate. Nada de ensalada de papa. Eso es comida del diablo. Tanta mayonesa... No me importa que la haya preparado mamá: no pienso tocar esa porquería.

Me rehúso a comer afuera: hay demasiados bichos que podrían meterse en mi comida. Me siento frente a la mesa del comedor, y estoy por atacar mi plato.

Pero suena el maldito teléfono.

Todos los demás están afuera, lo cual me deja a mí para responder. Me meto una alita de pollo en la boca.

—¿Diga? —mastico en el oído de la otra persona. ¿Maleducada? Sin duda. ¿Me muero de hambre? Demonios, sí.

—Hola, habla seguridad de la entrada. Iesha Robinson solicita entrar a su residencia.

Paro de masticar. Iesha estuvo desaparecida durante la graduación de Seven, a la que había sido invitada. ¿Por qué se aparece en una fiesta a la que no la invitaron, entonces? ¿Cómo lo supo, para empezar? Seven no se lo dijo, y Kenya juró que no le diría nada. Mintió y les contó a su mamá y a su papá que iba a pasar el día con otros amigos.

Llevo el teléfono afuera porque, mierda, no sé qué hacer. Salgo en buen momento, además. Papá está tratando —y fracasando en el intento— de hacer el *Nae-Nae*. Tengo que llamarlo una segunda vez para que ponga alto a esa atrocidad y se acerque.

Me sonrío de oreja a oreja.

—No sabías que tu papá tenía esos talentos, ¿cierto?

—Todavía no lo sé. Ten —le paso el teléfono—. Es el guardia de seguridad del complejo. Iesha está en la puerta de entrada.

Su sonrisa desaparece. Se cubre un oído y coloca el teléfono en el otro.

—¿Diga?

El guardia de seguridad habla un momento. Papá le gesticula a Seven para

que vaya al patio.

—Espere un momento —cubre la bocina—. Tu mamá está en la puerta. Quiere verte.

Las cejas de Seven se enarcan.

—¿Cómo supo que estamos aquí?

—Tu abuela está con ella. ¿No la invitaste?

—Sí, pero no a Iesha.

—Mira, hombre, si quieres que venga un rato, no hay problema —dice papá—. Le diré a DeVante que se meta a la casa para que no lo vea. ¿Qué quieres hacer?

—Papá, le puedes decir...

—*Nada de eso*, hombre. Es tu madre. Resuélvelo tú.

Seven se muerde el labio un momento. Luego suspira por la nariz.

—Está bien.

Iesha se estaciona enfrente. Sigo a Seven, Kenya y a mis padres hasta la entrada. Seven siempre me protege, y ahora pienso que él también necesita que yo lo proteja.

Seven le dice a Kenya que se quede con nosotros y se adelanta hacia el BMW rosa de Iesha.

De un brinco, Lyric baja del auto.

—¡Sevvie! —sale corriendo hacia él, y rebotan las bolitas que le atan las coletas. Yo odiaba llevar esas cosas. Sólo hace falta que una te pegue entre los ojos, y se acabó. Lyric se lanza a los brazos de Seven, y él le da vueltas rápidamente.

No puedo mentir: siempre me da un poco de celos cuando veo a Seven con sus otras hermanas. No tiene mucho sentido, lo sé. Pero comparten la misma mamá, y eso hace que las cosas sean distintas entre ellos. Es como si tuvieran un lazo más fuerte o algo así.

Pero de ninguna manera cambiaría a mi mamá por Iesha. *Eso sí que no.*

Seven carga a Lyric sobre su cadera y estrecha a su abuela con el otro brazo.

Iesha sale del auto. Tiene un corte de pelo por arriba de los hombros, en vez de esas extensiones importadas de la India que le llegaban hasta el trasero. Ni siquiera trata de ajustarse el vestido rosa eléctrico que obviamente se le subió por los muslos durante el viaje. O quizá no se le subió, y así lo usa siempre.

Seguro que no. No cambiaría a mamá por nada.

—¿Así que organizas una fiesta y no me invitas, Seven? —le pregunta Iesha—. ¿Y una fiesta de *cumpleaños* además? ¡Yo soy la que parió tu maldito trasero!

Seven mira a su alrededor. Al menos uno de los vecinos del tío Carlos está mirando.

—Ahora no.

—Demonios, ahora sí. Tuve que enterarme por mi propia madre porque mi hijo no podía molestarse en invitarme —pone su fulminante mirada sobre Kenya—. ¡Y esta perra me mintió al respecto! Debería darte una buena paliza.

Kenya se encoge, como si Iesha ya la hubiera golpeado antes.

—Mamá...

—No culpes a Kenya —dice Seven, bajando a Lyric—. Le pedí que no te lo dijera, Iesha.

—¿Iesha? —repite ella, acercándosele con insistencia—. ¿A quién demonios crees que le estás hablando así?

Lo que sucede después es como cuando sacudes con fuerza una lata gasificada. Por fuera no parece que esté pasando nada. Pero luego la abres y estalla.

—¡Por esto no te invité! —grita Seven—. ¡Por esto! ¡Por lo que estás haciendo ahora mismo! ¡No sabes cómo comportarte!

—¿Ah, entonces te avergüenzo, Seven?

—¡Claro que me avergüenzas, carajo!

—¡Eh! —dice papá. Metiéndose entre los dos, le pone la mano en el pecho a Seven—. Seven, tranquilízate.

—¡*Ni de broma*, papá! Déjame decirle que no la invité porque no quería explicarles a mis amigos que mi madrastra no es mi mamá, como ellos

pensaban. O que ni una sola vez corregí a nadie que pensara eso en Williamson. Diablos, ella no ha ido a ninguno de mis eventos, ¿para qué molestarme en invitarla? ¡Ni siquiera pudo ir a mi graduación ayer!

—Seven —le ruega Kenya—. Detente.

—¡No, Kenya! —dice, sin quitarle la mirada a su mamá—. Le voy a decir cómo creo que no le importó que fuera mi cumpleaños, porque ¿adivina qué? ¡Nunca le ha importado! *No me invitaste, no me invitaste* —se burla—. Diablos, no. ¿Y por qué carajos habría de hacerlo?

Iesha parpadea varias veces y dice con una voz que suena a vidrio roto:

—Después de todo lo que he hecho por ti.

—¿Todo lo que has hecho por mí? ¿Qué? ¿Echarme de la casa? ¿Escoger a un hombre en vez de a mí cada vez que puedes? ¿Recuerdas cuando intenté evitar que King te pateara el trasero, Iesha? ¿Con quién te enojaste?

—Seven —dice papá.

—¡Conmigo! ¡Te enojaste conmigo! Dijiste que se había ido por mi culpa. ¿Eso es lo que estás *haciendo* por mí? Esa mujer de ahí —extiende el brazo hacia mamá— hizo todo lo que se suponía que debías hacer tú, y más. Cómo te atreves a pararte ahí y querer llevarte el crédito por eso. Lo único que hice siempre fue amarte —se le quiebra la voz—. Eso es todo. Y no pudiste corresponderme ni siquiera en eso.

La música se ha detenido, y hay cabezas asomadas por la barda de atrás.

La novia de Seven, Layla, se acerca a él. Engancha su brazo en el suyo. Él deja que ella lo lleve adentro. Iesha da media vuelta sobre sus tacones y se dirige al auto.

—Iesha, espera —dice papá.

—No tengo nada que esperar —abre la puerta de golpe—. ¿Estás contento, Maverick? Tú y esa perra con la que te casaste finalmente pusieron a mi hijo en mi contra. No puedo esperar a que King les de su merecido por dejar que esa niña fuera de soplona a la televisión.

Se me revuelve el estómago.

—¡Dile que lo intente, y veremos qué pasa! —dice papá.

Una cosa es escuchar rumores de que alguien piensa *darte tu merecido* y algo muy distinto es escucharlo de alguien que realmente puede hacer que

suceda.

Pero no puedo preocuparme por King en este momento. Tengo que estar con mi hermano.

Kenya está a mi lado. Lo encontramos sentado abajo de las escaleras. Está llorando como un bebé. Layla tiene la cabeza recargada en su hombro.

Verlo así... Creo que voy a llorar.

—¿Seven?

Me mira con unos ojos rojos e hinchados que nunca antes había visto en mi hermano.

Mamá entra. Layla se levanta, y mamá ocupa su lugar en los escalones.

—Ven aquí, nene —dice, y de alguna manera se abrazan.

Papá toca mi hombro y el de Kenya.

—Vayan afuera.

Kenya tiene el rostro apretujado como si fuera a llorar. La tomo del brazo y la llevo a la cocina. Se sienta frente al mostrador y hunde el rostro en las manos. Me subo a un banco y no digo nada. A veces no es necesario.

Después de unos minutos dice:

—Lamento que papá esté enojado contigo.

Posiblemente la situación más incómoda que pueda haber es: *el papá de mi amiga me quiere matar.*

—No es culpa tuya —mascullo.

—Entiendo por qué mi hermano no quería invitar a mamá pero... —se le quiebra la voz—. Ella está pasando por muchas cosas, Starr. Con... —Kenya se limpia el rostro en el brazo—. Querría que lo dejara.

—¿Quizá tenga miedo de hacerlo? —le digo—. Mírame a mí. Yo tenía miedo de hablar por Khalil, y tú te enfadaste conmigo.

—No me enfadé contigo.

—Sí que lo hiciste.

—Confía en mí, no, no lo hice. Te darás cuenta cuando lo haga.

—¡En fin! Sé que no es lo mismo, pero... —Santo Dios, nunca pensé que diría esto—. Creo que entiendo a Iesha. A veces es difícil defenderse uno mismo. Es posible que también ella necesite ese empujón.

—¿Así que quieres que me enfade con ella? No puedo creer que pensaras

que me enfadé contigo. Qué jodidamente sensible eres.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Sabes qué? Ésa te la dejas pasar. *Nada de eso*, no te estoy diciendo que tengas que enfadarte con ella, eso sería estúpido. Sólo... —suspiro—. No lo sé.

—Yo tampoco.

Nos quedamos en silencio.

Kenya se vuelve a limpiar la cara.

—Ya estoy bien —se levanta—. Estoy bien.

—¿Segura?

—¡Sí! Deja de preguntarme eso. Vamos, vamos afuera y hagamos que dejen de hablar de mi hermano, porque ya sabes que eso está pasando.

Se dirige a la puerta, pero le digo:

—*Nuestro* hermano.

Kenya se gira.

—¿Qué?

—*Nuestro* hermano. También es mi hermano.

No lo dije de una manera cruel o ni siquiera con molestia, lo juro. No responde. Ni siquiera un *está bien*. No es que esperara que de repente dijera: *Claro, es nuestro hermano, siento muchísimo haberme portado como si no fuera tu hermano también*. Pero me esperaba que dijera algo.

Kenya sólo sale.

Sin saberlo, Seven e Iesha le pusieron pausa a la fiesta. Ya detuvieron la música, y los amigos de Seven están parados hablando en voz baja.

Chris y Maya se me acercan.

—¿Está bien Seven? —pregunta Maya.

—¿Quién detuvo la música? —pregunto. Chris se encoge de hombros.

Levanto el iPod de papá de la mesa del patio, nuestro DJ por una tarde, que conectamos al sistema de audio. Mientras me desplazo por la *playlist*, encuentro una canción de Kendrick Lamar que Seven me hizo escuchar un día, justo después de que muriera Khalil. Kendrick rapea sobre cómo todo va

a salir bien. Seven dijo que era para nosotros dos.

Le doy *reproducir* y espero que la escuche. También es para Kenya.

A media canción salen Seven y Layla. Él tiene los ojos hinchados y enrojecidos, pero secos. Me sonrío y asiente rápidamente. Asiento también.

Mamá guía a papá afuera. Los dos llevan puestos gorros de cumpleaños con forma de cono, y papá carga un enorme pastel cuadrado con las velas encendidas encima.

—¡Que los cumplas feliz! —cantan, y mamá hace un movimiento con los hombros que no me avergüenza tanto—. ¡Que los cum-plas fe-liz!

Seven sonrío de oreja a oreja. Bajo el volumen de la música.

Papá coloca el pastel en la mesa del patio, y todos se reúnen alrededor de ella y de Seven. Nuestra familia, Kenya, DeVante y Layla —básicamente, los que somos negros— cantamos la versión de Stevie Wonder de “Cumpleaños feliz”. Maya parece conocerla. Muchos de los amigos de Seven parecen perdidos. Chris también. Estas diferencias culturales a veces son una locura.

Nana lleva la canción demasiado lejos y alcanza ciertas notas a las que no habría que llegar.

—¡Las velas están por apagarse, mamá! —le dice mamá.

Es tan malditamente histriónica.

Seven se agacha para soplar las velas, pero papá dice:

—¡Espera! Hombre, sabes que no puedes soplar las velas hasta que yo diga algo.

—¡Ay, papá!

—Papá ya no puede decirte qué hacer, Seven —trina Sekani—. ¡Ya eres adulto!

Papá mira a Sekani de pies a cabeza.

—Niño... —se gira hacia Seven—. Estoy orgulloso de ti, hombre. Como te dije, yo nunca conseguí mi diploma. Muchos *amigos* tampoco. Y de donde venimos, muchos ni siquiera llegan a los dieciocho años. Algunos lo logran, pero para cuando lo hacen, están hechos un desastre. Pero tú no. Tú vas a llegar lejos, sin duda. Siempre lo supe.

”Verás, creo en darles a mis hijos nombres que significan algo. Sekani: significa alegría y dicha.

Suelto un bufido. Sekani me lanza una mirada asesina.

”A tu hermana le puse Starr porque era la luz en mi oscuridad. Seven, o siete, es un número sagrado. El número de la perfección. No te estoy diciendo que seas perfecto, nadie lo es, pero eres el regalo perfecto que Dios me dio. Te amo, hombre. Feliz cumpleaños, felicidades.

Papá le aprieta el cuello a Seven con cariño. La sonrisa de Seven crece más.

—Yo también te amo, *papá*.

El pastel es uno de los *red velvet* de la señora Rooks. Todos hablan y hablan de lo delicioso que está. El tío Carlos se atraganta al menos con tres porciones. Hay más baile, más risas. A pesar de todo es un buen día.

Pero los buenos días no duran para siempre.

QUINTA PARTE

LA DECISIÓN

TRECE SEMANAS DESPUÉS

CAPÍTULO 22

En la nueva casa, es suficiente con decirles a mis papás *voy a caminar*, y salgo.

Acabamos de mantener una llamada con la señorita Ofrah, quien nos dijo que el gran jurado anunciará su decisión en unas cuantas horas. Dice que sólo el gran jurado conoce la decisión, pero se me encoge el corazón con la sensación de saber cuál es. Siempre es la misma.

Me meto las manos en los bolsillos de la sudadera, con capucha y sin mangas. Unos chicos pasan junto a mí a toda velocidad en sus bicicletas y *scooters*. Casi me derriban. Dudo que les preocupe la decisión del gran jurado. No se apresuran para entrar a sus casas, como probablemente estén haciendo los chicos allá en nuestro hogar.

Hogar.

Comenzamos a mudarnos a nuestra nueva casa el fin de semana pasado. Cinco días después, este nuevo lugar todavía no se siente como un hogar. Quizá sea por todas las cajas sin desempacar o los nombres de las calles que aún no conozco. Y casi está demasiado silencioso. No hay ningún Cuarenta Onzas y su carrito chirriante, ni una señora Pearl que vocifera saludos desde el otro lado de la calle.

Necesito normalidad.

Envío un mensaje de texto a Chris. En menos de diez minutos, me recoge en el Mercedes de su papá.

Los Bryant viven en la única casa de su calle que tiene una casita anexa para el mayordomo. El señor Bryant tiene ocho autos, en su mayoría antiguos, y tiene una gran cochera donde entran todos.

Chris se estaciona en uno de los dos espacios vacíos.

—¿No están tus papás? —pregunto.

—No. Fueron a cenar al club campestre.

Casi toda la casa de Chris se ve demasiado elegante como para vivir ahí. Esculturas, óleos, candelabros. Un museo más que un hogar. La *suite* de Chris en el tercer piso parece mucho más normal. Hay un sillón de piel en su habitación, con ropa encima, justo frente a la pantalla plana y los videojuegos. El piso está pintado para que parezca media cancha de basquetbol, y puede jugar con un aro verdadero fijo en la pared.

Su cama tipo California extragrande fue mandada a hacer, cosa bastante rara. No sabía que existiera nada más grande que una cama extragrande antes de conocerlo. Me descalzo los Timberland y tomo el control remoto de su buró. Mientras me lanzo sobre su cama, enciendo el televisor.

Chris se quita los Chuck y se sienta en el escritorio donde tiene una batería electrónica, un teclado y un tornamesas conectados a una Mac.

—Escucha esto —dice, y toca un ritmo.

Me recargo contra mis codos y asiento al compás. Tiene un toque a vieja escuela, como los ritmos que habrían empleado Dre y Snoop allá en sus épocas.

—Lindo.

—Gracias. Pero creo que tengo que quitarle un poco de bajo —se voltea y se pone a trabajar.

Empiezo a sacar un hilo suelto sobre su edredón.

—¿Crees que presenten cargos?

—¿Tú?

—No.

Chris vuelve a girar su silla. Tengo los ojos húmedos, y me recuesto de lado. Se tiende junto a mí y quedamos uno frente al otro.

Aprieta su frente contra la mía.

—Lo siento.

—No hiciste nada.

—Pero siento que debería disculparme de parte de toda la gente blanca de todo el mundo.

—No tienes que hacerlo.

—Es lo que quiero.

Recostados en su cama tamaño California extragrande, en su *suite*, en su mansión, me doy cuenta de la verdad. Me refiero a que ha estado ahí todo este tiempo, pero justo entonces las luces se iluminan a mi alrededor.

—No deberíamos estar juntos —le digo.

—¿Por qué no?

—Mi vieja casa en Garden Heights podría caber en la tuya.

—¿Y?

—Papá era un pandillero.

—Papá juega a las apuestas.

—Crecí en una unidad habitacional.

—También yo crecí bajo techo.

Suspiro y comienzo a darle la espalda.

Me toma del hombro para que no lo haga.

—No dejes que todo este rollo se te vuelva a meter en la cabeza, Starr.

—¿Nunca has notado cómo nos mira la gente?

—¿Qué gente?

—La gente —le digo—. Tardan un momento en percatarse de que somos pareja.

—¿Y a quién carajos le importa?

—A mí.

—¿Por qué?

—Porque tú deberías estar con Hailey.

Hace una mueca.

—¿Por qué demonios tendría que hacer eso?

—No con Hailey. Pero ya sabes. Con. Una. Rubia. Rica. Blanca.

—Yo prefiero Una. Hermosa. Increíble. Starr.

Él no lo entiende, pero ya no quiero hablar al respecto. Quiero dejarme llevar por él, tanto que la decisión del gran jurado ni siquiera exista. Le beso los labios, que siempre han sido y serán perfectos. Me devuelve el beso, y pronto estamos besándonos como si fuera lo único que sabemos hacer.

No basta. Mis manos viajan abajo de su pecho, y no sólo sus brazos están

abultados. Comienzo a desabrochar la cremallera de sus jeans.

Detiene mi mano.

—Eh. ¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees?

Sus ojos buscan en los míos.

—Starr, quiero hacerlo, claro que sí...

—Sé que quieres hacerlo. Y es la oportunidad perfecta —le dejo un rastro de besos a lo largo del cuello, besando cada una de esas pequitas perfectamente ubicadas—. No hay nadie aquí más que nosotros.

—Pero no podemos —dice con una voz forzada—. Así no.

—¿Por qué no? —meto la mano en su pantalón, la dirijo hacia el bulto.

—Porque no estás bien.

Me detengo.

Me mira y lo miro. Mis ojos se nublan. Chris me envuelve en sus brazos y me jala más cerca de él. Hundo el rostro en su camisa. Huele a la combinación perfecta de jabón Lever con Old Spice. El latido de su corazón es mejor que cualquier ritmo que haya diseñado jamás. Es mi normalidad, en carne y hueso.

Chris descansa su barbilla sobre mi cabeza.

—Starr...

Me deja llorar todo lo que necesito.

Mi teléfono vibra contra mi muslo, despertándome. La habitación de Chris está casi completamente oscura: a través de las ventanas, el cielo rojo brilla con un poco de luz. Él está profundamente dormido y me abraza como si así durmiera siempre.

Mi teléfono vuelve a zumbiar. Me desenredo de los brazos de Chris y me arrastro hasta el pie de la cama. Pesco el teléfono de mi bolsillo. El rostro de Seven ilumina mi pantalla.

Trato de no sonar como recién despierta.

—¿Diga?

—¿Dónde diablos estás? —grita Seven.

—¿Ya anunciaron la decisión?

—No. Contesta mi pregunta.

—En casa de Chris.

Seven hace un chasquido.

—Ni siquiera quiero saberlo. ¿DeVante está con ustedes?

—No. ¿Por qué?

—El tío Carlos dijo que salió. Nadie lo ha visto desde entonces.

Se me revuelve el estómago.

—¿Cómo?

—Si no estuvieras liándote con tu novio te habrías enterado.

—¿En serio estás tratando de hacerme sentir culpable?

Él suspira.

—Ya sé que estás pasando por muchas cosas, pero maldita sea, Starr, no puedes desaparecer así. *Mamá* te está buscando. Está preocupadísima. Y *papá* tuvo que ir a proteger la tienda en caso de que... ya sabes.

Me vuelvo a arrastrar hasta Chris y lo sacudo por el hombro.

—Ven por nosotros —le digo a Seven—. Te ayudaremos a buscar a DeVante.

Envío un mensaje a mamá para avisarle dónde estoy, adónde voy y que estoy bien. No tengo el valor para llamarle. ¿Y que se ponga como loca conmigo? *No, señor*, muchas gracias.

Seven está hablando por teléfono cuando llega al acceso. Por la cara que tiene, alguien debe haber muerto.

Abro de golpe la puerta del copiloto.

—¿Qué pasa?

—Kenya, cálmate —está diciendo—. ¿Qué pasó? —Seven escucha y parece más horrorizado a cada segundo que pasa. De repente dice: *Voy en camino* y lanza el teléfono al asiento trasero—. Es DeVante.

—Eh, espera —tengo la puerta abierta y está acelerando el motor—. ¿Qué pasó?

—No lo sé. Chris, lleva a Starr a casa.

—¿Y dejarte ir a Garden Heights solo? —pero, diablos, las acciones hablan más fuerte. Me subo al asiento del copiloto.

—Yo también voy —dice Chris. Hago mi asiento hacia adelante, y él sube atrás.

Por suerte, o no, Seven no tiene tiempo de discutir. Arrancamos.

Seven reduce el tiempo de viaje a Garden Heights de cuarenta y cinco minutos a treinta. Durante todo el trayecto le ruego a Dios que DeVante esté bien.

Para cuando salimos de la carretera, el sol ya desapareció. Resisto el impulso de decirle a Seven que se dé la vuelta. Ésta es la primera vez que Chris va a mi barrio.

Pero tengo que confiar en él. Quiere que lo deje entrar, y esto es lo más *dentro* que puede llegar.

En las unidades habitacionales de Cedar Grove hay grafiti en las paredes, y coches desvencijados en el patio. Abajo del mural del Jesús Negro de la clínica, crece hierba entre las grietas de la acera. Hay basura esparcida por cada acera que pasamos. Dos drogadictos discuten en voz alta en una esquina. Hay muchos autos viejos que deberían haberse llevado al deshuesadero hace mucho. Las casas se ven maltratadas, y son pequeñas.

Sea lo que sea que esté pensando Chris, no sale de su boca.

Seven se estaciona frente a casa de Iesha. La pintura está cuarteada, y las ventanas tienen sábanas en vez de persianas o cortinas. El BMW rosa de Iesha y el gris de King forman una *L* en el patio. El césped desapareció por completo de tantos años de estacionarse ahí. Hay autos grises con rines en la entrada y a lo largo de la calle.

Seven apaga el motor.

—Kenya dijo que todos están en el patio de atrás. No debería haber problemas para mí. Quédense aquí.

A juzgar por los autos, hay unos cincuenta King Lords por cada Seven. Me importa un comino si King está enfadado conmigo: no pienso dejar a mi hermano entrar solo ahí.

—Voy contigo.

—No.

—Dije que voy contigo.

—Starr, no tengo tiempo para...

Me cruzo de brazos.

—Trata de obligarme a quedarme.

No puede, y no lo hará.

Seven suspira.

—Perfecto. Chris, quédate aquí.

—¡Demonios, no! No pienso quedarme solo acá afuera.

Nos bajamos todos. Se escucha el eco de la música del patio de atrás, junto con gritos y risas aisladas. Un par de *high-top* grises cuelga por los cordones del cable eléctrico frente a la casa, para avisarle a cualquiera que sepa descifrar el código que aquí se venden drogas.

Seven camina de dos en dos pasos y abre la puerta principal de golpe.

—¡Kenya!

Comparado con el exterior, el interior es tan lindo como un hotel de cinco estrellas. Tienen un maldito candelabro en la sala y flamantes muebles de piel. Una pantalla plana cubre toda una pared, y en la otra nadan peces tropicales en un tanque. *Nuevos ricos* por definición.

—¡Kenya! —repite Seven mientras baja por el pasillo.

Desde la puerta de enfrente veo la puerta de atrás. Hay un montón de King Lords bailando con mujeres en el patio. King está en medio, en una silla de respaldo alto, su trono, fumando un puro. Iesha está sentada en el brazo de la silla, con un vaso, y mueve los hombros al ritmo de la música. Gracias al mosquitero oscuro que tiene la puerta, puedo ver afuera, pero lo más seguro es que ellos no puedan mirar adentro.

Kenya se asoma al pasillo desde una de las habitaciones.

—Acá.

DeVante está acostado en el suelo en posición fetal al pie de una cama extragrande. La alfombra afelpada blanca está manchada con su sangre, que le baja en un hilillo de la nariz y la boca. Hay una toalla junto a él, pero no está haciendo nada con ella. Uno de sus ojos está rodeado por un moretón

fresco. Gruñe, agarrándose el costado.

Seven mira a Chris.

—Ayúdame a levantarlo.

Chris palidece.

—Quizá deberíamos llamar a...

—¡Chris, hombre, vamos!

Chris se acerca poco a poco, y los dos acomodan a DeVante contra la pared. Tiene la nariz hinchada y amoratada, y el labio superior tiene una fea cortada.

Chris le pasa la toalla.

—¿Hombre, qué pasó?

—Me estrellé contra el puño de King. ¿Tú qué crees que pasó? Me cayeron encima.

—No pude detenerlos —dice Kenya, moqueando y con la voz como si hubiera estado llorando—. Lo siento tanto, DeVante.

—Esta mierda no es culpa tuya, Kenya —dice DeVante—. ¿Estás bien?

Ella resopla y se limpia la nariz con el brazo.

—Estoy bien. Sólo me empujó.

Salta un destello de los ojos de Seven.

—¿Quién te empujó?

—Ella trató de evitar que me dieran una paliza —dice DeVante—. King se enojó y la empujó para quitarla del camino...

Seven marcha hacia la puerta. Lo tomo del brazo y entierro los pies en la alfombra para evitar que se mueva, pero termina por jalarme con él. Kenya le sujeta el otro brazo. En este momento, es *nuestro* hermano, no sólo mío o suyo.

—Seven, no —le digo. Trata de zafarse, pero Kenya y yo lo tenemos agarrado con fuerza—. Si sales, estás muerto.

Tiene la quijada rígida, los hombros tensos. Los ojos entrecerrados están fijos sobre la puerta.

—Suéltense. Ya —dice.

—Seven, estoy bien. Te lo prometo —dice Kenya—. Pero Starr tiene razón. Tenemos que sacar a Vante de aquí antes de que lo maten. Sólo están

esperando a que se ponga el sol.

—Te puso las manos encima —ruge Seven—. Dije que no volvería a permitir que eso sucediera.

—Lo sabemos —le digo yo—. Pero por favor, no vayas allá atrás.

Detesto detenerlo, porque juro que quiero que alguien le dé una paliza a King. Pero no puede ser Seven. De ninguna manera. No puedo perderlo a él también. Yo nunca volvería a ser normal otra vez.

Se zafa de nosotros, y el dolor que normalmente acompañaría ese gesto no está. Entiendo su frustración como si fuera mía.

La puerta de atrás chirría y se azota.

Mierda.

Nos quedamos helados. Se escucha el golpe de las pisadas contra el suelo, que se acercan cada vez más. Iesha aparece en la puerta.

Nadie habla.

Se nos queda mirando, mientras sorbe de un vaso de plástico rojo. Tiene el labio ligeramente fruncido, y se toma un buen rato antes de hablar, como si le complaciera nuestro temor.

Mientras mastica un poco de hielo, mira a Chris y dice:

—¿Quién es este niño blanco que trajeron a mi casa?

Iesha pone una expresión socarrona y me mira.

—Apuesto a que es tuyo, ¿no es así? Eso pasa cuando vas a escuelas de blancos —se recarga contra el marco de la puerta. Sus brazaletes dorados tintinean mientras vuelve a llevarse la taza a los labios—. Pagaría por haber visto la cara de Maverick el día que le llevaste a éste a casa. Mierda, me sorprende que Seven esté con una chica negra.

Al escuchar su nombre, Seven sale de su trance.

—¿Puedes ayudarnos?

—¿Ayudarles? —repite ella con una carcajada—. ¿Qué? ¿Con DeVante? ¿Cómo voy a quedar si lo ayudo?

—Mamá...

—¿Ahora soy tu mami? —dice—. ¿Qué pasó con esa mierda de *Iesha* de la semana pasada? ¿Eh, Seven? Verás, nene, no entiendes cómo es el juego. Deja que *mami* te explique algo, ¿está bien? Cuando DeVante le robó a King,

se ganó una paliza. Se la dieron. Quien lo ayude está pidiendo una también, y más vale que se sepan aguantar —ella me mira—. Eso también va para las soplonas.

Un sólo grito de ella bastaría para que King venga...

Sus ojos se mueven rápidamente hacia la puerta de atrás. La música y la risa se elevan en el aire.

—Les diré algo —continúa, y se gira hacia nosotros—. Más vale que saquen el huesudo trasero de DeVante de mi habitación. Sangrando en mi alfombra y toda la mierda. ¿Y tiene el descaro de usar una de mis malditas toallas? Es más, sáquenlos a él y a esa soplona de mi casa.

Seven dice:

—¿Qué?

—¿Además estás sordo? —pregunta—. Te dije que los saques de casa. Y llévate a tus hermanas contigo.

—¿Por qué tengo que llevarlas? —dice Seven.

—¡Porque yo lo dije! Llévatelas a casa de tu abuela o algo, no me importa. Quítamelas de enfrente. Estoy tratando de crear ambiente en mi fiesta, mierda —cuando ninguno de nosotros se mueve, dice:— ¡Váyanse!

—Voy por Lyric —dice Kenya, y se marcha.

Chris y Seven toman a DeVante y lo levantan. DeVante hace una mueca de dolor y susurra maldiciones todo el camino. Una vez que está en pie, se dobla, agarrándose el costado, pero lentamente se endereza y respira para calmarse. Asiente.

—Estoy bien. Sólo adolorido.

—Apresúrense —dice Iesha—. Maldita sea. Estoy cansada de verlos.

La mirada fulminante de Seven comunica lo que él no puede decir.

DeVante insiste en que puede caminar, pero Seven y Chris prestan sus hombros para que se apoye. Kenya ya está en la puerta de enfrente con Lyric en la cadera. Abro la puerta para que salgan. Y miro atrás, hacia el patio.

Mierda. King se está levantando de su trono.

Iesha sale por la puerta trasera, y se acerca provocativamente antes de que se pueda levantar por completo. Lo toma por los hombros y lo dirige de vuelta hacia abajo, susurrándole en el oído. Él sonríe ampliamente y se

recarga contra su silla. Ella se voltea para que su trasero quede frente a él, la vista que en realidad él prefiere, y comienza a bailar. King le da una nalgada. Ella mira hacia donde yo estoy.

Dudo que pueda verme, pero de todos modos no creo ser una de las personas a las que está tratando de mirar. El resto ya está en el auto.

De repente lo entiendo.

—Starr, vamos —me llama Seven.

Bajo del cobertizo de un brinco. Seven mueve su asiento para adelante para que Chris y yo nos apretujemos atrás con sus hermanas. Una vez que estamos dentro, arranca.

—Tenemos que llevarte al hospital, Vante —dice.

DeVante aprieta la toalla contra la nariz y mira la sangre que la está humedeciendo.

—Me pondré bien —dice, como si esa veloz observación le pudiera decir lo que el doctor no puede—. Qué suerte tenemos de que nos ayudara Iesha, hombre. En serio.

Seven suelta un bufido.

—No nos estaba ayudando. Alguien podría estar desangrándose, y ella estaría más preocupada por su alfombra y por seguir la fiesta.

Mi hermano es muy listo. Tan listo que es tonto. Su mamá lo ha lastimado tantas veces que cuando ella hace algo bien, él está ciego.

—Seven, nos ayudó —le digo—. Piénsalo. ¿Por qué te dijo que llevaras también a tus hermanas?

—Porque no le importan.

—No. Sabe que King va a ponerse como loco cuando vea que DeVante escapó —le digo—. Si Kenya y Lyric no están ahí, ¿con quién crees que se desquitará?

Seven guarda silencio, y luego dice:

—Mierda.

El auto se detiene abruptamente, y damos un bandazo hacia delante y luego hacia el lado mientras Seven hace una vuelta abierta en U. Pisa el acelerador, y las casas pasan junto a nosotros como un manchón.

—¡Seven, no! —dice Kenya—. ¡No podemos volver!

—¡Se supone que debo protegerla!

—¡No, no se supone eso! —le digo—. Se supone que ella debe protegerte a ti, y es lo que está tratando de hacer ahora.

El auto baja de velocidad. Hace un alto total poco antes de llegar.

—Si él... —Seven traga saliva—. Si ella... él la matará.

—No lo hará —dice Kenya—. Ha durado hasta ahora. Déjala hacer esto, Seven.

En la radio una canción de Tupac llena nuestro silencio. Rapea sobre cómo debemos empezar a hacer cambios. Khalil tenía razón. Pac todavía es relevante.

—Está bien —dice Seven, y da otra vuelta en U—. Está bien.

La canción empieza a bajar de volumen.

—Ésta es Hot105, la estación que más arde en la nación —dice el DJ—. Si apenas están sintonizando, el gran jurado decidió no presentar cargos contra el oficial Brian Cruise Junior por la muerte de Khalil Harris. Nuestros pensamientos y oraciones están con la familia Harris. Cuidense allá fuera, todos.

CAPÍTULO 23

Es un viaje silencioso a la casa de la abuela de Seven.

Dije la verdad. Hice todo lo que se suponía que debía hacer y, al carajo, no fue suficiente. La muerte de Khalil no fue lo suficientemente horrible como para considerarse un crimen.

¿Qué pasa con su vida? Alguna vez fue un ser humano que caminaba y hablaba. Tenía una familia. Tenía amigos. Tenía sueños. Nada de eso importó una mierda. Sólo era un maleante que merecía morir.

Alrededor de nosotros suenan las bocinas de los autos. A gritos, los conductores comunican la decisión al resto del barrio. Algunos chicos de mi edad se paran encima de un auto mientras vociferan: *¡Justicia para Khalil!*

Seven maniobra para sortear todo eso y se estaciona en el acceso a la casa de su abuela. Está callado e inmóvil al principio. De repente golpea el volante.

—¡Carajo!

DeVante niega con la cabeza.

—Qué basura.

—¡Carajo! —Seven dice con un graznido. Se cubre los ojos y se mece de un lado al otro—. ¡Carajo, carajo, carajo!

Quiero llorar también. Pero no puedo.

—No lo entiendo —dice Chris—. Mató a Khalil. Debería ir a la cárcel.

—Nunca lo hacen —masculla Kenya.

Seven se limpia la cara rápidamente.

—Al carajo con esto. Starr, dime lo que quieres hacer, y yo estoy contigo. Si quieres quemar algo, lo quemamos. Sólo dímelo.

—Amigo, ¿estás loco? —dice Chris.

Seven se voltea.

—Tú no lo entiendes, así que cállate. Starr, ¿qué quieres hacer?

Lo que sea. *Todo*. Gritar. Llorar. Vomitar. Golpear a alguien. Incendiar algo.

Me dieron odio, y ahora quiero joderlos a todos, aunque no estoy segura de cómo.

—Quiero hacer algo —le digo—. Protestas, amotinarme, no importa...

—¿Amotinarte? —repite Chris.

—¡Demonios, sí! —DeVante me hace un *dap*—. ¡De eso hablo!

—Starr, piénsalo —dice Chris—. Eso no va a resolver nada.

—¡Y hablar tampoco! —espeto—. Lo hice todo bien, y no marcó ninguna jodida diferencia. He recibido amenazas de muerte, la policía acosó a mi familia, alguien disparó contra mi casa, todo tipo de mierda. ¿Y para qué? ¿Por la justicia que no recibiré Khalil? No les importamos una mierda, así que perfecto. A mí tampoco me importa.

—Pero...

—Chris, no necesito que estés de acuerdo —le digo con la garganta tensa—. Sólo trata de entender cómo me siento. ¿Puedes hacerlo?

Cierra la boca y la abre un par de veces más, sin respuesta.

Seven se baja y empuja su asiento hacia delante.

—Vamos, Lyric. Kenya, ¿te quedas aquí o vienes con nosotros?

—Me quedo —dice Kenya. Sus ojos todavía están húmedos—. En caso de que mamá aparezca.

Seven asiente con pesadumbre.

—Buena idea. Necesitará a alguien.

Lyric se baja del regazo de Kenya y sube corriendo por el sendero. Kenya titubea. Me mira.

—Lo siento, Starr —dice—. Esto no está bien.

Kenya sigue a Lyric a la puerta de enfrente, y su abuela las deja entrar.

Seven regresa al asiento del conductor.

—Chris, ¿quieres que te lleve a casa?

—Me quedo —Chris asiente, como si se estuviera poniendo de acuerdo

consigo mismo—. Sí, me quedo.

—¿Estás seguro de estar preparado para esto? —pregunta DeVante—. Va a ser una locura por acá.

—Estoy seguro —me mira—. Quiero que todos sepan que esta decisión fue una completa basura.

Pone su mano en el asiento con la palma hacia arriba. Pongo mi mano sobre la suya.

Seven arranca el auto y se echa en reversa por la entrada.

—Que alguien revise en Twitter para saber dónde está pasando todo.

—Ya lo hice —DeVante levanta su teléfono—. La gente se dirige a Magnolia. Ahí es donde pasó mucha mierda la vez... —hace un gesto de dolor y se agarra el costado.

—¿Tú estás preparado para esto, Vante? —pregunta Chris.

DeVante se endereza.

—Sí. Me golpearon peor durante mi iniciación.

—¿Y cómo te atraparon, por cierto? —le pregunto.

—Sí. Dice el tío Carlos que saliste a pie —dice Seven—. Y es una larga caminata hasta acá.

—Hombre —DeVante gime con ese estilo que tiene—. Quería visitar a Dalvin, ¿de acuerdo? Tomé el autobús al cementerio. Detesto que esté solo en el Jardín. No quería que se sintiera solo, si es que eso tiene sentido.

Trato de no pensar en Khalil, solo en Garden Heights, ahora que su familia no está y yo también me marchó.

—Tiene sentido.

DeVante se aprieta la toalla contra la nariz y el labio. El sangrado ya mermó.

—Antes de que pudiera tomar el autobús de vuelta, los chicos de King me cerraron el paso. Creí que para esta hora estaría muerto. En serio.

—Pues me da gusto que no sea así —dice Chris—. Tengo más tiempo para vencerte en Madden.

DeVante sonrío burlonamente.

—Estás loco, blanquito, si crees que eso va a pasar.

Los autos están subiendo y bajando por Magnolia como si fuera un sábado por la mañana y los vendedores de droga se estuvieran luciendo. La música suena a todo volumen, rugen las bocinas de los autos, la gente se cuelga de las ventanas de los coches y se levanta sobre sus toldos. Las aceras están atiborradas de gente. Afuera está brumoso, y las llamas lamen el cielo a la distancia.

Le digo a Seven que se estacione en Just Us for Justice. Las ventanas están tapadas con tablones, y dice con pintura en aerosol *Propietarios negros*. La señorita Ofrah dijo que si el gran jurado no presentaba cargos, dirigirían protestas por toda la ciudad.

Bajamos por la acera caminando, sin un lugar en particular adonde ir. Me pongo la capucha y bajo la cabeza. No importa qué haya decidido el gran jurado, todavía soy *Starr la que estaba con Khalil*, y no quiero que me vean esta noche. Sólo que me escuchen.

Un par de personas mira a Chris con esa mirada de: *¿Qué carajos hace ese chico blanco aquí?* Él se mete las manos en los bolsillos.

—Supongo que no paso desapercibido, ¿cierto? —dice él.

—¿Estás seguro de que quieres estar aquí? —le pregunto.

—Más o menos así es para ti y para Seven en Williamson, ¿no?

—Muy parecido —dice Seven.

—Entonces puedo lidiar con ello.

Las multitudes están demasiado concentradas. Nos subimos en una banca de una parada de autobús para tener una mejor vista de todo lo que está pasando. Los King Lords con sus pañoletas grises y los Discípulos del Jardín con las suyas verdes están parados en una patrulla en medio de la calle, coreando: *¡Justicia para Khalil!* La gente que está reunida alrededor del auto graba la escena con sus teléfonos y lanza piedras contra las ventanas.

—Al carajo con ese puerco, hermano —dice un tipo, aferrando un bate de béisbol—. ¡Lo mataron por nada!

Azota el bate contra la ventana del lado del conductor, haciendo trizas el cristal.

Ya comenzó.

Los King Lords y los Discípulos pisotean el parabrisas. Luego alguien

grita: *¡Vuelquen al hijo de puta!*

Los pandilleros se bajan de un brinco. La gente se forma a un lado del auto. Miro las luces de encima, pensando en las que destellaban detrás de mí y de Khalil, y veo cómo desaparecen mientras voltean el auto.

Alguien grita: *¡Cuidado!*

Un coctel Molotov sale volando hacia el auto. Luego *¡pum!*, estalla en llamas.

La multitud aclama.

La gente dice que cuando estás triste buscas estar con otros, pero creo que sucede lo mismo con la ira. No soy la única que está enfadada: todos a mi alrededor lo están. No tenían que estar sentados en el asiento del copiloto cuando sucedió. Mi enojo es el suyo y el suyo es el mío.

En la radio de un auto se escucha la voz de Ice Cube decir: *Al carajo la policía, viniendo desde los bajos fondos. A un negro joven le fue mal, porque soy moreno.*

Pensaría que es un concierto por la manera en que reacciona la gente, rapeando junto a él y saltando al ritmo. DeVante y Seven gritan la letra. Chris asiente al ritmo y murmura las palabras. Se queda callado cada vez que Cube dice *nigga*, la palabra despectiva para negro. Como debe ser.

Cuando llega el coro, un *Al carajo la policía* suena como un clamor en la avenida Magnolia, quizá con la suficiente fuerza como para llegar a los cielos.

Yo también lo grito. Una parte de mí dice: *¿Pero qué pasa con el policía que es mi tío Carlos?* Pero esto no tiene que ver con él, ni con sus compañeros que hacen bien su trabajo. Esto tiene que ver con Ciento Quince, con esos detectives y sus preguntas de mierda, y con esos policías que obligaron a papá a besar el piso. Al carajo con ellos.

Se escucha el vidrio quebrarse. Dejo de rapear.

A una calle, la gente lanza piedras y contenedores de basura contra las ventanas en el McDonald's y la farmacia que están al lado.

Una vez tuve un ataque de asma terrible que me dejó en la sala de emergencias. Mis papás y yo no salimos del hospital como hasta las tres de la mañana, y para entonces nos estábamos muriendo de hambre. Mamá y yo

pasamos por unas hamburguesas a ese McDonald's y comimos mientras papá iba a cubrir mi receta médica en la farmacia.

Las puertas de vidrio de la farmacia se despedazan por completo. La gente entra corriendo y vuelve a salir con los brazos llenos de cosas.

—¡Deténganse! —grito, y los otros dicen lo mismo, pero los saqueadores siguen entrando. Un fulgor naranja estalla adentro, y toda la gente sale corriendo.

—A la mierda —dice Chris.

En un instante el edificio está en llamas.

—¡Diablos, sí! —dice DeVante—. ¡Quemen por completo esa mierda!

Recuerdo la mirada en el rostro de papá el día en que el señor Wyatt le entregó las llaves de la tienda; el señor Reuben con todas esas fotos en las paredes que muestran un legado que construyó año tras año; la señorita Yvette que entra a su tienda cada mañana, bostezando; hasta el molesto señor Lewis con sus cortes de pelo que son lo mejor de lo mejor.

Se escucha que el vidrio se quiebra en la casa de empeño en la siguiente cuadra. Luego en la tienda de productos de belleza de al lado.

Brotan llamas de ambas, y la gente aclama. Comienza un nuevo grito de batalla:

¡El techo, el techo, el techo se quema! ¡No necesitamos agua, que arda el hijo de puta!

Estoy tan furiosa como cualquiera, pero esto... esto no es lo correcto. Para mí, no lo es.

DeVante está justo ahí con ellos, gritando la nueva consigna. Le tuerzo el brazo para atrás.

—¿Qué? —dice.

Chris me da un codazo en el costado.

—Chicos...

A una cuantas calles, una fila de policías con uniforme antimotines avanza marchando hacia nosotros, seguidos de cerca por dos tanques con luces brillantes.

—Esto no es una reunión pacífica —dice un oficial en un altavoz—. Dispérsense ahora, o podrán ser arrestados.

El grito de batalla inicial comienza de nuevo:

—*¡Al carajo la policía! ¡Al carajo la policía!*

La gente le lanza rocas y botellas de vidrio a la policía.

—Hey —dice Seven.

—Dejen de lanzar objetos contra los cuerpos policiales —dice el oficial—. Salgan de las calles de inmediato, o podrán ser arrestados.

Siguen volando las piedras y las botellas.

De un brinco, Seven baja de la banca.

—Vamos —dice, mientras Chris y yo nos bajamos también—. Tenemos que salir de aquí.

—*¡Al carajo la policía! ¡Al carajo la policía!* —sigue gritando DeVante.

—¡Vante, hombre, vamos! —dice Seven.

—¡No les tengo miedo! ¡Al carajo la policía!

Suena *pum*. Un objeto vuela por los aires y aterriza en medio de la calle, y estalla en una bola de fuego.

—¡Ay, mierda! —dice DeVante.

Salta de la banca y salimos corriendo. Hay casi una maldita estampida en la acera. Los autos salen disparados por la calle. Suena como si detrás de nosotros fuera el Cuatro de Julio: *pum* tras *pum* tras *pum*.

El aire se llena de humo. Se escucha el estallido de más vidrio. Cada *pum* se acerca más y más, y el humo se torna más espeso.

Las llamas consumen el lugar que daba préstamos en efectivo. Pero Just Us for Justice está bien. También el autolavado del otro lado, que en una de sus paredes tiene pintado con aerosol: *Propietarios Negros*.

Saltamos al Mustang de Seven. Sale a toda velocidad por la parte de atrás del viejo estacionamiento del Taco Bell, para llegar a la siguiente calle.

—¿Qué carajos acaba de pasar? —dice.

Chris se desploma en el auto.

—No lo sé. Pero no quiero que vuelva a pasar.

—Los negros estamos cansados de aguantar todo esto —dice DeVante, entre inhalaciones profundas—. Como dijo Starr, no les importamos un carajo, así que a nosotros no nos importan ellos. Que la policía hija de puta arda hasta que sólo queden cenizas.

—¡Pero ellos no viven aquí! —dice Seven—. No les importa un *carajo* lo que pase en este barrio.

—¿Entonces qué se supone que debemos hacer? —espetea DeVante—. Toda esa mierda pacífica que canta Kumbaya no sirve para un carajo. No van a escucharnos hasta que nos hagamos escuchar.

—Pero esas tiendas... —le digo.

—¿Qué con ellas? —pregunta DeVante—. Mi madre solía trabajar en ese McDonald's, y casi no le pagaban. Esa casa de empeño nos endeudó muchas veces. No, no me importa un carajo ninguno de esos hijos de puta.

Lo entiendo. Una vez, papá casi pierde su anillo de bodas en esa casa de empeño. Hasta amenazó con reducirla a cenizas. Es casi irónico que esté ardiendo ahora.

Pero si los saqueadores deciden ignorar las etiquetas que dicen *propietarios negros*, podrían terminar por acabar con nuestra tienda.

—Tenemos que ir a ayudar a papá.

—¿Qué? —dice Seven.

—¡Tenemos que ayudar a papá a proteger la tienda! En caso de que lleguen saqueadores.

Seven se limpia la cara.

—Mierda, creo que tienes razón.

—Nadie va a tocar a Big Mav —dice DeVante.

—Eso no lo sabes —le digo yo—. La gente está encabronada, DeVante. No están pensando una mierda. Están volviéndolo todo una mierda.

DeVante finalmente asiente.

—Está bien, perfecto. Vayamos a ayudar a Big Mav.

—¿Crees que no tendrá problemas con que yo ayude? —pregunta Chris—. La última vez no parecía que le agradara.

—¿No lo parecía? —repite DeVante—. Puso una cara de odio tremenda. Yo estaba ahí. Lo recuerdo.

Seven se ríe burlonamente. Le doy un golpe a DeVante y le digo:

—Cállate.

—¿Qué? Es verdad. Estaba que echaba lumbre de que Chris fuera blanco. Pero mira, si logras escupir la letra de NWA como lo hiciste allá atrás, tal vez

piense que no estás tan mal.

—¿Qué? ¿Te sorprende que un chico blanco conozca NWA? —lo molesta Chris.

—Hombre, no eres blanco. Eres trigueño.

—¡Estoy de acuerdo! —le digo.

—Esperen, esperen —dice Seven por encima de nuestras carcajadas—, tenemos que ponerlo a prueba para ver si en verdad es negro. Chris, ¿has comido alguna vez estofado de ejotes?

—Diablos, no. Qué mierda más asquerosa.

Los demás nos desternillamos de risa.

—¡Es negro! ¡Es negro! —decimos.

—Espera, uno más —le digo—. Macarrones con queso. ¿Es una comida completa o una guarnición?

—Uh... —los ojos de Chris nos miran rápidamente.

DeVante tararea el tema de *Jeopardy*.

—*Cómo obtener una credencial negra por trescientos dólares, Alex* —dice Seven con voz de anunciante.

Chris contesta finalmente.

—Una comida completa.

—¡Ayyy! —gemimos los demás.

—*Bu, bu, buuu!* —dice DeVante.

—¡Chicos, lo es! Piénsenlo. Tiene proteína, calcio...

—La proteína es carne —dice DeVante—. No el maldito queso. Ya quisiera ver a alguien darme macarrones y decirme que es una comida completa.

—Pero es como la comida más fácil y rápida que hay —dice Chris—. Una caja, y estás...

—Y he ahí el problema —le digo—. Los macarrones con queso verdaderos no vienen de una caja, amor. Salen de un horno con una burbujeante corteza gratinada encima.

—Amén —Seven levanta el puño y lo junta con el mío.

—Ohhh —dice Chris—. ¿Se refieren al que lleva migajas de pan?

—¿Qué? —grita DeVante.

—¿Pan? —dice Seven.

—*Nada de eso* —le digo—. Quiero decir que hay como una corteza de queso encima. Tenemos que llevarte a un restaurante de comida *soul*, amor.

—Este imbécil dijo pan —DeVante suena ofendido en verdad—. Migajas de pan.

El auto se detiene. Más adelante hay un letrero que bloquea la calle y dice *Calle Cerrada*, con una patrulla en frente.

—Maldita sea —dice Seven, retrocediendo y dando la media vuelta—. Tenemos que encontrar otra manera de llegar a la tienda.

—Probablemente haya muchos bloqueos de calles por todo el barrio esta noche —le digo.

—Jodido pan —DeVante todavía no lo supera—. Lo juro, no entiendo a los blancos. Migajas de pan en los macarrones, besar a los perros en la boca...

—Tratar a sus perros como si fueran sus hijos —agrego.

—¡Sí! —dice DeVante—. Hacer tonterías que podrían matarlos, como saltar en *bungee*.

—Pronunciar el nombre de la tienda Target, Tar-yé, como si así sonara más elegante —dice Seven.

—Carajo —masculla Chris—. Así lo dice mamá.

Seven y yo estallamos en risas.

—Decirles a sus padres estupideces —prosigue DeVante—. Separarse en situaciones en las que queda claro que deben quedarse juntos.

Chris dice:

—¿Qué?

—Mi amor, vamos —le digo yo—. Los blancos siempre quieren separarse, y cuando lo hacen, sucede algo malo.

—Pero eso sólo sucede en las películas —dice él.

—*Ni hablar!* Ese tipo de mierda siempre sale en las noticias —dice DeVante—. Salen a escalar, se separan, y un oso mata a alguien.

—Se avería el auto, se separan para ir por ayuda, y un asesino en serie mata a alguien —agrega Seven.

—¿Qué sucede? ¿No han oído hablar de que hay poder en los números?

—pregunta DeVante—. Pero en serio.

—Está bien, perfecto —dice Chris—. Ya que ustedes quieren entrarle a esto con la gente blanca, ¿puedo preguntar algo sobre los negros?

Preparen el sonido de *scratching* de un vinilo muy arañado. No les miento, los tres nos volteamos y lo miramos, incluyendo a Seven. El auto vira a un lado del camino, hasta raspar contra la acera. Seven espeta una maldición.

—Digo, es lo justo, ¿no? —masculla Chris.

—Chicos, tiene razón —le digo—. Debería poder preguntar.

—Perfecto —dice Seven—. Adelante, Chris.

—Está bien. ¿Por qué algunos negros les ponen nombres extraños a sus hijos? Por ejemplo, los nombres que tienen ustedes. No son normales.

—Mi nombre es normal —dice DeVante, con voz de engréido—. No sé de qué estás hablando.

—Hombre, te pusieron ese nombre por un tipo de Jodeci —dice Seven.

—¡Y tú tienes nombre de número! ¿Cuál es tu segundo nombre? ¿Ocho? —responde DeVante.

—En fin, Chris —dice Seven—, DeVante tiene razón. ¿Qué hace que su nombre o nuestros nombres sean de alguna manera menos normales que los de ustedes? ¿Qué o quién define lo que significa *normal*? Si *papá* estuviera aquí, diría que caíste en la trampa del estándar blanco.

A Chris se le empieza a subir el color por el cuello y la cara.

—No quería decir... está bien, quizá *normal* no sea la palabra correcta.

—*No* —le digo.

—¿Supongo que debería decir poco común? —pregunta—. Ustedes tienen nombres *poco comunes*.

—Pero sé que hay tres otros DeVantes en mi barrio —dice DeVante.

—Correcto. Es cuestión de perspectiva —dice Seven—. Además, la mayoría de los nombres que los blancos creen que son poco comunes en realidad tienen significados en varios idiomas africanos.

—Y, seamos realistas, algunos blancos le ponen nombres *poco comunes* a sus hijos también —le digo—. Eso no se limita a los negros. Sólo porque no empiezan con De- o con La-, no quiere decir que estén bien.

Chris asiente.

—Está bien.

—¿Pero por qué tienes que usar *De-* como ejemplo? —pregunta DeVante.

Nos volvemos a detener. Otro bloqueo.

—Mierda —sisea Seven—. Tengo que tomar el camino largo. Por el lado este.

—¿El lado este? —dice DeVante—. ¡Ése es territorio de los Discípulos!

—Y ahí fue donde ocurrieron la mayoría de los disturbios la vez pasada —les recuerdo.

Chris niega con la cabeza.

—*No*. Entonces no podemos entrar ahí.

—Nadie está pensando en salir de pandillero esta noche —dice Seven—.

Mientras me mantenga alejado de las calles principales, estaremos bien.

Suenan disparos cerca —quizá demasiado— y todos nos sobresaltamos.

Chris suelta una especie de alarido.

Seven traga saliva.

—Sí. Estaremos bien.

CAPÍTULO 24

Como Seven dijo que todo saldría bien, todo sale mal.

La mayoría de las rutas que pasan por el lado este están bloqueadas por la policía, y le toma a Seven una eternidad encontrar una que no lo esté. A medio camino antes de llegar a la tienda, el auto suspira y baja la velocidad.

—Vamos —dice Seven. Frota el tablero y pisa el acelerador—. Vamos, nena.

Su nena básicamente dice *al carajo* y se detiene.

—¡Mierda! —Seven descansa la cabeza en el volante—. Se acabó la gasolina.

—Bromeas, ¿cierto? —dice Chris.

—Ya quisiera que fuera así, hombre. Estaba baja cuando salimos de tu casa, pero pensé que podría esperar un rato antes de ir a cargar. Conozco mi auto.

—Es obvio que no lo conoces —le digo.

Estamos al lado de unos dúplex, y no sé qué calle es ésta. No estoy tan familiarizada con el lado este. Suenan sirenas cercanas, y está tan brumoso y ahumado como el resto del barrio.

—Hay una estación de gasolina no muy lejos de aquí —dice Seven—. Chris, ¿me ayudas a empujarlo?

—En el sentido de ¿bájate de la protección de este coche y empújalo? —pregunta Chris.

—Sí, eso. Todo saldrá bien —Seven desciende de un brinco.

—Eso fue lo que dijiste antes —masculla Chris, pero se baja.

DeVante dice:

—Yo también puedo empujar.

—*Ni hablar*, hombre. Tienes que descansar —dice Seven—. Starr, ponte detrás del volante.

Ésta es la primera vez que deja que alguien más conduzca a su *nena*. Me dice que ponga el auto en neutral y lo guíe con el volante. Empuja junto a mí. Chris empuja del otro lado. Se la pasa lanzando miradas por encima del hombro.

Las sirenas suenan más cerca y el humo se espesa. Seven y Chris tosen y se cubren las narices con las camisetas. Una *pickup* llena de colchones y gente nos rebasa.

Llegamos a una breve colina descendente, y Seven y Chris corren para alcanzar el auto.

—¡Más lento, más lento! —grita Seven. Bombeo los frenos. El auto se detiene al fondo de la colina.

Seven tose en su camiseta.

—Espera. Necesito un minuto.

Chris se agacha, tratando de recuperar el aliento.

—Este humo me está matando —dice.

Seven se endereza y exhala lentamente el aire por la boca.

—Mierda. Llegaremos más rápido a la estación de gasolina si dejamos el auto. No podemos empujarlo todo el camino.

¿Qué carajos? Estoy aquí sentada.

—Yo puedo empujar.

—Lo sé, Starr. Aunque lo hicieras, sería más rápido así. Maldita sea, pero no quiero dejar mi auto aquí.

—¿Qué tal si nos separamos? —dice Chris—. Dos nos quedamos aquí, dos vamos por gasolina... y ésta es esa mierda blanca de la que estaban hablando antes, ¿cierto?

—Sí —decimos los demás.

—Te lo dije —dice DeVante.

Seven se lleva las manos a sus rastas.

—Carajo, carajo, carajo. Tenemos que dejarlo.

Voy por las llaves de Seven mientras él toma un bote para gasolina de la

cajuela. Acaricia el auto y le susurra algo. Es su nena, así que creo que le dice que la ama y que promete volver. Válgame Dios.

Los cuatro comenzamos a andar por la acera y nos jalamos las camisetas sobre las bocas y narices. DeVante cojea pero jura que está bien.

Una voz distante dice algo, pero no puedo discernir qué, y se escucha una estruendosa respuesta de una multitud.

Chris y yo caminamos detrás de Seven y DeVante. Deja caer la mano al lado, y la roza contra mí, su manera pícaro de tratar de agarrarme la mano. Dejo que lo haga.

—¿Entonces, aquí es donde vivías antes? —dice.

Se me había olvidado que era la primera vez que venía a Garden Heights.

—Sí. Bueno, no en este lado del barrio. Soy del lado oeste.

—¡Lado oooooeste! —dice Seven, mientras DeVante hace una *o* con las manos—. ¡El mejor lado!

—¡Lo juro por mi madre! —agrega DeVante.

Levanto los ojos al cielo. La gente exagera con ese rollo de *de qué parte del barrio eres*.

—¿Viste ese complejo grande que acabamos de pasar? Ésa es la unidad habitacional donde vivía cuando era pequeña.

Chris asiente.

—El lugar donde nos estacionamos... ¿ése era el Taco Bell al que los llevaba tu papá?

—Sí. Abrieron uno nuevo más cerca de la carretera hace algunos años.

—Quizá podamos ir juntos algún día —dice.

—Hermano —interrumpe DeVante—. Por favor, dime que no estás pensando en llevar a tu chica a un Taco Bell para tener una cita. ¿*Taco Bell*?

Seven aúlla de la risa.

—Disculpen, ¿alguien hablaba con ustedes? —pregunto.

—Ay, amiga mía, estoy tratando de echarte la mano —dice DeVante—. Tu chico no tiene estilo para conquistar.

—¡Claro que lo tengo! —dice Chris—. Le estoy diciendo a mi chica que me da gusto ir con ella adonde sea, no importa en qué barrio esté. Mientras ella esté ahí, yo estaré bien.

Me sonrío sin mostrar los dientes. Yo hago lo mismo.

—¡Bah! De todos modos es un Taco Bell —dice DeVante—. Para el final de la noche, será un Taco *Hell*.

La voz suena un poco más fuerte. Todavía no se escucha con claridad. Un hombre y una mujer pasan corriendo por la acera, empujando dos carritos de supermercado con pantallas planas dentro.

—Se están poniendo como locos por acá —dice DeVante con una pequeña carcajada, pero se agarra el costado.

—King te pateó, ¿cierto? —dice Seven—. Con sus jodidos y enormes Timberlands puestos, ¿cierto?

DeVante saca la respiración con un silbido. Asiente.

—Sí, a mamá le hizo eso una vez. Casi le rompió todas las costillas.

Un rottweiler atado a una correa dentro de un patio con barda, ladra y trata de correr tras nosotros. Doy unos zapatazos frente a él. Chilla y salta hacia atrás.

—A ella no le pasará nada —dice Seven, aunque parece que en realidad se está tratando de convencer a sí mismo—. Sí. Estará bien.

Cerca de ahí, la gente está parada en una intersección de cuatro vías, mirando algo que sucede en una de las otras calles.

—Tienen que salir del camino —anuncia alguien desde un altavoz—. Están bloqueando el tránsito ilegalmente.

—*¡Un cepillo no es una pistola! ¡Un cepillo no es una pistola!* —canta una voz desde otro altoparlante. La multitud lo repite.

Llegamos a la intersección. Hay un autobús rojo, verde y amarillo estacionado en la calle a nuestra derecha. Dice Just Us for Justice en un costado. Hay una gran multitud reunida en la calle que está a nuestra izquierda. Apuntan al aire con cepillos negros.

Los manifestantes están en la calle Carnation. Donde ocurrió.

No he vuelto aquí desde aquella noche. Saber que fue aquí donde Khalil... me quedo mirando fijamente, la multitud desaparece y lo veo tendido en la calle. Todo vuelve a pasar frente a mis ojos como una película de terror que se repite constantemente. Me mira por última vez y...

—*¡Fue un cepillo y no una pistola!*

La voz me saca de mi aturdimiento.

Frente a la multitud, una dama de trenzas torcidas está parada sobre una patrulla con un megáfono en la mano. Voltea hacia nosotros con el puño alzado en señal del Poder Negro. Khalil sonrío en la parte delantera de su camiseta.

—¿No es ésa tu abogada, Starr? —pregunta Seven.

—Sí —bien, sabía que la señorita Ofrah tendía a la vía radical, pero cuando uno piensa en un *abogado*, en realidad no piensa en una *persona encima de una patrulla gritando consignas a través de un megáfono*, ¿saben?

—Dispérsense de inmediato —repite el oficial. No puedo verlo por la multitud.

La señorita Ofrah dirige la consigna de nuevo.

—*¡Fue un cepillo y no una pistola! ¡Fue un cepillo y no una pistola!*

Es contagioso y todo reverbera a nuestro alrededor. Seven, DeVante y Chris se unen.

—*¡Fue un cepillo y no una pistola!* —mascullo.

Khalil lo deja caer en el costado de la puerta.

—*¡Un cepillo no es una pistola!*

Abre la puerta para preguntar si estoy bien.

Luego pum, pum...

—*¡Fue un cepillo y no una pistola!* —grito con toda la fuerza que puedo con el puño en el aire y lágrimas en los ojos.

—Voy a invitar a la hermana Freeman a que suba y nos dirija unas palabras sobre la injusticia que ocurrió aquella noche —dice la señorita Ofrah.

Le pasa el megáfono a una señorita que también lleva la camiseta de Khalil, y baja de la patrulla. La multitud la deja pasar, y la señorita Ofrah se dirige a otra compañera de trabajo que está parada en la intersección, cerca del autobús. Me ve, y me vuelve a mirar.

—¿Starr? —dice, acercándose a nosotros—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nosotros..., yo... Cuando anunciaron la decisión, quería hacer algo. Así que vinimos al barrio.

Mira al golpeado DeVante.

—Dios mío ¿quedaron atrapados en los disturbios?

DeVante se toca la cara.

—Maldita sea, ¿tan mal me veo?

—No es por eso que se ve así —le digo—. Pero sí, quedamos atrapados en los disturbios a la altura de Magnolia. Todo enloqueció por allá. Los saqueadores lo dominaron todo.

La señorita Ofrah frunce los labios.

—Sí. Eso escuchamos.

—Just Us for Justice estaba bien cuando nos fuimos —dice Seven.

—Aunque no lo esté, no pasa nada —dice la señorita Ofrah—. Puedes destrozár madera y ladrillo, pero no puedes destrozár un movimiento. Starr, ¿tu mamá sabe que estás aquí?

—Sí —no me suena convincente ni a mí.

—¿En serio?

—Está bien, no. Por favor, no se lo digas.

—Tengo que decírselo —alega ella—. Como tu abogada, tengo que hacer lo mejor para ti. Que tu mamá sepa que estás aquí es lo mejor para ti.

No, no lo es, porque me matará.

—Pero eres *mi* abogada. No la suya. ¿No puede ser un asunto de confidencialidad cliente-abogado?

—Starr...

—¿Puedes entenderlo? Durante las otras protestas, miré, y hablé. Pero ahora quiero hacer algo.

—¿Quién dice que hablar no es hacer algo? —me pregunta ella—. Es más productivo que el silencio. ¿Recuerdas lo que dije sobre tu voz?

—Dijiste que es mi principal arma.

—Y lo digo en serio —me mira por un segundo y luego suspira por la nariz—. ¿Quieres luchar contra el sistema esta noche?

Asiento.

—Entonces, vamos.

La señorita Ofrah toma mi mano y me conduce entre la multitud.

—Despídeme —me dice.

—¿Eh?

—Dime que ya no quieres que te represente.

—¿Ya no quiero que me representes? —pregunto.

—Bien. Desde este momento ya no soy tu abogada. Si tus padres se enteran de esto, no lo hice como tu representante legal, sino como activista. ¿Viste ese autobús cerca de la intersección?

—Sí.

—Si los oficiales actúan, corre directamente hacia él. ¿Entendiste?

—Pero qué...

Me lleva a la patrulla y gesticula hacia su colega. La señorita se baja y le pasa el megáfono a la señorita Ofrah. La señorita Ofrah me lo pasa a mí.

—Usa tu arma —me dice.

Otro de sus compañeros de trabajo me levanta y me pone sobre la patrulla.

A unos tres metros, en mitad de la calle, hay un pequeño santuario en memoria de Khalil: velas encendidas, osos de peluche, fotos enmarcadas y globos. Separa a los manifestantes de un pequeño grupo de oficiales con un equipo antimotines. No son tantos agentes como los que había en Magnolia, pero... es la policía.

Volteo hacia la multitud. Me miran con expectación.

El megáfono pesa tanto como una pistola. Es curioso, ya que la señorita Ofrah me dijo que usara mi arma. Me cuesta trabajo levantarlo. Mierda, no tengo la menor idea de qué decir. Lo pongo cerca de mi boca y aprieto el botón.

—Mi... —suelta un sonido fuerte, ensordecedor.

—¡No tengas miedo! —grita alguien en la multitud—. ¡Habla!

—Tienen que evacuar la calle de inmediato —dice el oficial.

¿Saben qué? Al carajo.

—Me llamo Starr. Soy la persona que vio lo que le pasó a Khalil —digo a través del megáfono—. Y no estuvo bien.

Me responden un montón de *sí* y *amén* de la multitud.

—No estábamos haciendo nada malo. El oficial Cruise no sólo supuso que no nos traíamos nada bueno entre manos, supuso que éramos criminales. Pues bien, el oficial Cruise es el criminal.

La multitud vitorea y aplaude. La señorita Ofrah dice:

—¡Habla!

Eso me llena de energía.

Volteo hacia los policías.

—¡Estoy harta de esto! Así como ustedes piensan que todos nosotros somos malos por culpa de unas cuantas personas, nosotros pensamos lo mismo de ustedes. Hasta que nos den una razón para pensar lo contrario, seguiremos protestando.

Más vítores, y no puedo mentir, eso me anima. Olvídense del gusto por disparar: lo mío es el habla.

—Todos quieren hablar acerca de cómo murió Khalil —les digo—. Pero esto no se trata de cómo murió Khalil. Se trata del hecho de que vivió. Su vida importó. ¡Khalil vivió! —miro a la policía de nuevo—. ¿Me escuchan? ¡Khalil vivió!

—Tienen hasta la cuenta de tres para dispersarse —dice el oficial por el altavoz.

—*¡Khalil vivió!* —coreamos.

—Uno.

—*¡Khalil vivió!*

—Dos.

—*¡Khalil vivió!*

—Tres.

—*¡Khalil vivió!*

La lata de gas lacrimógeno vuela hacia nosotros. Aterriza junto a la patrulla.

Bajo de un salto y levanto la lata. Le sale humo de un orificio. En cualquier segundo hará combustión.

Gritó a todo pulmón, con la esperanza de que Khalil me escuche, y se la vuelvo a lanzar a la policía. Estalla y los consume en una nube de gas lacrimógeno.

Se desata el caos.

Los agentes salen en estampida sobre el santuario de Khalil, y la multitud corre. Alguien me toma del brazo. La señorita Ofrah.

—¡Al autobús! —dice.

Estoy a medio camino antes de llegar cuando Chris y Seven me alcanzan.

—¡Vamos! —dice Seven, y me jalan con ellos.

Intento decirles lo del camión, pero se escuchan estallidos y un humo espeso y blanco nos envuelve. Me arden la nariz y la garganta como si hubiera tragado fuego. Siento los ojos como si estuvieran siendo consumidos por las llamas.

Algo pasa silbando por encima de nuestras cabezas, luego una explosión estalla frente a nosotros. Más humo.

—¡DeVante! —grazna Chris, mirando a nuestro alrededor—. ¡DeVante!

Lo encontramos recargado contra un farol titilante. Tose y respira con dificultad. Seven me suelta y lo toma del brazo.

—¡Mierda, hombre! ¡Los ojos! No puedo respirar.

Corremos. Chris toma mi mano con la misma fuerza con la que yo sujeto la suya. Se escuchan gritos y estallidos en todas las direcciones. No puedo ver nada por el humo, ni siquiera el autobús de Just Us.

—No puedo correr. ¡Mi costado! —dice DeVante—. ¡Mierda!

—Vamos, hombre —dice Seven, jalándolo—. ¡Sigue corriendo!

Unas luces brillantes recorren la calle, entre el humo. Una *pickup* gris con neumáticos extragrandes. Se detiene junto a nosotros, baja la ventana, y se me para el corazón, a la espera de una pistola que salga apuntándome, cortesía de un King Lord.

Pero Goon, el King Lord de Cedar Grove, nos mira desde el asiento del conductor, con la nariz y la boca cubiertas con una pañoleta.

—¡Suban! —dice.

Dos chicos y una chica como de nuestra edad, los dos con pañoletas blancas sobre los rostros, nos ayudan a subirnos a la parte trasera de la camioneta. Es una invitación abierta para que otros suban, como un hombre blanco con camisa y corbata, y un latino que lleva una cámara al hombro. El hombre blanco me resulta extrañamente conocido.

DeVante se recuesta en la camioneta. Se toca los ojos y se retuerce de la agonía.

—¡Mierda, hombre! ¡Mierda!

—Bri, dale un poco de leche —dice Goon por la ventana de atrás.

¿Leche?

—Se nos terminó, tío —dice la chica de la pañoleta.

—¡Carajo! —sisea Goon—. Aguanta, Vante.

Ruedan lágrimas y mocos por mi rostro. Mis ojos están casi insensibles por el ardor.

La camioneta baja la velocidad.

—Suban al *hermano* —dice Goon.

Los dos tipos con las pañoletas agarran por los brazos a un chico de la calle y lo suben a la camioneta. El niño parece de unos trece años. Tiene la camiseta cubierta de hollín, y tose y respira con dificultad.

Me da un ataque de tos. Al resollar, siento como si escupiera carbones ardientes. El hombre de camisa y corbata me pasa su pañuelo humedecido.

—Te ayudará un poco —dice—. Colócalo contra tu nariz y respira a través de él.

Eso me da un poco de aire limpio. Se lo paso a Chris, lo usa, y se lo pasa a Seven, que está junto a él. Seven también lo usa y se lo pasa a alguien más.

—Como podrás ver, Jim —le dice el hombre a alguien que ninguno de nosotros puede ver—, hay muchos jóvenes aquí protestando esta noche, negros y blancos.

—Soy el blanco simbólico, ¿eh? —Chris me masculla antes de toser. Me reiría si no me doliera.

—Y hay gente como este caballero que está dando vueltas por el vecindario, ayudando de la manera que puede —dice el hombre blanco—. Conductor, ¿cómo se llama?

El latino gira su cámara hacia Goon.

—*A ti qué* —dice Goon.

—Gracias, *A ti qué*, por darnos un aventón.

¡Vayaaaa! Pero me doy cuenta de por qué me resulta familiar. Es un conductor del noticiero nacional, Brian no sé qué.

—Esta joven de aquí hizo una poderosa declaración hace un momento —dice, y apuntan la cámara hacia mí—. ¿En verdad eres la testigo?

Asiento. Ya no tiene sentido esconderme.

—Grabamos lo que dijiste antes. ¿Hay algo más que quisieras agregar para los que nos están viendo?

—Sí. Nada de esto tiene sentido.

Comienzo a toser de nuevo, y me deja en paz.

Cuando no tengo los ojos cerrados veo en qué se ha convertido mi barrio. Más tanques, más agentes con equipos antimotines, más humo. Negocios saqueados. Los faroles apagados, y los incendios que permiten que no todo caiga en una oscuridad total. La gente sale corriendo del Walmart con los brazos llenos de artículos, como hormigas que huyen del hormiguero. Los negocios intactos tienen las ventanas cubiertas de tablas y grafitis que especifican claramente: *Propietarios negros*.

Finalmente damos vuelta en la avenida Marigold, e incluso con el fuego en los pulmones inhalo profundamente. Nuestra tienda está intacta. Las ventanas están cubiertas de tablas con esa misma consigna de *Propietarios negros*, como si fuera sangre de cordero que protege la tienda del ángel exterminador. La calle está bastante silenciosa. El único negocio con ventanas rotas es la licorería. No exhibe la marca de *Propietarios negros*.

Goon se detiene frente a nuestra tienda. Sale de un brinco, va a la parte de atrás de la camioneta y nos ayuda a todos a salir.

—Starr, Sev, ¿tienen llaves?

Hurgo en mis bolsillos para encontrar las llaves de Seven y se las echo a Goon. Prueba cada llave hasta que una abre la puerta.

—Aquí adentro, todos —dice.

Todos, incluyendo al camarógrafo y al reportero, entran a la tienda. Goon y uno de los tipos de pañoleta van por DeVante y lo llevan cargando adentro. No hay señales de papá.

Me arrastro por el piso y caigo de bruces, parpadeando rápidamente. Me arden los ojos y se me llenan de lágrimas.

Goon pone a DeVante en la banca de los ancianos antes de ir corriendo a los refrigeradores.

Regresa apurado con un galón de leche y lo vierte sobre el rostro de DeVante. El líquido lo vuelve blanco por un momento. DeVante tose y escupe. Goon derrama más.

—¡Detente! —dice DeVante—. ¡Vas a ahogarme!

—Pero apuesto a que ya no te arden los ojos —contesta Goon.

Voy medio arrastrándome, medio corriendo a los refrigeradores y alcanzo un galón para mí. Lo rocío en mi rostro. El alivio llega en segundos.

La gente derrama leche en sus rostros mientras el camarógrafo lo graba todo. Una señora mayor bebe de un galón. Hay charcos de leche en el piso, y un chico universitario está tendido boca abajo en él y jadea al tomar aire.

Cuando la gente recibe el alivio que necesita, se va. Goon agarra un montón de cajas de leche y pregunta:

—Oigan, ¿nos podemos llevar esto en caso de que alguien lo necesite en la calle?

Seven asiente y sorbe de un cartón.

—Gracias, *hermano*. Si veo a tu padre otra vez, le diré que están aquí.

—¿Viste a nuestro...? —toso y sorbo un poco de leche, extinguiendo las llamas en mis pulmones—. ¿Viste a nuestro padre?

—Sí, hace un rato. Los estaba buscando.

Ay, mierda.

—Señor —le dice el reportero a Goon—, ¿podemos ir con usted? Nos gustaría ver más del barrio.

—No se diga más, *hermanos*. Súbanse atrás —voltea hacia la cámara y tuerce los dedos para que parezcan una K y una L—. ¡Los Kings de Cedar Grove, nenes! ¡Que vivan los coronas! ¡*Addi-o!* —lanza el grito de King Lords. Sólo a Goon se le ocurriría lanzar señales pandilleras en televisión nacional.

Nos dejan solos en la tienda. Seven, Chris y yo estamos sobre los charcos de leche con las rodillas subidas hasta los pechos. Los brazos y las piernas de DeVante cuelgan de la banca de los ancianos. Bebe más leche.

Seven saca el teléfono de su bolsillo.

—Maldita sea. Se murió mi teléfono. Starr, ¿tienes el tuyo?

—Sí —tengo un montón de correos de voz y mensajes de texto, la mayor parte de mamá.

Primero escucho los correos de voz. Empiezan sin riesgo, con mamá que dice:

—*Starr, nena, llámame tan pronto como me escuches, ¿está bien?*

Pero pronto se convierten en:

—*Starr Amara, sé que te están llegando estos mensajes. Llámame. No bromeo.*

Progresan a:

—*Mira, ya lo llevaste demasiado lejos. Carlos y yo estamos saliendo por la puerta en este instante, ¡y más vale que le ruegues a Dios que no te encontremos!*

Y en el último mensaje, que dejó hace unos minutos, mamá dice:

—*Ah, entonces no puedes devolver mis llamadas, pero puedes dirigir protestas, ¿eh? ¡Mamá me dijo que te vio en la televisión, dando discursos y lanzándole gas lacrimógeno a la policía! ¡Juro que te arrancaré la cabeza si no me llamas!*

—*Estamos jodidos, hermano —dice DeVante—. Estamos jodidos.*

Seven mira su reloj rápidamente.

—*Maldita sea. Llevamos como cuatro horas fuera.*

—*Estamos jodidos —repite DeVante.*

—*¿Quizá los cuatro podamos buscar algún lugar para vivir en México? —dice Chris.*

Niego con la cabeza.

—*No está lo suficientemente lejos.*

Seven se pellizca el rostro. La leche se secó y formó una costra.

—*Está bien, tenemos que llamarles. Y si llamamos desde el teléfono de la oficina, mamá lo verá en el identificador de llamadas y sabrá que no mentimos cuando digamos que estamos aquí. Eso ayudará, ¿no?*

—*Ya es demasiado tarde para que nos ayuden, por lo menos tres horas tarde —le digo.*

Seven se levanta y nos da la mano a Chris y a mí. Ayuda a DeVante a bajarse del banco.

—*Vamos. Asegúrate de sonar arrepentida, ¿está bien? Nos dirigimos a la oficina de papá.*

La puerta principal rechina. Algo cae contra el piso.

Me giro. Una botella de vidrio con una tela en llamas...

¡Pum! De repente la tienda se ilumina de un brillante naranja. Una ola de calor nos golpea como si el sol hubiera caído adentro. Las llamas devoran el techo y obstruyen la puerta.

CAPÍTULO 25

Todo un pasillo está ya envuelto en llamas.

—Vayan a la puerta de atrás —dice Seven, ahogándose—. ¡A la puerta de atrás!

Chris y DeVante nos siguen por el pasillo angosto cerca de la oficina de papá que conduce al baño y a la puerta trasera en la que descargan las entregas. El humo inunda el pasillo.

Seven empuja la puerta. No se mueve ni un ápice. Él y Chris golpean los hombros contra ella, pero es a prueba de balas, a prueba de hombros, a prueba de todo. De cualquier manera, las barras contra ladrones no nos dejarían salir.

—Starr, mis llaves —grazna Seven.

Niego con la cabeza. Se las di a Goon, y la última vez que las vi las había dejado en la puerta de enfrente.

DeVante tose. Es cada vez más difícil respirar con todo ese humo.

—Hombre, no podemos morir aquí. No quiero morir.

—¡Cállate! —dice Chris—. No vamos a morir.

Toso en el recodo de mi brazo.

—Quizá papá tenga una llave extra —le digo, y mi voz suena débil—. En su oficina.

Bajamos corriendo por el pasillo, pero también la puerta de la oficina está asegurada.

—¡Carajo! —grita Seven.

El señor Lewis sale cojeando a la mitad de la calle. Tiene un bate de béisbol en cada mano. Mira rápidamente a su alrededor, como si tratara de

entender de dónde está saliendo el humo. Con las tablas en las ventanas, no puede ver el infierno que hay en la tienda, a menos que se asome por la puerta principal.

—¡Señor Lewis! —grito lo más fuerte que me es posible.

Los chicos se unen a mi grito. El humo estrangula las voces. Las llamas danzan a unos metros de nosotros, pero juro que es como si estuviera parada sobre ellas.

El señor Lewis cojea hacia la tienda, entrecerrando los ojos. Se abren por completo cuando se asoma por la puerta, directamente hacia nosotros, al otro lado de las llamas.

—¡Válgame Dios!

Cojea hacia la calle con más rapidez de la que lo haya visto moverse jamás.

—¡Auxilio! ¡Hay unos chicos atrapados adentro! ¡Auxilio!

Se escucha una fuerte crepitación a nuestra derecha. El fuego consume otra repisa.

El sobrino del señor Reuben, Tim, viene corriendo y abre la puerta de enfrente, pero las llamas lo cubren todo.

—¡Vayan a la puerta de atrás! —nos grita.

Tim casi nos gana en llegar hasta ahí. Jala la puerta con fuerza y el vidrio repiquetea. Por la manera en que está jalando, la puerta terminará por ceder. Pero no tenemos tiempo para eso.

Se escucha el chirrido de unos neumáticos afuera.

Momentos después, papá llega corriendo a la puerta trasera.

—Cuidado —le dice a Tim, y lo aparta de su camino.

Papá busca sus llaves con torpeza y prueba varias en la cerradura mientras masculla:

—Por favor, Dios. Por favor.

Apenas logro ver a Seven, Chris o DeVante entre el humo, y están tosiendo y respirando con dificultad junto a mí.

Un clic. La perilla gira. La puerta se abre. Salimos corriendo. El aire fresco me llena los pulmones.

Papá nos jala a Seven y a mí por el callejón, a la vuelta de la esquina y al

otro lado de la calle, donde está Reuben's. Nos obligan a sentarnos en la acera.

Vuelven a chirriar unos neumáticos, y mamá dice:

—¡Ay, Dios mío!

Viene corriendo con el tío Carlos pisándole los talones. Me toma del hombro y me ayuda a recostarme.

—Respira, nena —dice—. Respira.

Pero tengo que mirar. Me incorporo.

Papá trata de entrar corriendo a la tienda, sabrá Dios por qué. Las llamas lo hacen retroceder. Tim se acerca con una cubeta de agua del restaurante de su tío. Entra corriendo a nuestra tienda y la vuelca a las llamas, pero también se ve obligado a retroceder.

La gente sale poco a poco a la calle, y hay cada vez más agua que chapotea desde las cubetas que llevan a la tienda. La señorita Yvette lleva una de su salón de belleza. Tim la lanza en el fuego. Las llamas consumen el techo, y el humo sale en nubarrones desde las ventanas de la peluquería de al lado.

—¡Mi peluquería! —grita el señor Lewis. El señor Reuben lo detiene para que no corra hacia ella—. ¡Mi peluquería!

Papá se queda parado a media calle, respirando con fuerza, con mirada de impotencia. Ya se reunió una multitud, y la gente observa con las manos apretadas contra sus bocas.

Se escucha un sonido grave cerca. Papá gira la cabeza lentamente.

El BMW gris está estacionado en la intersección cerca de la tienda de licores. King está recargado contra él. Hay otros King Lords parados junto a él, y sentados en el capó del auto. Ríen y señalan con el dedo.

King mira a papá directamente y saca su encendedor. Con la chispa, enciende una llama.

Iesha dijo que King iba a darnos nuestro merecido porque yo lo exhibí en televisión. Eso significaba mi familia entera.

Se acabó.

—¡Hijo de puta! —papá marcha hacia King, y los chicos de King avanzan hacia papá. El tío Carlos lo detiene. Los King Lords empuñan sus armas y

retan a papá. King ríe como si mirara una comedia.

—¿Crees que esta mierda es divertida? —grita papá—. Pedazo de mierda, ¡siempre escondido detrás de tus lacayos!

King deja de reír.

—¡Sí, eso dije! ¡No te tengo miedo! ¡Un don nadie como tú no provoca temor! ¡Trataste de prenderle fuego a unos chicos, cobarde de mierda!

—¡Oh, no, no!

Mamá se dirige hacia King, y el tío Carlos tiene que trabajar extra para retenerla a ella también.

—¡Redujo a cenizas la tienda de Maverick! —anuncia el señor Lewis a todos, en caso de que no lo hubiéramos oído—. ¡King redujo a cenizas la tienda de Maverick!

Bulle entre la multitud, y los ojos entornados se fijan sobre King.

Por supuesto, es en ese momento en el que decide llegar el camión de los bomberos. Claro. Porque así funcionan las cosas en Garden Heights.

El tío Carlos convence a mis padres de que se hagan a un lado. King levanta su puro hasta sus labios con los ojos relucientes. Quiero tomar uno de los bates de béisbol y darle con toda mi alma directo en la cabeza.

Los bomberos se ponen a trabajar. La policía da órdenes a la multitud de que se repliegue. King y sus chicos se divierten en verdad. Mierda, es como si la policía los estuviera ayudando.

—¡Tienen que ir por ellos! —dice el señor Lewis—. ¡Éstos son los que empezaron el incendio!

—Ese viejo no sabe de qué está hablando —dice King—. Está afectado de tanto humo.

El señor Lewis se lanza contra King, y un oficial tiene que detenerlo.

—¡No estoy loco! ¡Tú lo empezaste! ¡Todos lo sabemos!

El rostro de King se retuerce.

—Más vale que cuides tu boca, no es bueno mentir sobre tu prójimo.

Ahora papá me mira, y tiene una expresión en el rostro que nunca antes había visto. Se gira hacia el policía que sostiene al señor Lewis y dice:

—No está mintiendo. King lo empezó todo, oficial.

San-to-Dios.

Papá acaba de delatar a King.

—Es mi tienda —dice—. Sé que empezó el incendio.

—¿Lo vio hacerlo? —pregunta el oficial.

No. Ése es el problema. Sabemos que King lo hizo, pero si nadie lo vio...

—Yo lo vi —dice el señor Reuben—. Él lo hizo.

—Yo también lo vi —dice Tim.

—Yo también —agrega la señorita Yvette.

Y mierda, ahora toda la multitud repite lo mismo, señalando hacia King y sus secuaces. Quiero decir que todos los están acusando. Joder, ya no hay ninguna regla que pueda aplicarse.

King abre la puerta de su auto, pero algunos de los oficiales sacan sus pistolas y le ordenan a él y a sus chicos que se tiren al suelo.

Llega una ambulancia. Mamá les dice que estamos intoxicados por el humo. Yo también voy de soplona y les cuento lo de DeVante, aunque por su ojo morado es obvio que necesita ayuda. Dejan que los cuatro nos sentemos en la acera, y nos ponen máscaras de oxígeno. Pensaba que ya no estaba tan mal, pero olvidaba lo lindo que se siente el aire limpio. He estado respirando humo desde que llegué a Garden Heights.

Le echan un ojo al costado de DeVante. Se le ve morado, y le dicen que tendrá que hacerse unas radiografías. Él no quiere ir en ambulancia, y mamá le asegura a los paramédicos que ella misma lo llevará.

Acomodo la cabeza en el hombro de Chris mientras nos agarramos de la mano con las máscaras de oxígeno puestas. No voy a mentir y decir que esta noche fue mejor gracias a que él estaba ahí —francamente, qué noche tan jodida, nada podría mejorarla—, pero no está mal que la hayamos pasado juntos.

Mis padres se acercan a nosotros. Los labios de papá están apretados y le masculla algo a mamá. Ella le da un codazo y le dice: *Sé bueno*.

Ella se acomoda entre Chris y Seven. Al principio, papá se inclina sobre Chris y sobre mí, como si esperara que le hiciéramos espacio entre los dos.

—Maverick —dice mamá.

—Está bien, está bien —se sienta al otro lado.

Miramos a los bomberos apagar las llamas. Pero no tiene sentido. Sólo

son capaces de rescatar un cascarón en cenizas.

Papá suspira, frotándose la cabeza calva.

—Maldita sea, hombre.

Me duele el corazón. Estamos perdiendo a un miembro de la familia, en serio. Llevo la mayor parte de mi vida en esa tienda. Quito mi cabeza del hombro de Chris y la pongo en el de papá. Me rodea con el brazo y me besa la cabeza. No se me escapa la mirada petulante que le cruza el rostro. Qué malvado.

—Espera un momento —se separa de mí—. ¿Dónde demonios estaban todos?

—Eso es lo que yo quisiera saber —dice mamá—. ¡Comportándose como si no pudieran contestar mis mensajes ni mis llamadas!

¿En serio? Seven y yo casi morimos en un incendio, ¿y están enojados porque no les llamamos? Me levanto la máscara y digo:

—Fue una larga noche.

—Ay, estoy segura de eso —dice mamá—. Ahora tenemos en casa a una activista radical, Maverick. Ha salido en todos los noticieros lanzando gas lacrimógeno contra la policía.

—Después de que ellos nos lo lanzaron a nosotros —subrayo.

—¿Quéeee? —dice papá, pero con tono impresionado. Mamá le lanza una mirada de soslayo, y él dice en tono más severo—: Quiero decir, ¿qué? ¿Por qué hiciste eso?

—Estaba enojada —doblo los brazos sobre las rodillas y me quedo mirando mis Timberlands por el hueco que queda—. Esa decisión no fue la correcta.

Papá me vuelve a rodear con los brazos y descansa su cabeza contra la mía. Un cariño de papá.

—No —dice—. No lo fue.

—Escucha —mamá gesticula para que la mire—. Quizá la decisión no estuvo bien, pero no fue culpa tuya. ¿Recuerdas lo que te dije? A veces puedes hacerlo todo bien y de todos modos las cosas salen mal...

—Pero la clave está en no dejar de hacer las cosas bien —mi mirada vaga de nuevo hacia mis Timberlands—. De todos modos, Khalil se merecía más

que esto.

—Sí —la voz se le pone ronca—. Así es.

Papá mira a mi novio por encima de mí.

—Entonces te llamas... Chris *jodidamente a secas*.

Seven suelta un bufido. DeVante ríe con sorna. Mamá dice *¡Maverick!*, mientras yo digo *¡Papá!*

—Por lo menos no me dijo blanquito —dice Chris.

—Exactamente —dice papá—. Es un paso más arriba. Tienes que ganarte mi tolerancia poco a poco si vas a salir con mi hija.

—Dios —mamá pone los ojos en blanco—. Chris, cariño, ¿llevas toda la noche *aquí?*

Así como lo dice, no puedo evitar reír. Básicamente le está preguntando: *¿Te das cuenta de que estás en el gueto, ¿cierto?*

—Sí, señora —dice Chris—. Toda la noche.

Papá gruñe.

—Entonces tal vez sí que tengas huevos.

Se me abre la boca, y mamá dice: *¡Maverick Carter!* Seven y DeVante se retuercen de la risa.

¿Pero Chris? Él dice:

—Sí, señor, quisiera pensar que los tengo.

—Mieeeeeerda —dice Seven. Extiende el brazo para hacerle un *dap* a Chris, pero papá le lanza una mirada dura y éste recoge su mano.

—Está bien, Chris *jodidamente a secas* —dice papá—. Nos vemos en el gimnasio de boxeo, el próximo sábado, tú y yo.

Chris se levanta la máscara de oxígeno rápidamente.

—Disculpe, no debí haber dicho...

—Calma, no vamos a pelear —dice papá—. Vamos a entrenar. Conocernos. Llevas un tiempo saliendo con mi hija. Tengo que conocerte, y se puede aprender mucho de un hombre sobre el entarimado.

—Ah... —los hombros de Chris se relajan—. Está bien —vuelve a ponerse la máscara de oxígeno.

Papá sonrío de oreja a oreja. Para mi gusto, se sobrepasa. Me va a matar al pobre novio.

La policía sube a King y a sus chicos a las patrullas, y la multitud aplaude y vitorea. Finalmente habrá algo que celebrar esta noche.

El tío Carlos se acerca caminando. Trae una camiseta y unos shorts que no son para nada su estilo, pero algo en él todavía luce detectivesco. Ha estado en modalidad policía desde que llegaron sus colegas.

El tío Carlos suelta un gruñido de anciano mientras se deja caer en la acera junto a DeVante. Toma a DeVante por la nuca de la misma manera que papá sujeta a Seven. Abrazos de hombre, los llamo yo.

—Me da gusto de que estés a salvo, niño —dice—. Aunque parezca que un camión te arrollara dos veces.

—¿No estás enojado de que saliera sin avisarles?

—Claro que estoy enojado. En realidad, estoy furioso. Pero más me alegra que estés a salvo. Sin embargo, mamá y Pam son un tema aparte. No te podré salvar de su cólera.

—¿Me echarán de casa?

—No. Estás castigado, probablemente por el resto de tu vida, pero eso sólo es porque te queremos.

DeVante esboza una sonrisa.

El tío Carlos se da unas palmadas en las rodillas.

—Entonces... gracias a esos testigos, deberíamos poder arrestar a King por iniciar el incendio.

—¿En serio? —dice papá.

—Sí. Es un inicio, pero en realidad no basta con eso. Para el final de la semana ya estará fuera.

Y de vuelta a la misma mierda de siempre. Esta vez con objetivos de venganza en su punto de mira.

—¿Si supieran dónde guarda King su mercancía? —dice DeVante—. ¿Ayudaría?

El tío Carlos responde:

—Probablemente, sí.

—Si alguien accediera a delatarlo, ¿ayudaría?

El tío Carlos se gira hacia él.

—¿Estás diciendo que quieres ser testigo?

—Quiero decir que... —DeVante hace una pausa—. ¿Eso ayudaría a Kenya, a su mamá y a su hermana?

—¿Si King acabara en la cárcel? —dice Seven—. Sí. Mucho.

—Ayudaría a todo el barrio, sinceramente —dice papá.

—¿Y yo estaría protegido? —le pregunta DeVante al tío Carlos.

—Absolutamente. Lo prometo.

—Y el tío Carlos siempre cumple sus promesas —le digo yo.

DeVante asiente por un momento.

—Entonces supongo que testificaré.

Sa-an-to Dios, de nuevo.

—¿Estás seguro? —pregunto.

—Sí. Después de verte enfrentar a esos policías como lo hiciste, no lo sé, hombre. Eso me cambió —dice—. Y esa señorita dijo que nuestras voces son un arma. Debería usar la mía, ¿no?

—Entonces estás dispuesto a volverte un soplón —dice Chris.

—Contra King —agrega Seven.

DeVante se encoge de hombros.

—El dolor ya lo tengo... Así aprovecho de una vez para ser un delator.

CAPÍTULO 26

Ya son alrededor de las once de la mañana del día siguiente, y sigo en la cama. Después de la noche más larga que jamás haya vivido, tuve que volver a familiarizarme con mi almohada.

Mamá enciende las luces de mi nueva alcoba: santo Dios, aquí hay demasiadas luces.

—Starr, tu cómplice te habla por teléfono —dice.

—¿Quién? —mascullo.

—Tu cómplice de las protestas. Mamá me contó que vio cómo te pasaba el megáfono en la tele. Poniéndote en peligro de esa manera.

—Pero ella no quería ponerme en...

—Ah, no te preocupes, ya me encargué de ella. Ten. Quiere pedirte una disculpa.

La señorita Ofrah se disculpa por haberme colocado en una situación comprometida, y por la manera en que salieron las cosas con lo de Khalil, pero dice que está orgullosa de mí.

También dice que cree que tengo futuro en el activismo.

Mamá se lleva el teléfono y me doy la vuelta en la cama. Tupac me mira desde un póster, con una sonrisa socarrona en la cara. El tatuaje de *Thug Life* que exhibe en el vientre luce más audaz que el resto de la fotografía. Fue lo primero que hice para decorar mi nueva habitación. Algo así como traer a Khalil conmigo.

Él decía que el significado de *Thug Life* es: *El odio que das a los más pequeños nos jode a todos*. Anoche hicimos todo eso porque estábamos indignados, y nos jodió a todos. La tienda desapareció. Garden Heights casi

desaparece. Ahora tenemos que encontrar la manera de *des-joder* a todo el mundo.

Me incorporo y tomo el teléfono del buró. Hay mensajes de texto de Maya, que me vio en las noticias y cree que soy la viva personificación de lo *cool*, y otros mensajes de Chris. Sus papás lo castigaron, pero él dice que valió la pena. En serio que sí.

Hay otro mensaje. De Hailey, que es de quien menos me lo esperaba. Dos simples palabras:

Lo lamento

No me lo imaginaba. No esperaba recibir *lo más mínimo* de ella, aunque tampoco pretendía evitarla. Ésta es la primera vez que habla conmigo desde que peleamos. No me estoy quejando. También para mí ha sido alguien inexistente. De todos modos contesto.

¿Qué lamentas?

No soy mezquina. Mezquina sería decir: *Número equivocado, ¿quién habla?* Hay una lista casi interminable de cosas por las que podría estarse disculpando.

Lamento lo de la decisión, dice.

Y que estés molesta conmigo

No he sido la misma últimamente

Sólo quiero que todo sea como antes

Su compasión por el caso es algo lindo, pero ¿lamenta que yo esté molesta? No es lo mismo que disculparse por sus acciones o por la basura que dijo. Ella lamenta que yo reaccionara de la manera que lo hice.

Es extraño, pero necesitaba saberlo.

Verán, es como dice mamá: si lo bueno supera lo malo, debería conservar a Hailey como amiga. Ahora hay un enorme montón de mierda, una *sobredosis* de cosas malas. Odio admitir que una parte diminuta de mí esperaba que Hailey se diera cuenta de lo mucho que se equivoca, pero no lo ha hecho. Es posible que nunca lo vea.

¿Y saben qué? Eso está bien. Está bien, quizá no *bien*, porque la vuelve una persona de mierda, pero no tengo que esperar a que ella cambie. Puedo dejar que salga de mi vida, sin más. Contesto:

Las cosas nunca serán como eran

Le doy *enviar*, espero a que el mensaje salga y borro la conversación. También borro el teléfono de Hailey.

Me estiro y bostezo mientras bajo lentamente por el pasillo. La distribución de nuestra casa es muy distinta a la de nuestra vieja casa, pero creo que podré acostumbrarme.

Papá corta una rosas en el mostrador de la cocina. Junto a él, Sekani devora un sándwich, y Brickz está parado sobre sus patas traseras, con las patas delanteras sobre el regazo de Sekani. Mira el sándwich de la misma manera en que mira una ardilla.

Mamá enciende los interruptores de la pared. Uno provoca un crujido en el lavabo, otro enciende y apaga las luces.

—Demasiados interruptores —masculla y me ve llegar—. Ay, mira, Maverick. Es nuestra pequeña revolucionaria.

Brickz se acerca corriendo hacia mí y salta sobre mis piernas con la lengua en movimiento.

—Buen día —le digo y le rasco detrás de las orejas. Baja las patas y regresa con Sekani y su sándwich.

—Hazme un favor, Starr —dice Seven, hurgando en una caja en la que está escrito con mi letra: *Cosas de cocina*—. La próxima vez, trata de ser más específica sobre el tipo de cosas de cocina que hay en la caja. Ya revisé tres en busca de los platos.

Me subo sobre un banco frente al mostrador.

—Pedazo de holgazán, ¿no sirven para eso las toallas de papel?

Seven entrecierra los ojos.

—Hey, papá, adivina dónde recogí a Starr aye...

—Los platos están en el fondo de esa caja —le digo.

—Eso pensé.

¡Mi dedo medio siente un impulso de estirarse!

—Más vale que no hayas estado en casa de ese chico, eso lo tengo claro —dice papá.

Esbozo una sonrisa forzada.

—No. Claro que no.

Voy a matar a Seven.

Papá emite un chasquido con la lengua.

—A-já —vuelve a dedicarse a sus rosas. Hay un arbusto entero en el mostrador. Las rosas están secas, y algunos de los pétalos ya se cayeron. Papá coloca el arbusto en una maceta de barro y vierte tierra sobre las raíces.

—¿Se recuperarán? —pregunto.

—Sí. Están un poco dañadas, pero vivas. Voy a probar algo distinto con ellas. Ponerlas en tierra nueva puede ser como apretar el botón de reinicio.

—Starr —dice Sekani con la boca llena de pan mojado y carne. Qué asco —. Saliste en el periódico.

—¡No hables con la boca llena, niño! —lo regaña mamá.

Papá hace un gesto hacia el periódico que está en el mostrador.

—Sí. Échale un ojo, Panterita Negra.

Estoy en primera plana. El fotógrafo me atrapó en pleno lanzamiento. La lata de gas lacrimógeno humea en mi mano. El titular dice: “La testigo contraataca”.

Mamá descansa la barbilla en mi hombro.

—Hablaron sobre ti en todos los noticieros de la mañana. Tu abuela llama cada tantos minutos para decirnos qué nuevo canal mirar —me besa la mejilla —. Pero más te vale que no vuelvas a asustarme así.

—No lo haré. ¿Qué están diciendo en las noticias?

—Que eres valiente —dice papá—. Pero, ya sabes, ese noticiero en particular tiene que quejarse, y dicen que pusiste en peligro a esos policías.

—Yo no tenía problema con esos policías. Tenía problema con la lata de gas lacrimógeno, y ellos la lanzaron primero.

—Lo sé, nena. No te angusties. Ese canal me puede besar...

—Un dólar, papá —Sekani lo mira sonriendo.

—La rosa. Me puede besar la rosa —le tizna de tierra la nariz a Sekani—. No me sacarás otro dólar.

—Ya lo sabe —dice Seven, fulminando a Sekani con la mirada. Sekani pone ojos de cachorro culpable que podrían competir con los de Brickz.

Mamá quita su barbilla de mi hombro.

—Está bien, ¿de qué va todo esto?

—Nada. Le dije a Sekani que debemos ser cuidadosos con el dinero.

—¡Dijo que quizá tengamos que regresar a Garden Heights! —Sekani va de soplón—. ¿Es cierto?

—No, claro que no —dice mamá—. Chicos, haremos que esto funcione.

—Exactamente —dice papá—. Aunque tenga que vender naranjas en la calle, como los hermanos de la Nación del Islam.

—¿Pero está bien que nos vayamos? —pregunto—. Quiero decir, el barrio está deshecho. ¿Qué pensará la gente de que nos vayamos en vez de ayudar a arreglarlo?

Jamás creí que diría algo así, pero lo de anoche me puso a pensar en todo esto de una manera tan distinta, en mí de manera distinta. En Garden Heights de manera distinta.

—Todavía podemos ayudar —dice papá.

—Así es. Haré turnos extra en la clínica —dice mamá.

—Y yo veré qué hacer con la tienda —dice papá—. No regresaremos a vivir ahí para cambiar las cosas, nena. Sólo tiene que importarnos. ¿Está bien?

—Está bien.

Mamá me besa la mejilla y me pasa una mano sobre el cabello.

—Mírate. De repente preocupada por la comunidad. Maverick, ¿a qué hora dijo que iría el agente de seguros?

Papá cierra los ojos y se aprieta el espacio que queda entre ellos.

—En un par de horas. No quiero ni ver la tienda.

—Está bien, papá —dice Sekani con la boca repleta de sándwich—. No tienes que ir solo. Nosotros iremos contigo.

Así que eso hacemos. Dos patrullas bloquean la entrada de Garden Heights. Papá les muestra su identificación y explica por qué tenemos que entrar. Logro respirar durante todo el intercambio, y nos dejan pasar.

Pero, maldita sea, ya veo por qué controlan el acceso a la gente. El humo ya asumió residencia permanente aquí, y hay vidrios rotos y todo tipo de basura cubriendo las calles. Pasamos muchísimos muros ennegrecidos de lo que solían ser negocios.

La tienda es lo más duro de ver. El techo quemado se dobla sobre sí

mismo, como si el viento más ligero lo fuera a derribar. Los ladrillos y barras contra robos protegen los escombros carbonizados.

El señor Lewis barre la acera frente a su tienda. No está tan mal como la nuestra, pero una escoba y un recogedor no la mejorarán.

Papá se estaciona frente a la tienda, y salimos. Mamá acaricia y aprieta el hombro de papá.

—Starr —susurra Sekani, y me mira—. La tienda...

Tiene lágrimas en los ojos. Y yo también. Rodeo sus hombros con mis brazos, y lo acerco a mí.

—Lo sé, hermanito.

Un chirrido ruidoso se acerca y alguien silba una canción. Cuarenta Onzas empuja su carrito de supermercado por la acera. Y por más calor que hace, lleva puesto un abrigo.

Se detiene abruptamente frente a la tienda, como si apenas la notara.

—Maldita sea, Maverick —dice con esa manera rápida de hablar estilo Cuarenta Onzas, en donde todo suena como una sola palabra—. ¿Qué demonios pasó?

—Hombre, ¿dónde estabas anoche? —dice papá—. Me quemaron la tienda.

—Me fui al otro lado de la carretera. No podía quedarme aquí. Oh, noooo, sabía que estos tontos se pondrían como locos. ¿Tienes seguro? Espero que sí. Yo tengo seguro.

—¿Seguro de qué? —le pregunto, ¿en serio?

—¡De vida! —dice, como si fuera obvio—. ¿Vas a reconstruirla, Maverick?

—No lo sé, hombre, tengo que pensarlo.

—Tienes que hacerlo, porque si no, no tendremos tienda adonde ir. Todos se marcharán y no volverán.

—Lo pensaré.

—Está bien. Si necesitan algo, avísenme —y empuja su carrito por la acera, pero se detiene abruptamente otra vez—. ¿También desapareció la licorería? ¡Oh, nooo!

Suelto una risita. El único e incomparable Cuarenta Onzas.

El señor Lewis llega cojeando con su escoba.

—Ese tonto tiene razón. La gente necesitará una tienda por aquí. Los demás se irán.

—Lo sé —dice papá—. Pero... es mucho, señor Lewis.

—Sé que lo es. Pero tú puedes con eso. Le conté a Clarence lo que pasó —dice, refiriéndose al señor Wyatt, su amigo, el que solía ser dueño de la tienda—. Él piensa que deberías quedarte por aquí. Y estuvimos hablando, y me quedé pensando en que es hora de que yo haga como él. Irme a sentar en una banca a mirar a las mujeres bonitas pasar.

—¿Va a cerrar su negocio? —pregunta Seven.

—¿Quién va a cortarme el pelo? —agrega Sekani.

El señor Lewis lo mira.

—No es mi problema. Ya que la tuya será la única tienda por acá, Maverick, vas a necesitar más espacio para reconstruir. Quiero darte mi local.

—¿Qué? —balbucea mamá.

—Eh, aguarde un momento, señor Lewis —dice papá.

—Aguarde nada. Tengo seguro, y recibiré más que suficiente por eso. No puedo hacer nada con un local chamuscado. Tú puedes construir una tienda linda y darle a la gente algo que le enorgullezca comprar. Lo único que pido es que pongas unas fotos del doctor King junto a tu Newey Comose-llame.

Papá se carcajea.

—Huey Newton.

—Sí. Ése. Ya sé que ustedes se mudan y me alegro por ello, pero el barrio todavía necesita hombres como tú. Aunque sólo administren una tienda.

El señor de los seguros llega un poco después, y papá lo lleva a hacer un recorrido por lo que aún queda en pie. Mamá trae unos guantes y bolsas de basura de la camioneta, nos los entrega a mí y a mis hermanos y nos dice que comencemos a trabajar. Es un poco difícil hacerlo con toda la gente que pasa en sus autos y hace sonar sus bocinas. Gritan cosas como: *¡Ánimo!*, o *¡No están solos!*

Algunos vienen a ayudar, como la señora Rooks y Tim. El señor Reuben

nos trae botellas de agua helada, porque este sol no es broma. Me siento en la acera, sudando, cansada, y ciento por ciento lista para no continuar. Pero ni siquiera estamos cerca de terminar.

Una sombra me cae encima, y alguien dice:

—Hola.

Me cubro los ojos mientras levanto la mirada. Kenya lleva puesta una camiseta de tamaño extragrande y unos shorts de basquetbol. Parecen los de Seven.

—Hola.

Se sienta junto a mí y se abraza las rodillas contra el pecho.

—Te vi en la tele —dice—. Te dije que levantarás la voz, pero maldita sea, Starr. Como que lo llevaste un poco lejos.

—Pero hizo que la gente hablara, ¿no?

—Sí. Siento lo de la tienda. Supe que papá lo hizo.

—Sí, fue él —no tiene sentido negarlo, maldita sea—. ¿Cómo está tu mamá?

Kenya se acerca más las rodillas.

—Él la golpeó. Acabó en el hospital. Pasó ahí la noche. Tenía una contusión cerebral y un montón de cosas más, pero se recuperará. La vimos hace un rato. La policía llegó y tuvimos que irnos.

—¿En serio?

—Sí. Hicieron una redada en casa y querían interrogarla. Ahora, Lyric y yo tenemos que quedarnos con la abuela.

DeVante ya dio el golpe.

—¿Y cómo te sientes?

—En realidad siento alivio. Qué retorcido, ¿no?

—*Para nada*, en realidad no.

Se rasca una de las trenzas, y de alguna manera, todas se mueven con el mismo movimiento de ida y vuelta.

—Siento haber llamado a Seven *mi* hermano y no *nuestro* hermano.

—Oh —ya se me había olvidado. Parece algo insignificante después de todo lo que ha pasado—. Está bien.

—Supongo que lo llamaba mi hermano porque... me hacía sentir que en

verdad era mi hermano, ¿sabes?

—Eh, claro que es tu hermano, Kenya. Sinceramente me da celos ver cuánto quiere estar contigo y con Lyric.

—Porque siente que tiene que hacerlo —dice—. Pero en realidad quiere estar con ustedes. Digo, y entiendo por qué. Él y papá no se agradan. Pero me gustaría que a veces quisiera ser mi hermano y que no tuviera que serlo. Lo avergonzamos. Por mamá y papá.

—No, no es así.

—Sí es así. También a ti te avergüenzo.

—Nunca dije eso.

—No tienes que decirlo, Starr —asevera ella—. Nunca me invitabas a pasar tiempo contigo y con esas chicas. Nunca estaban en tu casa cuando yo iba. Como si no quisieras que ellas supieran que también yo era tu amiga. Estabas avergonzada de mí, de Khalil, hasta de Garden Heights, y lo sabes.

Me quedo callada. Si enfrento la verdad, por más fea que sea, tiene razón. Me sentía avergonzada de Garden Heights y de todo lo que conlleva. Pero ahora parece una estupidez. No puedo cambiar de dónde vengo ni por lo que he pasado, así que, ¿por qué debería avergonzarme de lo que me hace *yo*? Sería como avergonzarme de mí misma.

Ni hablar. Al carajo con eso.

—Quizá me sentía avergonzada —admito—. Pero ya no lo estoy. Y Seven no se avergüenza de ti, ni de tu mamá ni de Lyric. Las ama, Kenya. Así que, como dije, es *nuestro* hermano. No sólo mío. Aunque créeme, estoy más que contenta de compartirlo si significa quitármelo de encima.

—Puede ser un verdadero dolor de cabeza, ¿cierto?

—Vaya que sí.

Nos reímos juntas. Por más que haya perdido muchas cosas buenas, también he ganado otras. Como Kenya.

—Sí, está bien —dice ella—. Supongo que podemos compartirlo.

—Anda, Starr —me llama mamá batiendo las manos como si eso fuera a hacer que me mueva más rápidamente. Sigue en plan dictadora, lo juro—. Tenemos trabajo que hacer. Kenya, tengo una bolsa y unos guantes con tu nombre en ellos, si quieres ayudar.

Kenya se gira hacia mí, como para decir *¿en serio?*

—También puedo compartirla contigo —le digo—. De hecho, llévatela por favor.

Nos reímos y nos ponemos en pie. Kenya mira los escombros. Más vecinos se unieron a las labores de limpieza, y forman una fila que mueve la basura de la tienda hasta los contenedores de basura que están en la acera.

—¿Qué van a hacer ahora? —pregunta Kenya—. Con la tienda, quiero decir.

Un auto hace sonar su bocina y el conductor nos grita para avisarnos que no estamos solos. La respuesta llega rápidamente.

—La reconstruiremos.

Hace mucho tiempo había un chico con hoyuelos en las mejillas y ojos color avellana. Yo lo llamaba Khalil. El mundo lo llamaba maleante.

Él vivió, pero no lo suficiente, ni de lejos, y recordaré cómo murió el resto de mi vida.

¿Es un cuento de hadas? No. Pero no me doy por vencida para darle un final mejor.

Sería fácil rendirme si esto se tratara sólo de mí, de Khalil, de esa noche y de ese policía. Pero se trata de mucho más que de eso. Se trata de Seven. Sekani. Kenya. DeVante.

También se trata de Oscar.

Aiyana.

Trayvon.

Rekia.

Michael.

Eric.

Tamir.

John.

Ezell.

Sandra.

Freddie.

Alton.

Philando.

Incluso se trata de ese niño de 1955 a quien al principio nadie reconoció:
Emmett.

¿Pero saben cuál es la parte más retorcida? Hay muchos, muchos más.

Pero creo que algún día cambiará. ¿Cómo? No lo sé. ¿Cuándo?
Definitivamente no lo sé. ¿Por qué? Porque siempre habrá alguien que pelee.
Quizá sea yo.

También otros están luchando, hasta en Garden Heights, donde a veces parece que no hay mucho por lo que valga la pena pelear. La gente se está dando cuenta de las cosas, y grita y protesta y exige. No olvida. Creo que eso es lo más importante.

A Khalil nunca lo olvidaré.

Nunca me daré por vencida.

Nunca me quedaré callada.

Lo prometo.

AGRADECIMIENTOS

Puede ser que esto acabe por sonar como el discurso de agradecimiento de un rapero cuando recibe un premio, así que en estilo totalmente rapero, primero tengo que agradecer a mi Señor y Salvador Jesucristo. No merezco todo lo que has hecho por mí. Gracias por toda la gente a la que pusiste en mi vida que hizo que este libro fuera posible:

Brooks Sherman, agente extraordinario y superhéroe, amigo y el máximo *Gangster con suéter de cuello en V*. Desde el primer día fuiste el que más ánimos me dio, y mi psicólogo de vez en cuando, y por mí te has vuelto un *gangster* cuando ha sido necesario. Sólo un verdadero *G* podría lidiar con una subasta entre trece casas editoriales como lo hiciste tú. Eres Genial, otra *G* mayúscula. Starr es una afortunada de tener tu apoyo total, y yo todavía más.

Donna Bray, cuando la gente busque *fuera de serie*, más vale que salga tu foto junto a la definición. También debería salir al lado de *genio* y *brillante*. Este libro es mucho más fuerte gracias a ti. Es una lección de humildad para mí tener una editora que no sólo cree en Starr y su historia tanto como tú, sino una editora que también cree en mí. Gracias por *entenderlo*.

El fenomenal equipo en Bent Agency, incluyendo a Jenny Bent, Victoria Cappello, Charlee Hoffman, John Bowers, y a todos mis coagentes internacionales, en especial Molly Ker Hawn, extraordinaria agente en Reino Unido: ya quisiera Cookie Lyon ser tú. Si pudiera, te daría todo el pastel de caramelo del mundo y un millón de gracias.

Un ENORME agradecimiento a todo el equipo de Balzer + Bray/Harper Collins por su arduo trabajo y entusiasmo por este libro. En verdad que son el *dream team*. Un agradecimiento especial a Alessandra Balzer, Viana

Siniscalchi, Caroline Sun, Jill Amack, Bethany Reis, Jenna Stempel, Alison Donalty, Nellie Kurtzman, Bess Braswell y Patty Rosati. Debra Cartwright, gracias por tu increíble trabajo artístico. En verdad ayudaste a dar aún más vida a Starr y a Khalil.

Mary Pender-Coplan, la mejor agente cinematográfica del planeta. Te debo mi primogénito y mi gratitud eterna. A Nancy Taylor, la mejor asistente de agente cinematográfica del planeta, y a todo el equipo de UTA.

Christy Garner, gracias por ser la luz en la oscuridad con tanta frecuencia y por ver siempre lo bueno en mis historias (y en mí), hasta cuando son (y yo soy) un desastre. Tu amistad es una bendición.

Al Equipo Doble Relleno: Becky Albertalli, Stefani Sloma y Nic Stone. Damas, tendrán gustos cuestionables en términos de galletas Oreo, pero no cabe duda de que las amo. Es un honor llamarlas amigas.

A todos mis hermanos de B-Team, con menciones especiales para Sarah Cannon; el cómplice de las Oreo Vainilla, Adam Silvera; Lianne Oelke; Heidi Schulz; Jessica Cluess; Brad McLelland; Rita Meade y Mercy Brown.

Al equipo completo de We Need Diverse Books, en especial a The Walter Dean Myers Grant Committee. Ellen Oh, eres una joya para la literatura infantil y una joya en mi vida.

Tupac Shakur, nunca te conocí, pero tu sabiduría y tus palabras me inspiran todos los días. Estés en “Thugz Mansion” u oculto en alguna parte de Cuba, espero que esta historia le haga justicia a tu mensaje.

Mi familia de Belhaven: el doctor Roger Parrot, el doctor Randy Smith (el mejor y más divertido decano de escritura creativa de toda la historia), la señora Rose Mary Foncree, la doctora Tracy Ford, la señorita Sheila Lyons. Doctor Don Hubele, usted es como de mi familia y siempre estará en mi corazón. Gracias por mostrarme el amor de Cristo y no sólo hablar de él. “Tío” Howard Bahr, sé que no le gustan mucho los agradecimientos, pero no hay manera alguna en que pudiera dejar que se publicara este libro sin agradecersele. Si existe es por usted. Me ayudó a encontrar mi voz y me ayudó a darme cuenta de que hasta en los barrios como el mío hay historias que deben ser contadas. Gracias.

Joe Maxwell, gracias por tu orientación y amor. Muchas, muchas,

MUCHAS bendiciones para ti.

Mis fenomenales colegas de universidad, lectores *beta* y *hermanos*: Michelle Hulse, Chris Owens, Lana Wood Johnson, Linda Jackson, Dede Nesbitt, Katherine Webber, S.C., Ki-Wing Merlin, Melyssa Mercado, Bronwyn Deaver, Jeni Chappelle, Marty Mayberry (alias, una de las primeras personas en leer la carta de presentación de este libro), Jeff Zentner (¡Hov!), a todos mis *Tweeps*, y a todo el equipo de Sub It Club, Absolute Write y Kidlit AOC. Una disculpa si no incluí sus nombres. Los amo a todos.

Mis damas de Wakanda: Camryn Garrett, L. L. McKinney y Adrienne Russell. Son la encarnación de la magia de la chica negra.

June Hardwick, gracias por tu intuición, experiencia y por ser tú. Me inspiras más de lo que crees.

Christyl Rosewater y Laura Silverman, gracias por apoyarme y apoyar el movimiento. ¡Ustedes son la prueba de que una simple acción puede provocar el cambio!

Mi familia de *Swanky Seventeen*, su aliento me permitió seguir adelante. Chicos, ¡tenemos libros!

El equipo de las Coffeehouse Queens: Brenda Drake, Nikki Roberti y Kimberly Chase. Fueron algunas de las primeras personas, más allá de mis amigos y familia, que amaron mis palabras. Les debo tanto. Brenda, gracias en particular por ser un pilar para la comunidad de escritores.

La pandilla de #OwnVoices (porque, ya saben, la gente dice que somos una pandilla). Sigán luchando, sigán escribiendo y sigán adelante. Sus voces importan.

Mi grupo de #WordSmiths, ¡son lo máximo!

Stephanie Dayton y Lisa “Ojo Izquierdo” Lopes, por medio de una pequeña acción cambiaron la vida de Angie a los catorce años, y de cierta manera la salvaron. Gracias.

Bishop Crudup y la familia New Horizon, gracias por sus oraciones, apoyo y amor.

Mi familia: Hazel, LuSheila y Frank, tía Claudette, Bennie y Mae, Eric y Angie, Kiara, Joanna, Claudette, Greg, Susan, Sandra, Ronnie, Keisha, Joyce, Xavier, Tanya, la familia Roberts, Kim, Shelly, Juana, Robin, prima Linda,

tío Johnny, Audrey y Willie, la familia Murriel, y todos mis seres amados. Aunque no todos sean mi familia de sangre, son mi familia de *amor*. Sé que olvidé algunos nombres, pero no fue mi intención faltarles al respeto. Básicamente, gracias a todos.

Tío Charles, por todos esos billetes de cinco dólares. Hubiera querido que el mundo leyera tus palabras y que tú hubieras podido leer las mías. Esto es para ti.

A mi padre, Charles R. Orr. Siento tu presencia cada día. Te perdono y te amo. Espero que estés orgulloso de mí.

Para mi defensora más grande, Ma/Mami/Mamá/Julia Thomas: eres la luz más brillante en la oscuridad, una verdadera *Starr*. Es una bendición tenerte por madre y espero llegar a ser la mitad de mujer de lo que eres tú. Cuando la doctora Maya Angelou describió a la *mujer fenomenal*, te describió a ti. Gracias por amarme como soy.

Y a cada chica y chico de Georgetown y de todos los *Garden Heights* del mundo: sus voces importan, sus sueños importan, sus vidas importan. Sean rosas que crecen en el asfalto.



Foto: Anissa Hidouk

Angie Thomas nació, se crio, y todavía reside en Jackson, Misisipi, donde trabaja para una iglesia local. Es una exraperera adolescente cuyo mayor logro fue un artículo que le dedicaron en la revista *Right-On*, con foto incluida. Está licenciada en escritura creativa y, si es necesario, todavía puede rapear.

El odio que das es su primera novela, por la que ha habido grandes subastas para su publicación en todo el mundo, y cuyos derechos cinematográficos han sido adquiridos por Fox 2000.

angiethomas.com

 [ACThomasAuthor](https://www.facebook.com/ACThomasAuthor)

 [@acthomasbooks](https://twitter.com/acthomasbooks)

EL ODIO QUE DAS

Título original: *The Hate U Give*

© 2017, A.C. Thomas

Publicado según acuerdo con Lennart Sane Agency AB.

Traducción: Sonia Verjovsky

Imagen de portada: © 2017 Debra Cartwright

Diseño de portada: Jenna Stempel

D.R. © 2017, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

D.R. © 2017, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Eugenio Sue 55, Col. Polanco Chapultepec

C.P. 11560, Miguel Hidalgo, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: mayo, 2017

eISBN: 978-607-527-189-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO



GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



GRANTRAVESÍA

www.grantravesia.com



www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

ÍNDICE

Portada
Página de título
Dedicatoria

PRIMERA PARTE. CUANDO SUCEDE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

SEGUNDA PARTE. CINCO SEMANAS DESPUÉS

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

TERCERA PARTE. OCHO SEMANAS DESPUÉS

Capítulo 20

CUARTA PARTE. DIEZ SEMANAS DESPUÉS

Capítulo 21

QUINTA PARTE. LA DECISIÓN. TRECE SEMANAS DESPUÉS

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Agradecimientos

Datos de la autora

Página de créditos